



## Prólogo

Desde hace tiempo, estábamos pensando en cómo hacer una historia de nuestra Revolución que englobara todos sus múltiples aspectos y facetas; muchas veces los jefes de la misma manifestaron -privada o públicamente- sus deseos de hacer esta historia, pero los trabajos son múltiples, van pasando los años y el recuerdo de la lucha insurreccional se va disolviendo en el pasado sin que se fijen claramente los hechos que ya pertenecen, incluso, a la historia de América. Por ello, iniciamos una serie de recuerdos personales de los ataques, combates, escaramuzas y batallas en que intervinimos. No es nuestro propósito hacer solamente esta historia fragmentaria a través de remembranzas y algunas anotaciones; todo lo contrario, aspiramos a que se desarrolle el tema por cada uno de los que lo han vivido.

Nuestra limitación personal, al luchar en algún punto exacto y delimitado del mapa de Cuba durante toda la contienda, nos impidió participar en combates y acontecimientos de otros lugares; creemos que, para hacer asequible a todos los participantes en la gesta revolucionaria la tarea de narrarla y, al mismo tiempo, hacerlo ordenadamente, podemos empezar con el primer combate, o sea, el único en que participara Fidel que fuera adverso a nuestras armas: la sorpresa de Alegría de Pío.

Muchos sobrevivientes quedan de esta acción y cada uno de ellos está invitado a dejar también constancia de sus recuerdos para incorporarlos y completar mejor la historia. Sólo pedimos que sea estrictamente veraz el narrador; que nunca para aclarar una posición personal o magnificarla o para simular haber estado en algún lugar, diga algo incorrecto. Pedimos que, después de escribir algunas cuartillas en la forma en que cada uno lo pueda, según su educación y su disposición, se haga una autocrítica lo más seria posible para quitar de allí toda palabra que no se refiera a un hecho estrictamente cierto, o en cuya certeza no tenga el autor una plena confianza. Por otra parte, con ese ánimo empezamos nuestros recuerdos.

---

## Una revolución que comienza

La historia de la agresión militar que se consumó el 10 de marzo de 1952 -golpe incruento dirigido por Fulgencio Batista- no empieza, naturalmente, el mismo día del cuartelazo. Sus antecedentes habría que buscarlos muy atrás en la historia de Cuba: mucho más atrás que la intervención del embajador norteamericano Summer Welles, en el año 1933; más atrás aún que la Enmienda Platt, del año 1901; más atrás que el desembarco del héroe Narciso López, enviado directo de los anexionista norteamericanos, hasta llegar a la raíz del tema en los tiempos de John Quincy Adams, quien a principios del siglo dieciocho enunció la constante de la política de su país respecto a Cuba: una manzana que, desgajada de España, debía caer fatalmente en manos

del Uncle Sam. Son eslabones de una larga cadena de agresiones continentales que no se ejercen solamente sobre Cuba.

Esta marea, este fluir y refluir del oleaje imperial, se marca por las caídas de gobiernos democráticos o por el surgimiento de nuevos gobiernos ante el empuje incontenible de las multitudes. La historia tiene características parecidas en toda América Latina: los gobiernos dictatoriales representan una pequeña minoría y suben por un golpe de estado; los gobiernos democráticos de amplia base popular ascienden laboriosamente y, muchas veces, antes de asumir el poder, ya están estigmatizados por la serie de concesiones previas que han debido hacer para mantenerse. Y, aunque la Revolución cubana marca, en ese sentido, una excepción en toda América, era preciso señalar los antecedentes de todo este proceso, pues el que esto escribe, llevado y traído por las olas de los movimientos sociales que convulsionan a América, tuvo oportunidad de conocer, debido a estas causas, a otro exilado americano: a Fidel Castro.

Lo conocí en una de esas frías noches de México, y recuerdo que nuestra primera discusión versó sobre política internacional. A las pocas horas de la misma noche -en la madrugada- era yo uno de los futuros expedicionarios. Pero me interesa aclarar cómo y por qué conocí en México al actual Jefe del Gobierno en Cuba. Fue en el reflujó de los gobiernos democráticos en 1954, cuando la última democracia revolucionaria americana que se mantenía en pie en esta área -la de Jacobo Arbenz Guzmán- sucumbía ante la agresión meditada, fría, llevada a cabo por los Estados Unidos de Norteamérica tras la cortina de humo de su propaganda continental. Su cabeza visible era el Secretario de Estado, Foster Dulles, que por rara coincidencia también era abogado y accionista de United Fruit Company, la principal empresa imperialista existente en Guatemala.

De allí regresaba uno en derrota, unido por el dolor a todos los guatemaltecos, esperando, buscando la forma de rehacer un porvenir para aquella patria angustiada. Y Fidel venía a México a buscar un terreno neutral donde preparar a sus hombres para el gran impulso. Ya se había producido una escisión interna, luego del asalto al cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, separándose todos los de ánimo flojo, todos los que por uno u otro motivo se incorporaron a partidos políticos o grupos revolucionarios, que exigían menos sacrificio. Ya las nuevas promociones ingresaban en las flamantes filas del llamado «Movimiento 26 de Julio», fecha que marcaba el ataque al cuartel Moncada, en 1953. Empezaba una tarea durísima para los encargados de adiestrar a esa gente, en medio de la clandestinidad imprescindible en México, luchando contra el gobierno mexicano, contra los agentes del FBI norteamericano y los de Batista, contra estas tres combinaciones que se conjugaban de una u otra manera, y donde mucho intervenía el dinero y la venta personal. Además, había que luchar contra los espías de Trujillo, contra la mala selección hecha del material humano -sobre todo en Miami- y, después de vencer todas estas dificultades, debíamos lograr algo importantísimo: salir... y, luego... llegar, y lo demás que, en ese momento, nos parecía difícil. Hoy aquilatamos lo que aquello costó en esfuerzos, en sacrificios y vidas.

Fidel Castro, auxiliado por un pequeño equipo de íntimos, se dio con toda su vocación y su extraordinario espíritu de trabajo a la tarea de organizar las huestes armadas que saldrían hacia Cuba. Casi nunca dio clases de táctica militar, porque el tiempo le resultaba corto para ello. Los demás pudimos aprender bastante con el general Alberto Bayo. Mi impresión casi instantánea, al escuchar las primeras clases, fue la posibilidad de triunfo que veía muy dudosa al enrolarme con el comandante rebelde, al cual me ligaba, desde el principio, un lazo de romántica simpatía aventurera y la consideración de que valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro.

Así fueron pasando varios meses. Nuestra puntería empezó a perfilarse y salieron los maestros tiradores. Hallamos un rancho en México, donde bajo la dirección del general Bayo -estando yo como jefe de personal- se hizo el último apronte, para salir en marzo de 1956. Sin embargo, en esos días dos cuerpos policíacos mexicanos, ambos pagados por Batista, estaban a la caza de Fidel Castro, y uno de ellos tuvo la buenaventura económica de detenerle, cometiendo el absurdo error -también económico- de no matarlo, después de hacerlo prisionero. Muchos de sus seguidores cayeron en pocos días más; también cayó en poder de la policía nuestro rancho, situado en las afueras de la ciudad de México y fuimos todos a la cárcel.

Aquello demoró el inicio de la última parte de la primera etapa. Hubo quienes estuvieron en prisión cincuenta y siete días, contados uno a uno, con la amenaza perenne de la extradición sobre nuestras cabezas (somos testigos el comandante Calixto García y yo). Pero, en ningún momento perdimos nuestra confianza personal en Fidel Castro. Y es que Fidel tuvo algunos gestos que, casi podríamos decir, comprometían su actitud revolucionaria en pro de la amistad. Recuerdo que le expuse específicamente mi caso: un extranjero, ilegal en México, con

toda una serie de cargos encima. Le dije que no debía de manera alguna pararse por mi la revolución, y que podía dejarme; que yo comprendía la situación y que trataría de ir a pelear desde donde me lo mandaran y que el único esfuerzo debía hacerse para que me enviaran a un país cercano y no a la Argentina. También recuerdo la respuesta tajante de Fidel: «Yo no te abandono.» Y así fue, porque hubo que distraer tiempo y dinero preciosos para sacarnos de la cárcel mexicana. Esas actitudes personales de Fidel con la gente que aprecia son la clave del fanatismo que crea a su alrededor, donde se suma a una adhesión de principios, una personal, que hace de este Ejército Rebelde un bloque indivisible.

Pasaron los días, trabajando en la clandestinidad, escondiéndonos donde podíamos, rehuendo en lo posible toda presencia pública, casi sin salir a la calle. Pasados unos meses, nos enteramos de que había un traidor en nuestras filas, cuyo nombre no conocíamos, y que había vendido un cargamento de armas. Sabíamos también que había vendido el yate y un transmisor, aunque todavía no estaba hecho el «contrato legal» de la venta. Esta primera entrega sirvió para demostrar a las autoridades cubanas que, efectivamente, el traidor conocía nuestras interioridades. Fue también lo que nos salvó, al demostrarnos lo mismo.

Una actividad febril hubo de ser desarrollada a partir de ese momento: el Granma fue acondicionado a una velocidad extraordinaria; se amontonaron cuantas vituallas conseguimos, bien pocas por cierto, y uniformes, rifles, equipos, dos fusiles antitanques casi sin balas. En fin, el 25 de noviembre de 1956, a las dos de la madrugada, empezaban a hacerse realidad las frases de Fidel, que habían servido de mofa a la prensa oficialista: «En el año 1956 seremos libres o seremos mártires.»

Salimos, con las luces apagadas, del puerto de Tuxpan en medio de un hacinamiento infernal de materiales de toda clase y de hombres. Teníamos muy mal tiempo y, aunque la navegación estaba prohibida, el estuario del río se mantenía tranquilo. Cruzamos la boca del puerto yucateco, y a poco más, se encendieron las luces. Empezamos la búsqueda frenética de los antihistamínicos contra el mareo, que no aparecían; se cantaron los himnos nacional cubano y del 26 de Julio, quizá durante cinco minutos en total, y después el barco entero presentaba un aspecto ridículamente trágico: hombres con la angustia reflejada en el rostro, agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas posiciones, inmóviles y con las ropas sucias por el vómito. Salvo dos o tres marinos y cuatro o cinco personas más, el resto de los ochenta y tres tripulantes se marearon. Pero al cuarto o quinto día el panorama general se alivió un poco. Descubrimos que la vía de agua que tenía el barco no era tal, sino una llave de los servicios sanitarios abierta. Ya habíamos botado todo lo innecesario, para aligerar el lastre.

La ruta elegida comprendía una vuelta grande por el sur de Cuba, bordeando Jamaica, las islas del Gran Caimán, hasta el desembarco en algún lugar cercano al pueblo de Niquero, en la provincia de Oriente. Los planes se cumplían con bastante lentitud: el día 30 oímos por radio la noticia de los motines de Santiago de Cuba que había provocado nuestro gran Frank País, considerando sincronizarlos con el arribo de la expedición. Al día siguiente, primero de diciembre, en la noche, poníamos la proa en línea recta hacia Cuba, buscando desesperadamente el faro de Cabo Cruz, carentes de agua, petróleo y comida. A las dos de la madrugada, con una noche negra, de temporal, la situación era inquietante. Iban y venían los vigías buscando la estela de luz que no aparecía en el horizonte. Roque, ex teniente de la marina de guerra, subió una vez más al pequeño puente superior, para atisbar la luz del Cabo, y perdió pie, cayendo al agua. Al rato de reiniciada la marcha, ya veíamos la luz, pero, el asmático caminar de nuestra lancha hizo interminables las últimas horas del viaje. Ya de día arribamos a Cuba por el lugar conocido por Belic, en la playa de Las Coloradas.

Un barco de cabotaje nos vio, comunicando telegráficamente el hallazgo al ejército de Batista. Apenas bajamos, con toda premura y llevando lo imprescindible, nos introducimos en la ciénaga, cuando fuimos atacados por la aviación enemiga. Naturalmente, caminando por los pantanos cubiertos de manglares no éramos vistos ni hostilizados por la aviación, pero ya el ejército de la dictadura andaba sobre nuestros pasos. Tardamos varias horas en salir de la ciénaga, a donde la impericia e irresponsabilidad de un compañero que se dijo conocedor nos arrojara. Quedamos en tierra firme, a la deriva, dando traspiés, constituyendo un ejército de sombras, de fantasmas, que caminaban como siguiendo el impulso de algún oscuro mecanismo psíquico. Habían sido siete días de hambre y de mareo continuos durante la travesía, sumados a tres días más, terribles, en tierra. A los diez días exactos de la salida de México, el 5 de diciembre de madrugada, después de una marcha nocturna interrumpida por los desmayos y las fatigas y los descansos de la tropa, alcanzamos un punto conocido paradójicamente por el nombre de Alegría de Pío. Era un pequeño cayo de monte, ladeando un cañaveral por un costado y por otros abierto a unas abras, iniciándose más lejos el bosque cerrado. El lugar era mal elegido para

campamento pero hicimos un alto para pasar el día y reiniciar la marcha en la noche inmediata.

[Fragmento inicial de «Una Revolución que comienza», publicado en *O Cruzeiro*, 16 de junio, 1° de julio y 16 julio de 1959.]

---

## Alegría de Pío

Alegría de Pío es un lugar de la provincia de Oriente, municipio de Niquero, cerca de Cabo Cruz, donde fuimos sorprendidos el día 5 de diciembre de 1956 por las tropas de la dictadura.

Veníamos extenuados después de una caminata no tan larga como penosa. Habíamos desembarcado el 2 de diciembre en el lugar conocido por playa de Las Coloradas, perdiendo casi todo nuestro equipo y caminando durante interminables horas por ciénagas de agua de mar, con botas nuevas; esto había provocado ulceraciones en los pies de casi toda la tropa. Pero no era nuestro único enemigo el calzado o las afecciones fúngicas. Habíamos llegado a Cuba después de siete días de marcha a través del Golfo de México y el Mar Caribe, sin alimentos, con el barco en malas condiciones, casi todo el mundo mareado por falta de costumbre de navegación, después de salir el 25 de noviembre del puerto de Tuxpan, un día de norte, en que la navegación estaba prohibida. Todo esto había dejado sus huellas en la tropa integrada por bisoños que nunca habían entrado en combate.

Ya no quedaba de nuestros equipos de guerra nada más que el fusil, la canana y algunas balas mojadas. Nuestro arsenal médico había desaparecido, nuestras mochilas se habían quedado en los pantanos, en su gran mayoría. Caminamos de noche, el día anterior, por las guardarrayas de las cañas del Central Niquero, que pertenecía a Julio Lobo en aquella época. Debido a nuestra inexperiencia, saciábamos nuestra hambre y nuestra sed comiendo cañas a la orilla del camino y dejando allí el bagazo; pero además de eso, no necesitaron los guardias el auxilio de pesquisas indirectas, pues nuestro guía, según nos enteramos años después, fue el autor principal de la traición, llevándolos hasta nosotros. Al guía se le había dejado en libertad la noche anterior, cometiendo un error que repetiríamos algunas veces durante la lucha, hasta aprender que los elementos de la población civil cuyos antecedentes se desconocen deben ser vigilados siempre que se esté en zonas de peligro. Nunca debimos permitirle irse a nuestro falso guía.

En la madrugada del día 5, eran pocos los que podían dar un paso más; la gente desmayada, caminaba pequeñas distancias para pedir descansos prolongados. Debido a ello, se ordenó un alto a la orilla de un cañaveral, en un bosquecito ralo, relativamente cercano al monte firme. La mayoría de nosotros durmió aquella mañana.

Señales desacostumbradas empezaron a ocurrir a mediodía, cuando los aviones Biber y otros tipos de avionetas del ejército y de particulares empezaron a rondar por las cercanías. Algunos de nuestro grupo, tranquilamente, cortaban cañas mientras pasaban los aviones sin pensar en lo visibles que eran dadas la baja altura y poca velocidad a que volaban los aparatos enemigos. Mi tarea en aquella época, como médico de la tropa, era curar las llagas de los pies heridos. Creo recordar mi última cura en aquel día. Se llamaba aquel compañero Humberto Lamotte y ésa era su última jornada. Está en mi memoria la figura cansada y angustiada llevando en la mano los zapatos que no podía ponerse mientras se dirigía del botiquín de campaña hasta su puesto.

El compañero Montané y yo estábamos recostados contra un tronco, hablando de nuestros respectivos hijos; comíamos la magra ración -medio chorizo y dos galletas- cuando sonó un disparo; una diferencia de segundos solamente y un huracán de balas -o al menos eso pareció a nuestro angustiado espíritu durante aquella prueba de fuego- se cernía sobre el grupo de 82 hombres. Mi fusil no era de los mejores, deliberadamente lo había pedido así porque mis condiciones físicas eran deplorables después de un largo ataque de asma soportado durante toda la travesía marítima y no quería que fuera a perder una arma buena en mis manos. No sé en qué momento ni cómo sucedieron las cosas; los recuerdos ya son borrosos. Me acuerdo que, en medio del tiroteo, Almeida -en ese entonces capitán- vino a mi lado para preguntar las órdenes que había pero ya no había nadie allí para darlas. Según me enteré después, Fidel trató en vano de agrupar a la gente en el cañaveral cercano, al que había

que llegar cruzando la guardarraya solamente. La sorpresa había sido demasiado grande, las balas demasiado nutridas. Almeida volvió a hacerse cargo de su grupo, en ese momento un compañero dejó una caja de balas casi a mis pies, se lo indiqué y el hombre me contestó con cara que recuerdo perfectamente, por la angustia que reflejaba, algo así como «no es hora para cajas de balas», e inmediatamente siguió el camino del cañaveral (después murió asesinado por uno de los esbirros de Batista). Quizá ésa fue la primera vez que tuve planteado prácticamente ante mí el dilema de mi dedicación a la medicina o a mi deber de soldado revolucionario. Tenía delante una mochila de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho peso para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cañas. Recuerdo perfectamente a Faustino Pérez, de rodillas en la guardarraya, disparando su pistola ametralladora. Cerca de mí un compañero llamado Arbentosa, caminaba hacia el cañaveral. Una ráfaga que no se distinguió de las demás, nos alcanzó a los dos. Sentí un fuerte golpe en el pecho y una herida en el cuello; me di a mí mismo por muerto. Arbentosa, vomitando sangre por la nariz, la boca y la enorme herida de la bala cuarenta y cinco, gritó algo así como «me mataron» y empezó a disparar alocadamente pues no se veía a nadie en aquel momento. Le dije a Faustino, desde el suelo, «me fastidiaron» (pero más fuerte la palabra), Faustino me echó una mirada en medio de su tarea y me dijo que no era nada, pero en sus ojos se leía la condena que significaba mi herida.

Quedé tendido, disparé un tiro hacia el monte siguiendo el mismo oscuro impulso del herido. Inmediatamente, me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista, apoyado en un tronco de árbol, se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte por congelación, en las zonas heladas de Alaska. Es la única imagen que recuerdo. Alguien, de rodillas, gritaba que había que rendirse y se oyó atrás una voz, que después supe pertenecía a Camilo Cienfuegos, gritando: «Aquí no se rinde nadie...» y una palabrota después. Ponce se acercó agitado, con la respiración anhelante, mostrando un balazo que aparentemente le atravesaba el pulmón. Me dijo que estaba herido y le manifesté, con toda indiferencia, que yo también. Siguió Ponce arrastrándose hacia el cañaveral, así como otros compañeros ilesos. Por un momento quedé solo, tendido allí esperando la muerte. Almeida llegó hasta mí y me dio ánimos para seguir; a pesar de los dolores, lo hice y entramos en el cañaveral. Allí vi al gran compañero Raúl Suárez, con su dedo pulgar destrozado por una bala y Faustino Pérez vendándose junto a un tronco; después todo se confundía en medio de las avionetas que pasaban bajo, tirando algunos disparos de ametralladora, sembrando más confusión en medio de escenas a veces dantescas y a veces grotescas, como la de un corpulento combatiente que quería esconderse tras de una cañas, y otro que pedía silencio en medio de la batahola tremenda de los tiros, sin saberse bien para qué.

Se formó un grupo que dirigía Almeida y en el que estábamos además el hoy comandante Ramiro Valdés, en aquella época teniente, y los compañeros Chao y Benítez; con Almeida a la cabeza, cruzarnos la última guardarraya del cañaveral para alcanzar un monte salvador. En ese momento se oían los primeros gritos: «fuego», en el cañaveral se levantaban columnas de humo y fuego; aunque esto no lo puedo asegurar, porque pensaba más en la amargura de la derrota y en la inminencia de mi muerte, que en los acontecimientos de la lucha. Caminamos hasta que la noche nos impidió avanzar y resolvimos dormir todos juntos, amontonados, atacados por los mosquitos, atenazados por la sed y el hambre. Así fue nuestro bautismo de fuego, el día 5 de diciembre de 1956, en las cercanías de Niquero. Así se inició la forja de lo que sería el Ejército Rebelde.

---

## A la deriva

Al día siguiente de la sorpresa de Alegría de Pío, caminábamos en medio de montes en que se alternaba la tierra roja con el «diente de perro», oyendo descargas aisladas en todas direcciones y sin atinar ningún rumbo específico. Chao, que era veterano de la guerra española, opinó que esa forma de caminar nos conduciría inevitablemente a caer en alguna emboscada enemiga y propuse buscar algún lugar adecuado para esperar la noche y caminar entonces.

Estábamos prácticamente sin agua, con la única lata de leche que teníamos había ocurrido el percance de que Benítez, encargado de su custodia, la había cargado en el bolsillo de su uniforme al revés, vale decir, con los

huequitos hechos para absorberla hacia abajo, de tal manera que, al ir a tomar nuestra ración -consistente en un tubo vacío de vitaminas que llenábamos con leche condensada y un trago de agua- vimos con dolor que toda estaba en el bolsillo y en el uniforme de Benítez.

Logramos establecernos en una especie de cueva que ofrecía visión amplia a un lado, pero, tenía el defecto que no se podía prever el avance enemigo por el otro. Sin embargo, nosotros pensábamos más en que no nos vieran que en defendernos y resolvimos mantenernos allí durante el día, aunque con el compromiso expresamente tomado por los cinco de luchar hasta la muerte. Quienes hicieramos ese pacto nos llamamos: Ramiro Valdés, Juan Almeida, Chao, Benítez y el que esto relata. Todos sobrevivimos la terrible experiencia de la derrota y la lucha posterior.

Por la noche salimos a caminar. Establecí cuál era la Estrella Polar, según mis conocimientos en la materia, y durante un par de días fuimos caminando guiándonos por ella hacia el Este y llegar a la Sierra Maestra. (Mucho tiempo después me enteraría que la estrella que nos permitió guiarnos hacia el Este no era la Polar y que simplemente por casualidad, habíamos ido llevando aproximadamente este rumbo hasta amanecer en unos acantilados ya muy cerca de la costa.)

El mar se veía abajo; nos separaba de él un farallón cortado a pico de unos cincuenta metros de altura y la tentadora imagen de una fosa de agua, al parecer dulce, sobresalía abajo. Nuestro tormento mayor era la sed; esa noche había aparecido una multitud de cangrejos e impulsados por el hambre matamos algunos, pero como no podíamos hacer fuego, sorbimos crudas sus partes gelatinosas, lo que nos provocó una sed angustiada.

Después de mucho buscar encontramos un paso practicable donde bajar en busca del agua pero, en los trajines de ida y venida, la fosa observada desde lo alto se nos perdió y solamente pudimos mitigar la sed gracias a las pequeñas cantidades de agua restantes de lluvias anteriores que quedaban en los huecos del «diente de perro», allí la buscábamos y la extraíamos mediante la bombita de un nebulizador antiasmático; tomamos sólo algunas gotas de líquido cada uno.

Ibamos caminando con desgano, sin rumbo fijo; de vez en cuando un avión pasaba por el mar. Caminar entre los arrecifes era muy fatigoso y algunos proponían ir pegados a los acantilados de la costa, pero había allí un inconveniente grave: nos podían ver. En definitiva nos quedamos tirados a la sombra de algunos arbustos esperando que bajara el sol. Al anochecer encontramos una playita y nos bañamos.

Hice un intento de repetir algo que había leído en algunas publicaciones semicientíficas o en alguna novela en que se explicaba que el agua dulce mezclada con un tercio de agua de mar da un agua potable muy buena y aumenta la cantidad de líquido; hicimos así con lo que quedaba de una cantimplora y el resultado fue lamentable; un brebaje salobre que me valió la crítica de todos los compañeros. Algo refrescados por el baño seguimos caminando. Era de noche y creo recordar que había una luna bastante buena. Almeida y yo, que íbamos a la cabeza, observamos de pronto, en una de esas pequeñas chozas que los pescadores hacen a la orilla del mar para resguardarse de la intemperie, una sombra de gente durmiendo. Creímos que eran soldados, pero estábamos demasiado cerca ya para retroceder y avanzamos rápidamente; Almeida fue a intimar la rendición a los dormidos, cuando nos encontramos con una sorpresa agradable: eran tres expedicionarios del Granma, Camilo Cienfuegos, Pancho González y Pablo Hurtado. En seguida iniciamos un intercambio de opiniones, de experiencias, de noticias de lo poco que sabía cada uno de los otros o cada uno del combate. Mientras que el grupo de Camilo nos obsequiaba con un pedazo de caña que había arrancado antes de huir y que sirvió para engañar al estómago con algo dulce y jugoso, ellos masticaban desaprensivamente los cangrejos. Habían encontrado la forma de mitigar la sed sorbiendo directamente el agua de los hoyitos con algún tubito o palo hueco.

Seguimos nuestro camino todos juntos. Ocho era ahora el número de combatientes del ejército remanente del Granma y no teníamos noticias de que hubiera más supervivientes. Pensábamos, con lógica, que debía haber más grupos como el nuestro, pero no teníamos siquiera idea de dónde estábamos, todo lo que sabíamos era que caminando con el mar a nuestra derecha íbamos hacia el Este, es decir a la Sierra Maestra, el lugar donde teníamos que refugiarnos. No se nos escapaba el hecho de que los acantilados a pico y el mar cerraban completamente nuestras posibilidades de fuga, en caso de toparnos con una tropa enemiga. No recuerdo ahora si fue uno o dos días que caminamos por la costa, sólo sé que comimos algunos pequeños frutos de tuna que crecían en las orillas, uno o dos por cabeza, lo que no engañaba al hambre, y que la sed era atroz, pues las

contadas gotas de agua debían racionarse al máximo.

Una madrugada, ya sumamente cansados, llegamos a la orilla del mar y quedamos dormitando hasta que se viera por dónde pasar porque parecía que de pronto los acantilados hubieran caído a pico.

Apenas amaneció iniciamos una exploración y apareció ante nuestros ojos una casa grande de guano con la apariencia de pertenecer a algún campesino de una posición acomodada. Mi opinión inmediata fue no acercarnos a una casa de ese tipo, pues presumiblemente serían nuestros enemigos o tal vez el ejército la ocupara. Benítez opinó todo lo contrario y al final avanzamos los dos hacia la casa.

Yo me quedaba afuera mientras él cruzaba una cerca de alambre de púas (nos acompañaba alguien más que no recuerdo), de pronto percibí claramente en la penumbra la imagen de un hombre uniformado con una carabina M-1 en la mano, pensé que habían llegado nuestros últimos minutos, al menos los de Benítez, a quien ya no podía avisar porque estaba más cerca del hombre que de mi posición; Benítez llegó casi al lado del soldado y se volvió por donde había venido, diciéndome con toda ingenuidad que él volvía porque había visto «un señor con una escopeta» y no le pareció prudente preguntarle nada.

Realmente, Benítez y todos nosotros nacimos de nuevo, pero allí no paró nuestra odisea; después de dar un rodeo prudencial, tratamos de ir trepando por el acantilado mucho más bajo aquí, pues llegábamos a la zona denominada Ojo de Buey, donde un pequeño río cae al mar y por lo tanto lo perfora en ese lugar.

El día nos sorprendió antes de lograr traspasar la loma y solamente atinamos a llegar a una cueva desde la cual se observaba perfectamente todo el panorama: éste era de absoluta tranquilidad; una embarcación de la marina desembarcaba hombres, mientras otros embarcaban, al parecer, en una operación de relevo. Pudimos contar cerca de treinta y después supimos que eran los hombres de Laurent, el temido asesino de la Marina de Guerra que, después de haber cumplido su macabra misión de asesinar a un grupo de compañeros, estaba relevando a sus hombres.

Ante los ojos asombrados de Benítez aparecieron los «señores de la escopeta» con toda su trágica realidad. La situación era bastante mala; en el caso de ser descubiertos, no había la menor posibilidad de salvación y sólo restaba luchar allí hasta el final.

Pasamos el día sin probar bocado, racionando rigurosamente el agua que distribuíamos en el ocular de una mirilla telescópica para que fuera exacta la medida para cada uno de nosotros y por la noche emprendimos nuevamente el camino para alejarnos de esta zona donde vivimos uno de los días más angustiosos de la guerra, entre la sed y el hambre, el sentimiento de nuestra derrota y la inminencia de un peligro palpable e ineludible que nos hacía sentir como ratas acorraladas.

Después de algunas peripecias fuimos a caer al arroyo que desembocaba en el mar, o a algún afluente de este; tirados en el suelo bebimos ávidamente, como caballos, durante un largo rato, hasta que nuestro estómago vacío de alimentos, se resistió a recibir más agua. Llenamos las cantimploras y seguimos nuestro viaje. Por la madrugada llegamos a la punta de un pequeño cerrito en el cual había unos cuantos árboles. Nos distribuimos allí como para hacer resistencia y para poder ocultarnos lo mejor posible y pasamos todo el día viendo pasar avionetas a muy baja altura sobre nuestras cabezas, con altoparlantes que emitían sonidos incomprensibles pero que Almeida y Benítez, veteranos del Moncada, entendían que era una intimación de rendición. Por el bosque de vez en cuando se oían algunos gritos inidentificables.

Esa noche seguimos nuestro peregrinaje hasta llegar a las cercanías de una casa donde se oía el ruido de una orquesta. Una vez más se suscitó la discusión; Ramiro, Almeida y yo opinábamos que no se debía ir de ninguna manera a un baile o algo así, puesto que los campesinos inmediatamente, aunque no fuera más que por indiscreción natural, harían conocer nuestra presencia en la zona; Benítez y Camilo Cienfuegos opinaban que había que ir de todas maneras y comer. Al final Ramiro y yo fuimos comisionados para la tarea de llegar hasta la casa, obtener noticias y lograr comida. Cuando llegábamos cerca cesó la música y se oyó distante la voz de un hombre que decía algo así como: «vamos a brindar ahora por todos nuestros compañeros de armas que tan brillante actuación» &c., &c. Nos bastó para volver lo más rápido y sigilosamente posible a informar a nuestros compañeros de quiénes eran los que se estaban divirtiendo en aquella fiesta.

Seguimos nuestro camino, pero con la gente cada vez más negada a caminar; esa noche, o tal vez la siguiente,

casi todas los compañeros se resistieron a seguir y tuvimos que llamar entonces a las puertas de un campesino, en las orillas de un camino real, en el lugar llamado Puercas Gordas, nueve días después de la sorpresa.

Nos recibieron en forma amable y seguidamente un festival ininterrumpido de comida se realizó en aquella choza campesina. Horas y horas pasamos comiendo hasta que nos sorprendió el día y ya no podíamos salir de allí. Por la mañana llegaban campesinos avisados de nuestra presencia que, curiosos y solícitos, venían a conocernos y a darnos algo de comer o traernos algún presente.

La pequeña casa en que estábamos pronto se convertía en un infierno: Almeida iniciaba el fuego de la diarrea y luego ocho intestinos desagradecidos demostraban su ingratitud, envenenando aquel pequeño recinto; algunos llegaban a vomitar. Pablo Hurtado agotado por los días de marcha, de cansancio, de mareo, de hambre y sed acumulados, no podía levantarse.

Resolvimos seguir por la noche. Los campesinos dijeron que tenían noticias de que Fidel estaba vivo y que podían llevarnos a algunas zonas en las cuales presumiblemente estaría con Crescencio Pérez, pero teníamos que dejar los uniformes y las armas. Almeida y yo conservamos unas pistolas ametralladoras Star; los ocho fusiles y todas las balas quedaron en resguardo en casa del campesino, mientras nosotros nos dividíamos en dos grupos, de tres y cuatro hombres, para alojarnos en casa de los campesinos y de allí ir ganando, en sucesivas etapas, la Maestra.

El grupo nuestro estaba integrado si mal no recuerdo, por Pancho González, Ramiro Valdés, Almeida y yo; el otro por Camilo, Benítez y Chao; Pablo Hurtado quedaba enfermo en la casa.

Apenas nos fuimos, el dueño de la casa no pudo resistir la tentación de comunicar la noticia a un amigo para discutir donde escondía las armas; éste le convenció de que podían venderse, entrando en tratos con un tercero, el que hizo la denuncia al ejército y, pocas horas después de haber dejado la primera hospitalaria mansión de Cuba, el enemigo irrumpió, tomaba preso a Pablo Hurtado y capturaba todas las armas.

Nosotros estábamos en casa de un adventista llamado Argelio Rosabal a quien todos conocían como *El Pastor*. Este compañero, al enterarse de la infausta noticia hizo contacto rápidamente con otro campesino de la zona, muy conocedor de ella y que decía simpatizaba con los rebeldes. Esa noche nos sacaban de allí y nos llevaban a otro refugio más seguro. El campesino que conociéramos aquel día se llamaba Guillermo García, hoy jefe del Ejército de Occidente y miembro de la Dirección Nacional de nuestro Partido.

Después estuvimos en algunas otras casas campesinas; Carlos Mas, incorporado al ejército más tarde, Perucho, otros compañeros cuyos nombres no recuerdo. Una madrugada, después de cruzar la carretera de Pilón, y caminar sin guía alguno, llegábamos hasta la finca de Mongo Pérez, hermano de Crescencio, donde estaban todos los expedicionarios sobrevivientes y en libertad - hasta el momento - de nuestras tropas desembarcadas; a saber, Fidel Castro, Universo Sánchez, Faustino Pérez, Raúl Castro, Ciro Redondo, Efigenio Ameijeiras, René Rodríguez y Armando Rodríguez. Pocos días después se nos incorporarían Morán, Crespo, Julito Díaz, Calixto García, Calixto Morales y Bermúdez.

Nuestra pequeña tropa se presentaba sin uniformes y sin armamentos, pues las dos pistolas era todo lo que habíamos logrado salvar del desastre y la reconvención de Fidel fue muy violenta.

Durante toda la campaña, y aún hoy, recordamos su admonición: «No han pagado la falta que cometieron, porque el dejar los fusiles en estas circunstancias se paga con la vida; la única esperanza de sobrevivir que tenían en caso de que el ejército topara con ustedes eran sus armas. Dejarlas fue un crimen y una estupidez.»

---

## Combate de La Plata

El ataque a un pequeño cuartel que existía en la desembocadura del río de La Plata, en la Sierra Maestra, constituyó nuestra primera victoria y tuvo cierta resonancia, más lejana que la abrupta región donde se realizó.

Fue un llamado de atención a todos, la demostración de que el Ejército Rebelde existía y estaba dispuesto a luchar y, para nosotros, la reafirmación de nuestras posibilidades de triunfo final.

El día 14 de enero de 1957, poco más de un mes después de la sorpresa de Alegría de Pío, paramos en el río Magdalena que está separado de La Plata por un firme que sale de la Maestra y muere en el mar dividiendo las dos pequeñas cuencas. Allí hicimos algunos ejercicios de tiro, ordenados por Fidel para entrenar algo a la gente; algunos tiraban por primera vez en su vida. Allí nos bañamos también, después de muchos días de ignorar la higiene y, los que pudieron, cambiaron sus ropas. En aquel momento había veintitrés armas efectivas; nueve fusiles con mirilla telescópica, cinco semiautomáticos, cuatro de cerrojo, dos ametralladoras Thompson, dos pistolas ametralladoras y una escopeta calibre 16. Por la tarde de ese día subimos la última loma antes de llegar a las inmediaciones de La Plata. Seguíamos un angosto trillo del bosque transitado por muy pocas personas y marcado especialmente para nosotros a punta de machete por un campesino de la región, llamado Melquiades Elías. Este nombre nos fue dado por nuestro guía Eutimio, que en esa época era imprescindible para nosotros y la imagen del campesinado rebelde; pero algún tiempo después fue apresado por Casilla, quien en vez de matarlo lo compró con la oferta de \$10.000 y un grado en el ejército si mataba a Fidel. Estuvo muy cerca de su intento, pero le faltó valor para hacerlo; sin embargo, muy importante fue su acción, delatando nuestros campamentos.

En aquella época, Eutimio nos servía lealmente; era uno de los tantos campesinos que luchaban por sus tierras contra los terratenientes de la región, y quien luchara contra los terratenientes, luchaba al mismo tiempo contra la guardia que era la servidora de aquella clase.

Durante el camino de ese día, tomamos dos campesinos prisioneros que resultaron ser parientes del guía: uno de ellos fue puesto en libertad pero el otro fue retenido, como medida de precaución. Al día siguiente, 15 de enero, avistamos el cuartel de La Plata, a medio construir, con sus láminas de zinc y vimos un grupo de hombres semidesnudos en los que se adivinaba, sin embargo, el uniforme enemigo. Pudimos observar cómo, a las seis de la tarde, antes de caer el sol, llegaba una lancha cargada de guardias, bajando unos y subiendo otros. Como no comprendimos bien las evoluciones decidimos dejar el ataque para el día siguiente.

Desde el amanecer del 16 se puso observación sobre el cuartel. Se había retirado el guardacostas por la noche; se iniciaron labores de exploración pero no se veían soldados por ninguna parte. A las tres de la tarde, decidimos ir acercándonos al camino que sube del cuartel bordeando el río para tratar de observar algo; al anochecer, cruzamos el río de La Plata que no tiene profundidad alguna y nos apostamos en el camino; a los cinco minutos, tomamos prisioneros a dos campesinos. Uno de los hombres tenía algunos antecedentes de chivato; al saber quiénes éramos y expresarles que no teníamos buenas intenciones si no hablaban claro, dieron informaciones valiosas. Había unos soldados en el cuartel, aproximadamente una quincena, y, además, al rato debía pasar uno de los tres famosos mayores de la región: Chicho Osorio. Estos mayores pertenecían al latifundio de la familia Laviti que había creado un enorme feudo y lo mantenía mediante el terror con la ayuda de individuos como Chicho Osorio. Al poco rato, apareció el nombrado Chicho, borracho, montado en un mulo y con un negrito a horcajadas. Universo Sánchez, le dio el alto en nombre de la guardia rural, y éste rápidamente contestó: «mosquito»; era la contraseña.

A pesar de nuestro aspecto patibulario, quizás por el grado de embriaguez de ese sujeto, pudimos engañar a Chicho Osorio. Fidel, con aire indignado, le dijo que era un coronel del ejército, que venía a investigar por qué razón no se había liquidado ya a los rebeldes, que él sí se metía en el monte, por eso estaba barbudo, que era una «basura» lo que estaba haciendo el ejército; en fin, habló bastante mal de la ejecutividad de las fuerzas enemigas. Con gran sumisión, Chicho Osorio contó que, efectivamente, los guardias se la pasaban en el cuartel, que solamente comían, sin actuar; que hacían recorridos sin importancia; manifestó enfáticamente que había que liquidar a todos los rebeldes. Se empezó a hacer discretamente una relación de la gente amiga y enemiga en la zona, preguntándole por ella a Chicho Osorio y, naturalmente poniéndolo al revés, cuando Chicho decía que alguno era malo, ya teníamos una base para decir que era bueno. Así se juntaron veintitantos nombres, y el chivato seguía hablando; nos contó como habían muerto dos hombres en esos lugares; «pero mi general Batista me dejó libre enseguida»; nos dijo cómo acababa de darles unas bofetadas a unos campesinos que se habían puesto «un poco malcriados» y que, además, según sus propias palabras, los guardias eran incapaces de hacer eso; los dejaban hablar sin castigarlos. Le preguntó Fidel qué cosa haría él con Fidel Castro en caso de agarrarlo, y entonces contestó con un gesto explicativo que había que partirle los... igualmente opinó de Crescencio. Mire, dijo, mostrando los zapatos de nuestra tropa, de factura mexicana, «de uno de esos hijos de...

que matamos». Allí, sin saberlo, Chicho Osorio había firmado su propia sentencia de muerte. Al final, ante la insinuación de Fidel, accedió a guiarnos para sorprender a todos los soldados y demostrarles que estaban muy mal preparados y que no cumplían con su deber.

Nos acercamos hacia el cuartel, teniendo como guía a Chicho Osorio, aunque personalmente no estaba muy seguro de que aquel hombre no se hubiera percatado ya de la estratagema. Sin embargo, siguió con toda ingenuidad, pues estaba tan borracho que no podía discernir; al cruzar nuevamente el río para acercarnos al cuartel, Fidel le dijo que las ordenanzas militares establecían que el prisionero debía estar amarrado; el hombre no opuso resistencia, siguió como prisionero, aunque sin saberlo. Explicó que la única guardia establecida era una entrada en el cuartel en construcción y la casa de otro de los mayores llamado Honorio, y nos guió hasta un lugar cercano al cuartel por donde pasaba el camino al Macío. El compañero Luis Crespo, hoy comandante, fue enviado a explorar y volvió con la noticia de que eran exactos los informes del mayoral, pues se veían las dos construcciones y el punto rojo de los cigarros de la guardia en el medio.

Cuando estábamos listos para acercarnos tuvimos que escondernos y dejar pasar a tres guardias a caballo que pasaban, arriando como una mula a un prisionero de a pie. Al lado mío pasó, y recuerdo las palabras del pobre campesino que decía: «Yo soy como ustedes» y la contestación de un hombre, que después identificamos como el cabo Basol, «cállate y sigue antes de que te haga caminar a latigazos». Nosotros creíamos que ese campesino quedaba fuera de peligro al no estar en el cuartel, expuesto a nuestras balas en el momento del ataque; sin embargo, al día siguiente, cuando se enteraron del combate y sus resultados fue asesinado vilmente en el Macío.

Teníamos preparado el ataque con veintidós armas disponibles. Era un momento importante, pues teníamos muy pocas balas; había que tomar el cuartel de todas maneras, el no tomarlo significaba gastar todo el parque, quedar prácticamente indefensos. El compañero teniente Julito Díaz, caído gloriosamente en El Uvero, con Camilo Cienfuegos, Benítez y Calixto Morales, con fusiles semiautomáticos, cercarían la casa de guano por la extrema derecha. Fidel, Universo Sánchez, Luis Crespo, Calixto García, Fajardo -hoy comandante del mismo apellido que nuestro médico, Piti Fajardo, caído en Escambray- y yo, atacaríamos por el centro. Raúl con su escuadra y Almeida con la suya, el cuartel, por la izquierda.

Así fuimos acercándonos a las posiciones enemigas hasta llegar a unos cuarenta metros. Había buena luna. Fidel inició el tiroteo con dos ráfagas de ametralladora y fue seguido por todos los fusiles disponibles. Inmediatamente, se invitó a rendirse a los soldados, pero sin resultado alguno. En el momento de iniciarse el tiroteo fue ajusticiado el chivato y asesino Chicho Osorio.

El ataque se había iniciado a las dos y cuarenta de la madrugada y los guardias hicieron más resistencia de la esperada, había un sargento que tenía un M-1, y respondía con una descarga cada vez que le intimábamos la rendición; se dieron órdenes de disparar nuestras viejas granadas de tipo brasileño; Luis Crespo tiró la suya, yo la que me pertenecía. Sin embargo, no estallaron. Raúl Castro tiró dinamita sin niple y ésta no hizo ningún efecto. Había entonces que acercarse y quemar las casas aun a riesgo de la propia vida; en aquellos momentos Universo Sánchez trató de hacerlo primero y fracasó, después Camilo Cienfuegos tampoco pudo hacerlo, y al final, Luis Crespo y yo nos acercamos a un rancho que este compañero incendió. A la luz del incendio pudimos ver que era simplemente un lugar donde guardaban los frutos del cocotal cercano, pero intimidamos a los soldados que abandonaron la lucha. Uno huyendo fue casi a chocar contra el fusil de Luis Crespo que lo hirió en el pecho, le quitó el arma y seguimos disparando contra la casa. Camilo Cienfuegos, parapetado detrás de un árbol, disparó contra el sargento que huía y agotó los pocos cartuchos de que disponía.

Los soldados, casi sin defensa, eran inmisericordemente heridos por nuestras balas. Camilo Cienfuegos entró primero, por nuestro lado, a la casa de donde llegaban gritos de rendición. Hicimos rápidamente el balance que había dejado el combate en armas: ocho Springfield, una ametralladora Thompson y unos mil tiros; nosotros habíamos gastado unos quinientos tiros aproximadamente. Además, teníamos cananas, combustible, cuchillos, ropas, alguna comida. El recuento de bajas: ellos tenían dos muertos y cinco heridos, además tres prisioneros. Algunos junto con el chivato Honorio, habían huido. Por nuestra parte, ni un rasguño. Se los dio fuego a las casas de los soldados y nos retiramos, luego de atender lo mejor posible a los heridos, tres de ellos de mucha gravedad, que luego murieron, según nos enteramos después de la victoria final, los dejamos al cuidado de los soldados prisioneros. Uno de estos soldados, se incorporó después a las tropas del comandante Raúl Castro y alcanzó el grado de teniente, muriendo en un accidente aéreo ya después de ganada la guerra.

Siempre contrastaba nuestra actitud con los heridos y la del ejército, que no sólo asesinaba a nuestros heridos sino que abandonaba a los suyos. Esta diferencia fue haciendo su efecto con el tiempo y constituyó uno de los factores de triunfo. Allí, con mucho dolor para mí, que sentía como médico la necesidad de mantener reservas para nuestras tropas, ordenó Fidel que se entregaran a los prisioneros todas las medicinas disponibles para el cuidado de los soldados heridos, y así lo hicimos. Dejamos también en libertad a los civiles y, a las cuatro y treinta de la mañana del día 17, salíamos rumbo a Palma Mocha, a donde llegamos al amanecer internándonos rápidamente, buscando las zonas más abruptas de la Maestra.

Un espectáculo lastimoso se ofrecía a nuestros ojos; un cabo y un mayoral habían afirmado la víspera, a todas las familias presentes, que la aviación bombardearía todo aquello y entonces iniciaron un éxodo hacia la costa. Como nadie conocía nuestra estancia en el lugar, era claramente una maniobra entre los mayores y la guardia rural para despojar a los guajiros de sus tierras y pertenencias, pero la mentira de ellos había coincidido con nuestro ataque y ahora se hacía verdad, de modo que el terror se sembró en ese momento y fue imposible detener el éxodo campesino.

Este fue el primer combate victorioso de los ejércitos rebeldes; en éste y el combate siguiente, fue el único momento de la vida de nuestra tropa donde nosotros hayamos tenido más armas que hombres... El campesino no estaba preparado para incorporarse a la lucha y la comunicación con las bases de la ciudad prácticamente no existía.

---

## Combate de Arroyo del Infierno

El Arroyo del Infierno es un pequeño riachuelo de escaso recorrido que desemboca en el río Palma Mocha. A sus márgenes, alejándonos del río Palma Mocha y subiendo por las laderas de las lomas que lo bordean, llegamos a una pequeña abra circular en el monte donde se levantaban dos pequeños bohíos e hicimos nuestro campamento en esta zona, naturalmente, dejando vacías las casas campesinas.

Fidel calculaba que el ejército vendría en nuestra búsqueda y que más o menos nos localizaría; decidió preparar en esta región la emboscada que sirviera para atrapar algunos soldados enemigos. Consecuentemente con ello distribuyó la gente.

Fidel constantemente vigilaba las líneas y daba recorridos para cerciorarse de la eficacia de la defensa. Las curvas de nivel están hechas en aquella época y marcan muy inexactamente cada cinco metros de altura. El día 19 de enero por la mañana, estuvimos revisando las tropas cuando sucedió un accidente que pudo tener graves consecuencias. Yo había llevado como trofeo de la lucha en La Plata, un casco completo de cabo del ejército batistiano y lo portaba con todo orgullo, pero al ir a inspeccionar las tropas, lo hicimos por pleno monte y la vanguardia nos oyó venir desde lejos y vio el grupo encabezado por uno que llevaba casco. Afortunadamente en ese momento se estaban limpiando las armas, y solamente funcionaba el fusil de Camilo Cienfuegos que disparó sobre nosotros, aunque inmediatamente comprendió su error; el primer disparo no dio en el blanco y el fusil automático se trabó impidiéndole seguir disparando. Este hecho demuestra el estado de tensión que teníamos todos, esperando, como una liberación, el combate; son esos momentos donde hasta los más firmes de nervios sienten cierto leve temblor en las rodillas y todo el mundo ansía ya de una vez la llegada de ese momento estelar de la guerra, que es el combate. Sin embargo no era ni con mucho, nuestro deseo de combatir; lo hicimos porque era necesario.

En la madrugada del día 22, se oyeron algunos disparos aislados por la zona del río Palma Mocha y esto nos incitó a mantener todavía en mejores condiciones nuestra línea; a cuidarnos más y a esperar la inminente presencia de la tropa enemiga.

Debido a que se suponía que estaban los soldados cerca, no hubo ni desayuno ni almuerzo. Con el guajiro Crespo habíamos descubierto un nido de gallinas y racionábamos el uso que hacíamos de los huevos dejando uno, como es usual, para que siguiera poniendo. Ese día, en vista de los tiros escuchados por la noche, Crespo

decidió que debíamos comernos el último huevo, y así lo hicimos. Era mediodía cuando observamos una figura humana en uno de los bohíos, pensamos en el primer momento que había desobedecido la orden de no acercarse a los casas alguno de los compañeros. Sin embargo, no era así; uno de los soldados de la dictadura era el explorador del bohío. Aparecieron después hasta seis, y luego se fueron, quedando tres a la vista; pudimos observar cómo el soldado de guardia, tras mirar a todos lados, quitó unas hierbas, se las puso en las orejas en un intento de camuflaje, y se sentó a la sombra tranquilamente sin aprensiones en su rostro claramente visible en la mirilla telescópica. El disparo de Fidel, que abrió el fuego, lo fulminó, pues solamente alcanzó a dar un grito, algo así como «¡ay mi madre!» y cayó para no levantarse. Se generalizó el tiroteo y cayeron los dos compañeros del infortunado soldado. De pronto descubrí que en el bohío cercano a mis posiciones había otro soldado que trataba de esconderse del fuego nuestro. Se le veían solamente las piernas, pues mi posición elevada hacía que el techo del bohío lo tapara. Tiré a rumbo la primera vez y fallé: el segundo disparo dio de lleno en el pecho del hombre que cayó dejando su fusil elevado en la tierra por la bayoneta. Cubierto por el guajiro Crespo, llegué a la casa donde pude observar el cadáver quitándole sus balas, su fusil y algunas otras pertenencias. El hombre había recibido un balazo en medio del pecho que debió haber partido el corazón y su muerte fue instantánea; ya presentaba los primeros síntomas de la rigidez cadavérica debido quizás al cansancio de la última jornada que había rendido.

El combate fue de una ferocidad extraordinaria y pronto estábamos huyendo cada uno por nuestro lado, luego de logrados por nuestra parte los objetivos propuestos.

Al hacer el recuento constatamos que habíamos gastado 900 balas aproximadamente y que se recuperaron 70 de una canana llena y un fusil; ése fue el Garand que le correspondió al comandante Efigenio Ameijeiras, el que lo llevó durante buena parte de la guerra. Se contaron cuatro muertos del enemigo, pero meses después nos enteramos, al detener un chivato, que habían sido cinco las bajas. No era una victoria completa, pero tampoco una victoria pírrica. Habíamos medido nuestras fuerzas con el ejército en nuevas situaciones y habíamos superado la prueba.

Esto nos mejoró mucho el ánimo y nos permitió seguir durante todo el día trepando hacia los montes más inaccesibles para escapar a la persecución de grupos mayores del ejército enemigo. Así fuimos a caer del otro lado de la montaña y caminábamos paralelamente a la tropa de Batista, que también había huido, y había cruzado las mismas cúspides de las montañas para seguir hacia el otro lado; durante dos días nuestras tropas y las tropas del enemigo marcharon casi juntas, sin percatarse de ello; una vez durmieron en dos bohíos separados apenas por un pequeño río como es el de La Plata, y algún par de recodos entre sí. El teniente que comandaba la patrulla se llamaba Sánchez Mosquera y su nombre se hizo famoso en la Sierra Maestra por sus depredaciones de todo tipo. Es bueno explicar que los balazos oídos por nosotros horas antes de la acción fueron disparados para asesinar a un «pichón de haitiano» que se negara a conducir las tropas hasta nuestro escondite. Si no hubieran cometido ese asesinato no nos hubieran encontrado bien alertas.

Estábamos de nuevo sobrecargados de peso llevando muchos de nosotros dos fusiles; en esta situación no era muy fácil el camino, pero evidentemente era otra moral la que imperaba, diferente a la que ostentábamos después del desastre de Alegría de Pío. Pocos días antes habíamos derrotado a un grupo menor en número, atrincherado en un cuartel; ahora derrotábamos una columna en marcha superior en número a nuestras fuerzas y se pudo experimentar la importancia que tiene en este tipo de guerra liquidar las vanguardias, pues sin vanguardia no puede moverse un ejército.

---

## Ataque aéreo

Después del combate victorioso contra las fuerzas de Sánchez Mosquera, habíamos caminado por las riberas del río de La Plata y, después, cruzando el Magdalena, habíamos vuelto a la zona ya conocida por nosotros en Caracas. Pero el ambiente que existía allí era diferente al que habíamos vivido la primera vez, cuando estuvimos escondidos en esa misma loma y todo el pueblo nos apoyaba; ahora las tropas de Casillas habían pasado sembrando el terror por la zona. Los campesinos se habían ido y solamente quedaban sus bohíos vacíos y algún

animal que nosotros sacrificábamos para comer. La experiencia nos enseñaba que no era correcto el vivir en las casas, de modo que, después de pasar la noche en una de ellas, solitaria, subimos al monte y establecimos nuestro campamento al pie de una aguada, casi en la punta de la loma en Caracas.

Allí recibí una consulta de Manuel Fajardo, preguntándome si era posible que perdiéramos la guerra. Nuestra contestación, independientemente de la euforia de alguna victoria, era siempre la misma: que la guerra se ganaba indiscutiblemente. Me explicó que él me preguntaba eso porque el gallego Morán, le había dicho que no era posible ganar la guerra, que estábamos perdidos y lo había invitado a abandonar la campaña. Puse en conocimiento de Fidel estos datos pero me encontré con que, previsoramente el gallego Morán le había informado ya a Fidel Castro que estaba haciendo algunos tanteos para probar la moral de la tropa. Convinimos en que no era el sistema más adecuado éste y Fidel dio una pequeña arenga instando a una mayor disciplina y explicando los peligros que podía haber si faltaban a ella. Anunció además que tres delitos se castigarían con la pena de muerte: la insubordinación, la deserción y el derrotismo.

La situación no estaba muy alegre en esos días; la columna, sin su espíritu forjado en la lucha todavía y sin una clara conciencia ideológica, no acababa de consolidarse. Un día uno, un día otro se ausentaban compañeros; pedían funciones que a veces eran de mucho mayor riesgo en la ciudad, pero que significaban siempre la huida ante las duras condiciones del campo. Sin embargo, continuaba la vida de campaña su curso; el gallego Morán mostró una infatigable actividad buscando comida y haciendo contacto con los campesinos de lugares cercanos.

En esas condiciones estábamos el día 30 de enero por la mañana. Eutimio Guerra, el traidor, había pedido permiso para ir a ver a su madre enferma y Fidel se lo había concedido, dándole además algo de dinero para el viaje. Según él, el viaje duraría algunas semanas; todavía nosotros no habíamos comprendido una serie de hechos que después fueron claramente explicados por la actuación posterior de este sujeto. Al juntarse nuevamente con la tropa, Eutimio dijo que él había llegado cerca de Palma Mocha cuando se enteró que estaban las fuerzas del gobierno tras nuestra pista y que había tratado de irnos a avisar, pero ya encontró sólo algunos cadáveres de soldados en el bohío de Delfín, uno de los guajiros en cuyas tierras se escenificó el combate de Arroyo del Infierno, y que había seguido nuestra pista por la Sierra hasta encontrarnos allí. En realidad lo que había ocurrido es que él había sido hecho prisionero y estaba ya trabajando como agente del enemigo pues había convenido en recibir dinero y un grado militar para asesinar a Fidel.

Como parte del plan, Eutimio había salido del campamento el día anterior y el día 30 por la mañana, después de una noche fría, cuando empezábamos a levantarnos, escuchamos el zumbido de aviones que no se podían localizar pues estábamos en el monte. La cocina encendida estaba a unos doscientos metros más abajo en una pequeña aguada, allí donde estaba la punta de vanguardia. De pronto se oyó la picada de un avión de combate, el tableteo de unas ametralladoras y, a poco, las bombas. Nuestra experiencia era muy escasa en aquellos momentos y oíamos tiros por todos lados. Las balas de calibre 50 estallan al dar en tierra y golpeando cerca nuestro daban la impresión de salir del mismo monte al tiempo que se oían también los disparos de las ametralladoras desde el aire, al salir las balas. Eso nos hizo pensar que estábamos atacados por fuerzas de tierra.

Se me encomendó la misión de esperar a los miembros de la punta de vanguardia y también de recoger unos enseres que habíamos abandonado debido al ataque aéreo. El punto de reunión era la Cueva del Humo. Mi compañero fue en aquel momento Chao, veterano de la guerra española. Estuvimos esperando durante algún tiempo la llegada de algunos compañeros desaparecidos, pero no encontramos a nadie. Seguimos las huellas de la columna caminando tras un rastro impreciso, con una gran carga, hasta que resolvimos sentarnos a descansar en un claro del bosque. Después de algún tiempo, al sentir ruido y observar movimientos, vimos que avanzaban también siguiendo las mismas huellas el hoy comandante Guillermo García y Sergio Acuña; eran miembros del destacamento de vanguardia y venían a unirse con el grupo. Tras alguna deliberación, Guillermo García y yo fuimos nuevamente al campamento para tratar de ver qué es lo que pasaba ya que no se escuchaba ningún ruido; los aviones habían desaparecido. Vimos un espectáculo desolador: con una extraña puntería que no se repitió, afortunadamente, durante la guerra, había sido atacada la cocina. El fogón había sido partido en pedazos por la metralla y una bomba había estallado exactamente en el medio de nuestro campamento de vanguardia pero, naturalmente, no había allí nadie ya. El gallego Morán y un compañero habían salido a explorar y volvía Morán solo, anunciando que había visto los aviones desde lejos, que eran cinco y, además, que no había tropas en la cercanía. Seguíamos caminando los cinco compañeros, con una gran carga, en medio del espectáculo desolador de las casas de nuestros antiguos amigos quemadas totalmente. Todo lo que encontramos en una de ellas, fue un gato que nos aulló lastimosamente y un puerco que salió gruñendo al sentir nuestra presencia. De la Cueva del

Humo conocíamos el nombre pero no sabíamos exactamente cuál era el lugar. Así pasamos la noche en medio de la incertidumbre, esperando ver a nuestros compañeros, pero temiendo encontrar al enemigo.

El día 31 tomamos posición en lo alto de una loma dominando unos sembradíos; en lo que suponíamos que debía ser la Cueva del Humo, se hicieron varias exploraciones sin encontrar nada. Sergio, uno de los cinco, creyó ver dos personas con gorritos de peloteros, pero se demoró en avisar y no pudimos alcanzar a nadie. Salimos con Guillermo a explorar hasta el fondo del valle cerca de las riberas del Ají donde un amigo de Guillermo nos dio algo de comer, pero toda la gente estaba muy asustada. Nos avisó este amigo que toda la mercancía de Ciro Frías fue tomada por los guardias y quemada; las mulas fueron requisadas y el arriero muerto. La tienda de Ciro Frías quemada y su mujer presa. Los hombres que habían pasado por la mañana estaban bajo las órdenes del comandante Casillas que había dormido en las cercanías de la casa.

El 1° de febrero nos quedarnos en nuestro pequeño campamento, prácticamente a la intemperie, reponiéndonos del cansancio de las caminatas del día anterior. A las once de la mañana se oyó un tiroteo al otro lado de la loma y después, más cerca, unos gritos lastimeros como de alguien pidiendo auxilio. Todo esto parece que acabó con los nervios de Sergio Acuña, quien dejó silenciosamente su canana y el fusil y desertó de la guardia a él encomendada. Anotamos en nuestro diario de campaña que se había llevado un sombrero guajiro, una lata de leche condensada y tres chorizos; en aquel momento lo sentimos mucho por la leche condensada y los chorizos. Unas horas después oímos ruidos y nos aprestamos a la defensa, no sabiendo si el desertor nos había traicionado, pero apareció Crescencio con una larga columna integrada por casi todos los nuestros y una nueva gente incorporada de Manzanillo que estaba dirigida por Roberto Pesant. De los nuestros faltaban Sergio Acuña, el desertor, y los compañeros Calixto Morales, Calixto García y Manuel Acuña; además un nuevo recluta incorporado recientemente que se había perdido en el tiroteo en este primer día.

Bajamos nuevamente al valle del Ají, y en el camino se repartieron algunas cosas que habían traído los de Manzanillo, incluido equipo de cirugía y mudas de ropa para todos. Nos emocionó mucho recibir en aquel momento una muda de ropa con iniciales bordadas por las muchachas de Manzanillo. Al día siguiente, dos de febrero, al cumplirse dos meses del desembarco del Granma, estaba un grupo homogéneo reunido; se habían incorporado a él unos diez hombres más provenientes de Manzanillo y nos sentíamos más fuertes y con mejor ánimo que nunca. Muchas discusiones tuvimos de cómo se había producido la sorpresa y el ataque de los aviones y todos coincidimos en que la cocina de día y el humo que desprendiera la fogata había guiado los aviones hasta allí. Durante muchos meses y quizás durante toda la guerra, los recuerdos de aquella sorpresa pesaron en el ánimo de la tropa y hasta el final no se hicieron fogones al aire libre durante el día, temiendo alguna desagradable consecuencia.

Nos parecía imposible, y creo que no pasó por la mente de nadie, el que estuviera en el avión de observación, que nosotros llamábamos el chivato, el traidor Eutimio Guerra, explicándole a Casillas el lugar donde estábamos: pero así era. La enfermedad de su madre era un pretexto utilizado por él para salir y buscar al asesino Casillas.

Todavía durante algún tiempo más Eutimio Guerra jugó un importante papel negativo en el desarrollo de nuestra guerra de liberación.

---

## Sorpresa en Altos de Espinosa

Después de la sorpresa aérea narrada anteriormente, abandonamos la loma de Caracas tratando de volver sobre nuestros pasos a zonas conocidas, a donde pudiéramos establecer contacto directo con Manzanillo, recibir más ayuda del exterior y comprender un poco mejor la situación existente en el resto del país.

Por ello volvimos, cruzando el Ají, por territorios ya conocidos de todos, hasta llegar a la casa del viejo Mendoza. Los senderos había que abrirlos a machete en el filo de las lomas, desde hacía mucho tiempo no caminadas por el hombre, y era muy lento el avance. La noche la pasamos en una de esas alturas, prácticamente

sin comer. Recuerdo todavía, como uno de los grandes banquetes de mi vida, el momento en que el guajiro Crespo se presentó con una lata conteniendo cuatro butifarras, producto de sus ahorros anteriores, diciendo que era para los amigos; el guajiro, Fidel, yo y algún otro, disfrutamos de esa magra ración como de un banquete opíparo. La marcha siguió hasta llegar a la casa, situada a la derecha de Caracas, donde el viejo Mendoza nos prepararía algo de comer; con todo su miedo, pero con lealtad campesina, nos acogía cada vez que pasábamos por allí, respondiendo a las exigencias de amistad de Crescencio Pérez o de algunos otros campesinos amigos que estaban en la tropa.

Para mí fue muy penosa la marcha, pues tuve un ataque de paludismo y fueron el guajiro Crespo y el inolvidable compañero Julio Zenón Acosta los que me ayudaron a recorrer una jornada angustiosa. Al llegar a esos lugares nunca se dormía en las casas; pero mi estado y el del famoso gallego Morán, que siempre encontraba oportunidad de enfermarse, hicieron que nos enviaran a dormir bajo techo mientras la tropa vigilaba en las cercanías, llegando a la casa sólo para comer.

Era necesario depurar la tropa, pues había un grupo de personas con la moral muy baja y alguno que otro seriamente lesionado; en este último caso estaban el hoy Ministro del Interior Ramiro Valdés, e Ignacio Pérez, un hijo de Crescencio muerto luego gloriosamente con el grado de capitán. Ramirito había sufrido un fuerte golpe en la rodilla, rodilla que a su vez tenía resentida a consecuencia de las heridas recibidas en el Cuartel Moncada, de tal forma que tuvimos que dejarlo. Se fueron algunos otros muchachos cuya retirada fue más bien una ganancia para la tropa. Recuerdo uno al que le dio un ataque de nervios y empezó a gritar, en medio de aquella soledad de monte y guerrilla, que lo habían enviado a un campamento con abundante comida y defensa antiaérea y que en vez de eso, los aviones lo acosaban y no tenían lugar fijo, ni comida, ni siquiera agua para tomar. Más o menos, era la impresión de los combatientes los primeros días de vida en campaña. Después, los que quedaran y resistieran las primeras pruebas se acostumbrarían a la suciedad, a la falta de agua, de comida, de techo, de seguridad y a vivir continuamente confiando sólo en el fusil y amparados en la cohesión y resistencia del pequeño núcleo guerrillero.

Ciro Frías llegó con algunos compañeros nuevos incorporados a la guerrilla, trayendo una serie de noticias que hoy nos hacen sonreír, pero que en aquella época nos llenaban de confusas impresiones. Que Díaz Tamayo estaba a punto de dar la voltereta y «tallando» con las fuerzas revolucionarias; que Faustino había podido coleccionar miles y miles de pesos; en fin, el sabotaje ardía en todo el país y se acercaba el caos para el gobierno. Además, una noticia triste pero aleccionadora: Sergio Acuña, el desertor de días atrás, fue a la casa de unos parientes, allí se puso a relatar a sus primas sus hazañas como guerrillero, lo escuchó un tal Pedro Herrera, lo delató a l

parecer, lo colgó. Esto enseñaba a la tropa el valor de la cohesión y la inutilidad de intentar huir individualmente del destino colectivo; pero, además, nos colocaba ante la necesidad de cambiar de lugar pues, presumiblemente, el muchacho hablaría antes de ser asesinado y él conocía la casa de Florentino, donde estábamos. Hubo un hecho curioso en aquel momento, que sólo después atando cabos, hizo la luz en nuestro entendimiento: Eutimio Guerra había manifestado que en un sueño se había enterado de la muerte de Sergio Acuña, y, todavía más, dijo que el cabo Roselló lo había muerto. Esto suscitó una larga discusión filosófica de si era posible la predicción de los acontecimientos por medio de los sueños o no. Era parte de mi tarea diaria hacer explicaciones de tipo cultural o político a la tropa y explicaba claramente que eso no era posible, que podía deberse a alguna casualidad muy grande, que todos pensábamos que era posible ese desenlace para Sergio Acuña, que Roselló era el hombre que estaba asolando la zona, &c.; además Universo Sánchez dio la clave diciendo que Eutimio era un «paquetero», que alguien se lo había dicho, pues éste había salido el día antes y había traído cincuenta latas de leche y una linterna militar. Uno de los que más insistían en la teoría de la iluminación era un guajiro analfabeto de 45 años a quien ya me he referido: Julio Zenón Acosta. Fue mi primer alumno en la Sierra; estaba haciendo esfuerzos por alfabetizarlo y en los lugares donde nos deteníamos le iba enseñando las primeras letras; estábamos en la etapa de identificar la A y la O, la E y la I. Con mucho empeño, sin considerar los años pasados sino lo que quedaba por hacer, Julio Zenón se había dado a la tarea de alfabetizarse. Quizás su ejemplo en este año pudiera servir a muchos campesinos, compañeros de él de aquella zona en la época de la guerra o a aquéllos que conozcan su historia. Porque Julio Zenón Acosta fue otra de las grandes ayudas de aquel momento y era el hombre incansable, conocedor de la zona, el que siempre ayudaba al compañero en desgracia o al compañero de la ciudad

aguada, el que hacía el fuego rápido, el que encontraba la cuaba necesaria para encender el fuego un día de lluvia; era, en fin, el hombre orquesta de aquellos tiempos.

Una de las últimas noches antes de conocerse su traición, Eutimio manifestó que él no tenía manta, que si Fidel le podía prestar una. En la punta de las lomas, en aquel mes de febrero, hacía frío. Fidel le contestó que en esa forma iban a pasar frío los dos, que durmiera él tapándose con la misma manta y así los dos abrigos de Fidel servirían mejor para tapar a ambos. Y así fue: Eutimio Guerra pasó toda la noche con Fidel, con una pistola 45, con la cual Casillas le había encomendado matarlo, con un par de granadas con las que tenía que proteger su retirada de lo alto de la loma. Allí nos preguntó a Universo Sánchez y a mí, que en aquella época estábamos siempre cerca de Fidel, por las guardias. Nos dijo: «me interesa mucho eso de las guardias; hay que tomar precauciones siempre.» Le explicamos que allí cerca había tres hombres de posta; nosotros mismos, los veteranos del Granma y hombres de confianza de Fidel, nos turnábamos toda la noche para protegerlo personalmente. Así, Eutimio pasó esa noche al lado del Jefe de la Revolución teniendo su vida en la punta de una pistola, esperando la ocasión para asesinarlo, y no se animó a ello; toda la noche, una buena parte de la Revolución de Cuba estuvo pendiente de los vericuetos mentales, de las sumas y restas de valor y miedo, de terror y, tal vez, de escrúpulos de conciencia, de ambiciones de poder y de dinero, de un traidor; pero por suerte para nosotros, la suma de factores de inhibición fue mayor y llegó el día siguiente sin que ocurriera nada.

Ya habíamos salido de casa de Florentino y estábamos en el cañón seco de un arroyo, acampados. Había ido Ciro Frías a su casa, que estaba relativamente cerca, de recorrido, y había traído unas gallinas y alguna comida, de tal forma que una larga noche de lluvia soportada casi sin impermeables se veía compensada a la mañana por un caldo caliente y algunos otros comestibles. Trajeron la noticia que Eutimio había andado por allí también. Eutimio salía y entraba, era el hombre de confianza, él nos había encontrado en la casa de Florentino y había explicado que después de su salida para ver a la madre enferma había visto todo lo que sucedió en Caracas y que había seguido nuestras huellas para ver lo que pasaba, explicó que su mamá estaba bien. Tenía rasgos de audacia extraordinarios; nosotros estábamos en un lugar llamado Altos de Espinosa, muy cerca de una serie de lomas, El Lomón, Loma del Burro, Caracas, que los aviones ametrallaban constantemente. Decía Eutimio con cara de quien predice el futuro: «hoy les dije que ametrallarán la Loma del Burro.» Los aviones ametrallaban la Loma del Burro y él saltaba de alegría, festejando su acierto.

El día 9 de febrero de 1957, Ciro Frías y Luis Crespo salieron a las habituales exploraciones en busca de alimentos y todo estaba tranquilo, cuando, a las diez de la mañana, un muchacho campesino llamado Labrada, recientemente incorporado, capturó a una persona que estaba cerca del lugar; resultó ser pariente de Crescencio y dependiente de la tienda de Celestino donde estaba la tropa de Casillas. Nos informó que había ciento cuarenta soldados en esa casa, y efectivamente, desde nuestra posición se les podía ver en un alto pelado, a lo lejos. Además, el prisionero indicó que había hablado con Eutimio y que éste le había dicho que al día siguiente sería bombardeada la zona. Las tropas de Casillas se movían sin que pudiera precisarse el rumbo en que lo hacían. Fidel entró en sospechas; ya la rara conducta de Eutimio había, por fin, llegado a nuestra conciencia y empezaron las especulaciones; a la 1:30 pm Fidel decidió dejar ese lugar y subimos a la punta de la loma, donde esperamos a los compañeros que habían ido de exploración. Al poco rato llegaron Ciro Frías y Luis Crespo; no habían visto nada extraño, todo era normal. Estábamos en esa conversación cuando Ciro Redondo creyó ver alguna sombra moviéndose, pidió silencio y montó su fusil. En ese momento sonó un disparo y luego una descarga. Inmediatamente se llenó el aire de descargas y explosiones provocadas por el ataque concentrado sobre el lugar donde habíamos acampado anteriormente. El campo quedó rápidamente vacío; después me enteré que Julio Zenón Acosta había quedado para siempre en lo alto de la loma. El guajiro inculto, el guajiro analfabeto que había sabido comprender las tareas enormes que tendría la Revolución después del triunfo y que se estaba preparando desde las primeras letras para ello, no podría acabar su labor. Los demás salimos corriendo dispersos; la mochila que era mi orgullo llena de medicamentos, de alguna comida de reserva, de libros y mantas, quedó en el lugar. Alcancé a sacar una manta del Ejército batistiano, trofeo de La Plata, y salí corriendo con ella.

Me reuní al poco rato con un grupo; allí estaban Almeida, Julito Díaz, Universo Sánchez, Camilo Cienfuegos, Guillermo García, Ciro Frías, Motolá, Pesant, Emilio Labrada, Yayo y yo. Tomamos un camino oblicuo tratando de escapar a los disparos y desconociendo la suerte de los otros compañeros. Detonaciones aisladas se escuchaban tras nuestras huellas, fáciles de seguir, pues la velocidad de la carrera impedía borrarlas. A las 5:15 pm en mi reloj llegamos a un lugar abrupto en que acababa el monte; tras algunas vacilaciones resolvimos que era mejor esperar la noche allí, pues si cruzábamos de día nos verían; si llegaban tras nuestras huellas había que defenderse allí pues la posición lo permitía. Sin embargo, no aparecieron y pudimos seguir nuestra ruta con la imprecisa guía de Ciro Frías que conocía algo la región. Se había propuesto la división en dos patrullas para

aligerar la marcha y dejar menos rastro, pero Almeida y yo nos opusimos para conservar la integridad de aquel grupo. Reconocimos el lugar, llamado Limones y, después de algunos titubeos, pues algunos compañeros querían alejarse, Almeida, jefe del grupo en razón de su grado de capitán, ordenó seguir hasta El Lomón, que era el lugar de reunión dado por Fidel. Algunos compañeros argumentaban que El Lomón era un lugar conocido por Eutimio y, por tanto, que allí estaría el ejército. Ya no nos cabía, por supuesto, la menor duda de que Eutimio era el traidor, pero la decisión de Almeida fue cumplir la orden de Fidel.

Tras tres días de separación, el 12 de febrero, nos reunimos con Fidel cerca de El Lomón, en un lugar denominado Derecha de la Caridad. Allí ya se tuvo la confirmación de que el traidor era Eutimio Guerra y se nos hizo toda la historia; ella empezaba cuando después de La Plata fuera apresado por Casillas y, en vez de matarlo, le ofreciera una cantidad por la vida de Fidel; nos enteramos de que había sido él el que delatara nuestra posición en Caracas, y que, precisamente, él había dado la orden de atacar la Loma del Burro porque ese era nuestro itinerario (lo habíamos cambiado a última hora), y también él había organizado el ataque concentrado sobre el pequeño hueco que teníamos de refugio en el Cañón del Arroyo, del cual nos salvamos con una sola baja por la oportuna retirada que ordenara Fidel. Además, se tenía confirmación también de la muerte de Julio Acosta y de que un guardia por lo menos había muerto y se decía que algunos heridos. Tengo que confesar que ni el muerto ni los heridos pueden cargarse a mi fusil, porque no hice nada más que una «retirada estratégica» a toda velocidad en aquel encuentro. Ahora estábamos de nuevo reunidos, nosotros doce menos Labrada, extraviado un día antes, con el resto del grupo: Raúl, Ameijeiras, Ciro Redondo, Manuel Fajardo, Echevarría, el gallego Morán y Fidel, en total 18 personas; era el «Ejército Revolucionario Reunificado» del día 12 de febrero de 1957. Algunos compañeros se habían desperdigado, algunos bisoños abandonaron en ese momento la guerrilla y tuvimos la baja de un veterano del Granma; se llamaba Armando Rodríguez y llevaba una ametralladora Thompson; en los últimos días presentaba tal cara de espanto, tal cara de angustia cada vez que oía tiros por lugares distantes, pero en círculo alrededor de nuestra posición, que luego nosotros bautizamos esa expresión como *cara de cerco*. Cada vez que en un hombre aparecía la cara despavorida de animal poseído por el terror que presentó aquel ex compañero en los días anteriores a Altos de Espinosa, enseguida pronosticábamos algún desenlace desagradable; la *cara de cerco* era incompatible con la vida guerrillera. *Cara de cerco* puso la tercera, como decíamos en nuestro nuevo lenguaje guerrillero, y apareció su ametralladora en una casa campesina, mucho tiempo después y a mucha distancia de allí; sus piernas eran privilegiadas.

---

## Fin de un traidor

Después de reunido este pequeño ejército, se resolvió dejar la región de El Lomón y dirigirse a otras nuevas; mientras tanto, íbamos haciendo contactos con campesinos de la zona y estableciendo las bases necesarias para nuestra subsistencia. Al mismo tiempo, nos separábamos de la Sierra Maestra y fuimos caminando hacia la zona del llano, hacia lugares donde teníamos que ver a la gente de la organización de las ciudades.

Pasamos por un poblado llamado La Montería y después acampamos en un pequeño cayo de monte en las cercanías de un arroyo, finca perteneciente a un señor llamado Epifanio Díaz, cuyos hijos militaban en la Revolución.

Nos acercábamos para poder establecer contacto más estrecho con el Movimiento, pues nuestra vida nómada y clandestina hacía imposible un intercambio entre las dos partes del Movimiento 26 de Julio.

Prácticamente, eran dos grupos separados, con tácticas y estrategia diferentes. Todavía no se habían producido las hondas divisiones que meses más tarde pondrían en peligro la unidad del Movimiento, pero ya se veía que los conceptos eran diferentes.

En esa misma finca vimos a las figuras más importantes del Movimiento en la ciudad; entre ellas, tres mujeres conocidas hoy por todo el pueblo de Cuba: Vilma Espín, hoy Presidente de la Federación de Mujeres y compañera de Raúl; Haydée Santamaría, Presidenta de la Casa de las Américas y compañera de Armando Hart y Celia Sánchez, nuestra querida compañera de todos los momentos de la lucha que, un tiempo después, se incorporara definitivamente a las guerrillas para no dejarnos más. Otra figura llegada era Faustino Pérez, un viejo conocido nuestro, compañero del Granma, que había ido a cumplir algunas misiones en la ciudad y retornaba a informar, para seguir en su misión urbana. (Poco después caería preso.)

Además conocimos a Armando Hart y para mí fue la única oportunidad de tener contacto con el gran dirigente de Santiago, Frank País.

Frank País era uno de esos hombres que se imponen en la primera entrevista; su semblante era más o menos parecido al que muestran las fotos actuales, pero tenía unos ojos de una profundidad extraordinaria.

Difícil es hoy referirse a un compañero muerto, que se conoció una sola vez y cuya historia está en manos del pueblo. Yo sólo podría precisar en estos momentos que sus ojos mostraban enseguida al hombre poseído por una causa, con fe en la misma y además, que ese hombre era un ser superior. Hoy se le llama «el inolvidable Frank País»; para mí que lo vi una vez, es así. Frank es otro de los tantos compañeros cuya vida tronchada en flor hoy hubiera estado dedicada a la tarea común de la Revolución socialista; es parte del duro precio que pagó el pueblo para lograr su libertad.

Nos dio una callada lección de orden y disciplina, limpiando nuestros fusiles sucios, contando las balas y ordenándolas para que no se perdieran. Desde ese día, me hice el propósito de cuidar más mi arma (y lo cumplí, aunque no puedo decir que fuera un modelo de meticulosidad tampoco).

Pero también fue escenario de otros acontecimientos ese pequeño cayo de monte. Por primera vez nos iba a

visitar un periodista y ese periodista era extranjero; se trataba del famoso Matthews, que solamente llevó a la conversación una pequeña camarita de cajón, con la que sacó las fotos tan difundidas luego y controvertidas por las manifestaciones estúpidas de un ministro de Batista. El traductor fue en aquella época Javier Pazos, que luego se incorporaría también a las guerrillas, donde permaneció algún tiempo.

Matthews, según me contara Fidel, porque yo no fui testigo presencial de esa entrevista, hizo preguntas concretas y ninguna capciosa, se mostró como un simpatizante de la Revolución. Recuerdo los comentarios de Fidel, cómo él le había contestado afirmativamente la pregunta de si era antimperialista y cómo había objetado la entrega de armas a Batista demostrándole que esas armas no serían para la defensa intercontinental, sino solamente para oprimir al pueblo.

La visita de Matthews, naturalmente, fue muy fugaz. Inmediatamente quedamos solos; estábamos listos para marcharnos. Sin embargo nos avisaron que redobláramos la vigilancia, pues Eutimio estaba en los alrededores; rápidamente se le ordenó a Almeida que fuera a tomarlo preso. La patrulla estaba integrada, además, por Julito Díaz, Ciro Frías, Camilo Cienfuegos y Efigenio Ameijeiras. Ciro Frías fue el encargado de dominarlo, tarea muy sencilla, y fue traído a presencia nuestra donde se le encontró una pistola 45, 3 granadas y un salvoconducto de Casillas. Naturalmente, después de verse preso y de habersele encontrado esas pertenencias, ya no le cupo duda de su suerte. Cayó de rodillas ante Fidel, y simplemente pidió que lo mataran. Dijo que sabía que merecía la muerte. En aquel momento parecía haber envejecido, en sus sienes se veía un buen número de canas, cosa que nunca había notado antes. Este momento era de una tensión extraordinaria. Fidel le increpó duramente su traición y Eutimio quería solamente que lo mataran, reconociendo su falta. Para todos los que lo vivimos es inolvidable aquel momento en que Ciro Frías, compadre suyo, empezó a hablarle; cuando le recordó todo lo que había hecho por él, pequeños favores que él y su hermano hicieron por la familia de Eutimio, y cómo éste había traicionado, primero haciendo matar al hermano de Frías -denunciado por Eutimio y asesinado por los guardias unos días antes- y luego tratando de exterminar a todo el grupo. Fue una larga y patética declamación que Eutimio escuchó en silencio con la cabeza gacha: Se le preguntó si quería algo, y él contestó que sí, que quería que la Revolución, o, mejor dicho, que nosotros nos ocupáramos de sus hijos.

La Revolución cumplió. El de Eutimio Guerra es un nombre que ahora resurge al recuerdo de estas notas, pero que ya ha sido olvidado quizás hasta por sus hijos; éstos van con otro nombre a una de las tantas escuelas y reciben el tratamiento de todos los hijos del pueblo, preparándose para una vida mejor, pero algún día tendrán que saber que su padre fue ajusticiado por el poder revolucionario debido a su traición. También es de justicia que sepan que aquel campesino que se dejó tentar por la corrupción e intentó cometer una felonía impulsado por el afán de gloria y dinero, además de reconocer su falta, de no pedir ni por asomo una clemencia que sabía no merecía, se acordó en el último minuto de sus hijos y para ellos pidió un trato benevolente y la preocupación de nuestro jefe. En esos minutos se desató una tormenta muy fuerte y oscureció totalmente: en medio de un aguacero descomunal, cruzado el cielo por relámpagos y por el ruido de los truenos, al estallar uno de estos rayos con su trueno consiguiente en la cercanía, acabó la vida de Eutimio Guerra sin que ni los compañeros cercanos pudieran oír el ruido del disparo.

Al día siguiente, lo enterramos allí mismo y hubo un pequeño incidente que recuerdo. Manuel Fajardo quiso ponerle una cruz y yo me negué porque era muy peligroso para los dueños de la hacienda que quedara ese testimonio del ajusticiamiento. Entonces grabó sobre uno de los árboles cercanos una pequeña cruz. Y esa es la señal que indica dónde están enterrados los restos del traidor.

El gallego A. Morán se separó de nosotros en esos momentos, él sabía lo poco que lo apreciábamos ya, y todos lo considerábamos un desertor en potencia (había desaparecido dos o tres días con el pretexto que había corrido tras las huellas de Eutimio y se perdiera en el monte).

En el momento que nos aprestábamos a partir sonó un disparo y encontramos a Morán con la pierna atravesada por una bala. Los compañeros que estaban cerca sostuvieron, en esos días, enconadas discusiones, pues unos decían que el tiro fue casual y otros que se lo dio para no seguir.

La historia posterior de Morán, con su traición y su muerte a manos de los revolucionarios en Guantánamo, indica que muy probablemente se dio el tiro intencionalmente.

Al salir, quedó Frank País en mandar un grupo de hombres para los primeros días del mes de marzo siguiente; el punto de reunión sería la casa de Epifanio Díaz en las cercanías del Jíbaro.

---

## Días amargos

Los días siguientes a nuestra salida de la casa de Epifanio Díaz marcan para mí, personalmente, la etapa más penosa de la guerra. Estas notas tratan de dar una idea de lo que fue para el total de los combatientes la primera parte de nuestra lucha revolucionaria; si en este pasaje de los recuerdos tengo que referirme, más que en el resto, a mi participación personal, es porque tiene conexión con los siguientes episodios y no era posible desligarlos sin que se perdiera unidad en el relato.

Después de la salida de la casa de Epifanio, nuestro grupo revolucionario se componía de 17 hombres del ejército primigenio y tres nuevos compañeros incorporados: Gil, Sotolongo y Raúl Díaz. Estos tres compañeros llegaron en el Granma; habían estado escondidos durante cierto tiempo en las cercanías de Manzanillo y, al conocer de nuestra existencia, decidieron incorporarse al grupo. Su historia era la misma de todos nosotros; habían podido evadir la persecución de los guardias, refugiarse en la casa de un campesino, después en la de otro, llegar a Manzanillo y ocultarse. Ahora unían su suerte a la de toda la columna. En esta época, como se ve, era muy difícil incrementar nuestro ejército; venían algunos hombres nuevos, pero se iban otros; las condiciones físicas de la lucha eran muy duras, pero las condiciones morales lo eran mucho más todavía y se vivía bajo la impresión del continuo asedio.

En aquellos momentos caminábamos sin rumbo fijo y a marcha lenta, escondidos en pequeños cayos de monte, en una zona donde ya la ganadería ha avanzado sobre la vegetación y apenas quedan restos pequeños de monte. Una de esas noches, en la pequeña radio de Fidel escuchábamos la noticia de la captura de uno de los compañeros del Granma, que se había retirado con Crescencio Pérez. Nosotros teníamos ya noticias de que había sido apresado, por confesión de Eutimio, pero no se había dado la información oficial; al conocerla pudimos percatarnos de que vivía. No siempre se podía salir con vida del interrogatorio del ejército de Batista. A cada rato se oían, en distintas regiones, disparos de ametralladoras hechos por los guardias contra los cayos de monte donde, por lo general, si bien tiraba abundante parque, no penetraba la tropa enemiga.

En mi diario de campaña anotaba, el día 22 de febrero, que tenía los primeros síntomas de lo que podía ser un fuerte ataque de asma, porque me faltaba mi líquido antiasmático. La fecha del nuevo contacto era el día 5 de marzo, de modo que teníamos que esperar unos días.

En esta época caminábamos muy lentamente, no teníamos un rumbo fijo y estábamos, simplemente, haciendo tiempo para que llegara la nueva fecha del 5 de marzo, día en que Frank País nos debía enviar el grupo de hombres armados. Se había resuelto ya que primero debía fortificarse nuestro pequeño frente, antes de aumentarlo en número y, por lo tanto, todas las armas disponibles en Santiago debían subir a la Sierra Maestra.

Una noche nos tomó el amanecer sobre la margen de un pequeño riachuelo donde casi no había vegetación; pasamos un precario día en aquel lugar, en un valle cercano a Las Mercedes, que creo se llamaba La Majagua (los nombres son ahora un poco imprecisos en mi memoria) y llegamos por la noche a la casa del viejo Emiliano, otro de los tantos campesinos que en aquella época recibían un enorme susto al vernos en cada oportunidad, pero se jugaban la vida por nosotros, valientemente, y contribuían con su trabajo al desarrollo de nuestra Revolución. Era época de lluvia en la Sierra y todas las noches nos empapábamos por lo que llegábamos a las casas campesinas, a pesar del peligro, pues la zona estaba infectada de guardias.

El asma era tan fuerte que no me dejaba avanzar bien y tuvimos que dormir en un pequeño cayo de café, cercano a una casa campesina donde restablecimos fuerzas. Ese día que estoy narrando, 27 ó 28 de febrero, se había levantado la censura en el país y la radio daba continuamente noticias de todo lo ocurrido durante los meses transcurridos. Se hablaba de los actos terroristas y de la entrevista de Matthews con Fidel: en aquel momento el Ministro de Defensa hizo su famosa afirmación de que la entrevista de Matthews era una patraña y el reto a que se publicara la foto.

Hermes era un guajiro hijo del viejo Emiliano y fue el compañero que en aquellos momentos nos ayudaba con

comidas y nos indicaba, por lo menos, la ruta que debíamos seguir. Pero por la mañana del día 28 no efectuó su habitual recorrido y Fidel ordenó inmediatamente evacuar el lugar y posesionarnos en otro punto donde dominábamos los caminos de la zona, pues no se sabía lo que pasaría. Como a las 4 de la tarde, Luis Crespo y Universo Sánchez estaban mirando los caminos y este último, por el lugar del camino que viene de Las Vegas vio una numerosa tropa de soldados que venían caminando precisamente para ocupar el firme. Había que correr rápidamente para llegar al borde de la loma y cruzar al otro lado antes de que las tropas nos cortaran el paso; no era una tarea difícil, dado que los habíamos visto con tiempo. Ya empezaban los morteros y las ametralladoras a sonar en dirección a donde estábamos, lo que probaba que había conocimiento por parte del ejército batistiano de nuestra presencia allí. Todos pudieron fácilmente llegar a la cumbre y sobrepasarla; pero para mí fue una tarea tremenda. Pude llegar, pero con un ataque tal de asma que, prácticamente, dar un paso para mí era difícil. En aquellos momentos, recuerdo los trabajos que pasaba para ayudarme a caminar el guajiro Crespo; cuando yo no podía más y pedía que me dejaran, el guajiro, con el léxico especial de nuestras tropas, me decía: «Argentino de... vas a caminar o te llevo a culatazos.» Además de decir esto cargaba con todo su peso, con el de mi propio cuerpo y el de mi mochila para ir caminando en las difíciles condiciones de la loma, con un diluvio sobre nuestras espaldas.

Llegamos así a un pequeño bohío, enterándonos de que estábamos en el lugar llamado Purgatorio. Allí Fidel pasó como el comandante González, del ejército de Batista, que estaba buscando a los alzados. El dueño de la casa, fríamente cortés, nos la ofreció y nos atendió; pero había otro habitante, un amigo de un bohío cercano que era de una guataquería extraordinaria. Mi estado físico me impidió gozar el sabrosísimo diálogo de Fidel, en su papel de comandante González, del ejército de Batista, y el guajiro que le daba consejos y hablaba de por qué ese muchacho, Fidel Castro, estaba en la loma tirando tiros.

Había que tomar alguna decisión, pues me era imposible seguir. Cuando se fue el indiscreto vecino, Fidel le dijo al dueño de la casa quién era. El hombre lo abrazó inmediatamente, diciéndole que era ortodoxo, que seguía siempre a Chibás y que podía ordenar. En aquel momento había que enviar al campesino a Manzanillo y establecer contacto; por lo menos, comprar las medicinas; y había que dejarme cerca de la casa sin que supiera ni siquiera la mujer de él, que yo estaba allí.

El último compañero incorporado a la tropa, un hombre de dudosa moralidad pero muy fuerte, me fue asignado como compañero. Fidel, en un gesto de desprendimiento, me dio un fusil Johnson de repetición, una de las joyas de nuestra guerrilla, para defendernos. Hicimos el amago de salir todos juntos en una dirección y a los pocos pasos este compañero (al que llamábamos *El maestro*) esperando los acontecimientos. Las noticias de aquel día fueron que Matthews había hablado por teléfono y había anunciado que se publicarían las famosas fotos. Díaz Tamayo había anunciado que no podía ser, que nadie podía cruzar el cerco de tropas. Armando Hart estaba preso, acusado de ser el segundo jefe del Movimiento. Era el 28 de Febrero.

El campesino cumplió el encargo y me proveyó de adrenalina suficiente. De ahí en adelante pasaron diez de los días más amargos de la lucha en la Sierra. Caminando apoyándome de árbol en árbol y en la culata del fusil, acompañado de un soldado amedrentado que temblaba cada vez que se iniciaba un tiroteo y sufría un ataque de nervios cada vez que mi asma me obligaba a toser en algún punto peligroso; fuimos haciendo lo que constituía poco más de una jornada de camino para llegar en diez largos días a casa de Epifanio nuevamente. La fecha convenida para el encuentro era el 5 de marzo, pero fue imposible estar. El cerco de los soldados en la zona y la imposibilidad de los movimientos rápidos, hicieron que solamente el día 11 de marzo apareciéramos en la hospitalaria casa de Epifanio Díaz.

Habían pasado algunos acontecimientos conocidos ya por los habitantes de la casa. El grupo de 18 hombres de Fidel se había separado por un error al pensar que iban a ser atacados nuevamente por los guardias, en el lugar llamado Altos de Meriño; doce hombres habían seguido con Fidel y seis con Ciro Frías. Después, Ciro Frías había caído en una emboscada, aunque salieron ilesos todos ellos y se encontraban bien en las inmediaciones. Solamente uno, Yayo, que volvía sin su fusil, había pasado por la casa de Epifanio Díaz rumbo a Manzanillo; por él nos enteramos de todo. Además, ya estaba lista la tropa que debía mandar Frank, aunque éste se encontraba preso en Santiago. Tuvimos una entrevista con el jefe de la tropa; se llamaba Jorge Sotús y traía el grado de capitán. No pudo llegar el día 5, pues se había infiltrado la noticia y los caminos estaban completamente custodiados. Establecimos todas las medidas para que se produjera rápidamente la llegada de los hombres cuyo número era alrededor de cincuenta.

---

## El refuerzo

El día 13 de marzo, mientras esperábamos a la nueva tropa revolucionaria, se dio la noticia por la radio de que se había intentado asesinar a Batista y se daban los nombres de algunos de los muertos. En primer lugar, José Antonio Echeverría, líder de los estudiantes, y después otros, como el de Menelao Mora. También personas ajenas al suceso caerían; al día siguiente se sabía que Pelayo Cuervo Navarro, luchador de la ortodoxia que había mantenido una actitud erecta frente a Batista, era asesinado y su cuerpo arrojado en el aristocrático rincón del Country Club conocido por El Laguito. Es bueno apuntar, como extraña paradoja, que los asesinos de Pelayo Cuervo Navarro y los hijos del muerto, vinieron juntos en la fracasada invasión de Playa Girón para «liberar» a Cuba del «oprobio comunista».

En medio de la cortina de la censura se escapaban algunos detalles del fracasado ataque que el pueblo de Cuba recuerda bien. Personalmente, no había conocido al líder estudiantil pero sí a sus compañeros, en México, en ocasión del acuerdo para la acción común a que llegaron el 26 de Julio y el Directorio Estudiantil. Estos compañeros eran: el hoy embajador en la URSS, comandante Faure Chomón, Fructuoso Rodríguez y Joe Westbrook, todos ellos participantes en el ataque.

Como se recordará, sólo faltó un poco de impulso para llegar al tercer piso donde estaba el dictador, pero lo que pudo ser un golpe exitoso se convirtió en una masacre de todo el que no pudo salir a tiempo de la ratonera en que se convirtió el Palacio Presidencial.

Para el día 15 estaba anunciado el arribo del refuerzo; esperamos largas horas en el lugar convenido, en el cañón de un arroyo donde el camino se hunde y era fácil trabajar oculto, pero no llegó nadie. Después nos explicaron que hubo algunos inconvenientes. Posteriormente, el día 16, llegaron al amanecer, muy cansados, apenas pudo esta tropa caminar unos pasos y descansar en un cayo del monte para esperar el día. El dueño de los camiones era un arrocero de la zona que, atemorizado por las implicaciones del hecho, se asiló y fue a Costa Rica de donde vino convertido en héroe en el avión que trajera unas armas desde ese país; su nombre: Hubert Matos.

Unos cincuenta hombres era el refuerzo, de los cuales solamente una treintena estaba armada; venían dos fusiles ametralladora, un Madzen y un Johnson. En los pocos meses vividos en la Sierra, nos habíamos convertido en veteranos y veíamos en la nueva tropa todos los defectos que tenía la original del Granma: falta de disciplina, falta de acomodo a las dificultades mayores, falta de decisión, incapacidad de adaptarse todavía a esta vida. El grupo de cincuenta estaba dirigido por Jorge Sotús, con el grado de capitán, y dividido en cinco escuadras de diez hombres cada una cuyo jefe era un teniente; estos grados estaban dados por la organización del llano y pendientes de ratificación. Las escuadras eran dirigidas por un compañero de apellido Domínguez, creo, muerto en Pino del Agua poco tiempo después; el compañero René Ramos Latour, muerto heroicamente en combate, en las postrimerías de la ofensiva final de la dictadura, organizador de las milicias en el llano; Pedrín Soto, nuestro viejo compañero del Granma, que al fin se lograba incorporar a nosotros, muerto también en combate y ascendido póstumamente a comandante por Raúl Castro, en el Segundo Frente Oriental «Frank País»; además, el compañero Pena, estudiante santiaguero que alcanzó el grado de comandante y pusiera fin a su vida después de la Revolución y el teniente Hermo, único jefe de grupo que pudo sobrevivir a los casi dos años de la guerra.

De todos los problemas que había, uno de los mayores era la falta de capacidad para caminar; el jefe, Jorge Sotús, era uno de los que peor lo hacía y se quedaba constantemente atrás dando un mal ejemplo para la tropa; además, se me había ordenado que me hiciera cargo de esta tropa, pero al hablar de ello con Sotús me manifestó que él tenía órdenes de entregarla a Fidel y que no la podía entregar antes a nadie, que seguía siendo el jefe, &c., &c. En aquella época todavía yo sentía mi complejo de extranjero, y no quise extremar las medidas, aunque se veía un malestar muy grande en la tropa. Después de caminatas muy cortas pero que se hacían larguísimas por el estado deficiente de preparación, llegamos a un lugar en La Derecha donde debíamos esperar a Fidel Castro. Allí estaba el pequeño grupo de compañeros que se había separado de Fidel, anteriormente; Manuel Fajardo, Guillermo García, Juventino, Pesant, tres hermanos Sotomayor, Ciro Frías y yo.

En esos días se notaba la diferencia entre los dos grupos: el nuestro, disciplinado, compacto, aguerido; el de los bisoños, padeciendo todavía las enfermedades de los primeros tiempos; no estaban acostumbrados a hacer una sola comida al día y si no sabía bien la ración no la comían. Traían los bisoños sus mochilas cargadas de cosas inútiles y al pesarles demasiado en las espaldas preferían, por ejemplo, entregar una lata de leche condensada a deshacerse de una toalla (crimen de lesa guerrilla), y allí aprovechábamos para cargar las latas y todos los alimentos que dejaran en el camino. Después de instalados en La Derecha hubo una situación muy tensa provocada por las fricciones constantes entre Jorge Sotús, espíritu autoritario y sin don de gentes, y la tropa en general; tuvimos que tomar precauciones especiales y René Ramos, cuyo nombre de guerra era Daniel, quedó encargado de la escuadra de ametralladora en la salida de nuestro refugio para que existiera una garantía de que no sucedería nada.

Tiempo después, Jorge Sotús era enviado en misión especial a Miami. Allí traicionó la Revolución aliándose a Felipe Pazos, cuya desmedida ambición de poder le hizo olvidar sus compromisos, y postularse como presidente provisional en un «cocinado» donde el Departamento de Estado jugó un importante papel.

Con el tiempo, el capitán Sotús dio señales de querer rehabilitarse y Raúl Castro le dio la oportunidad que esta Revolución no negó a nadie. Sin embargo, empezó a conspirar contra el Gobierno Revolucionario y fue condenado a veinte años de prisión, pudiendo escapar gracias a la complicidad de uno de sus carceleros que huyó con él a la guarida ideal de los gusanos: Estados Unidos.

En aquel momento, sin embargo, tratamos de ayudarlo lo más posible, de limar las asperezas con los nuevos compañeros y de explicarle las necesidades de la disciplina. Guillermo García fue a buscar en la zona de Caracas a Fidel, mientras yo hacía un pequeño recorrido para recoger a Ramiro Valdés, repuesto a medias de su lesión en la pierna. El día 24 de marzo, por la noche, llegó Fidel; fue impresionante su arribo con los doce compañeros que en ese momento se mantenían firmes a su lado. Era notable la diferencia entre la gente barbuda, con sus mochilas hechas de cualquier cosa y atadas como pudieran y los nuevos soldados con sus uniformes todavía limpios, mochilas iguales y pulcras y las caras rasuradas. Expliqué a Fidel los problemas que habíamos afrontado y se estableció un pequeño consejo para decidir la actitud futura. Estaba integrado por el mismo Fidel, Raúl, Almeida, Jorge Sotús, Ciro Frías, Guillermo García, Camilo Cienfuegos, Manuel Fajardo y yo. Allí se criticó por parte de Fidel mi actitud al no imponer la autoridad que me había sido conferida y dejarla en manos del recién llegado Sotús, contra quien no se tenía ninguna animosidad, pero cuya actitud, a juicio de Fidel, no debió haberse permitido en aquel momento. Se formaron también los nuevos pelotones, integrándose toda la tropa para formar tres grupos a cargo de los capitanes Raúl Castro, Juan Almeida y Jorge Sotús; Camilo Cienfuegos mandaría la vanguardia y Efigenio Ameijeiras, la retaguardia; mi cargo era de médico en el Estado Mayor, donde Universo Sánchez trabajaba como jefe de la escuadra del Estado Mayor.

Nuestra tropa adquiriría una nueva prestancia con esta cantidad de hombres incorporados y, además, teníamos ya dos fusiles ametralladora, aunque de dudosa eficacia por lo viejos y maltratados; sin embargo, ya éramos una fuerza considerable. Se discutió qué podíamos hacer inmediatamente; mi opinión fue atacar el primer puesto de vigilancia para templar en la lucha a los compañeros nuevos. Pero Fidel y todos los demás miembros del consejo estimaron mejor hacerlos marchar durante un tiempo para que se habituaran a los rigores de la vida en la selva y las montañas y a las caminatas entre cerros abruptos. Fue así como se decidió salir en dirección Este y caminar lo más posible buscando la oportunidad de sorprender algún grupo de guardias, después de tener una elemental escuela práctica de guerrillas.

La tropa se preparó con gran entusiasmo y salió a cumplir la tarea que le correspondía y cuyo bautizo de sangre sería El Uvero.

---

## Adquiriendo el temple

Los meses de marzo y abril de 1957 fueron de reestructuración y aprendizaje para las tropas rebeldes. Después de recibido el refuerzo al partir del lugar denominado La Derecha, nuestro ejército tenía unos 80 hombres y

estaba formado así:

La vanguardia, dirigida por Camilo, tenía cuatro hombres. El pelotón siguiente lo llevaba Raúl Castro y tenía tres tenientes con una escuadra cada uno; eran éstos, Julito Díaz, Ramiro Valdés y Nano Díaz. Estos dos compañeros, Díaz de apellido, que murieron heroicamente en El Uvero, no tenían ningún parentesco entre sí. Uno de ellos era natural de Santiago; la refinería Hermanos Díaz, en esa ciudad, se honra con ese nombre en recuerdo de Nano y otro hermano que cayera en Santiago de Cuba. El otro, un compañero de Artemisa, veterano del Granma y del Moncada, que cumplió su último deber en el ataque a Uvero. Con Jorge Sotús, capitán a la sazón, iban de tenientes Ciro Frías, muerto luego en el frente Frank País; Guillermo García, Jefe del Ejército de Occidente en la actualidad y René Ramos Latour, muerto con el grado de comandante en la Sierra Maestra. Después venía el Estado Mayor o Comandancia, que estaba integrada por Fidel, Comandante en Jefe; Ciro Redondo; Manuel Fajardo, hoy comandante del Ejército; el guajiro Crespo, comandante; Universo Sánchez, hoy comandante y yo, como médico.

El pelotón que habitualmente seguía, en la marcha lineal de la columna, era el de Almeida, capitán en esa época cuyos tenientes eran Hermo, Guillermo Domínguez, muerto en Pino del Agua, y Peña. Efigenio Ameijeiras, con el grado de teniente, con tres hombres, cerraban la marcha y hacían la retaguardia.

La gente empezaba a aprender a cocinar por escuadras, pues nuestro grupo combativo era de esa dimensión, de tal modo que se distribuían los alimentos, la medicina y el parque, en esa forma. Más a menos en todas las escuadras, y, en todo caso, en todos los pelotones, había veteranos que enseñaban a los nuevos el arte de cocinar, de sacarle el máximo provecho a los alimentos; el arte de acondicionar mochilas y la forma de caminar en la Sierra.

El camino entre la zona de La Derecha, del Lomón y Uvero puede hacerse en algunas horas de automóvil, pero para nosotros significó meses de camino lento, con precauciones, llevando la misión fundamental de preparar a la gente para los combates y la vida posterior. Fue así como pasamos nuevamente por Altos de Espinosa, donde los viejos hicimos una guardia de honor ante la tumba de Julio Zenón, caído algún tiempo antes. Allí encontré un pedazo de mi frazada, todavía prendido en las zarzas como recuerdo de la «retirada estratégica» a toda velocidad. Lo metí en mi mochila, haciéndome la firme proposición de no perder nunca más un equipo en esa forma.

Se me fió un nuevo compañero -Paulino se llamaba- como ayudante para cargar las medicinas, de tal manera que mi tarea estaba un poco aliviada y podía dedicarme durante algunos minutos en el día, después de las caminatas, a atender la salud de nuestra tropa. Volvimos a pasar por la Loma de Caracas, donde tan desagradable encuentro habíamos tenido con la aviación enemiga gracias a la traición de Guerra y encontramos un fusil de aquellos que sobran y que algún soldado nuestro dejara en la retirada para marcharse mejor. Ya no le sobraban fusiles a la tropa; al contrario, le faltaban. Estábamos en una nueva época. Se había producido un cambio cualitativo; había toda una zona donde el ejército enemigo trataba de no incursionar para no topar con nosotros, aunque es cierto que nosotros tampoco demostrábamos todavía mucho interés en chocar con ellos. La situación política por aquellos momentos estaba llena de matices de oportunismo. Los conocidos vozarrones de Pardo Llada, Conte Agüero y otras auras de la misma calaña, abundaban en exabruptos demagógicos, llamando a la concordia y a la paz y, tímidamente, criticando al gobierno. Había hablado el gobierno de paz; el nuevo primer Ministro, Rivero Agüero, manifestaba que iría, si fuera necesario, a la Sierra Maestra para lograr pacificar el país. Sin embargo, pocos días después, Batista manifestó que no era necesario hablar con Fidel o con los alzados; que Fidel Castro no estaba en la Sierra, decía, y que allí no había nadie; por lo tanto, no había por qué hablar «con un grupo de forajidos».

Así se manifestaba por la parte batistiana la voluntad de seguir la lucha, única cosa en que nos poníamos fácilmente de acuerdo, pues también era nuestra decisión la de continuarla a todo trance. En esos días nombraban Jefe de Operaciones al coronel Barrera, muy conocido por su gula para con las raciones de los soldados, el que después viera extinguirse el fenómeno batistiano tranquilamente, desde Caracas, la capital de Venezuela, donde era agregado militar.

Teníamos por aquel momento unas figuras simpáticas que sirvieron para la propaganda, casi comercial, de nuestro movimiento, en los Estados Unidos, y que nos trajeron, dos de ellos sobre todo, algunos inconvenientes. Eran los tres muchachos yanquis escapados a sus padres de la Base Naval de Guantánamo, que se habían

incorporado a la lucha. Dos de ellos nunca oyeron un tiro en la Sierra y, agotados por el clima y las privaciones, bastante grandes, se retiraron llevados por el periodista Bob Taber. El otro participó en la batalla de Uvero y después se retiró también, enfermo, pero actuó en un combate. Los muchachos, ideológicamente, no estaban preparados para una revolución y, simplemente, saciaron su afán de aventuras en nuestra compañía durante algunos meses. Los vimos ir con afecto, pero también con alegría. Sobre todo yo, personalmente, pues en mi calidad de médico caían frecuentemente sobre mis espaldas debido a que no aguantaban los rigores de la vida de aquella época.

En aquellos mismos días, el gobierno paseó, en un avión del ejército, a varios miles de metros de altura, a los periodistas, demostrándoles que no había nadie en la Sierra Maestra. Fue una curiosa operación que no convenció a nadie y una demostración de la forma que utilizaba el gobierno batistiano para engañar a la opinión pública con la ayuda de todos los Conte Agüero disfrazados de revolucionarios que hablaban cotidianamente, engañando al pueblo. Durante estos días de prueba, a mí me llegó por fin la oportunidad de una hamaca de lona. La hamaca es un bien preciado que no había conseguido antes por la rigurosa ley de la guerrilla que establecía dar las de lona a los que ya se habían hecho su hamaca de saco, para combatir la haraganería. Todo el mundo podía hacerse una hamaca de saco, y, el tenerla, le daba derecho a adquirir la próxima de lona que viniera. Sin embargo, no podía yo usar la hamaca de saco debido a mi afección alérgica; la pelusa me afectaba mucho y me veía obligado a dormir en el suelo. Al no tener la de saco, no me correspondía la de lona. Estos pequeños actos cotidianos son la parte de la tragedia individual de cada guerrilla y de su uso exclusivo; pero Fidel se dio cuenta y rompió el orden para adjudicarme una hamaca. Siempre me acuerdo que fue en las orillas del río La Plata, subiendo ya las últimas estribaciones para llegar a Palma Mocha y un día después de comer nuestro primer caballo.

El caballo fue más que un alimento de lujo, especie de prueba de fuego de la capacidad de adaptación de la gente. Los guajiros de nuestra guerrilla, indignados, se negaron a comer su ración de caballo, y algunos consideraban casi un asesino a Manuel Fajardo, cuyo oficio en la paz, matarife, era utilizado en acontecimientos como este cuando sacrificó el primer animal.

Este primer caballo perteneció a un campesino llamado Popa, del otro lado del río La Plata. Popa debe ya saber leer, después de esta campaña de alfabetización, y podrá entonces, si llega a sus manos la revista *Verde Olivo*, recordar aquella noche en que tres guerrilleros patibularios golpearon las puertas de su bohío, lo confundieron además, injustamente, con un chivato y le quitaron aquel caballo viejo, con grandes mataduras en el lomo, que fuera nuestra pitanza horas después y cuya carne constituyera un manjar exquisito para algunos y una prueba para los estómagos prejuiciados de los campesinos, que creían estar cometiendo un acto de canibalismo, mientras masticaban al viejo amigo del hombre.

---

## Una entrevista famosa

A mediados de abril de 1957, volvíamos con nuestro ejército en entrenamiento a las regiones de Palma Mocha, en la vecindad del Turquino. Por aquella época nuestros hombres más valiosos para la lucha en la montaña eran los de extracción campesina.

Guillermo García y Ciro Frías, con patrullas de campesinos, iban y venían de uno a otro lugar de la Sierra, trayendo noticias, haciendo exploraciones, consiguiendo alimentos; en fin, constituían las verdaderas vanguardias móviles de nuestra columna. Por aquellos días, estábamos nuevamente en la zona del Arroyo del Infierno, testigo de uno de nuestros combates y los campesinos que venían a saludarnos nos enteraban de toda la tragedia ocurrida anteriormente; de quien había sido el hombre que había llevado directamente los guardias a presencia nuestra, de los muertos que había; en fin, los campesinos duchos en el arte de traspasar la noticia oral, nos informaban ampliamente de toda la vida de la zona.

Fidel, que en esos momentos estaba sin radio, pidió uno a un campesino de la zona que se lo cedió, y así podíamos escuchar, en un radio grande transportado en la mochila de un combatiente, las noticias directas de La

Habana. Se volvía a hablar más claramente por radio dado el restablecimiento de las llamadas garantías.

Guillermo García con un atuendo tremendo de cabo del ejército batistiano y dos compañeros disfrazados de soldados, fueron a buscar al chivato que guiara al ejército enemigo, «de orden del Coronel» y con él volvieron al día siguiente. El hombre había venido engañado, pero cuando vio el ejército andrajoso ya supo lo que le esperaba. Con gran cinismo nos contó todo lo relativo a sus relaciones con el ejército y cómo le había dicho al «cabrón de Casillas», según sus palabras, que él podía agarrarnos perfectamente y que llevaba al ejército donde estábamos, pues ya nos había espiado; sin embargo, no le hicieron caso.

Un día de aquellos, en una de aquellas lomas, murió el chivato y en un firme de la Maestra quedó enterrado. En esos días, llegó un mensaje de Celia donde hacía el anuncio de que vendría con dos periodistas norteamericanos para hacer una entrevista a Fidel, con el pretexto de los gringuitos. Y además, enviaba algún dinero recogido entre los simpatizantes del Movimiento.

Se resolvió que Lalo Sardiñas trajera a los norteamericanos por la zona de Estrada Palma, que conocía bien como antiguo comerciante de la zona. En esos momentos nosotros dedicábamos nuestro tiempo a la tarea de hacer contacto con campesinos que sirvieran de enlace y que pudieran mantener campamentos permanentes, donde se pudieran crear centros de contacto con la zona que ya se estaba agrandando; así íbamos localizando las casas que servían de abastecimiento a nuestras tropas, y allí instalábamos los almacenes de donde se trasladaban los abastecimientos según nuestros requerimientos. Estos lugares servían también de postas para las rápidas diligencias humanas que se trasladaban por el filo de la Maestra de un lugar a otro de la Sierra.

Los caminadores de la Sierra demuestran una capacidad extraordinaria para cubrir distancias larguísimas en poco tiempo y de ahí que, constantemente, nos viéramos engañados por sus afirmaciones, allí a media hora de camino, «al cantío de un gallo», como se ha caricaturizado en general este tipo de información que casi siempre para los guajiros resulta exacta, aunque sus nociones sobre el reloj y lo que es una hora no tiene mayor parecido con la del hombre de la ciudad.

Tres días después de la orden dada a Lalo Sardiñas, llegaron noticias de que venían subiendo seis personas por la zona de Santo Domingo; estas personas eran dos mujeres, dos gringos, los periodistas, y dos acompañantes que no se sabía quiénes eran; sin embargo, los datos que llegaban eran contradictorios, se decía que los guardias habían tenido noticias de su presencia por un chivato y que habían rodeado la casa donde estaban. Las noticias van y vienen con una extraordinaria rapidez en la Sierra, pero se deforman también. Camilo salió con un pelotón con orden de liberar de todas maneras a los norteamericanos y a Celia Sánchez, que sabíamos venía en el grupo. Llegaron, sin embargo, sanos y salvos; la falsa alarma se debió a un movimiento de guardias provocado por una denuncia que en aquella época era fácil que se produjera por parte de los campesinos atrasados.

El día 23 de abril, el periodista Bob Taber, y un camarógrafo llegaban a nuestra presencia; junto a ellos venían las compañeras Celia Sánchez y Haydée Santamaría y los enviados del Movimiento en el llano, Marcos o *Nicaragua*, el comandante Iglesias, hoy gobernador de Las Villas y en aquella época encargado de acción en Santiago y Marcelo Fernández, que fue coordinador del Movimiento y actualmente vicepresidente del Banco Nacional, como intérprete por sus conocimientos del inglés.

Aquellos días se pasaron protocolarmente tratando de demostrar a los norteamericanos nuestra fuerza y tratando de eludir cualquier pregunta demasiado indiscreta; no sabíamos quiénes eran los periodistas; sin embargo, se realizaron las entrevistas con los tres norteamericanos que respondieron muy bien a todas las preguntas según el nuevo espíritu que habían desarrollado en esa vida primitiva a nuestro lado, aún cuando no pudieran aclimatarse a ella y no tenían nada de común con nosotros.

En aquellos días se incorporó también uno de los más simpáticos y queridos personajes de nuestra guerra revolucionaria, *El Vaquerito*. El Vaquerito, junto con otro compañero, nos encontró un día y manifestó estar más de un mes buscándonos, dijo ser camagüeyano, de Morón, y nosotros, como siempre se hacía en estos casos, procedimos a su interrogatorio y a darle un rudimento de orientación política, tarea que frecuentemente me tocaba. El Vaquerito no tenía ninguna idea política ni parecía ser otra cosa que un muchacho alegre y sano, que veía todo esto como una maravillosa aventura. Venía descalzo y Celia Sánchez le prestó unos zapatos que le sobraban, de manufactura o de tipo mexicano, grabados. Estos eran los únicos zapatos que le servían a El Vaquerito dada su pequeña estatura. Con los nuevos zapatos y un gran sombrero de guajiro, parecía un vaquero mexicano y de allí nació el nombre de El Vaquerito.

Como es bien sabido El Vaquerito no pudo ver el final de la lucha revolucionaria, pues siendo jefe del pelotón suicida de la columna 8, murió un día antes de la toma de Santa Clara. De su vida entre nosotros recordamos todos su extraordinaria alegría, su jovialidad ininterrumpida y la forma extraña y novelesca que tenía de afrontar el peligro. El Vaquerito era extraordinariamente mentiroso, quizás nunca había sostenido una conversación donde no adornara tanto la verdad que era prácticamente irreconocible, pero en sus actividades, ya fuera como mensajero en los primeros tiempos, como soldado después, o jefe del pelotón suicida, El Vaquerito demostraba que la realidad y la fantasía para él no tenían fronteras determinadas y los mismos hechos que su mente ágil inventaba, los realizaba en el campo de combate; su arrojo extremo se había convertido en tema de leyenda cuando llegó el final de toda aquella epopeya que él no pudo ver.

Una vez se me ocurrió interrogar a El Vaquerito después de una de las sesiones nocturnas de lectura que teníamos en la columna, tiempo después de incorporado a ella; El Vaquerito empezó a contar su vida y como quien no quiere la cosa nosotros a hacer cuentas con un lápiz. Cuando acabó, después de muchas anécdotas chispeantes le preguntamos cuántos años tenía. El Vaquerito en aquella época tenía poco más de 20 años, pero del cálculo de todas sus hazañas y trabajos se desprendía que había comenzado a trabajar cinco años antes de nacer.

El compañero Nicaragua traía noticias de más armas existentes en Santiago, remanentes del asalto a Palacio. 10 ametralladoras, 11 fusiles Johnson y 6 mosquetones, según declaraba. Había algunas más pero se pensaba establecer otro frente en la zona del Central Miranda. Fidel se oponía a esta idea y sólo les permitió algunas armas para este segundo frente, dando órdenes que todas las posibles subieran a reforzar el nuestro. Seguimos la marcha, para alejarnos de la incómoda compañía de unos guardias que merodeaban cerca, pero antes decidimos subir al Turquino, era una operación casi mística ésta de subir nuestro pico máximo y por otra parte estábamos ya por toda la cresta de la Maestra muy cerca de su cumbre.

El Pico Turquino fue subido por toda la columna y allí arriba finalizó la entrevista que Bob Taber hiciera al Movimiento, preparando una película que fue televisada en los Estados Unidos cuando no éramos tan temidos. (Un hecho ilustrativo: un guajiro que se nos unió, manifestó que Casillas le había ofrecido \$300 y una vaca parida si mataba a Fidel.) No eran los norteamericanos solos los equivocados sobre el precio de nuestro máximo dirigente.

Según un altímetro de campaña que llevábamos con nosotros, el Turquino tenía 1.850 metros sobre el nivel del mar; lo apunto como dato curioso, pues nunca comprobamos este aparato; pero, sin embargo, al nivel del mar trabajaba bien y esta cifra de la altura del Turquino difiere bastante de las dadas por los textos oficiales.

Como una compañía del ejército continuaba tras nuestras huellas, Guillermo fue enviado con un grupo de compañeros a tirotearla; dado mi estado asmático que me obligaba a caminar a la cola de la columna y no permitía esfuerzos extra se me quitó la ametralladora que portaba, la Thompson, ya que yo no podía ir al tiroteo. Como tres días tardaron en devolvérmela y fueron de los más amargos que pasé en la Sierra, encontrándome desarmado cuando todos los días podíamos tener encuentros con los guardias.

Por aquellos días, mayo de 1957, dos de los norteamericanos abandonaron la columna con el periodista Bob Taber, que había acabado su reportaje, y llegaron sanos y salvos a Guantánamo. Nosotros seguimos nuestro lento camino por la cresta de la Maestra o sus laderas; haciendo contactos, explorando nuevas regiones y difundiendo la llama revolucionaria y la leyenda de nuestra tropa de barbudos por otras regiones de la Sierra. El nuevo espíritu se comunicaba a la Maestra. Los campesinos venían sin tanto temor a saludarnos y nosotros no temíamos la presencia campesina, puesto que nuestra fuerza relativa había aumentado considerablemente y nos sentíamos más seguros contra cualquier sorpresa del ejército batistiano y más amigos de nuestros guajiros.

---

## Jornadas de marcha

Los primeros 15 días del mes de mayo fueron de marcha continua hacia nuestro objetivo. Al iniciarse el mes,

estábamos en una loma perteneciente a la cresta de la Maestra, cercana al pico Turquino; fuimos cruzando zonas que después resultaron teatro de muchos sucesos de la Revolución. Pasamos por Santa Ana, por El Hombrito; después Pico Verde, encontramos la casa de Escudero en la Maestra, y seguimos hasta la loma del Burro. El viaje en esta dirección que sigue el rumbo Este, se producía para buscar unas armas que se dijo iban a llegar de Santiago y a depositarse en la zona de la loma del Burro relativamente cerca del Oro de Guisa. Durante este recorrido, que duró un par de semanas, una noche, al ir a cumplir un cometido intrascendente, equivoqué los caminos y estuve perdido tres días hasta volver a encontrar a la gente en un paraje denominado El Hombrito. En aquel momento pude darme cuenta de que llevábamos en las espaldas todo lo necesario para bastarnos a nosotros mismos. La sal y el aceite, tan importantes; algunas comidas enlatadas, entre las que había leche; todo lo necesario para dormir, hacer fuego y la comida y un aditamento en que confiaba mucho hasta ese momento, la brújula.

Al encontrarme perdido, la mañana siguiente de la noche en que ocurriera, tomé la brújula y guiándome por ella seguí un día y medio hasta darme cuenta de que cada vez estaba más perdido, me acerqué a una casa campesina y allí me encaminaron hasta el campamento rebelde. Después nosotros nos percatábamos de que en lugares tan escabrosos como la Sierra Maestra, la brújula solamente puede servir de orientación general, nunca para marcar rumbos definidos; el rumbo hay que trazarlo con guías o conociendo por sí mismo el terreno, como lo conocimos después al tocarme a mí precisamente operar en la zona de El Hombrito.

Fue muy emocionante el reencuentro con la columna en aquella zona por el caluroso recibimiento que se me hizo. Cuando llegué se acababa de realizar un juicio popular en que tres chivatos fueron juzgados y uno de ellos, Nápoles de apellido, condenado a muerte. Camilo fue el presidente del tribunal.

En aquella época tenía que cumplir mis deberes de médico y en cada pequeño poblado o lugar donde llegábamos realizaba mi consulta. Era monótona pues no tenía muchos medicamentos que ofrecer y no presentaban una gran diferencia los casos clínicos de la Sierra; mujeres prematuramente avejentadas, sin dientes, niños de vientres enormes, parasitismo, raquitismo, avitaminosis en general, eran los signos de la Sierra Maestra. Todavía hoy se mantienen, pero en mucho menores proporciones. Los hijos de estas madres de la Sierra han ido a estudiar a la ciudad escolar «Camilo Cienfuegos»; ya están crecidos, saludables, son otros muchachos diferentes a los primeros escualidos pobladores de nuestra pionera Ciudad Escolar.

Recuerdo que una niña estaba presenciando las consultas que daba a las mujeres de la zona, las que iban con mentalidad casi religiosa a conocer el motivo de sus padecimientos; la niña, cuando llegó su mamá, después de varios turnos anteriores a los que había asistido con toda atención en la única pieza del bohío que me servía de consultorio, le chismoseó: «Mamá, este doctor a todas les dice lo mismo.»

Y era una gran verdad; mis conocimientos no daban para mucho más, pero, además, todas tenían el mismo cuadro clínico y contaban la misma historia desgarradora sin saberlo. ¿Qué hubiera pasado si el médico en ese momento hubiera interpretado que el cansancio extraño que sufría la joven madre de varios hijos, cuando subía una lata de agua del arroyo hasta la casa, se debía simplemente a que era mucho trabajo para tan poca y tan baja calidad de comida? Ese agotamiento es algo inexplicable porque toda su vida la mujer ha llevado las mismas latas de agua hasta el mismo destino y sólo ahora se siente cansada. Es que las gentes de la Sierra brotan silvestres y sin cuidado y se desgastan rápidamente, en un trajín sin recompensa. Allí, en aquellos trabajos empezaba a hacerse carne en nosotros la conciencia de la necesidad de un cambio definitivo en la vida del pueblo. La idea de la reforma agraria se hizo nítida y la comunión con el pueblo dejó de ser teoría para convertirse en parte definitiva de nuestro ser.

La guerrilla y el campesinado se iban fundiendo en una sola masa, sin que nadie pueda decir en qué momento del largo camino se produjo, en qué momento se hizo íntimamente verídico lo proclamado y fuimos parte del campesinado. Sólo sé, en lo que a mí respecta, que aquellas consultas a los guajiros de la Sierra convirtieron la decisión espontánea y algo lírica en una fuerza de distinto valor y más serena. Nunca han sospechado aquellos sufridos y leales pobladores de la Sierra Maestra el papel que desempeñaron como forjadores de nuestra ideología revolucionaria.

En aquel mismo lugar Guillermo García fue ascendido a capitán y se hizo cargo de todos los campesinos que ingresaran nuevos a las columnas. Tal vez el compañero Guillermo no recuerde esa fecha; está anotada en mi diario de combatiente: 6 de mayo de 1957.

Al día siguiente Haydée Santamaría se iba con precisas indicaciones de Fidel a hacer los contactos necesarios, pero, un día más tarde, llegó la noticia de la detención de Nicaragua, el comandante Iglesias, que era el encargado de traernos las armas. Esto provocó un gran desconcierto entre nosotros, pues no nos podíamos imaginar cómo se haría ahora para traerlas; sin embargo, resolvimos seguir caminando con el mismo destino.

Llegamos a un lugar cercano a Pino del Agua, una pequeña hondonada con una «tumba» abandonada en el mismo filo de la Sierra Maestra; había allí dos bohíos deshabitados. Cerca de un camino real, una patrulla nuestra tomó prisionero a un cabo del ejército. Este cabo era un individuo conocido por sus crímenes desde la época de Machado, por lo que algunos de la tropa propusimos ejecutarlo, pero Fidel se negó a hacerle nada; simplemente lo dejamos prisionero custodiado por los nuevos reclutas, sin armas largas todavía y con la prevención de que cualquier intento de fuga le costaría la vida.

La mayoría de nosotros siguió el camino con el fin de ver si las armas habían llegado al lugar convenido y, si estaban, transportarlas. Fue una larga caminata, aunque sin peso, ya que nuestras mochilas completas quedaron en el campamento donde estaba el prisionero. La marcha, sin embargo, no nos dio ningún resultado; no habían llegado los equipos y lo atribuimos, naturalmente, a la detención de Nicaragua. Pudimos comprar bastante alimento en una tienda existente y volver, con distinta pero también bien recibida carga hacia el lugar de partida.

Volvíamos por el mismo camino, a paso lento, cansón, bordeando las crestas de la Sierra Maestra y cruzando con cuidado los lugares pelados. Oímos de pronto disparos en dirección de nuestra marcha, lo que nos preocupó porque uno de nuestros compañeros se había adelantado para llegar cuanto antes al campamento; era Guillermo Domínguez, teniente de nuestra tropa y uno de los que habían llegado con el refuerzo de Santiago. Nos preparamos para cualquier contingencia mientras mandábamos una exploración. Después de un tiempo prudencial aparecieron los exploradores y venía con ellos un compañero llamado Fiallo, que pertenecía al grupo de Crescencio, incorporado nuevamente a la guerrilla en el intervalo de nuestra ausencia. Venía del campamento base nuestro y nos explicó que había un muerto en el camino y que habían tenido un encuentro con los guardias, los que se habían retirado en dirección a Pino del Agua, donde había un destacamento mayor y que quedaba bastante cerca. Avanzamos con muchas precauciones encontrándonos un cadáver al que me tocó reconocer.

Era Guillermo Domínguez, precisamente; estaba desnudo de la cintura para arriba y presentaba un orificio de bala en el codo izquierdo, un bayonetazo en la zona supramamilar izquierda y la cabeza literalmente destrozada por el disparo, al parecer, de su propia escopeta. Algunas municiones eran el testimonio en las carnes laceradas de nuestro infortunado compañero.

Pudimos reconstruir los hechos analizando diferentes datos: los guardias, parece que en un recorrido buscando a su compañero prisionero, el cabo, oyeron llegar a Domínguez, que venía a la delantera, confiado, pues había pasado por allí mismo el día anterior, y lo hicieron prisionero, pero algunos de los hombres de Crescencio venían a hacer contacto con nosotros por la otra dirección del camino (todo esto se produce en las mismas alturas de la Maestra). Al sorprender por la espalda a los guardias, la gente de Crescencio hizo fuego y éstos se retiraron asesinando antes de huir a nuestro compañero Domínguez.

Pino del Agua es un aserrío en plena Sierra y el camino seguido por los guardias es una vieja trocha de acarrear madera que nosotros debíamos atravesar luego de caminar 100 metros por ella, para seguir nuestro estrecho sendero del firme de la divisoria de las aguas. Nuestro compañero no tomó las precauciones elementales en estos casos y tuvo la mala suerte de coincidir con los guardias. Su amargo destino nos sirvió de experiencia para el futuro.

---

## Llegan las armas

En una región de la Maestra cercana al aserrío de Pino del Agua, sacrificamos el magnífico caballo que traía el cabo prisionero, pues el animal no nos servía para caminar en zonas tan intrincadas y estábamos carentes de

alimentos. Dato anecdótico es el de que el hombre nos recomendaba insistentemente el caballo, prestado por un amigo, y daba la seña de quién era para que en todo caso se le devolviera, mientras comía el guiso y se tomaba la sopa del propio animal. La carne de caballo y otros animales de la Sierra, era para nosotros un complemento nada desdeñable de la dieta habitual.

Ese día pudimos escuchar por la radio la noticia de la condena de nuestros compañeros del Granma y, además, que un magistrado había expresado su voto particular en contra de la sanción. Este era el magistrado Urrutia, cuyo gesto honrado le sirviera para ser propuesto presidente provisional de la República. El hecho en sí, el voto particular de un magistrado no tenía otra importancia que la de ser un gesto digno -como evidentemente lo fue en ese momento- pero tuvo después las consecuencias de entronizar a un mal presidente, incapaz de comprender el proceso político siguiente, incapaz de asimilar la profundidad de una revolución que no estaba hecha para su mentalidad retrógrada. Su carácter y la renuencia a situarse en el verdadero lugar que le correspondía nos trajo muchos conflictos, hasta que cristalizó, en los días de la celebración del primer 26 de Julio, en su renuncia como presidente ante la repulsa unánime del pueblo.

En uno de esos días llegó un contacto de Santiago, su nombre era Andrés, que tenía aviso ya exacto de que las armas estaban a salvo y que se iban a trasladar en los días siguientes. Se fijó como lugar de entrega alguna región de un aserrío de la costa operado por los hermanos Babún y se iban a traer esas armas mediante la complicidad de estos ciudadanos que pensaban hacer un jugoso negocio interviniendo en la Revolución. (El desarrollo posterior los fue separando, y tres de los hijos de uno de estos miembros de la firma Babún, tienen el poco digno privilegio de pertenecer a la gusanería presa en Girón.)

Es curioso ver cómo en aquella época toda una serie de sujetos pensaban aprovechar la Revolución para sus fines propios y hacían pequeños favores para después buscar cada uno lo que esperaba del nuevo poder; en este caso, la concesión de todos los montes para una tala despiadada y la expulsión de los campesinos, aumentando los latifundios de la familia Babún. Por estos días se nos había unido un periodista norteamericano de la misma estirpe de los Babún. Era húngaro de nacimiento, se llamaba Andrew's Saint George.

Aquella vez solamente mostraba una de sus caras, la menos mala, que era la de periodista yanqui; además de eso, era agente del FBI. Por ser la única persona que hablaba francés en la columna (en ese entonces nadie hablaba inglés) me tocó atenderlo y, sinceramente, no me lució el peligroso sujeto que surgiera en una segunda entrevista posterior, donde ya se mostraba como agente desembozado. Fuimos bordeando Pino del Agua para caer a las nacientes del río Peladero; caminando entre zonas también muy escarpadas y con un peso considerable en las espaldas. Por este río del Peladero se sube a un afluente, el arroyo llamado Del Indio, zona donde permanecemos un par de días consiguiendo algún alimento y a donde trasladamos las armas recibidas. Pasábamos ya por algunos pequeños poblados campesinos de la zona, donde establecíamos una especie de poder revolucionario no legalizado y dejábamos simpatizantes encargados de informarnos de todo lo que pasaba y también del movimiento del ejército enemigo. Pero siempre vivíamos en los montes, solamente alguna noche ocasional caíamos imprevistamente en algún grupo de casas, y algunos dormíamos en ellas, la mayoría siempre bajo el resguardo de los montes y, durante el día, todos en guardia y protegidos por el techo de las arboledas.

Nuestro enemigo más malo en esta época del año era la «macagüera», una especie de tábano llamado así porque parece que pone sus huevos y nace en el árbol llamado Macagua; en determinada época del año prolifera mucho en los montes. La «macagüera» daba unas picadas en lugares no defendidos que, al rascarnos, con toda la suciedad que teníamos encima, se infectaban fácilmente ocasionando abscesos de más o menos consideración. Siempre la parte no defendida de nuestras piernas, las muñecas y el cuello, tenían el testimonio del paso de la «macagüera».

Por fin, el día 18 de mayo, se tienen noticias de las armas y también, más o menos, de la composición de las mismas. La noticia produce un gran revuelo en todo el campamento, pues inmediatamente se supo, y todos los combatientes esperaban mejorar su armamento; tenían la secreta esperanza de adquirir algo, ya fuera directamente de las nuevas armas o porque el ascenso de los más viejos les permitiera obtener aunque fuera el arma defectuosa, abandonada al adquirir la nueva. También tuvimos noticias de que se había exhibido la película que el periodista Bob Taber había hecho sobre la Sierra Maestra y había tenido un gran éxito en Estados Unidos. Esta noticia alegró a todo el mundo menos a Andrew's Saint George que también, a pesar de su oficio de agente del FBI, tenía su corazoncito periodístico y se sintió defraudado. Al día siguiente de oír la noticia salió en un yate de la zona de los Babún para Santiago de Cuba.

Ese mismo día, simultáneamente con la noticia del lugar donde estaban las armas, se notó que había escapado un hombre, hecho peligroso pues, como dije, todo el campamento conocía de la llegada de las mismas. Se mandaron patrullas a buscarlo que tardaron algunos días en regresar y retornaron con la noticia que había logrado tomar un barco a Santiago. Presumimos nosotros que era para informar a las autoridades, aunque luego se demostró que simplemente la desertión se produjo por incapacidad física y moral para afrontar las inclemencias de nuestra vida. De todas maneras, tuvimos que extremar las precauciones. Nuestra lucha contra la falta de preparación física, ideológica y moral de los combatientes era diaria; pero los resultados no siempre eran halagüeños. Muchas veces pedían permiso para retirarse por los motivos más mínimos y si se les negaba, sucedía lo que en este caso. Y hay que considerar que la desertión se castigaba con la pena de muerte aplicada en el lugar de la detención.

A la noche llegaron las armas, para nosotros aquello era el espectáculo más maravilloso del mundo; estaban como en exposición ante los ojos codiciosos de todos los combatientes, los instrumentos de muerte. Tres ametralladoras de trípode, tres fusiles ametralladoras Madzen, nueve carabinas M-1, diez fusiles automáticos Johnson y, en total, seis mil tiros. Aunque las carabinas M-1 sólo tenían cuarenta y cinco balas por unidad se hizo la distribución atendiendo a los méritos ya adquiridos de los combatientes y a su tiempo en la Sierra. Una de estas carabinas M-1, de las armas más buscadas, le fue dada al hoy comandante Ramiro Valdés y dos para la vanguardia que comandaba Camilo. Las otras cuatro fueron dedicadas a cuidar las ametralladoras de trípode. Uno de los fusiles ametralladoras fue al pelotón del capitán Jorge Sotús, otro al pelotón de Almeida y otro para el Estado Mayor, encargándoseme a mí de su manejo. Las trípodes fueron: una para Raúl, otra para Guillermo García y la tercera para Crescencio Pérez. De tal manera, me iniciaba como combatiente directo, pues lo era ocasional, pero tenía como fijo el cargo de médico; empezaba una nueva etapa para mí en la Sierra. Siempre recuerdo el momento en que me fue entregado este fusil ametralladora, de muy mala calidad y viejo, pero que en aquel momento significaba una verdadera adquisición. Cuatro hombres estaban destinados como ayudantes de esta pieza; muy distinta trayectoria han seguido los cuatro combatientes de aquel momento, pues dos de ellos eran los hermanos Pupo y Manolo Beatón, fusilados por la Revolución, ya que asesinaron al comandante Cristino Naranjo y luego se alzaron en las sierras de Oriente, hasta que un campesino lograra detenerlos. Otro de ellos era un niño de 15 años que debía llevar casi siempre el enorme peso de los cargadores del fusil ametralladora y se llamaba Joel Iglesias, hoy presidente de los Jóvenes Rebeldes y comandante del Ejército Rebelde. El cuarto, hoy es teniente de nuestro ejército, su apellido es Oñate, pero nosotros le apodamos cariñosamente *Cantinflas*. No acabó, sin embargo, con la llegada de estas armas, la odisea de la tropa para adquirir fuerza combativa y fuerza ideológica. Pocos días después, el 23 de mayo, Fidel ordenaba nuevos licenciamientos, entre ellos una escuadra completa, y quedaba nuestra fuerza reducida a ciento veintisiete hombres, la mayoría armados y unos ochenta de éstos con buenas armas.

De la escuadra que abandonó, con su jefe incluso, la lucha, quedó un solo hombre llamado Crucito que, después, fue uno de los combatientes más queridos. Crucito era un poeta natural y tenía largos encuentros con el poeta de la ciudad, Calixto Morales, del Granma, quien se había apodado a sí mismo el ruisenor de los campos, a lo que Crucito en sus décimas guajiras contestaba siempre con el estribillo, dirigido despectivamente a Calixto: «So guacaico de la Sierra.»

Este magnífico compañero tenía toda la historia de la Revolución, hasta el momento de la partida del Granma, en décimas que iba componiendo mientras fumaba su pipa, en cada instante de descanso. Como había muy poco papel en la Sierra, iba componiendo las décimas y aprendiéndolas de memoria, de modo que no nos quedaron recuerdos cuando una bala pusiera fin a su vida en el combate de Pino del Agua.

En la zona de los aserríos teníamos la inapreciable ayuda de Enrique López, viejo conocido de Fidel y de Raúl, desde niños, que era en ese momento empleado de los Babunes y nos servía de contacto para abastecernos y para poder movilizarnos por toda el área sin peligro. Estos lugares estaban llenos de caminos por los que transitaban los camiones del ejército; varias veces hicimos emboscada para tratar de agarrar algunos, pero nunca lo logramos. Quizás esto fuera bueno para el éxito de la operación que se avecinaba, una de las de más impacto psicológico en toda la historia de la guerra, como fue el combate del Uvero.

El día 25 de mayo tuvimos noticias de que por Mayarí había desembarcado un grupo de expedicionarios dirigidos por Calixto Sánchez, de la lancha El Corinthia, pocos días después conoceríamos el desastroso resultado de esa expedición; Prío enviaba sus hombres a morir sin tomar nunca la decisión de acompañarlos. La noticia de este desembarco nos hizo ver la necesidad imperiosa de distraer fuerzas del enemigo para tratar de

que aquella gente llegara a algún lugar donde pudiera reorganizarse y empezar sus acciones. Todo esto lo hacíamos por solidaridad con los elementos combatientes, aunque no conocíamos ni la composición social ni los reales propósitos de este desembarco.

Aquí tuvimos una interesante discusión que fue protagonizada particularmente por el que esto escribe y Fidel: opinaba yo que no se podía desperdiciar la oportunidad de tomar un camión y que debíamos dedicarnos específicamente a cazarlos en las carreteras donde pasaban despreocupadamente para arriba y para abajo, pero Fidel ya tenía en mente la acción del Uvero y pensaba que sería mucho más interesante y lograría un éxito mucho más rotundo el hacer esta acción capturando el puesto del Uvero, pues sería un impacto psicológico grande y se conocería en todo el país, cosa que no sucedería con el ataque a un camión, caso en que podían dar las noticias de unos muertos o heridos en un accidente en el camino y, aunque la gente sospechara la verdad, nunca se sabría de nuestra efectiva presencia combatiente en la Sierra. Eso no quería decir que se desechara totalmente la idea de capturar algún camión en condiciones óptimas, pero no debíamos convertirlo en el centro de nuestras actividades.

Ahora, después de varios años de aquella discusión en que Fidel tomó la decisión, pero no me convenció, debo reconocer que era justa la apreciación y que hubiera sido mucho menos productivo para nosotros el tener una acción aislada sobre alguna de las patrullas que viajaban en camiones. Es que, en aquel momento, las ansias de combatir de todos nosotros nos llevaban siempre a adoptar las actitudes más drásticas sin tener paciencia y, quizás, sin tener visión para ver objetivos más lejanos. De todas maneras, arribamos ya a los preparativos finales para la acción del Uvero.

---

## El combate del Uvero

Decidido el punto de ataque, nos quedaba precisar exactamente la forma en que se haría; teníamos que solucionar problemas importantes como averiguar el número de soldados existentes, el número de postas, el tipo de comunicaciones que usaban, los caminos de acceso, la población civil y su distribución, &c. Para todo esto nos sirvió magníficamente el compañero Cardero, hoy comandante del Ejército Rebelde, quien era yerno del administrador del aserrío, según creo recordar.

Suponíamos que el ejército tenía datos más o menos exactos de nuestra presencia en la zona, pues fueron capturados un par de chivatos portando documentos de identificación, que confesaron ser enviados por Casillas para averiguar el paradero del Ejército Rebelde y sus puntos habituales de reunión. El espectáculo de los dos hombres pidiendo clemencia era realmente repugnante y a la vez lastimero, pero las leyes de la guerra, en esos momentos difíciles, no se podían desconocer y ambos espías fueron ejecutados al día siguiente.

Ese mismo día, 27 de mayo, se reunió el Estado Mayor con todos los oficiales, anunciando Fidel que dentro de las cuarenta y ocho horas próximas tendríamos combate y que debíamos permanecer con tropas y enseres, listos para marchar. No se nos dio indicaciones en esos momentos.

Cardero sería el guía pues conocía perfectamente el puesto del Uvero, todas sus entradas y salidas y sus caminos de acceso. Por la noche nos pusimos en marcha; era una caminata larga, de unos 16 kilómetros, pero totalmente en bajada por los caminos que había construido especialmente para sus aserraderos la Compañía Babún. Empleamos sin embargo, unas ocho horas de marcha pues se vio interrumpida por una serie de precauciones extras que había que tomar, sobre todo al ir acercándonos al lugar de peligro. Al final se dieron las órdenes de ataque que eran muy simples; había que tomar las postas y acribillar a balazos el cuartel de madera.

Se sabía que el cuartel no tenía mayores defensas salvo algunos bolos diseminados en las inmediaciones, los puntos fuertes eran las postas de 3 a 4 soldados cada una, emplazadas estratégicamente en las afueras del cuartel. Este estaba dominado por una loma colocada justo enfrente y que sería el emplazamiento del Estado Mayor para dirigir el combate. Era factible acercarse hasta pocos metros de la construcción a través de la maraña de los montes cercanos. Una instrucción precisa era el cuidado especial de no tirar contra el batey, pues había mujeres y niños, incluso la mujer del administrador que conocía del ataque pero no quiso salir de allí para evitar después cualquier suspicacia. La población civil era nuestra preocupación mayor mientras partíamos a ocupar los puestos de ataque.

El cuartel del Uvero estaba colocado a la orilla del mar, de tal manera que para rodearlo solamente necesitábamos atacarlo por tres puntos.

Sobre la posta que dominaba el camino que, desde Peladero, viene bordeando el mar, el que también nosotros utilizamos en parte, se mandaron los pelotones dirigidos por Jorge Sotús y Guillermo García; Almeida debía encargarse de liquidar una posta colocada frente a la montaña, más o menos al Norte; Fidel estaría en la loma que domina el cuartel y Raúl avanzando con su pelotón por el frente; a mí se me asignó un puesto intermedio con mi fusil ametralladora y los ayudantes; Camilo y Ameijeiras debían avanzar de frente, en realidad entre mi posición y la de Raúl, pero equivocaron el rumbo por la noche e iniciaron la pelea luchando a mi izquierda en

lugar de hacerlo a mi derecha; el pelotón de Crescencio Pérez debía avanzar por el camino que, saliendo del Uvero, va a Chivirico e impedir la llegada de cualquier clase de refuerzos que vinieran por esa zona.

Se pensó que la acción iba a acabar en poco tiempo dada la sorpresa que teníamos preparada; sin embargo, fueron avanzando los minutos y no podíamos posesionar a la gente en la forma ideal prevista; llegaban las noticias a través de los guías, Cardero y un práctico de la zona llamado Eligio Mendoza, y veíamos que avanzaba ya el día y empezaba la penumbra precursora de la mañana sin que estuviéramos en posición para sorprender los guardias como habíamos pensado en el primer momento. Jorge Sotús avisó que no dominaba el punto asignado desde su posición pero era tarde para iniciar nuevos movimientos. Cuando Fidel abrió fuego con su mirilla telescópica, reconocimos el cuartel por el fuego de los disparos con que contestaron a los pocos segundos. Yo estaba colocado en una pequeña elevación de terreno y dominaba el cuartel perfectamente pero quedaba muy lejos, por lo que avanzamos para buscar mejores posiciones.

Todo el mundo avanzaba; Almeida lo hacía hacia la posta que defendía la entrada del cuartelito por su sector, y a mi izquierda, se veía la gorra de Camilo con un paño en la nuca, como casquete de la Legión Extranjera, pero con las insignias del Movimiento. Fuimos avanzando en medio del tiroteo generalizado y con todas las precauciones que este tipo de combate demanda.

A la pequeña escuadra se le fueron uniendo combatientes que quedaban desperdigados de sus unidades; un compañero de Pílon al que llamaban *Bomba*, y el compañero Mario Leal y Acuña se unieron a lo que ya constituía una pequeña unidad de combate. La resistencia se había hecho dura y habíamos llegado a la parte llana y despejada donde había que avanzar con infinitas precauciones, pues los disparos del enemigo eran continuos y precisos. Desde mi posición, apenas a unos 50 ó 60 metros de la avanzada enemiga, vi cómo de la trinchera que estaba delante salían dos soldados a toda carrera y a ambos les tiré, pero se refugiaron en las casas del batey que eran sagradas para nosotros. Seguimos avanzando aunque ya no quedaba nada más que un pequeño terreno, sin la más mínima yerba para ocultarse y las balas silbaban peligrosamente cerca de nosotros. En ese momento escuché cerca de mí un gemido y unos gritos en medio del combate, pensé que sería algún soldado enemigo herido y avancé arrastrándome, mientras le intimaba rendición; en realidad, era el compañero Leal, herido en la cabeza. Hice una corta inspección de la herida, con entrada y salida en la región parietal; Leal estaba desmayándose, mientras empezaba la parálisis de los miembros de un costado del cuerpo, no recuerdo exactamente cuál. El único vendaje que tenía a mano era un pedazo de papel que coloqué sobre las heridas. Joel Iglesias fue a acompañarlo, poco después, mientras continuábamos nuestro ataque. Acto seguido, Acuña caía también herido; nosotros ya sin avanzar disparábamos teniendo enfrente una bien acondicionada trinchera de donde se nos respondía el fuego. Estábamos recuperando valor y haciendo acopio de decisión, para tomar por asalto el refugio, pues era la única forma de acabar con la resistencia, cuando el cuartel se rindió.

Todo esto se ha contado en pocos minutos, pero duró aproximadamente dos horas y 45 minutos desde el primer disparo hasta que logramos tomar el cuartel. A mi izquierda, algunos compañeros de la vanguardia, me parece precisar que Víctor Mora y otros más, tomaban prisioneros a varios soldados que hacían la última resistencia y, de la trinchera de palos, enfrente nuestro, emergió un soldado haciendo ademán de entregar su arma; por todos lados empezaron a surgir gritos de rendición; avanzamos rápidamente sobre el cuartel y se escuchó una última ráfaga de ametralladora que, después, supe había segado la vida del teniente Nano Díaz.

Llegamos hasta el batey donde tomamos prisioneros a los dos soldados que habían escapado a mi ametralladora y también al médico y su asistente. Con el médico, un hombre canoso y reposado cuyo destino posterior no conozco -no sé si actualmente estará integrado a la Revolución- sucedió un caso curioso: mis conocimientos de medicina nunca fueron demasiado grandes; la cantidad de heridos que estaban llegando era enorme y mi vocación en ese momento no era la de dedicarme a la sanidad; sin embargo, cuando fui a entregarle los heridos al médico militar, me preguntó cuántos años tenía y acto seguido, cuándo me había recibido. Le expliqué que hacía algunos años y entonces me dijo francamente: «Mira, chico, hazte cargo de todo esto, porque yo me acabo de recibir y tengo muy poca experiencia.» El hombre, entre su inexperiencia y el temor lógico de la situación, al verse prisionero se había olvidado hasta la última palabra de medicina. Desde aquel momento tuve que cambiar una vez más el fusil por mi uniforme de médico que, en realidad, era un lavado de manos.

Después de este combate, uno de los más sangrientos que hayamos sostenido, fuimos atando cabos y se puede dar una imagen más general y no desde el enfoque que hice hasta aquí relatando mi participación personal. El combate se desarrolló más o menos así: Al dar Fidel orden de abrir fuego, con su disparo, todo el mundo

comenzó a avanzar sobre los objetivos fijados y el ejército a responder con fuego nutrido, dirigido en muchos casos hacia la loma de donde nuestro jefe dirigía el combate. A los pocos minutos de iniciadas las acciones Julito Díaz murió al lado de Fidel al ser alcanzado por un balazo directamente en la cabeza. Fueron pasando los minutos y la resistencia seguía enconada sin que se pudiera amagar sobre los objetivos. La tarea más importante en el centro, era la de Almeida, encargado de liquidar de todas maneras la posta para permitir el paso de sus tropas y las de Raúl que venía marchando de frente contra el cuartel.

Los compañeros contaron después cómo Eligio Mendoza, el práctico, tomó su fusil y se lanzó al combate; hombre supersticioso, tenía un «santo» que lo protegía, y cuando le dijeron que se cuidara, él contestó despectivo que su «santo» lo defendía de todo; pocos minutos después caía atravesado por un balazo que literalmente le destrozó el tronco. Las tropas enemigas, bien atrincheradas, nos rechazaban con varias bajas y era muy difícil avanzar por la zona central; por el sector del camino de Peladero, Jorge Sotús trató de flanquear la posición con un ayudante llamado *El Policía*, pero este último fue muerto inmediatamente por el enemigo y Sotús debió tirarse al mar para evitar una muerte segura, quedando desde ese momento prácticamente anulada su participación en el combate. Otros miembros de su pelotón trataron de avanzar, pero igualmente fueron rechazados; un compañero campesino, de apellido Vega, me parece, fue muerto; Manals, herido en un pulmón; Quike Escalona resultó con tres heridas en un brazo, la nalga y la mano al tratar de avanzar. La posta, atrincherada tras una fuerte protección de bolos de madera, hacía fuego de fusil ametralladora y fusiles semiautomáticos, devastando nuestra pequeña tropa. Almeida ordenó un ataque final para tratar de reducir de todas maneras los enemigos que tenía enfrente; fueron heridos Cilleros, Maceo, Hermes Leyva, Pena y el propio Almeida en el hombro y la pierna izquierda, y el compañero Moll fue muerto. Sin embargo, este empujón dominó la posta y se abrió el camino del cuartel. Por el otro lado, el certero tiro de ametralladora de Guillermo García había liquidado a tres de los defensores, el cuarto salió corriendo, siendo muerto al huir. Raúl, con su pelotón dividido en dos partes, fue avanzando rápidamente sobre el cuartel. Fue la acción de los dos capitanes, Guillermo García y Almeida, la que decidió el combate; cada uno liquidó a la posta asignada y permitió el asalto final. Junto al primero debe destacarse la actuación de Luis Crespo, que bajó del Estado Mayor para participar en el asalto.

En el momento en que se desmoronaba la resistencia enemiga, al llegar a tomar el cuartel, donde se había sacado un pañuelo blanco, alguien, de nuestra tropa probablemente, disparó nuevamente y del cuartel respondieron con una ráfaga que dio en la cabeza de Nano Díaz, cuya ametralladora había hecho estragos hasta ese momento, entre el enemigo. El pelotón de Crescencio casi no intervino en el combate debido a que su ametralladora se atascó y su participación fue de custodio del camino de Chivirico. Allí se detuvieron algunos soldados al huir. La pelea había durado dos horas y cuarenta y cinco minutos y ningún civil había sido herido a pesar del número de disparos que se realizaron.

Cuando hicimos el recuento de la batalla, nos encontramos el siguiente cuadro: Por nuestra parte, habían muerto seis compañeros en ese momento: Moll, Nano Díaz, Vega, *El Policía*, Julito Díaz y Eligio Mendoza. Muy mal heridos estaban Leal y Cilleros. Heridos de mayor o menor consideración: Maceo, en un hombro; Hermes Leyva, un tiro a sedal en el tórax; Almeida, brazo y pierna izquierdos; Quike Escalona, brazo y mano derechos; Manals, un tiro en el pulmón, sin mayores síntomas; Pena, en una rodilla y Manuel Acuña en el brazo derecho. En total, quince compañeros fuera de combate. Ellos habían tenido 19 heridos, 14 muertos, otros 14 prisioneros y habían escapado 6, lo que hacía un total de 53 hombres, al mando de un segundo teniente que sacó la bandera blanca después de estar herido.

Si se considera que nuestros combatientes eran unos 80 hombres y los de ellos 53, se tiene un total de 133 hombres aproximadamente, de los cuales 38, es decir, más de la cuarta parte, quedaron fuera de combate en poco más de dos horas y media de combate. Fue un ataque por asalto de hombres que avanzaban a pecho descubierto contra otros que se defendían con pocas posibilidades de protección. Debe reconocerse que por ambos lados se hizo derroche de coraje. Para nosotros fue además, la victoria que marcó la mayoría de edad de nuestra guerrilla. A partir de este combate, nuestra moral se acrecentó enormemente, nuestra decisión y nuestras esperanzas de triunfo aumentaron también, simultáneamente con la victoria y, aunque los meses siguientes fueron de dura prueba, ya estábamos en posesión del secreto de la victoria sobre el enemigo. Esta acción selló la suerte de los pequeños cuarteles situados lejos de las agrupaciones mayores del enemigo y fueron desmantelados al poco tiempo.

Una de las primeras balas del combate rompió el aparato de telefonía cortando la comunicación con Santiago y

apenas si un avión evolucionó una o dos veces sobre el campo de batalla, sin que se hiciera presente la aviación enemiga; solamente llegaron los aviones de reconocimiento horas después, cuando ya estábamos encaramados en la montaña. De la concentración de fuego por parte nuestra habla, además de los 14 muertos, el que 3 de 5 pericos que tenían los guardias del cuartel, fueron muertos. Hay que pensar en el tamaño diminuto de este animalito para hacerse una idea de lo que le cayó al edificio de tablas.

El reencuentro con la profesión médica tuvo para mí algunos momentos muy emocionantes. El primer herido que atendí, dado su gravedad, fue el compañero Cilleros. Una bala había partido su brazo derecho y, tras de atravesar el pulmón, aparentemente se había incrustado en la columna, privándolo del movimiento en las dos piernas. Su estado era gravísimo y apenas si me fue posible darle algún calmante y ceñirle apretadamente el tórax para que respirara mejor. Tratamos de salvarlo en la única forma posible en esos momentos; llevándonos los catorce soldados prisioneros con nosotros y dejando a dos heridos: Leal y Cilleros, en poder del enemigo y con la garantía del honor del médico del puesto. Cuando se lo comuniqué a Cilleros, diciéndole las palabras reconfortantes de rigor, me saludó con una sonrisa triste que podía decir más que todas las palabras en ese momento y que expresaba su convicción de que todo había acabado. Lo sabíamos también y estuve tentado en aquel momento de depositar en su frente un beso de despedida pero, en mí más que en nadie, significaba la sentencia de muerte para el compañero y el deber me indicaba que no debía amargar más sus últimos momentos con la confirmación de algo de lo que él ya tenía casi absoluta certeza. Me despedí, lo más cariñosamente que pude y con enorme dolor, de los dos combatientes que quedaban en manos del enemigo. Ellos clamaban que preferían morir en nuestras tropas, pero teníamos nosotros también el deber de luchar hasta el último momento por sus vidas. Allí quedaron, hermanados con los 19 heridos del ejército batistiano a quienes también se había atendido con todo el rigor científico de que éramos capaces. Nuestros dos compañeros fueron atendidos decentemente por el ejército enemigo, pero uno de ellos, Cilleros, no llegó siquiera a Santiago. El otro sobrevivió a la herida, pasó prisionero en Isla de Pinos todo el resto de la guerra y hoy todavía lleva huellas indelebles de aquel episodio importante de nuestra guerra revolucionaria.

Cargando en uno de los camiones de Babún la mayor cantidad posible de artículos de todo tipo, sobre todo medicinas, salimos los últimos, rumbo a nuestras guaridas de la montaña, donde llegamos todavía a tiempo para atender a los heridos y despedir a los caídos, que fueron enterrados junto a un recodo del camino. Se preveía que la persecución iba a ser muy grande y se resolvió que la tropa capaz de caminar debía poner distancia entre este lugar y los guardias mientras que los heridos quedarían a mi cargo y Enrique López se encargaría de suministrarme el transporte, el escondrijo y algunos ayudantes para trasladar los heridos y todos los contactos para poder recibir medicinas y curarlos en la forma debida.

Todavía de madrugada continuaban narrándose las incidencias del combate; casi nadie dormía o dormía a ratos y cada cual se incorporaba a las tertulias contando sus hazañas y las que vio hacer. Por curiosidad estadística tomé nota de todos los enemigos muertos por los narradores durante el curso del combate y resultaban más que el grupo completo que se nos había opuesto; la fantasía de cada uno había adornado sus hazañas. Con ésta y otras experiencias similares, aprendimos claramente que los datos deben ser avalados por varias personas; incluso, en nuestra exageración, exigíamos prendas de cada soldado caído para considerarlo realmente como una baja del enemigo, ya que la preocupación por la verdad fue siempre tema central de las informaciones del Ejército Rebelde y se trataba de infundir en los compañeros el respeto profundo por ella y el sentido de lo necesario que era anteponerla a cualquier ventaja transitoria.

En la mañana vimos partir la tropa vencedora que nos despedía con tristeza. Conmigo quedaron mis ayudantes Joel Iglesias y Oñate, un práctico llamado Sinecio Torres y Vilo Acuña, hoy comandante del Ejército Rebelde, que se quedó para acompañar a su tío herido.

---

## Cuidando heridos

Al día siguiente del combate de Uvero, desde el amanecer los aviones patrullaban el aire. Agotados los saludos despidiendo a la columna que seguía su marcha, nos dedicábamos a borrar las huellas de nuestra entrada al

monte. Estábamos sólo a unos cien metros de un camino de camiones y esperamos la llegada de Enrique López, que debía encargarse de ayudarnos a la búsqueda de nuestro escondite y el traslado hacia él.

Los heridos eran Almeida y Pena, que no podían caminar; Quike Escalona, en la misma situación. Manals, a quien recomendaba que no caminara por su herida en el pulmón, Manuel Acuña, Hermes Leyva y Maceo: estos tres, con posibilidades de marchar por sus propios medios. Para defenderlos, curarlos y trasladarlos, estábamos Vilo Acuña, Sinecio Torres, el práctico, Joel Iglesias, Alejandro Oñate y yo. Bien adentrada la mañana vino un informante a decirnos que Enrique López no podía auxiliarnos porque tenía una niña enferma y había tenido que salir para Santiago; quedó en mandarnos algunos voluntarios para ayudar, pero hasta el día de hoy los estamos esperando.

La situación era difícil, pues Quike Escalona tenía sus heridas infectadas y no podía precisar la gravedad de la de Manals. Exploramos los caminos vecinos sin encontrar soldados enemigos y resolvimos trasladarlos a un bohío que estaba a tres o cuatro kilómetros donde había una buena cantidad de pollos y que estaba abandonado por su dueño.

En este primer día dos obreros de los aserríos nos ayudaron en la fatigosa tarea de llevar los heridos en hamacas. Al amanecer del día siguiente, después de comer abundantemente y liquidar una buena ración de pollos, salimos rápidamente del lugar, pues habíamos permanecido un día completo después del ataque, prácticamente en el mismo sitio, cercano a carreteras por donde podían llegar los soldados enemigos; precisamente el lugar donde estábamos era el fin de uno de esos caminos hechos por la compañía de Babún con fines de explotación forestal. Con nuestra poca gente disponible iniciamos una jornada corta, pero muy difícil; consistía en bajar hasta el fondo del arroyo llamado Del Indio y subir por un estrecho sendero hasta un vara en tierra donde vivía un campesino llamado Israel con su señora y un cuñado. Fue realmente penoso el trasladar los compañeros por zonas tan abruptas, pero lo hicimos; aquella gente nos entregó hasta la cama de matrimonio para que durmieran allí los heridos.

Habíamos dejado escondidas en el lugar del primer campamento una porción de armas en mal estado que no podíamos trasladar y gran variedad de implementos, constituyendo un botín de guerra de menor categoría que íbamos dejando en nuestro camino a medida que aumentaba el peso de los heridos. Siempre quedaba en algún bohío rastros de nuestra permanencia en forma de algún objeto olvidado; por eso, como teníamos tiempo, resolvimos repasar bien el lugar anterior para borrar toda huella, ya que dependía precisamente de eso nuestra seguridad; simultáneamente Sinecio, el práctico, partió para buscar algunos conocidos que tenía en esa zona de Peladero.

Al poco tiempo Acuña y Joel Iglesias me avisaron que habían escuchado voces extrañas en la otra ladera. Realmente pensamos que había llegado la hora de combatir en circunstancias muy difíciles, pues nuestra obligación era defender hasta la muerte la carga preciosa de heridos que nos habían encomendado; avanzamos tratando de que el encuentro se produjera lo más lejos del bohío; unas huellas de pies descalzos en el sendero, lo que nos pareció muy extraño, indicaban que los intrusos habían pasado por el mismo camino. Acercándonos cautelosamente escuchamos una conversación en tono desaprensivo en la que intervenían varios sujetos; montando mi ametralladora Thompson y contando con la ayuda de Vilo y Joel avanzamos sorprendiendo a los conversadores; resultaron ser los prisioneros de Uvero que Fidel había liberado y que venían caminando, buscando simplemente la salida. Algunos de ellos venían descalzos, un cabo viejo, casi desmayado, con una voz asmática manifestó su admiración por nosotros y nuestros conocimientos del monte. Venían sin guía y con sólo un salvoconducto firmado por Fidel; aprovechando la impresión que les había hecho la forma en que los habíamos sorprendido una vez más, los conminamos a no entrar al monte por nada.

Hombres de ciudad, no estaban acostumbrados a verse frente a las penas del monte y no sabían vencerlas. Salimos al claro de la casa donde habíamos comido los pollos y les mostramos el camino para alcanzar la costa, pero no sin antes precisarles una vez más que del monte hacia dentro éramos los dueños y que nuestra patrulla -porque nosotros aparecíamos como una simple patrulla- se encargaría inmediatamente de avisar a las fuerzas del sector de alguna presencia extraña. Pese a todo, lo prudente era movilizarse lo antes posible.

Esa noche la pasamos en el acogedor bohío, pero al amanecer nos trasladamos al monte y mandamos a los dueños de la casa a buscar gallinas para los heridos; todo el día nos pasamos esperando el regreso del matrimonio, pero éstos no volvieron. Tiempo después, nos enteramos que precisamente habían sido hechos

prisioneros en la casita y, además, que al día siguiente a nuestra partida los soldados enemigos los utilizaron como guía y pasaron por donde había estado nuestro campamento el día anterior.

Nosotros conservábamos una buena vigilancia y no nos hubiera sorprendido nadie, pero el resultado de una batalla en esas condiciones era muy difícil de prever. Cerca del anochecer llegó Sinecio con tres voluntarios, un viejo llamado Feliciano y dos que luego serían combatientes del Ejército Rebelde, Banderas, muerto con el grado de teniente en los combates del Jigüe, e Israel Pardo, el mayor de una larga familia de luchadores, que actualmente tiene el grado de capitán. Estos compañeros nos ayudaron a trasladar rápidamente los heridos a un bohío del otro lado de la zona de peligro, mientras Sinecio y yo, hasta prácticamente entrada la noche, esperábamos la llegada del matrimonio con los víveres; naturalmente que no podían llegar ya que estaban prisioneros y nosotros, recelosos de alguna traición, resolvimos que de la nueva casa debíamos salir también temprano. La comida fue muy frugal y consistió en algunas viandas extraídas de las cercanías del bohío. El día siguiente, al sexto mes del desembarco del Granma, empezamos también temprano la jornada; las marchas eran fatigosas e increíblemente cortas para una persona avezada a las caminatas en las montañas; nuestra capacidad de transporte solamente alcanzaba para un herido puesto que, en las condiciones difíciles del monte, hay que llevar los heridos en hamacas colgadas de un tronco fuerte que literalmente destroza los hombros de los portadores, que tienen que turnarse cada 10 ó 15 minutos, de tal manera que se necesita de 6 a 8 hombres para llevar un herido en estas condiciones. Acompañando a Almeida que iba medio arrastrándose, medio apoyándose, fuimos caminando muy lentamente, prácticamente de palo en palo hasta que Israel hizo un atajo en el monte y vinieron los portadores para trasladarlo.

Después, un aguacero tremendo nos impidió llegar a la casa de los Pardo, pero al fin lo hicimos, cerca del anochecer. El pequeño espacio de una legua, 4 kilómetros de camino, había sido recorrido en 12 horas, es decir, a razón de 3 horas por kilómetro.

En aquellos momentos Sinecio Torres era el hombre providencial de la pequeña tropa, conocía los caminos y los hombres de la zona y nos ayudaba en todo. Fue él, el que dos días después sacó a Manals para que se dirigiera a Santiago a curarse; estábamos también preparando las condiciones para que se trasladara Quike Escalona que tenía sus heridas infectadas. Llegaban noticias contradictorias en estos días, a veces informaban que Celia Sánchez estaba presa, otras que había sido muerta. También circulaban rumores de que una patrulla del ejército había tomado preso a Hermes Cardero, un compañero nuestro. Nosotros no sabíamos si creer o no noticias que a veces eran espeluznantes, pues Celia, por ejemplo, constituía nuestro único contacto conocido y seguro. Su detención significaba el aislamiento para nosotros; afortunadamente no resultó cierto lo de Celia, aunque sí lo de Hermes Cardero, que salvó milagrosamente la vida pasando por las mazmorras de la tiranía.

En la costa del río Peladero vivía el mayoral de un latifundista, David de nombre, el que cooperó mucho con nosotros; David nos mató una vaca y hubo que salir a buscarla. El animal fue muerto en la costa y partido en pedazos; había que trasladar la carne de noche, mandé el primer grupo con Israel Pardo delante, y luego un segundo dirigido por Banderas. Banderas era bastante indisciplinado y no cumplió su cometido, pesando sobre la otra gente la carga total del animal sacrificado y tardando toda la noche en poder movilizarlo. Ya se estaba formando una pequeña tropa que quedaba a mi mando, ya que Almeida estaba herido; consciente de mi responsabilidad, le notifiqué a Banderas que él dejaba de ser combatiente y se convertía simplemente en un simpatizante, salvo que modificara su actitud. Realmente lo hizo; nunca fue un modelo de combatiente en cuanto a disciplina, pero era uno de esos casos de hombre emprendedor y de mente abierta, simple e ingenuo, que abrió sus ojos a la realidad mediante el choque de la Revolución; estaba labrando su pequeña parcela quitada al monte y tenía una verdadera pasión por los árboles y la agricultura, vivía en una vara de tierra con dos puerquitos que tenían cada uno su nombre y un perrito. Me mostró un día el retrato de sus dos hijos que vivían con la mujer, de la que él se había separado, en Santiago, explicándome que algún día, cuando la Revolución triunfara, podría ir a algún lugar donde pudiera trabajar bien, no en ese pedazo inhóspito de tierra, colgado casi en la cumbre.

Le hablé de las cooperativas y él no entendía bien. Quería trabajar la tierra por su cuenta, con su propio esfuerzo, sin embargo, poco a poco lo iba convenciendo de que era mejor trabajarla entre todos, de que las máquinas podían aumentar su propio trabajo. Banderas hubiera sido hoy, indiscutiblemente, un luchador de vanguardia en el campo de la producción agrícola; allí en la Sierra mejoró sus conocimientos de lectura y escritura y se preparaba para el porvenir. Era un campesino despierto que sabía del valor de contribuir con su propio esfuerzo a escribir un pedazo de historia.

Tuve en esos días una larga conversación con el mayoral David que me pidió una lista de todas las cosas importantes necesarias para nosotros, pues se iba a dirigir a Santiago y las buscaría allí; era un típico mayoral, fiel al amo, despreciativo con los campesinos, racista. Sin embargo, el ejército lo tomó preso al enterarse de nuestros contactos y lo torturó bárbaramente; su primera preocupación después de aparecer, pues nosotros lo creíamos muerto, fue el explicar que no había hablado. No sé si David está hoy en Cuba o si siguió a sus viejos patronos ya confiscados por la Revolución, pero fue un hombre que sintió en aquellos momentos la necesidad de un cambio, aunque no imaginaba que debía alcanzarlo también a él y a su mundo y entendió que ese cambio era perentorio hacerlo. De muchos esfuerzos sinceros de hombres simples está hecho el edificio revolucionario, nuestra misión es desarrollar lo bueno, lo noble de cada uno, y convertir a todo hombre en un revolucionario, de Davides, que no entienden bien y Banderas que murieron sin ver la aurora; de sacrificios ciegos y de sacrificios no retribuidos, también se hizo la Revolución. Los que hoy vemos sus realizaciones tenemos la obligación de pensar en los que quedaron en el camino y trabajar para que en el futuro sean menos los rezagados.

---

## De regreso

Todo el mes de junio de 1957 transcurrió en la curación de los compañeros heridos durante el ataque a Uvero y organizando la pequeña tropa con que habríamos de incorporarnos a la columna de Fidel.

Los contactos con el exterior se hacían a través del mayoral David, cuyos consejos y oportunas indicaciones, además del alimento conseguido, alivió mucho nuestra situación. En aquellos primeros días no pudimos contar con la inapreciable ayuda de Pancho Tamayo, el mismo que muriera después asesinado a manos de los Beatón en años de postguerra. Pancho Tamayo, viejo campesino de la zona, entró después en contacto con nosotros y también sirvió de punto de contacto.

Empezaron a mostrarse algunas manifestaciones de falta de moral revolucionaria en Sinecio, quien se emborrachó con el dinero del Movimiento y cometió infidencias en estado de embriaguez, al mismo tiempo, no cumplía las órdenes impartidas y, en una de sus andadas, nos trajo once compañeros totalmente desarmados. Se trataba de impedir el alistamiento de compañeros sin armas, pero la incorporación de gentes a la joven guerrilla se hacía por todos los medios y en todas las condiciones y los campesinos, conocedores de nuestra ubicación, nos llevaban nuevos compañeros que anhelaban ser alistados. Por la pequeña columna formada pasaron no menos de cuarenta personas, pero también las deserciones eran continuas, a veces con nuestra anuencia, otras contra nuestra voluntad, y nunca pasó la tropilla de veinticinco a treinta hombres efectivos.

En aquellos días se había agravado algo mi asma y la falta de medicina me obligó a una inmovilidad similar a la de los heridos; pude mitigar la enfermedad fumando la hoja seca de clarín, que es el remedio de la Sierra, hasta que llegaron los medicamentos de la civilización y pude estar también en condiciones óptimas para la partida, pero ésta se demoraba uno y otro día; al fin, organizamos una patrulla para ir a buscar todas las armas que habían quedado botadas por inservibles, luego del ataque de Uvero, con el fin de incorporarlas a la guerrilla.

En las nuevas condiciones, todos aquellos fusiles viejos, con defectos más o menos graves, incluida una ametralladora calibre 30, sin aguja, eran tesoros potenciales e invertimos una noche completa en buscarlos. Finalmente fijamos nuestra partida para el día 24 de junio; en esa época constituíamos un ejército de estas características: cinco heridos reponiéndose, cinco acompañantes, diez incorporados de Bayamo, dos incorporados recientes, «por la libre», y cuatro de la zona; en total veintiséis. La marcha se organizó con Vilo Acuña a la vanguardia, luego, lo que podía ser la comandancia, dirigida por mí, ya que Almeida tenía demasiado trabajo con caminar, pues se estaba reponiendo de la herida en el muslo, y después otras dos pequeñas escuadras dirigidas por Maceo y Peña.

Peña tenía el grado de teniente en aquella época. Maceo y Vilo eran soldados y la mayor graduación la tenía Almeida, que era capitán. No salimos el día 24 porque se fueron juntando pequeños inconvenientes; a veces se anunciaba que llegaba alguno de los guías con un nuevo incorporado y había que esperarlo, otra, un nuevo cargamento de medicamentos y alimentos; Tamayo, el viejo, constantemente iba y venía trayendo noticias y

carga, alimentos enlatados, vestuario. En un momento dado tuvimos que buscar una cueva para dejar algunos alimentos, debido a que por fin habían cristalizado los contactos con Santiago y David nos había traído un cargamento bastante serio que era imposible transportar, dadas las condiciones de marcha de nuestra tropa de convalecientes y bisoños reclutas.

El día 26 de junio debuté como odontólogo, aunque en la Sierra me daban el más modesto título de «sacamuelas»; mi primera víctima fue Israel Pardo, el hoy capitán del ejército, que salió bastante bien parado. La segunda, Joel Iglesias, a quien faltó solamente ponerle un cartucho de dinamita en el colmillo para sacárselo, pero que llegó al final de la guerra con él puesto, pues mis esfuerzos fueron infructuosos. Se sumaba a mi poca pericia la falta de «carpules», de tal manera que había que ahorrar mucho la anestesia y usaba bastante la «anestesia psicológica», llamando a la gente con epítetos duros cuando se quejaban demasiado por los trabajos en su boca.

Con sólo el amago de marcha, algunos daban muestras de su poca decisión y se iban, pero otros nuevos los reemplazaban. Tamayo nos trajo un nuevo grupo de cuatro hombres; estaba entre ellos Félix Mendoza, que venía con un fusil y nos explicó cómo una tropa del ejército había sorprendido a él y a su compañero; mientras el otro había sido detenido, él se tiró por unos farallones y salió corriendo sin que el ejército le hiciera nada. Después nos enteramos que «el ejército» era una patrulla dirigida por Lalo Sardiñas, que se había encontrado con el compañero, y que éste estaba ya en la tropa de Fidel. También se incorporó Evelio Saborit, hoy comandante del Ejército Rebelde.

Con la incorporación de Félix Mendoza y su grupo alcanzamos a treinta y seis hombres, pero al día siguiente se iban tres, luego se incorporaban otros al grupo y teníamos 35. Sin embargo, al empezar la marcha volvía a bajar. Estábamos subiendo las cuestas de Peladero, en jornadas de muy corto alcance.

La radio nos informaba de un panorama de violencia en toda la Isla. El primero de julio escuchábamos la noticia de la muerte de Josué País, hermano de Frank, con otros compañeros más en medio de la batalla continua que se libraba en Santiago. A pesar de las cortas jornadas nuestras tropas se sentían abatidas y algunos de los nuevos incorporados pedían retirarse para «cumplir misiones más útiles en la ciudad». Pasamos, en el descenso de la loma de la Botella, por la casa de Benito Mora, quien nos agasajó en su humilde vivienda, que está como colgada en los riscos de esta parte de la Sierra; un poco antes de llegar, convoqué a la pequeña tropa, diciéndole que se avecinaban momentos de mucho peligro, que había un ejército cerca, que probablemente debiéramos pasar días y días sin comer casi, caminando jornadas enteras y el que no se sintiera capaz, lo avisara; algunos tuvieron el pudor de manifestar sus temores e irse, pero hubo uno de nombre Chicho, que aseguró a nombre de un grupo que ellos seguirían hasta la muerte, con un acento de convicción y decisión extraordinarias. Cuál no sería nuestra sorpresa cuando, después de pasar la casa de Benito Mora y al acampar en un pequeño arroyo para pasar la noche, ese mismo grupo nos comunicaba su deseo de abandonar la guerrilla. Accedimos a ello y bautizamos jocosamente ese lugar como el «arroyo de la muerte», pues hasta allí había durado la tremenda determinación de Chicho y sus compañeros. Ese nombre le quedó al hilo de agua hasta nuestra salida de la Sierra.

Quedábamos veintiocho hombres, pero al salir al día siguiente, se incorporaban dos nuevos reclutas, ex militares, que venían a luchar por la libertad a la Sierra. Eran Gilberto Capote y Nicolás. Los traía Arístides Guerra, otro de los contactos de la región que luego fue un inestimable valor de nuestra columna y a quien llamábamos el «Rey del Condomio». El «Rey del Condomio» prestó, en todo momento de la guerra, servicios enormes y muchas veces más peligrosos que el de luchar contra el enemigo, trasladando tropas de mulos desde la zona de Bayamo hasta nuestra zona de operaciones.

Mientras íbamos caminando las cortas jornadas tratábamos de que los reclutas se fueran familiarizando con el tiro. Pusimos a los dos ex militares para que enseñaran algunas nociones de fusil, de arme y desarme y del tiro en seco, con tan mala suerte, que apenas empezadas las lecciones se le escapó un tiro a uno de los instructores; tuvimos que quitarlo de ese cargo y lo mirábamos con sospecha, aunque su cara de consternación era tal que hubiera sido necesaria una gran dosis de poder de simulación para no sentirla realmente. Los dos ex militares no pudieron aguantar la marcha y salieron de nuevo con Arístides, pero Gilberto Capote volvió con nosotros, muriendo heroicamente en Pino del Agua con el grado de teniente.

Dejamos el lugar donde estábamos acampados, la casa de Polo Torres, en la Mesa, que fuera después uno de

nuestros centros de operaciones, y caminando, dirigidos ahora por un campesino llamado Tuto Almeida. Nuestra misión era alcanzar la Nevada y después llegar a donde estaba Fidel, cruzando por la vertiente norte del Turquino. Ibamos caminando en esa dirección, cuando vimos a lo lejos dos campesinos que, al acercarnos, trataron de huir y hubo que correr para detenerlos: resultaron ser dos muchachas negras de apellido Moya, adventistas de religión que, aún cuando estaban contra toda clase de violencia en razón de sus creencias, nos dieron su apoyo franco en aquel momento y durante todo el transcurso de la guerra.

Reparamos nuestras fuerzas y comimos allí magníficamente, pero al ir a pasar por Mar Verde (había que tomar Mar Verde para pasar a la Nevada), nos enteramos que había tropas del ejército en toda esa zona. Tras una corta deliberación de nuestro estadillo mayor y las guías, decidimos retroceder y cruzar directamente por el Turquino, camino más escabroso pero también menos peligroso en estas circunstancias.

En nuestro pequeño radio de transistores, captábamos noticias inquietantes; se decía que había grandes combates en la zona de Estrada Palma y que estaba Raúl muy mal herido. (Ahora, con el tiempo, no sé precisar si fue la radio nuestra o «radio bamba» la que dio tal noticia.) Nosotros no sabíamos si dar crédito o no a informaciones de cuya falsedad sabíamos por experiencias anteriores, pero tratábamos de apurar la marcha en la medida de nuestras posibilidades para llegar a donde estaba Fidel. Emprendimos camino de noche y pernoctamos en la casa de un solitario campesino llamado *el Vizcaíno*, por su origen, ya en las faldas del Turquino. El Vizcaíno vivía totalmente solo en un pequeño bohío y sus únicos amigos eran unos libros marxistas, cuidadosamente guardados en una cueva (en un pequeño agujero debajo de una piedra) lejos de su bohío. Manifestó con orgullo su militancia marxista, que muy poca gente en la zona conocía. El Vizcaíno nos mostró el camino para seguir y continuamos nuestra lenta marcha. Sinecio se iba separando de su centro de operaciones y para su alma simple de campesino un poco al margen de la ley, aquella situación se volvía angustiosa. Un buen día, en un alto en el camino, mientras estaba de guardia un recluta llamado Cuervo, al que se le había dado un fusil Remington por su buena disposición, Sinecio Torres se le unió a la posta con otro fusil; cuando me enteré de eso, aproximadamente después de media hora, fui a buscarlos, pues no tenía mucha confianza en Sinecio y los fusiles eran algo preciso en ese momento; pero ya ambos habían desertado. Banderas e Israel Pardo fueron tras sus huellas conscientes de que los prófugos estaban armados con armas largas y ellos apenas con revólveres; no se dio con los desertores en aquella oportunidad.

Era muy difícil mantener la moral de la tropa, sin armas, sin el contacto directo con el Jefe de la Revolución, caminando prácticamente a tientas, sin ninguna experiencia, rodeados de enemigos que se agigantaban en la mente y en los cuentos de los guajiros; la poca disposición de los nuevos incorporados que provenían de las zonas del llano y no estaban habituados a las mil dificultades de los caminos serranos, iba provocando crisis continuas en el espíritu de la guerrilla. Hubo un intento de fuga que estaba encabezado por un individuo llamado *El Mexicano*, que llegó a tener el grado de capitán y hoy está en Miami, como traidor a la Revolución.

Me enteré por la denuncia del compañero Hermes Leyva, primo de Joel Iglesias, y llamé a un careo para resolver este problema. El Mexicano juró por todos sus antepasados que aún cuando él había pensado en separarse, no lo hacía con el intento de desertar de la lucha sino para tener una guerrillita que asaltara y matara los chivatos, pues había muy poca acción en nuestras fuerzas; en realidad, lo que pensaba hacer era dedicarse a matar chivatos pero para quitarles el dinero; una típica acción bandidesca. En un combate posterior, en El Hombrito, Hermes fue la única baja que tuvimos y quedó la sospecha de que El Mexicano hubiera podido ser el autor material de ese hecho, ya que había sido denunciado por Hermes Leyva. Sin embargo, nunca pude llegar a una convicción total de este asunto.

El Mexicano continuó en la columna, dando su palabra de hombre y de revolucionario, &c., &c., de que no se iría ni intentaría la fuga, ni incitaría a nadie a ello. Después de pesadas y cortas jornadas, llegamos a la zona de Palma Mocha, ya sobre la vertiente oeste del Turquino, en la zona de las Cuevas, donde nos recibieron muy bien los guajiros y establecimos un contacto directo desde mi nueva profesión de «sacamuelas», que ejercía con todo entusiasmo.

Comimos y reparamos fuerzas para seguir rápidamente hasta la zona de viejos conocidos de Palma Mocha y el Infierno, a donde llegamos el día quince de junio. Allí nos informó Emilio Cabrera, un campesino del lugar, que Lalo Sardiñas estaba acampado en una emboscada cercana con su tropa y me dio las quejas porque ponía en peligro a su casa desde el lugar donde estaba, en caso de atacar una patrulla enemiga.

El día 16 de junio se efectuó el encuentro entre la pequeña columna nueva y un pelotón de la columna de Fidel dirigido por Lalo Sardiñas; nos contó éste cómo se había visto obligado a ingresar a la Revolución, ya que era un comerciante que se ocupaba de traernos víveres de las zonas llanas, pero fue sorprendido y debió matar a un individuo, por lo que tomó el camino de la guerrilla. Lalo había recibido instrucciones de esperar allí el avance de las columnas de Sánchez Mosquera. Nos enteramos que una vez más, el obstinado Sánchez Mosquera había penetrado por las regiones del río Palma Mocha y que casi fue cercado por la columna de Fidel, pero logró eludir el cerco pasando el Turquino a marchas forzadas y cayendo del otro lado de este macizo.

Nosotros habíamos tenido algunas noticias de las cercanías de tropas pues, unos días antes, al llegar a un bohío, vimos las trincheras que hasta el día anterior habían tenido los soldados, pero no sospechábamos que, lo que aparentemente era la prueba de una sostenida ofensiva contra nosotros en realidad eran las señales de una huida de la columna represora, lo que marcaba un cambio total de calidad en las operaciones en la Sierra. Ya teníamos la suficiente fuerza para cercar y obligar a huir, bajo amenaza de aniquilamiento, a las columnas del ejército enemigo.

Entendieron muy bien esta lección y no hacían sino incursiones esporádicas por la Sierra, pero uno de los más tenaces, agresivos y sanguinarios jefes del ejército enemigo fue Sánchez Mosquera, que ascendió desde simple teniente en el año 57 hasta coronel, grado con el que se le premió después de la derrota final en las batallas de la ofensiva general del ejército, en junio del año siguiente. Su carrera fue meteórica en cuanto a grados y fructífera en cuanto a recopilación de toda clase de enseres de los campesinos a los que robaba inmisericordemente cada vez que penetraba con sus tropas por los laberintos de la Sierra Maestra.

---

## Se gesta una traición

Daba gusto ver de nuevo a nuestra tropa con más disciplina, con mucha más moral, con cerca de doscientos hombres, algunas armas nuevas entre ellas. Realmente se notaba que el cambio cualitativo de que ya hemos hablado, estaba manifestándose en la Sierra Maestra. Existía un verdadero territorio libre, las medidas de precaución no eran tan necesarias y había cierta libertad para conversar de noche, para remolonear más sobre la hamaca y daban autorización para moverse en los caseríos de los vecinos de la Sierra entablando una relación más estrecha con ellos. Dio verdadera alegría también el recibimiento que nos hicieron los viejos compañeros.

Pero las *vedettes* de esos días fueron Felipe Pazos y Raúl Chibás. Eran dos personalidades totalmente distintas. Raúl Chibás vivía sólo del prestigio de su hermano, verdadero símbolo de una época de Cuba, pero no tenía ninguna de sus virtudes; ni expresivo, ni sagaz, ni inteligente tampoco. Lo que le permitía ser figura señera y simbólica del Partido Ortodoxo, era precisamente su absoluta mediocridad. Hablaba muy poco y quería irse rápidamente de la Sierra.

Felipe Pazos tenía una personalidad propia, prestigio de gran economista y, además, una fama de persona honesta ganada por el sistema de no asaltar el erario público en un gobierno de dolo y latrocinio extremos como lo fue el de Prío Socarrás, donde ejerció la presidencia del Banco Nacional. Magnífico mérito, podrán pensar, mantenerse impoluto en aquella época. Mérito quizás, como funcionario que sigue su carrera administrativa insensible a los graves problemas del país; pero ¿cómo puede pensarse en un revolucionario que no denunciara día a día los atropellos inconcebibles de aquella época? Felipe Pazos se las ingenió para no hacerlo y para salir de la presidencia del Banco Nacional de Cuba, después del cuartelazo de Batista, adornado de los más grandes prestigios; su honradez, su inteligencia y sus grandes dotes de economista. Petulante, pensaba llegar a la Sierra a dominar la situación, era el hombre elegido, en su cerebro de pequeño Maquiavelo, para dirigir los destinos del país. Quizás ya hubiera incubado la idea de su traición al movimiento o esto fuera posterior, pero su conducta nunca fue enteramente franca.

Amparado en la declaración conjunta que analizaremos, se autotituló luego delegado del 26 de Julio en Miami e iba a ser nombrado Presidente Provisional de la República. De esta manera, se aseguraba Prío un hombre de confianza en la dirección del gobierno provisional.

Tuvimos poco tiempo para conversar en aquellos días, pero Fidel me contó de sus esfuerzos para hacer que el documento fuera realmente combativo y que sentara las bases de una declaración de principios. Un intento difícil contra aquellas dos mentalidades cavernícolas e insensibles al llamamiento de la lucha popular.

Insistía fundamentalmente el manifiesto en «la consigna de un gran frente cívico revolucionario que comprendía a todos los partidos políticos de la oposición, todas las instituciones cívicas y todas las fuerzas revolucionarias».

Se hacía una serie de proposiciones: la «formación de un frente cívico revolucionario en un frente común de lucha»; la designación de «una figura llamada a presidir el gobierno provisional»; la declaración expresa de que el frente no invocaba ni aceptaba la mediación de otra nación en los asuntos internos de Cuba; «no aceptaría que gobernara provisionalmente la República ningún tipo de junta militar»; la decisión de apartar al ejército totalmente de la política y garantizar a los institutos armados su intangibilidad; declarar que celebrarían elecciones en el término de un año.

El programa bajo el cual debía regirse el gobierno provisional anunciaba libertad para todos los presos políticos, civiles y militares; garantía absoluta de libertad de información a la prensa radial y escrita y todos los derechos individuales y políticos garantizados por la Constitución; designación de alcaldes provisionales en todos los municipios, previa consulta con las instituciones cívicas de la localidad; supresión del peculado en todas sus formas y adopción de medidas que tendieran a incrementar la eficiencia en todos los organismos del Estado; establecimiento de la carrera administrativa; democratización de la política sindical promoviendo elecciones libres en todos los sindicatos y federaciones de industrias; inicio inmediato de una intensa campaña contra el analfabetismo y educación cívica exaltando los deberes y derechos que tiene el ciudadano con la sociedad y con la Patria; «sentar las bases para una Reforma Agraria que tienda a la distribución de las tierras baldías y a convertir en propietarios a todos los colonos aparceros, arrendatarios y precaristas que posean pequeñas parcelas de tierra, bien sean propiedad del Estado o particulares, previa indemnización a los anteriores propietarios»; adopción de una política financiera sana que resguarde la estabilidad de nuestra moneda y tienda a utilizar el crédito de la nación en obras reproductivas; aceleración del proceso de industrialización y creación de nuevos empleos.

A esto se agregaban dos puntos sobre los que se hacía especial hincapié: «Primero: la necesidad de que se designe desde ahora a la persona llamada a presidir el Gobierno Provisional de la República, para demostrar ante el mundo que el pueblo cubano es capaz de unirse tras una consigna de libertad y apoyar a la persona que reuniendo condiciones de imparcialidad, integridad, capacidad y decencia puede encarnar esa consigna. Sobran hombres capaces en Cuba para presidir la República.» (Naturalmente, por lo menos Felipe Pazos, uno de los firmantes, sabía bien en su fuero interno que no sobraban hombres, que había uno solo y ese era él.)

«Segundo: que esa persona sea designada por el conjunto de instituciones cívicas por ser apolíticas estas organizaciones, cuyo respaldo libraría al Presidente Provisional de todo compromiso partidista dando lugar a unas elecciones absolutamente limpias e imparciales.»

Se declaraba, además: «no es necesario venir a la Sierra a discutir, nosotros podemos estar representados en La Habana, en México, o donde sea necesario.»

Fidel había tratado de influir para hacer más explícitas algunas declaraciones sobre Reforma Agraria. Sin embargo, fue difícil romper el monolítico frente de los dos cavernícolas; «sentar las bases para una Reforma Agraria».

*Diario de la Marina.* Se establecía para colmo, «previa indemnización a los anteriores propietarios».

Algunos de los compromisos aquí establecidos no fueron cumplidos por la Revolución en la forma originalmente redactada. Hay que puntualizar que el enemigo rompió el pacto tácito expresado en el manifiesto al desconocer la autoridad de la Sierra y tratar de crear ataduras previas al futuro gobierno revolucionario.

No estábamos satisfechos con el compromiso pero era necesario; era progresista en aquel momento. No podía durar más allá del momento en que significara una detención en el desarrollo revolucionario, pero estábamos dispuestos a cumplirlo. El enemigo nos ayudó con su traición a romper lazos incómodos y demostrar al pueblo sus verdaderas intenciones.

Nosotros sabíamos que era un programa mínimo, un programa que limitaba nuestro esfuerzo, pero también

sabíamos que no era posible establecer nuestra voluntad desde la Sierra Maestra y que debíamos contar durante un largo período con toda una serie de «amigos» que trataban de utilizar nuestra fuerza militar y la gran confianza que el pueblo ya sentía por Fidel Castro, para sus manejos macabros y, por sobre todas las cosas, para mantener el dominio del imperialismo en Cuba a través de su burguesía importadora, ligada estrechamente a los amos nortños.

Tenía partes positivas el manifiesto; se hablaba de Sierra Maestra y se decía explícitamente: «nadie se llame a engaño sobre la propaganda gubernamental acerca de la situación de la Sierra. La Sierra Maestra es ya un baluarte indestructible de la libertad que ha prendido en el corazón de nuestros compatriotas y aquí sabremos hacer honor a la fe y a la confianza de nuestro pueblo.» «Aquí sabremos» quiere decir, en realidad, que Fidel Castro lo sabía, los otros dos fueron incapaces de seguir, siquiera como espectadores, el desarrollo de la contienda de la Sierra Maestra; bajaron inmediatamente. Uno de ellos, Chibás, fue sorprendido por la policía batistiana y maltratado; ambos llegaron después a los Estados Unidos.

El golpe estaba bien dado; un grupo de personeros de lo más distinguido de la oligarquía cubana llegaba a la Sierra Maestra «en defensa de la libertad», firmaba una declaración conjunta con el jefe guerrillero, prisionero en los montes de la Sierra y salía con libertad de acción para jugar con esa carta en Miami. Lo que no calcularon es que los golpes políticos tienen el alcance que permita el contrario, en este caso, las armas del pueblo. La rápida acción de nuestro jefe, con la confianza puesta en el Ejército Guerrillero, impidió que la traición prosperara y su encendida réplica de meses después, cuando se conoció el resultado del pacto de Miami, paralizó al enemigo. Se nos acusó de divisionistas y de pretender imponer nuestra voluntad desde la Sierra, pero tuvieron que variar la táctica y preparar una nueva encerrona, el pacto de Caracas.

El manifiesto llevaba por fecha julio 12 de 1957 y fue publicado en los periódicos de aquella época. Esta declaración para nosotros no era más que un pequeño alto en el camino, había que seguir la tarea fundamental que era derrotar al ejército opresor en los campos de batalla. En esos días se formaba una nueva columna de la cual me encargaban su dirección con el grado de capitán y se hacían algunos ascensos más; Ramiro Valdés pasaba a ser capitán y con su pelotón entraba en mi columna, también Ciro Redondo era ascendido a capitán, mandando otro pelotón. La columna se componía de tres pelotones, mandado el primero por Lalo Sardiñas, que llevaba la vanguardia y que a la vez era segundo jefe del destacamento; Ramiro Valdés y Ciro Redondo. Esta columna, a la cual llamaban «el desalojo campesino», estaba constituida por unos 75 hombres, heterogéneamente vestidos y heterogéneamente armados, sin embargo, me sentía muy orgulloso de ellos. Mucho más orgulloso, más ligado a la Revolución, si fuera posible, más deseoso de demostrar que los galones otorgados eran merecidos, me sentiría unas noches más tarde...

Enviábamos una carta de felicitación y reconocimiento a «Carlos», nombre clandestino de Frank País, quien estaba viviendo sus últimos días. La firmaron todos los oficiales del Ejército Guerrillero que sabían hacerlo (los campesinos de la Sierra no eran muy duchos en este arte y ya eran parte importante de la guerrilla). Se firmó la carta en dos columnas y al poner los cargos de los componentes de la segunda de ellas, Fidel ordenó simplemente: «ponle comandante», cuando se iba a poner mi grado. De ese modo informal y casi de soslayo, quedé nombrado comandante de la segunda columna del Ejército Guerrillero, la que se llamaría número 4 posteriormente.

Fue en una casa campesina, no recuerdo ahora cuál, que se redactó este mensaje cálido de los guerrilleros al hermano de la ciudad que tan heroicamente venía luchando por abastecernos y aliviar la presión desde el mismo Santiago.

La dosis de vanidad que todos tenemos dentro, hizo que me sintiera el hombre más orgulloso de la tierra ese día. El símbolo de mi nombramiento, una pequeña estrella, me fue dado por Celia junto con uno de los relojes de pulsera que habían encargado a Manzanillo. Con mi columna de reciente formación tuve como primera tarea la de tender un cerco a Sánchez Mosquera, pero éste, el más «bicho» de todos los esbirros, ya se había alejado de la zona.

Teníamos que hacer algo para justificar esa vida semi-independiente que llevaríamos en la nueva zona hacia la que debíamos marcharnos en la región de El Hombrito y empezamos a elucubrar hazañas.

Había que prepararse para festejar dignamente la fecha gloriosa, 26 de Julio, que se aproximaba y Fidel me dio mano libre para hacer lo que pudiera, pero con prudencia. En la última reunión estaba presente un nuevo médico

incorporado a la guerrilla, Sergio del Valle, hoy jefe del estado mayor de nuestro Ejército Revolucionario y que en aquel entonces ejercía su profesión como las condiciones de la Sierra lo permitieran.

Era necesario demostrar que vivíamos, pues nos habían dado algunos golpes en el llano; las armas destinadas a abrir otro frente desde el Central Miranda cayeron en poder de la policía que tenía presos a muchos valiosos dirigentes, entre ellos a Faustino Pérez. Fidel se había opuesto a separar las fuerzas pero cedió frente a la insistencia del llano. Desde ese momento quedó demostrada la justeza de su tesis y nos dedicamos a fortalecer la Sierra Maestra como primer paso hacia la expansión del Ejército Guerrillero.

---

## El ataque a Bueycito

Junto con las primeras manifestaciones de vida independiente, comenzaron los problemas en la guerrilla. Había ahora que establecer una disciplina rígida, formar los mandos y establecer en alguna forma un Estado Mayor para asegurar el éxito en nuevos combates, tarea nada fácil dada la poca disciplina de los combatientes.

Apenas formado el destacamento, se separó de nosotros un compañero querido, el teniente Maceo, que fue a Santiago en una misión y al que ya no veríamos más, pues sucumbió allí en la lucha.

Hacíamos también algunos ascensos, el compañero William Rodríguez era ascendido a teniente y también Raúl Castro Mercader. Con esto tratábamos de ir formando nuestra pequeña fuerza guerrillera. Una mañana nos encontramos con la desagradable nueva de que había desertado un hombre con su fusil, un arma de calibre 22 que era preciosa en las condiciones deplorables de aquella época; al desertor le decían El Chino Wong, era de la vanguardia y se había encaminado seguramente a su barrio en las estribaciones de la Sierra Maestra. Se mandaron dos hombres en su seguimiento, pero como para quitarnos esperanzas de éxito en la misión, se produjo la reincorporación de los compañeros Israel Pardo y Banderas que después de buscar infructuosamente a desertor pasaría a hacer funciones especiales a mi lado.

Empezamos a elaborar un plan muy ambicioso, que consistía en atacar primero a Estrada Palma al filo de la noche, enseguida dirigirse a los pueblos cercanos de Yara y Veguitas, tomar los pequeñas guarniciones y volver por el mismo camino nuevamente a la montaña. De esta manera podíamos tomar tres cuarteles en un solo asalto, contando con la sorpresa. Hicimos algunas prácticas de tiro, ahorrando balas y encontramos que todas las armas estaban buenas, menos el fusil ametralladora Madzen, muy viejo y muy sucio. Trasladamos a Fidel, en una pequeña nota, la idea nuestra y pedimos que nos comunicara por escrito la aceptación o no del plan. No recibimos contestación de Fidel, pero por la radio, el día 27 de julio, nos enteramos del ataque a Estrada Palma, según la información oficial, por 200 hombres al mando de Raúl Castro.

La revista *Bohemia* publica, en el único número sin censura de aquellos días, un reportaje mostrando los daños causados por nuestras tropas en Estrada Palma, donde se quemó el antiguo cuartel y se hablaba de Fidel Castro, de Celia Sánchez y toda una pléyade de revolucionarios que habían bajado. En todo se mezclaba la verdad con el mito como sucede en estos casos y los periodistas no pudieron desentrañarlas; en realidad el ataque no estaba llevado por 200 hombres sino muchos menos y estaba dirigido por el comandante Guillermo García (capitán por aquel entonces). Sucedió simplemente que no se pudo establecer combate porque Barreras se había retirado en esos mismos instantes, pensando lógicamente que el 26 de julio podía haber algunos ataques fuertes y desconfiando quizás, de la posición. Prácticamente fue una expedición lo que se llevó a cabo en Estrada Palma. De todas maneras las tropas del ejército, al día siguiente persiguieron a nuestras guerrillas y, como todavía no teníamos el grado de organización suficiente, fue apresado un hombre que se había quedado dormido en una región cercana a San Lorenzo, según creo recordar.

Nosotros, después de tener esta noticia, decidimos trasladarnos rápidamente para tratar de atacar algún otro cuartel en los días inmediatos al 26 de julio y seguir manteniendo el ambiente propicio a la insurrección.

Cuando íbamos caminando para alcanzar la Maestra, cerca de un lugar denominado La Jeringa, nos alcanzó uno de los dos hombres que habían ido a buscar al desertor; nos comunicó que su compañero de misión le había dicho primero que era amigo íntimo del chino Wong y que no lo podía traicionar, después, lo invitó a desertar y manifestó luego que no volvía a la guerrilla. Este compañero le dio el alto, pero el desertor siguió caminando, por lo que disparó, matándolo. Reuní toda la tropa en la loma anterior al teatro del suceso macabro, explicándole a nuestra guerrilla lo que iba a ver y lo que significaba aquello; el porqué se castigaría con la muerte la desertión y el porqué de la condena que había que hacer contra todo aquel que traicionara la Revolución. Pasamos en fila india en riguroso silencio, muchos de los compañeros todavía consternados ante el primer ejemplo de la muerte, junto al cadáver de aquel hombre que trató de abandonar su puesto, quizás movidos más por algunas consideraciones de afecto personal hacia el desertor primero y por una debilidad política natural de aquella época, que por deslealtad a la Revolución. Naturalmente, los tiempos eran duros y se dictaminó como ejemplar la sanción. No vale la pena dar aquí los nombres de los actores, diremos solamente que el desertor caído era un muchacho joven, campesino humilde de aquella misma zona.

Volvimos a pasar por algunas zonas ya conocidas anteriormente. El 30 del mes de julio, Lalo Sardiñas hizo contacto con un viejo amigo, un comerciante de la zona de las minas llamado Armando Oliver, establecimos una cita en una casa vecina a la zona de California y allí nos vimos con éste y Jorge Abich, a quien le manifestamos nuestra intención de atacar las Minas y Bueycito. Era un paso arriesgado poner en manos de otra gente el secreto, pero Lalo Sardiñas los conocía y tenía confianza en estos compañeros.

Armando nos informó que Casillas iba los domingos por las zonas, pues siguiendo las costumbres inveteradas de los militares, tenía una querida allí. Nosotros, sin embargo, estábamos más dispuestos a hacer un ataque rápido antes de que se conociera nuestra presencia, que tratar de dar un golpe de suerte y capturar a este militar conocido por sus felonías. Acordamos que en la noche del día siguiente, el 31 de julio, iniciaríamos el ataque. Armando Oliver se encargaría de conseguirnos camiones, guías para los lugares y un minero que se encargara de volar los puentes que comunican la carretera de Bueycito con la de Manzanillo-Bayamo. A las dos de la tarde del día siguiente emprendimos la marcha, tardamos un par de horas en llegar a la cresta de la Maestra donde dejamos todas las mochilas escondidas y seguimos con nuestro equipo de campaña. Teníamos que hacer un camino largo y cruzamos por una serie de casas, en una de las cuales había una fiesta; hubimos de llamar la atención a todos los fiestantes y «leerles la cartilla» de modo que quedaba bien claro su responsabilidad si se sabía algo de nuestro paso en ese momento y seguimos caminando a toda prisa. Naturalmente el peligro en estos encuentros no era muy grande, pues no había teléfono, ni ningún tipo de comunicación en la Sierra Maestra por ese entonces y el informante debía correr a pie para llegar antes que nosotros.

Llegamos a la casa del compañero Santiesteban, que tenía una camioneta a nuestra disposición y también dos camiones más que Armando Oliver nos había mandado. En esta forma con toda la tropa montada, Lalo Sardiñas en el primer camión, Ramirito conmigo en el segundo y Ciro con su pelotón en el tercero, hicimos la marcha hasta el poblado de Minas, la que duró cerca de tres horas. En las Minas se había levantado toda vigilancia del ejército, de manera que toda la tarea fue tomar precauciones para que nadie se moviera hacia Bueycito; aquí se quedó la escuadra de retaguardia al mando del teniente Vilo Acuña, hoy comandante de nuestro Ejército Rebelde, y seguimos con el resto hasta la cercanía de Bueycito.

En la entrada del poblado paramos un camión de carbón y lo mandamos adelante con un hombre para ver si había vigilancia, pues a veces en la entrada de Bueycito una posta del Ejército revisaba todo lo que salía de la Sierra; en ese momento no había nadie, todos los guardias dormían felices.

Hicimos nuestro plan simple, aunque algo pretencioso: Lalo Sardiñas debía caer sobre el lado oeste del cuartel, Ramiro con su pelotón rodearlo totalmente, Ciro, con la ametralladora de la escuadra de la comandancia, estaría listo atacar por el frente y Armando Oliver llegaría despreocupadamente con un automóvil, alumbrando de pronto a los guardias; en ese momento la gente de Ramirito debía irrumpir en el cuartel tomando a todos presos; al mismo tiempo había que tomar precauciones para apresar a todos los guardias que dormían en sus propias casas. La escuadra del teniente Noda, muerto luego en ataque a Pino del Agua, era la encargada de detener cualquier tránsito por la carretera hasta que se iniciara el fuego y William fue enviado a volar el puente que conecta a Bueycito con el entronque de la carretera central, para detener algo a las fuerzas represivas.

El plan no pudo llevarse a cabo, pues era demasiado difícil para hombres que no conocían el terreno y sin gran experiencia. Ramiro perdió parte de su gente en la noche y llegó algo tarde y el carro no llegó a salir; en un

momento dado los perros ladraron profundamente mientras colocábamos la gente en sus posiciones.

En una casa, mientras transitaba por la calle principal del pueblo, me salió un hombre; le di el «alto quién vive», el hombre creyendo que era un compañero se identificó «La Guardia Rural»; cuando lo fui a encañonar saltó a la casa, cerró rápidamente la puerta y se oyó dentro un ruido de mesas, sillas y cristales rotos, mientras alguien saltaba por atrás en silencio; fue casi un contrato tácito entre el guardia y yo, pues no me convenía disparar ya que lo importante era tomar el cuartel, y él no dio ningún grito de aviso a sus compañeros.

Seguimos avanzando buscando las posiciones para los últimos hombres cuando el centinela del cuartel avanzó extrañado por la cantidad de perros que ladraban y probablemente al escuchar los ruidos del encuentro con el soldado. Nos topamos cara a cara, apenas a unos metros de distancia; tenía la Thompson montada y él un Garand: mi acompañante era Israel Pardo; le di el alto y el hombre que llevaba el Garand listo, hizo un movimiento, para mí fue suficiente: apreté el disparador con la intención de descargarle el cargador en el cuerpo; sin embargo, falló la primera bala y quedó indefenso. Israel Pardo tiró, pero su pequeño fusil 22, defectuoso, tampoco disparó. No sé bien cómo Israel salió con vida, mis recuerdos alcanzan sólo para mí que, en medio del aguacero de tiros del Garand del soldado, corrí con velocidad que nunca he vuelto a alcanzar y pasé, ya en el aire, doblando la esquina para caer en la calle transversal y arreglar ahí la ametralladora; sin embargo, el soldado impensadamente había dado la señal de ataque, pues éste era al primer disparo que se oyera. Al oír tiros por todos lados, el soldado, acoquinado, quedó escondido en una columna y allí lo encontramos al finalizar el combate que apenas duró unos minutos.

Mientras Israel iba a hacer contacto, cesaba el tiroteo y llegaba ya la noticia de la rendición. La gente de Ramirito, al oír los primeros disparos cruzó la cerca y atacó por detrás del cuartel disparando rasante por una puerta de madera.

En el cuartel había doce guardias de los cuales seis estaban heridos, nosotros habíamos sufrido una baja definitiva, la del compañero Pedro Rivero, recientemente incorporado, atravesado por un balazo en el tórax y, además, teníamos tres heridos leves. Quemamos el cuartel, luego de llevar todas las cosas que pudieran sernos útiles, y nos fuimos en los camiones llevando prisioneros al sargento del puesto y a un chivato llamado Oran.

El pueblo nos brindaba cervezas frías y refrescos en el camino, pues ya era de día, había sido volado el pequeño puente de madera cerca de la carretera central; al pasar nosotros el último carro, volamos otro pequeño puente de madera sobre un arroyo. El minero que lo hizo nos fue entregado por Oliver ya como miembro de la tropa, y fue una valiosa adquisición para nosotros; su nombre, Cristino Naranjo, comandante asesinado en épocas posteriores al triunfo de la Revolución.

Seguimos avanzando y llegamos a las Minas. Hicimos un alto para dar un pequeño mitin; como parte de la comedia uno de los Abich, comerciante de la zona, nos pidió en nombre del pueblo que dejáramos en libertad al sargento y al chivato, nosotros le explicamos que solamente los manteníamos prisioneros para garantizar, con la vida de ellos, el que no hubiera represalias en la población, pero ya que lo pedían tan insistentemente nosotros accedíamos. De esta manera quedaron los dos prisioneros devueltos y el pueblo asegurado. Al salir hacia la Sierra, enterramos al compañero en el cementerio del poblado; apenas alguno que otro avión de reconocimiento volaba sobre nosotros a mucha altura, por lo cual nos paramos en una bodega, todavía en el camino, para atender a los tres heridos: uno presentaba un tiro a sedal pero desgarrante en el hombro y fue la curación algo más difícil; el otro tenía pequeña herida de arma de poco calibre en la mano y el tercero un chichón en la cabeza producido por las patadas de las mulas del cuartel que al ser heridas o asustadas por el fuego daban coces en distintas direcciones y en una de esas, según aquel compañero, le tiraron un pedazo de mampostería en la cabeza. En lo Alto de California, después de dejar los camiones, se repartieron las armas, aunque mi participación en el combate fue escasa y nada heroica, pues los pocos tiros los enfrenté con la parte posterior del cuerpo, me adjudiqué un fusil ametralladora Browning, que era la joya del cuartel, y dejé la vieja Thompson y sus peligrosísimas balas que nunca disparaban en el momento oportuno. Se hizo el reparto y la adjudicación de las mejores armas para los mejores combatientes y se licenció a los que habían tenido peor actuación incluyendo a los «mojados», un grupo de hombres que se había caído al río huyendo al escuchar los primeros disparos. Entre la gente que había tenido mejor actuación en aquel momento podemos citar al capitán Ramiro Valdés, que dirigió el ataque, y al teniente Raúl Castro Mercader que junto con algunos de sus hombres participó decisivamente en el pequeño combate.

Al llegar a las lomas nuevamente, nos enterábamos de que estaba establecido el estado de sitio, la censura y, además, nos enterábamos en ese momento de la gran pérdida que había sufrido la Revolución, al ser asesinado Frank País en las calles de Santiago. De tal manera acababa una de las vidas más puras y gloriosas de la Revolución cubana, y el pueblo de Santiago, de La Habana y de toda Cuba se lanzaba a la calle en la huelga espontánea de agosto, caía en una censura total la semicensura del gobierno, e iniciábamos una nueva época, expresada por el silencio de los cotorros pseudoposicionistas y los salvajes asesinatos cometidos por los batistianos en toda Cuba, que se ponía en pie de guerra.

Con Frank País perdimos uno de los más valiosos luchadores, pero la reacción ante su asesinato demostró que nuevas fuerzas se incorporaban a la lucha y que crecía el espíritu combativo del pueblo.

---

## El combate de El Hombrito

La columna formada tenía sólo un mes de vida y ya empezábamos los amagos de nuestra vida sedentaria en la Sierra Maestra. Estábamos en el valle llamado El Hombrito, porque vista la Maestra desde el llano un par de lajas gigantescas, superpuestas en la cima, semejan la figura de un pequeño hombrecito.

Todavía era muy novata la fuerza, había que preparar a los hombres antes de someterlos a trajines más duros, pero las exigencias de nuestra guerra revolucionaria obligaban a presentar combate en cualquier momento. Teníamos la obligación de salirle al paso a las columnas que invadieran lo que ya empezaba a ser territorio libre de Cuba, una cierta parte de la Sierra Maestra.

El 29 de agosto, mejor dicho, la noche del 29 de agosto un campesino nos informaba que había una tropa grande que estaba por subir la Maestra, precisamente por el camino de El Hombrito, que cae al valle o sigue a Altos de Conrado para cruzar la Maestra. Estábamos curados de espanto por las noticias falsas que traían, por lo cual tomé al hombre como rehén para que dijera la verdad amenazándolo con terribles castigos si mentía, pero él juraba y rejuraba que estaba en lo cierto y que los guardias estaban en la finca de Julio Zapatero, un par de kilómetros antes de la Maestra.

Nos trasladamos por la noche situando nuestras fuerzas. El pelotón de Lalo Sardiñas debía ocupar el lado este de la posición en el «sao» de helechos secos de poca altura y castigar con su fuego a la columna cuando ésta fuera detenida. Ramiro Valdés con la gente de menos poder de fuego por el lado oeste debía hacer una «hostilización acústica» para sembrar la alarma. Aunque poco armado, su posición era menos peligrosa porque los guardias debían atravesar un profundo barranco para llegar a ellos.

El trillo por donde debían subir bordeaba la loma por el lado donde estaba emboscado Lalo. Ciro los atacaría en una forma oblicua y yo, con una pequeña columna de los tiradores mejor armados, debía dar la orden de fuego con el primer disparo. La mejor escuadra estaba al mando del teniente Raúl Mercader, del pelotón de Ramiro, por lo que fue colocada como fuerza de choque para recoger los frutos de la victoria. El plan era muy sencillo: al llegar a una pequeña curva del camino donde éste hacía un ángulo casi de 90 grados para bordear una piedra, yo debía dejar pasar diez o doce hombres aproximadamente y disparar sobre el último en cruzar el peñón donde torcía el camino, de manera que quedaran separados del resto; entonces los otros debían ser rápidamente liquidados por los tiradores, la escuadra de Raúl Mercader avanzaría, se tomarían las armas de los muertos y nos retiraríamos inmediatamente protegidos por el fuego de la escuadra de retaguardia mandada por el teniente Vilo Acuña.

Por la madrugada, desde un cafetal, en la posición adjudicada a Ramiro Valdés estábamos mirando la casa de Julio Zapatero, situada allá abajo, en la ladera del monte. Al despuntar el sol se empezó a ver un movimiento de hombres que salían, entraban, se movían en el trajín del despertar. A poco algunos se ponían sus cascos y quedaba demostrada la aseveración del campesino de que allí estaba la columna. Toda nuestra gente estaba ya situada en posición de combate.

Fui a colocarme en mi puesto mientras veíamos ascender la cabeza de la columna, trabajosamente. La espera se hacía interminable en aquellos momentos y el dedo jugaba sobre el gatillo de mi nueva arma, el fusil

ametralladora Browning, listo para entrar en acción por primera vez contra el enemigo. Al fin corrió la voz de que se acercaban, además se oían sus voces despreocupadas y sus gritos estentóreos; pasó el primero, el segundo, el tercero, por el peñón, pero desgraciadamente iban muy separados uno de otro y estaba calculando que no daría tiempo a que pasara la docena escogida; cuando contaba el sexto oí un grito delante y uno de los soldados levantó la cabeza como sorprendido; abrí fuego inmediatamente y el sexto hombre cayó; enseguida se generalizó el fuego y, a la segunda descarga del fusil automático, desaparecieron los seis hombres del camino.

Di la orden de ataque a la escuadra de Raúl Mercader mientras algunos voluntarios caían también sobre el lugar y a ambos lados se hacía fuego sobre el enemigo. El teniente Orestes, de la vanguardia, el propio Raúl Mercader, entre otros, avanzaban y desde el peñón hacían fuego a la columna enemiga, fuerte de una compañía, al mando del comandante Merob Sosa. Rodolfo Vázquez le quitaba el arma al soldado herido por mí, el que, para mal de nuestros pesares de aquel momento, resultó ser un sanitario que sólo llevaba un revólver 45 de la Guardia Rural con diez o doce balas, los otros cinco habían escapado despeñándose del camino hacia su derecha y huyendo por el cauce de un arroyo que allí existe. Al poco tiempo empezaron a sonar los primeros bazookazos disparados por las tropas que se habían repuesto algo de la mayúscula sorpresa, ya que no esperaban encontrar ninguna resistencia en su marcha.

La ametralladora Maxim era la única arma de algún peso que teníamos fuera de mi fusil ametralladora, pero no había funcionado y su encargado Julio Pérez fracasaba en el manejo de esta arma.

Por el lado de Ramiro Valdés, Israel Pardo y Joel Iglesias habían avanzado sobre el enemigo con sus casi infantiles armas mientras las escopetas hacían un ruido infernal disparando a cualquier lado, aumentando el desconcierto de los guardias. Di la orden de retirada a los dos pelotones laterales y cuando éstos empezaron a cumplirla, iniciamos nosotros también la retirada dejando la escuadra de retaguardia encargada de mantener el fuego hasta que pasara todo el pelotón de Lalo Sardiñas, ya que estaba prevista una segunda línea de resistencia.

Cuando nos retirábamos nos alcanzó Vilo Acuña que había cumplido su misión, anunciándonos la muerte de Hermes Leyva, primo de Joel Iglesias. Al ir retirándonos se presentaba ante nosotros un pelotón que enviara Fidel a quien yo le había avisado de la inminencia del choque con fuerzas superiores. Lo mandaba el capitán Ignacio Pérez. Nos retiramos a unos mil metros del lugar del combate y allí establecimos nuestra nueva emboscada en espera de los guardias. Estos llegaron a la pequeña altiplanicie donde se había desarrollado el combate y, ante nuestros ojos, el cadáver de Hermes Leyva era quemado por los guardias que así ejercitaban su venganza. Nuestra ira impotente se limitaba a disparar desde lejos con fusiles y algunas ráfagas que ellos contestaban con bazookas.

Me enteré en ese momento que la exclamación del guardia que había provocado mi disparo apresurado había sido «esto es un jamón» y debía referirse probablemente a que ya estaba llegando a la cúspide de la loma. Este combate nos probaba la poca preparación combativa de nuestra tropa que era incapaz de hacer fuego con certeza sobre enemigos que se movían a una tan corta distancia como la que existió en este combate, donde no debe haber habido más de diez o 20 metros entre la cabeza de la columna enemiga y nuestras posiciones. Con todo, para nosotros era un triunfo muy grande, habíamos detenido totalmente la columna de Merob Sosa que, al anochecer, se retiraba y habíamos obtenido una pequeña victoria sobre ellos con la minúscula recompensa de una arma corta que nos costaba, sin embargo, la vida de un combatiente valioso. Todo esto lo habíamos conseguido con un puñado de armas medianamente eficaces contra una compañía completa, de ciento cuarenta hombres por lo menos, con todos los efectivos para una guerra moderna y que había lanzado una profusión de bazookazos y, quizás, de morteros sobre nuestras posiciones, tan a tontas y a locas como los disparos de nuestra gentes a la punta de vanguardia enemiga.

Después de este combate se producían algunos ascensos; Alfonso Zayas era nombrado teniente por su valiente comportamiento en este combate y sucedieron algunos más que en este momento no recuerdo. Esa noche, o al día siguiente, después de alejados los guardias, teníamos una conversación con Fidel en la cual nos narraba, eufórico, cómo había hecho un ataque a las fuerzas batistianas en la zona de Las Cuevas y me enteraba también de la muerte de algunos valiosos compañeros en esta lucha; Juventino Alarcón, de Manzanillo, de los primeros en incorporarse a la guerrilla, Pastor, Yayo Castillo, Oliva, hijo de un teniente del ejército batistiano, gran combatiente y gran muchacho como todos ellos.

La lucha reñida por Fidel había sido mucho más importante, ya que no se trataba de una emboscada sino del

ataque sobre un campamento con cierta preparación defensiva; aunque no se logró el aniquilamiento de las fuerzas enemigas se les hizo bastantes bajas; se retiraron al día siguiente de la posición. Uno de los héroes de la jornada fue el negro Pílon, bravo combatiente de nuestras tropas de quién se cuenta que llegó a un bohío donde había «un montón de tubos raros con unas cajitas al lado», lo que parece eran bazookas que el enemigo ya había abandonado, pero como nosotros no conocíamos esa arma sino de nombre y menos Félix (el negro Pílon) éste las dejó y luego tuvo que retirarse herido en una pierna. Perdimos así una oportunidad de adquirir armas tan eficaces para el ataque a pequeñas fortificaciones del enemigo.

El combate nuestro tenía una repercusión nueva; uno o dos días después se conocía un parte del ejército donde se hablaba de cinco o seis muertos, después nos enterábamos que, además de nuestro compañero cuyo cadáver habían ultrajado, había que lamentar los asesinatos de cuatro o cinco campesinos que, supuso el siniestro Merob Sosa, eran responsables de la emboscada por no haber comunicado la presencia de nuestras tropas por aquellos parajes. Recuerdo los nombres de Abigaíl, Calixto, Pablito Lebón (un pichón de haitiano) y Gonzalo González, todos totalmente ajenos a nuestra lucha o, por lo menos, parcialmente ajenos a ella, pues conocían de nuestra presencia relativamente cerca de allí y simpatizaban, como todo el campesinado, con nuestra causa, pero inocentes totalmente de la maniobra que se tenía preparada, ya que nosotros, concedores de los sistemas que empleaban los jefes del ejército batistiano, ocultábamos nuestras intenciones a los campesinos y si alguno pasaba por el lugar de una emboscada lo reteníamos hasta que ésta se produjera. Los desgraciados campesinos fueron ultimados en sus bohíos, a los que luego prendieron fuego.

Este combate nos señalaba lo fácil que era, en determinadas circunstancias, atacar columnas enemigas en marcha y, además, nacía en nosotros la certidumbre de la bondad táctica de tirar siempre sobre la cabeza de la tropa en marcha para tratar de matar el primero, o a los primeros, logrando así que todos buscaran no ir adelante y se llegara a inmovilizar la fuerza enemiga. Esta táctica poco a poco fue cristalizando y al final era tan sistemática que realmente el ejército enemigo dejó de penetrar en la Sierra Maestra y se producían escándalos, pues los soldados rehuían la vanguardia, pero todavía faltaban bastantes combates para que esto se hiciera una realidad.

Por ahora, con Fidel, podíamos hablar de esas nuestras pequeñas hazañas que eran grandes sin embargo, por la gran desproporción de fuerzas que existía entre nuestros soldados, pobremente armados y las perfectamente armadas fuerzas de represión.

Desde entonces se marca más o menos el momento en que las tropas batistianas dejan definitivamente la Sierra y solamente penetra en ella, con rasgos de audacia y muy de vez en cuando, Sánchez Mosquera, el más bravo, el más asesino y uno de los más ladrones de todos los jefes militares que tenía Batista.

---

## Pino del Agua

Después del encuentro con Fidel, el 29 de agosto, marchamos algunos días, juntos a veces y otras separándonos alguna distancia, pero con el objeto de pasar unidos por el aserrío de Pino del Agua. En ese momento teníamos noticias de que en Pino del Agua no había tropa enemiga o, en todo caso, una guarnición pequeña.

El plan de Fidel era el siguiente: si había alguna guarnición pequeña, tomarla; en caso contrario, hacer acto de presencia y seguir él con su tropa para la zona de Chivirico. Nosotros debíamos quedar emboscados esperando el ejército batistiano que, en estos casos, inmediatamente venía para hacer una demostración de fuerza y disipar en el campesinado el efecto revolucionario de nuestra presencia.

En el curso de los días que precedieron a Pino del Agua, en la caminata que transcurrió desde Dos Brazos del Guayabo, donde nos encontramos, hasta el lugar del combate, sucedieron algunos hechos cuyos actores principales han tenido que ver con la historia posterior de la Revolución.

Uno de ellos fue la desertión de Manolo y Popo Beatón, campesinos de la zona, que se habían incorporado a la

guerrilla poco antes de Uvero, combatiendo allí y que ahora abandonaban nuestro campo. Estos dos individuos fueron readmitidos posteriormente en la guerrilla ya que Fidel les perdonara su traición, pero nunca superaron su condición seminómada y bandidesca y, por algún motivo personal, uno de ellos, Manolo, asesinó al comandante Cristino Naranjo, después del triunfo de la Revolución. Logró, posteriormente, fugarse de La Cabaña donde estaba recluido y formó una pequeña guerrilla en la propia zona donde había combatido en la Sierra Maestra, cometiendo, entre otras fechorías, el asesinato de Pancho Tamayo, valioso compañero incorporado desde los primeros días de la Revolución. Finalmente, una fuerza campesina tomó prisioneros a él y a su hermano Popo, siendo ambos fusilados en Santiago.

También nos ocurrió un accidente desagradable: un compañero, llamado Roberto Rodríguez, fue desarmado por insubordinación. Era muy indisciplinado y el teniente de la escuadra a que pertenecía lo desarmó ejerciendo un derecho disciplinario. Roberto Rodríguez arrebató el revólver a un compañero y se suicidó. Tuvimos un pequeño incidente debido a mi oposición a que se le rindieran honores militares, ya que los combatientes entendían que era uno más caído y nosotros argumentábamos que suicidarse en unas condiciones como las nuestras era un acto repudiable, independientemente de las buenas cualidades del compañero. Tras un conato de insubordinación, solamente se veló el cuerpo del compañero, sin rendirle honores.

Uno o dos días antes me había contado parte de su historia y se notaba en él un muchacho de exagerada sensibilidad que estaba haciendo enormes esfuerzos por acoplarse a la vida dura de la guerrilla y, además, a la disciplina del ejército, cosas que chocaban con su naturaleza física débil y su instinto de rebeldía.

Dos días después enviamos un pequeño grupo a las Minas de Bueycito para hacer una demostración de fuerza, ya que era el 4 de septiembre; la pequeña tropa estaba mandada por el capitán Ciro Redondo y trajo prisionero a un soldado enemigo de nombre Leonardo Baró. Este Baró jugó un papel importante en las fuerzas de la contrarrevolución; fue prisionero nuestro durante un buen tiempo hasta que un día me hizo un patético relato sobre la enfermedad de su madre y creí en sus palabras, tratando de convencerlo, de paso, que diera un golpe de efecto político. Le propuse que tomara una guagua, viera a su madre en La Habana y después pidiera asilo en una embajada, diciendo que no quería luchar más contra nosotros y denunciando al régimen de Batista. El objetó aquello diciendo que no podía denunciar el régimen por el cual sus hermanos peleaban y quedamos en que simplemente iba a declarar que no deseaba pelear más, cuando se asilara.

Lo mandamos con cuatro compañeros, con órdenes rigurosísimas de que no fuera a ver a nadie en el camino, a pesar de que conocía ya a muchos campesinos que venían a visitarnos al campamento; además los cuatro compañeros que se encargaron de llevarlo debían hacer todo el tramo a pie hasta las cercanías de Bayamo, donde podían dejarlo y volver por otro camino.

Aquella gente no siguió las indicaciones, se dejaron ver por mucha gente, celebraron incluso alguna reunión en su presencia, ya en calidad de liberado y presunto simpatizante, y tomaron un jeep trasladándose a Bayamo. En el camino fueron interceptados por las tropas batistianas y los cuatro compañeros fueron asesinados. Nunca supimos bien si Baró participó en este crimen o no, lo cierto es que inmediatamente se instaló en las Minas de Bueycito, se puso a las órdenes del asesino Sánchez Mosquera y empezó a identificar campesinos, de los que llegaban a comprar sus mandados allí y que habían estado en contacto con nuestra guerrilla. Innúmeras son las víctimas que costó mi error al pueblo de Cuba.

A los pocos días del triunfo de la Revolución, Baró fue apresado y ajusticiado.

Poco después bajamos a San Pablo de Yao, donde entramos en medio del alborozo general del pueblo, nos apoderamos pacíficamente de él algunas horas (no había tropa enemiga) y empezamos a hacer contactos. Trabamos conocimiento con alguna gente de la localidad y cargamos toda la mercancía posible en camiones que conseguimos con los mismos comerciantes a quienes se la compramos a crédito, pues en aquella época pagábamos con vales. Conocimos entonces a Lidia Doce, quien fuera después nuestra gran compañera y la encargada de todas las tareas de contacto de la columna hasta su muerte, ocurrida en La Habana.

La tarea de traer la mercancía desde Yao fue muy dura, el camino que sube de San Pablo de Yao a Pico Verde, por la mina La Cristina, es muy empinado y solamente los camiones con doble diferencial y no muy cargados pueden hacerlo; los nuestros se rompieron en el camino, y hubo que cargar todo el abastecimiento entre mulos y hombres.

En estos días se produjeron también una serie de separaciones provocadas por distintos motivos. Un compañero, buen combatiente, fue expulsado de la guerrilla por emborracharse durante la expedición a Yao, mientras estaba en una posta y poner así en peligro a toda la columna. Otro, Jorge Sotús, dejaba su cargo de jefe de un pelotón y marchaba con una encomienda de Fidel a Miami, La realidad es que Sotús nunca pudo amoldarse a la Sierra y la gente no lo quería, dado su carácter despótico. Su carrera también estuvo llena de altibajos. Tuvo una actitud vacilante, cuando no traidora en Miami; volvió a nuestro ejército y fue amnistiado, perdonándosele sus pasados errores: traicionó en la época de Hubert Matos y fue condenado a veinte años de cárcel; se fugó con la complicidad de un carcelero y llegó a Miami. Cuando preparaba una lancha para una incursión pirata contra el territorio cubano, murió al parecer electrocutado en un accidente.

Otro de los compañeros que se separaban en aquellos días era Marcelo Fernández, coordinador del Movimiento en las ciudades, que volvía a trabajar en sus bases, después de haber permanecido un tiempo, bastante largo, en la Sierra Maestra.

Después de estos incidentes reanudamos nuestra marcha acercándonos a Pino del Agua, a donde llegamos el 10 de septiembre. Pino del Agua es un caserío pequeño, edificado alrededor de un aserrío, en el mismo firme de la Maestra. En aquella época estaba administrado por un español y había unos cuantos obreros, nadie del ejército enemigo. Toda la tropa ocupó el caserío aquella noche y Fidel dejó conocer su itinerario a la gente del lugar, calculando que algo se filtraría al ejército.

Hicimos una pequeña maniobra de diversión y, mientras la columna de Fidel seguía en marcha hacia Santiago, a la vista de todo el mundo, nosotros dábamos un rodeo en la noche y nos emboscábamos para la espera del ejército enemigo. De nuestro avituallamiento de las cosas esenciales, si no tardaba mucho en presentarse el enemigo, estaría encargado, como siempre, el viejo Tamayo, que vivía en esa zona, en la región llamada Cuevas de Peladero.

Distribuimos nuestra tropa de tal manera que estuvieran todos los caminos vigilados. Nuestra vigilancia llegaba, por un lado, al mismo camino que desemboca de Yao a Pico Verde, varias leguas antes de Pino del Agua, y otro camino más directo, que sube a la Maestra y que no es transitable por camiones. El grupo de Pico Verde era pequeño, más bien de escopeteros, con el encargo de dar la alarma en caso necesario, pues era un buen camino de retirada y el que pensábamos utilizar después de la acción. Efigenio Ameijeiras quedaba encargado de vigilar uno de los caminos de acceso por retaguardia, también viniendo de la zona de Pico Verde. Lalo Sardiñas, con un pelotón, quedaba en la zona de el Zapato, custodiando una serie de caminos de extracción de madera, que mueren en las márgenes del río Peladero. Era una precaución excesiva, pues el enemigo debía hacer una marcha muy larga a través de la Sierra para llegar hasta ese camino y no eran sus métodos los de caminar en columna por la montaña. Ciro Redondo era el encargado, con todo su pelotón, de defender el acceso por la Siberia. Esta es la zona en que se unen Uvero y Pino del Agua, dos aserríos que empatan entre sí a través de un camino que pasa por el punto elegido para Ciro, en el filo de la Maestra.

Nosotros teníamos nuestras fuerzas distribuidas en la parte lateral del camino que sube de Guisa, en un monte sobre el farallón, de manera de sorprender a los camiones y concentrar el poder de fuego en el lugar donde era más probable que vinieran. El lugar elegido permitía avistar los camiones desde muy lejos. El plan era simple; se les dispararía de ambos lados y pararíamos el primer camión en una curva, iniciando el fuego contra todos los otros que siguieran; para detenerlos, pensando que podíamos tomar tres a cuatro vehículos si la sorpresa resultaba. El pelotón que actuaría era de las mejores armas y estaba reforzado por gente del capitán Raúl Castro Mercader.

Estuvimos, aproximadamente, siete días emboscados pacientemente sin ver llegar a las tropas. Al séptimo, cuando estaba en el pequeño estado mayor donde se hacía la comida para toda la tropa emboscada, me avisaron que el enemigo se acercaba. Como en este punto hay subidas muy pronunciadas, aún antes de verse nada se oye el zumbido de los camiones trepando la áspera pendiente.

Nuestras fuerzas se prepararon para el combate; en el lugar principal se colocaron los hombres que estaban al mando del capitán Ignacio Pérez y debían parar el primer camión y, lateralmente, los demás que dispararían sobre los distintos vehículos. Veinte minutos antes del combate se desató una lluvia torrencial, cosa habitual en la Sierra, que nos empapó hasta los huesos, pero los soldados enemigos iban todavía más preocupados por el agua que por las posibilidades de un ataque y esto nos sirvió para la sorpresa. El encargado de abrir el fuego

tenía una ametralladora Thompson; efectivamente, abrió fuego con ella, pero en tales condiciones que no le dio a nadie; se generalizó el tiroteo y los soldados del primer camión, más asustados y sorprendidos que heridos por la acción, saltaron al camino y se perdieron tras el farallón después de matar a un gran combatiente, poeta de nuestra columna, a quien le decíamos *Crucito*, llamado José de la Cruz.

El combate presentó características extrañas; un soldado enemigo se refugió debajo del camión, en la curva del camino y no dejaba asomar la cabeza a nadie.

Habían pasado uno a dos minutos cuando llegué al lugar de los hechos -encontrando que mucha gente iba en retirada debido a una falsa orden, accidente muy frecuente en medio de los combates-. Arquímedes Fonseca llevaba una mano herida al salvar el fusil ametralladora abandonado por su sirviente. Hubo que dar instrucciones a todos que volvieran al combate y pedir que cooperaran las fuerzas de Lalo Sardiñas y Efigenio Ameijeiras para concentrar el golpe.

Estaba en la carretera un combatiente llamado Tatín que en el momento que bajé a la carretera me dijo con desafiante: «Ahí está, debajo del camión, vamos, vamos, aquí se ven los machos.» Me llené de coraje, ofendido en lo más íntimo por esta manifestación que presumía una duda, pero cuando tratamos de acercarnos al anónimo combatiente enemigo que disparaba con su fusil automático desde bajo el camión, tuvimos que reconocer que el precio de demostrar nuestra guapería iba a ser demasiado caro; ni mi impugnador ni yo pasamos el exámen. El soldado se retiró con su fusil ametralladora arrastrándose y se salvó de caer prisionero o muerto.

Los camiones del ejército eran cinco y transportaban una compañía. La escuadra dirigida por el teniente Antonio López, cumplió a cabalidad las instrucciones de no permitir el paso de nadie más después de iniciado el combate y allí había quedado detenido el tercer camión. Sin embargo, algunos soldados, haciendo una resistencia enérgica no nos permitían avanzar. Llegaron los refuerzos de Lalo Sardiñas y Efigenio Ameijeiras, quienes avanzaron sobre los camiones liquidando la resistencia.

Los soldados huían camino abajo, a la desbandada algunos y otros en dos camiones que habían salvado, abandonando todos los otros pertrechos.

Nos enteramos de sus fuerzas y de algunas de sus intenciones por la presencia de Gilberto Cardero. Este compañero había sido tomado prisionero durante una incursión de nuestras fuerzas por otras zonas, estuvo preso cierto tiempo y le habían traído con la intención de que envenenara a Fidel mediante el contenido de un pomo que debía volcar en su comida. Al oír los disparos, Cardero se tiró del camión como todos los soldados pero, en vez de huir de los tiros, se presentó ante nosotros inmediatamente y se reincorporó a las tropas narrando su odisea. Al tomar el primer camión encontramos dos muertos, un herido, que todavía hacía gestos de pelea en su agonía, fue rematado sin darle oportunidad de rendirse, lo que no podía hacer pues estaba semiinconsciente. Este acto vandálico lo realizó un combatiente cuya familia había sido aniquilada por el ejército batistiano. Le recriminé violentamente esa acción sin darme cuenta que me estaba oyendo otro soldado herido que se había tapado con unas mantas y había quedado, quieto, en la cama del camión. Al oír eso y las disculpas que daba el compañero nuestro, el soldado enemigo avisó de su presencia pidiendo que no lo mataran; tenía un tiro en la pierna, con fractura, y quedó a un costado del camino mientras proseguía el combate en los otros camiones. El hombre, cada vez que pasaba un combatiente por el lado, gritaba, «no me mate, no me mate, el Che dice que no se matan los prisioneros». Cuando finalizó el combate, lo llevamos al aserrío, le hicimos las primeras curas y quedó allí para ser devuelto.

En los otros camiones se habían infligido pocas bajas al enemigo, pero quedó en nuestro poder una buena cantidad de armas.

El resultado final del combate fue: un fusil automático Browning, 5 Garands, una trípode con su parque y otro fusil Garand más que fue escamoteado por la tropa de Efigenio Ameijeiras. Efigenio pertenecía a la columna de Fidel y alegaba que la participación de su pelotón en el combate había sido decisiva de modo que tenía que obtener armas de las conquistadas, pero Fidel había dejado esa tropa a mi mando, precisamente para que nos ayudaran en la lucha por la cosecha de armas, de modo que desatendí las protestas y repartí los trofeos entre la gente de mi columna, salvo el fusil que no pasó por la contabilidad.

Se le entregó la Browning a Antonio López, teniente de una de las escuadras que había tenido mejor actuación y los Garands al teniente Joel Iglesias, a Virelles, expedicionario del Corinthia que se había incorporado a

nuestras tropas, al soldado Oñate y a otros dos que no recuerdo. Se procedió a quemar los tres camiones capturados para hacer mayor daño al enemigo ya que nos era imposible transportarlos.

Mientras nos concentrábamos en el batey pasaron algunas avionetas que habían recibido aviso de nuestro ataque pero nosotros disparamos sobre ellas, alejándolas.

Uno de los hermanos Pardo, Mingolo, había ido a dar un parte a Fidel de que se acercaban los guardias, si mal no recuerdo, pero decidimos mandar otro con los resultados del combate (y a Cardero para que relatara su aventura).

Le mandamos avisar a Ciro que se retirara de su posición pues ya había acabado el combate y nos retiraríamos. Salió el mensajero, Mongo Martínez, con ese encargo.

Al rato escuchamos unos disparos; un grupo de nuestros escopeteros había descubierto a un soldado que marchaba como escondiéndosele, le dieron el alto, y, al tratar éste de resistirse, le había disparado. El hombre huyó dejando el fusil; entregaba un Springfield como señal del triunfo. Nos preocupó el hecho de que todavía hubiera soldados dispersos por esa zona pero incorporamos el fusil a la contabilidad.

A los dos o tres días se incorporó a la columna Mongo Martínez y anunció que algunos soldados enemigos le habían salido al paso disparándole con escopetas y había tenido que huir porque estaba herido. Traía la señal de los perdigones en la cara que estaba literalmente espolvoreada de ellos; ese era el Springfield que los compañeros escopeteros habían conquistado al enemigo. El resultado fue que el compañero herido tomó por un atajo creyendo que los guardias estaban cerca y se perdió en el monte sin avisarle a Ciro Redondo de nuestro combate y de la orden de retirada. Al día siguiente Ciro, que había escuchado los ecos del combate, mandó un mensajero y le reiteramos entonces la orden.

Mientras los B-26 pasaban bajo sobre el aserrío buscando víctimas, nosotros desayunábamos tranquilamente en las distintas construcciones, tomando chocolate brindado por la dueña de casa, aunque ésta no miraba pasar con mucho agrado los B-26, casi rozando los techos. Se fueron los aparatos y, cuando nos aprestábamos a la retirada con toda calma vimos aparecer por el camino de Siberia, que había custodiado Ciro hasta pocas horas antes, cuatro camiones cargados de soldados. Era otro grupo que venía en dirección contraria a unirse al primero y al cual hubiéramos podido hacerle una encerrona parecida, pero ya era tarde, una buena cantidad de nuestra tropa se había replegado a lugares más seguros. Hicimos dos disparos al aire que era la señal de retirada y nos fuimos tranquilamente.

En este combate, importante por su trascendencia, ya que fue conocido en toda Cuba, hicimos al ejército tres muertos y un herido (el prisionero que se devolvió) y además, un prisionero capturado por el pelotón de Efigenio al día siguiente, en el último peinado de la zona; era el cabo Alejandro, a quien llevamos con nosotros y que estuvo hasta el fin de la guerra en nuestra columna trabajando como cocinero. Allí mismo recibió sepultura Crucito en medio de la consternación de la tropa que perdió un gran compañero y a su bardo campesino. Crucito solía sostener enconados duelos poéticos con Calixto Morales a quien llamaba «guacaico de la Sierra» en contraposición a él, «el ruiseñor de la Maestra».

Se distinguieron en este combate el teniente Efigenio Ameijeiras, el capitán Lalo Sardiñas, el capitán Víctor Mora, el teniente Antonio López y su escuadra, el entonces soldado Dermidio Escalona y el también soldado Arquímedes Fonseca, a quien se le entregó la ametralladora de trípode para que la usara luego de curarse la mano traspasada por un balazo. Por nuestra parte un herido leve, un muerto y algunos contusos o tocados por rozones de balas, incluyendo los perdigonazos de Monguito.

Nos retiramos de Pino del Agua por distintos caminos, volviendo a la zona de Pico Verde para reorganizarnos y esperar la llegada del compañero Fidel, quien ya tenía conocimiento del encuentro.

El análisis del combate mostraba que, si bien había sido un éxito político y militar, nuestras deficiencias eran enormes. El factor sorpresa debía haber sido aprovechado a fondo para casi aniquilar a los ocupantes de los tres primeros vehículos; además, después de iniciado el combate se había dado una falsa orden de retirada que hizo perder el control de la gente y su ardor combativo y hubo poca decisión para tomar los vehículos, defendidos por pocos soldados, luego nos expusimos innecesariamente quedándonos una noche en el aserrío y la retirada definitiva se produjo con bastante desorden. Todo esto indicaba la necesidad imperiosa de mejorar la

preparación combativa y la disciplina de nuestra tropa, tarea a la que nos dimos en los días siguientes.

---

## Un episodio desagradable

Luego del combate de Pino del Agua, nos dimos a la tarea de mejorar todo el aparato organizativo de la guerrilla, en ese momento fortalecida por algunas unidades de Fidel, para hacerla más útil en su función de cuerpo combativo.

La escuadra del teniente López, que se había distinguido en Pino del Agua y cuyos integrantes eran todos muchachos muy serios, fueron elegidos como miembros de una Comisión de Disciplina, que se encargaría de vigilar y hacer cumplir las normas establecidas en cuanto a vigilancia, disciplina en general, limpieza del campamento y moral revolucionaria. Pero la Comisión tuvo una vida efímera y se disolvió en circunstancias trágicas a los pocos días de creada.

Por aquella época, en la zona de la loma llamada La Botella, en un pequeño campamento que habitualmente usábamos como estación de tránsito, ajusticiamos a un antiguo desertor de la columna, de apellido Cuervo, el que meses atrás se había fugado con un fusil; no conocimos el paradero posterior del arma pero sí de las actividades de este sujeto, pues, bajo el pretexto de luchar por la causa revolucionaria y ajusticiar chivatos, estaba simplemente esquilmando a todo un sector de la población de la Sierra, quizás en connivencia con el ejército.

Los trámites fueron muy expeditivos, dada su condición de desertor, procediéndose a su eliminación física. El procedimiento de ajusticiar individuos antisociales que al amparo de la situación de fuerza existente en la comarca cometían fechorías, desgraciadamente tuvo que ser empleado con alguna frecuencia en la Sierra Maestra.

Nos enteramos de que Fidel había acabado su recorrido por la zona del Sonador, después de llegar a Chivirico, y estaba de vuelta en nuestros predios, por lo cual fuimos caminando hacia Peladero tratando de conectarnos lo más rápidamente posible con él.

En esa época había un comerciante de la zona costeña, llamado Juan Balansa, cuyas conexiones con la dictadura y con los latifundistas eran marcadas, aunque no se podía decir de él que fuera un elemento activamente hostil contra nuestras guerrillas; pero, además, Juan Balansa tenía un mulo de mucha fama en la zona como animal resistente y útil y, como impuesto de guerra, se lo quitamos.

El mulo nos llegó en la zona llamada de Pinalito, cerca del río Peladero, a cuyas márgenes debíamos bajar por farallones cortados casi a pico. Se presentaba la disyuntiva de sacrificarlo y llevar la carne en pedazos, dejarlo en territorio hostil o tratar de que el animal caminara hasta donde pudiera. Decidimos probar, ya que matarlo y transportar la carne era muy difícil; el animal bajó en forma decidida y segura por lugares en los que había que deslizarse sujeto a bejucos o agarrándose como se pudiera a la saliente del terreno, cuando incluso la pequeña mascota que llevábamos -un perrito- tenía que ser transportado en brazos de los combatientes. Dio una demostración de dotes gimnásticas extraordinarias.

Repitió la hazaña al cruzar el río Peladero, en esta zona llena de grandes piedras, mediante una serie de saltos espeluznantes sobre las rocas y esto le salvó la vida; posteriormente fue montado por mí, constituyendo mi primera cabalgadura estable hasta que cayó en manos de Sánchez Mosquera en uno de los tantos encuentros que tuvimos en la Sierra.

En las márgenes del río Peladero se suscitó el episodio desagradable que motivara la extinción de la Comisión de Disciplina. Esta venía trabajando frente a la resistencia de una serie de compañeros inconformes con el establecimiento de normas disciplinarias, lo que obligaba a tomar medidas drásticas.

Uno de los grupos del pelotón de retaguardia, jugó una broma de mal gusto a todos los miembros de la

Comisión, haciéndolos acudir rápidamente para el análisis de un problema muy grande, según ellos, el que era una suciedad que habían dejado para mofa de los compañeros. A resulta de esto, fueron presos varios de los componentes del grupo. Entre ellos estaba Humberto Rodríguez, tristemente célebre por su afición a hacer de verdugo en los casos en que debíamos realizar la penosa tarea de ajusticiar a un delincuente y que, posteriormente al triunfo de la Revolución asesinara a un preso en colaboración con otro soldado rebelde, fugándose ambos de la cárcel de La Cabaña.

Dos o tres compañeros se encarcelaron junto con Humberto; en las condiciones de la guerrilla, la cárcel no significaba gran cosa, pero cuando la falta era grave se recurría al expediente de dejar sin comer, durante uno o varios días, al que infringiera la disciplina y éste sí era un castigo sentido. Dos días después del incidente, cuando todavía estaban presos los actores principales, se anunció que Fidel estaba cerca, en la zona llamada de El Zapato, y allí fui a recibirle y entrevistarme con él. Habían pasado pocos minutos de la entrevista, cuando llegó Ramiro Valdés con la noticia de que Lalo Sardiñas, al castigar impulsivamente a un compañero indisciplinado y pretender darle con la pistola en la cabeza se le había escapado un tiro, matándolo en el acto. Había un principio de motín en la tropa. Inmediatamente me personé en el lugar, poniendo bajo custodia a Lalo; el ambiente contra él era muy hostil y los combatientes exigían un juicio sumarísimo y el ajusticiamiento.

Empezamos a tomar declaraciones y a buscar pruebas. Las opiniones se dividían y había quienes manifestaban directamente que había sido un asesinato premeditado y otros que fue un accidente. Independientemente de esto, el hecho de castigar físicamente a un compañero era un acto no permitido en la guerrilla y del cual Lalo Sardiñas era reincidente. Era difícil la situación; el compañero Sardiñas había sido un combatiente de mucho valor, un defensor exigente de la disciplina y un hombre de gran espíritu de sacrificio. Quienes pedían más encarnizadamente la pena de muerte no eran, ni mucho menos, lo mejor del grupo. Una serie de factores, entre los cuales estaba muy presente la lucha por implantar la disciplina, jugaban un papel determinante.

Las declaraciones de los testigos continuaron hasta la noche. Fidel vino a nuestro campamento; era partidario de no aplicar la pena de muerte, pero no juzgó prudente tomar una decisión de esa naturaleza sin consultar con todos los combatientes. Siguió entonces una etapa del juicio en la cual nos tocó a Fidel y a mí la tarea de ser defensores de un reo que, impasible, escuchaba cómo se deliberaba acerca de su suerte, sin dar la más mínima señal de temor. Después de muchos discursos impulsivos en que solicitaban su muerte, me tocó hablar para pedir se reflexionara bien sobre el problema; trataba de explicar que la muerte del compañero debía ser achacada a las condiciones de la lucha, a la misma situación de guerra, y que, en definitiva, el dictador Batista era el culpable. Pero mis palabras sonaban muy poco convincentes ante ese auditorio hostil.

Ya estaba entrada la noche; se habían encendido algunas antorchas de pino y algunas velas para proseguir la discusión. Fidel entonces habló durante una larga hora explicando el por qué, en su opinión, no debía ser ajusticiado el compañero Sardiñas. Y explicaba todos los defectos que teníamos; la falta de disciplina, otras faltas que cometíamos a diario, las debilidades que ocasionaban y como, en definitiva, el acto repudiable fue cometido en defensa del concepto de la disciplina y que había que considerar siempre esto. Su voz y su presencia en el monte, alumbrado por las antorchas, adquirían tonos patéticos y se notaba cómo muchas gentes cambiaban de idea por la opinión de nuestro líder.

Su enorme poder de persuasión fue puesto a prueba aquella noche.

A pesar de su elocuencia, no todo estaba claro; en definitiva se pensaba que debíamos poner a votación las alternativas: pena de muerte inmediata por fusilamiento o degradación y el subsiguiente castigo.

Muchas fuerzas, producto de los ánimos encendidos, se movían en esta pequeña elección serrana en la cual estaba en juego la vida de un hombre. Hubo que suspender la votación porque algunos lo hacían dos veces y porque se hacía propaganda tergiversando las condiciones planteadas. Se volvió a explicar cuáles eran las alternativas a votar, pidiendo a todo el mundo que expresara claramente su voluntad.

En una pequeña libreta de notas me tocaba a mí ir haciendo el cómputo de votos emitidos. Lalo era querido por muchos de nosotros; reconocíamos su culpa pero deseábamos que se salvara, como un elemento valioso para la Revolución. Recuerdo que Oniria, una muchachita que se había unido a nuestra columna, casi una niña en aquella época, preguntaba con voz angustiada si ella también podía votar como combatiente de la columna. Se le permitió y, después que todos lo hicieron, empezó el cómputo.

En pequeños cuadritos, similares a los que se usan en medicina para el conteo de laboratorio, iba llevando los resultados de esta extraña votación. Sumamente pareja fue y después de algunas alternativas, la opinión de los cie

otro tipo de pena y setenta que pidieron la pena de muerte. Lalo se había salvado.

Esto no acabó aquí. Al día siguiente un grupo de inconformes con la decisión que había adoptado la mayoría, decidió retirarse de la guerrilla. Había una serie de elementos de muy poca categoría humana pero también muchachos valiosos. Paradójicamente, el teniente jefe de la unidad de disciplina y varios de los componentes de la escuadra, descontentos, se retiraban del Ejército Rebelde. Recuerdo algunos nombres; un compañero llamado Curro, otro Pardo Jiménez que, a pesar de ser sobrino de un ministro de Batista, participaba en la lucha. También Antonio López se retiraba. No conozco el destino de estos compañeros, pero con ellos, se fueron también tres hermanos Cañizares, cuyos destinos no fueron heroicos. Uno murió en Playa Girón y otro fue prisionero allí, en el intento de invasión de los mercenarios. Aquellos hombres que no respetaron la mayoría y que demostraron su inconformidad abandonando la lucha, después se pusieron al servicio del enemigo y vinieron como traidores a luchar en nuestro suelo.

Se habían formado ya fuerzas que daban características nuevas al desarrollo de nuestra guerra revolucionaria; se estaba profundizando la conciencia de los dirigentes y de los combatientes; hacía carne en nosotros la necesidad de una Reforma Agraria y de cambios profundos e integrales en el andamiaje social que era necesario llevar a cabo para sanear el país. Pero esta profundización de la conciencia de los más y los mejores, provocaba choques con una serie de elementos que habían ido a la lucha sólo por un afán de aventuras o, quizás para recoger no sólo laureles sino también bienestar económico de esa participación.

Se retiraron algunos otros descontentos cuyos nombres en este momento no recuerdo, pero sí me viene a la memoria el de uno llamado Roberto que después contó toda una historia muy larga y mentirosa al ridículo de Conte Agüero, el que la publicó en *Bohemia*. Lalo Sardiñas fue destituido y condenado a ganar su rehabilitación peleando sólo con una pequeña patrulla contra el enemigo. Decidía irse con él uno de nuestros tenientes, Joaquín de la Rosa, que era tío de Lalo. En reemplazo del capitán Sardiñas, Fidel me dio uno de sus mejores combatientes: Camilo Cienfuegos, que pasaba a ser capitán de la vanguardia de nuestra columna.

Inmediatamente teníamos que ponernos en camino para liquidar el intento de unos bandoleros, que, amparados en el nombre de nuestra Revolución, estaban cometiendo sus fechorías en los escenarios primeros de nuestra lucha y en la zona cercana a Caracas y el Lomón. La primera tarea de Camilo en nuestra columna fue marchar a paso rápido para tomar prisioneros a todos estos elementos y poder juzgarlos posteriormente.

---

## Lucha contra el bandidaje

Las condiciones de la Sierra permitían ya una vida libre en un territorio más o menos amplio. Este territorio no era ocupado habitualmente por el ejército y, muchas veces, no era siquiera hollado por su planta, pero no teníamos organizado un sistema de gobierno lo suficientemente amplio y estricto como para impedir la libre acción de grupos de hombres que, bajo el pretexto de la acción revolucionaria, se dedicaban al pillaje, al bandidaje y a toda una serie de acciones delictivas.

Además, las condiciones políticas de la Sierra eran todavía bastante precarias; el desarrollo político de sus habitantes era muy superficial y la presencia de un ejército enemigo, amenazador, a poca distancia no permitía superar estas deficiencias.

El cerco enemigo se iba estrechando nuevamente y había señales de un nuevo avance sobre la Sierra; esto ponía nerviosos a los moradores de la comarca y los más débiles buscaban ya la posibilidad de salvarse de la temida invasión de los asesinos de Batista. Sánchez Mosquera estaba acampado en el poblado de las Minas de Bueycito y se hacía evidente la nueva incursión.

Nosotros en el valle de El Hombrito, octubre del año 1957, estábamos, sin embargo, sentando las bases de un territorio libre y sentando el primer rudimento de actividad industrial que hubo en la Sierra; un horno de pan que en esa época se iniciara. En esa misma zona de El Hombrito existía un campamento que era como una antesala para las fuerzas guerrilleras donde grupos de jóvenes que llegaban a incorporarse quedaban bajo la autoridad de algunos campesinos de confianza de la guerrilla. El jefe del grupo se llamaba Arístidio, había pertenecido a nuestra columna hasta días anteriores al combate de Uvero en el cual no participó por haberse fracturado una costilla al caerse, demostrando luego poca inclinación a seguir en la guerrilla.

Este Arístidio fue uno de los casos típicos de campesinos que se unieron a la Revolución sin una clara conciencia de lo que significaba y al hacer su propio análisis de la situación encontró más conveniente situarse en la «cerca», vendió su revólver por algunos pesos y empezó a hacer manifestaciones en la comarca de que él no era bobo para que lo tomaran en su casa, mansito, cuando las guerrillas se fueran y que haría contacto con el ejército. Varias versiones de estas declaraciones de Arístidio llegaron hasta mí. Aquéllos eran momentos difíciles para la Revolución y en uso de las atribuciones que como jefe de una zona tenía, tras de una investigación sumarásima, ajusticiamos al campesino Arístidio.

Hoy nos preguntamos si era realmente tan culpable como para merecer la muerte y si no se podía haber salvado una vida para la etapa de la construcción revolucionaria. La guerra es difícil y dura y durante los momentos en que el enemigo arrecia su acometividad no se puede permitir ni el asomo de una traición. Meses antes, por una debilidad mucho más grande de la guerrilla, o meses después, por una fortaleza relativamente mucho mayor, quizás hubiera salvado su vida; pero Arístidio tuvo la mala suerte de que coincidieran sus debilidades como combatiente revolucionario con el momento preciso en que éramos lo suficientemente fuertes como para sancionar drásticamente una acción como la que hizo y no tan fuertes como para castigarla de otra manera, ya que no teníamos cárcel ni posibilidades de resguardo de otro tipo.

Dejamos transitoriamente la zona dirigiéndonos con nuestras fuerzas en la dirección de Los Cocos, sobre el río Magdalena, donde debíamos juntarnos con Fidel y capturar toda una banda, que bajo las órdenes del chino Chang, estaba asolando la región de Caracas. Camilo, que había partido con la vanguardia, ya tenía varios prisioneros cuando llegamos a esta zona donde permanecemos en total cerca de diez días. Allí, en una casa campesina, fue juzgado y condenado a muerte el chino Chang, jefe de una banda que había asesinado campesinos, que había torturado a otros y que se había apropiado del nombre y de los bienes de la Revolución sembrando el terror en la comarca. Junto con el chino Chang fue condenado a muerte un campesino que había violado a una muchacha adolescente, también valiéndose de su autoridad como mensajero del Ejército Rebelde y junto con ellos fueron juzgados una buena parte de los integrantes de la banda, constituida por algunos muchachos provenientes de las ciudades y otros campesinos que se habían dejado tentar por la vida libre, sin sujeción a ninguna regla y, a la vez, regalada que les ofrecía el chino Chang.

La mayoría fueron absueltos y con tres de ellos se resolvió dar un escarmiento simbólico; primero fueron ajusticiados el campesino violador y el chino Chang, ambos serenos, fueron atados en los palos del monte y el primero, el violador, murió sin que lo vendaran, de cara a los fusiles, dando vivas a la Revolución. El chino afrontó con toda serenidad la muerte pero pidió auxilios religiosos del padre Sardiñas que en ese momento estaba lejos del campamento, no se le pudo complacer y pidió entonces Chang que se dejara constancia de que había solicitado un sacerdote, como si ese testimonio público le sirviera como atenuante en otra vida.

Luego se realizó el fusilamiento simbólico de tres de los muchachos que estaban más unidos a las tropelías del chino Chang, pero a los que Fidel consideró que debía dárselos una oportunidad; los tres fueron vendados y sujetos al rigor de un simulacro de fusilamiento; cuando después de los disparos al aire se encontraron los tres con que estaban vivos; uno de ellos me dio la más extraña espontánea demostración de júbilo y reconocimiento en forma de un sonoro beso, como si estuviera frente a su padre. Testigo presencial y gráfico de estos hechos, fue el agente de la CIA Andrew's Saint George cuyo reportaje publicado en la revista *Look* le valió un premio en los Estados Unidos como el más sensacional del año.

Podrá parecer ahora un sistema bárbaro este empleado por primera vez en la Sierra, sólo que no había ninguna sanción posible para aquellos hombres a los que se les podía salvar la vida, pero que tenían una serie de faltas bastante graves en su haber. Los tres ingresaron en el Ejército Rebelde y de dos de ellos tuve noticias de su comportamiento brillante durante toda la etapa insurreccional. Uno perteneció durante mucho tiempo a mi columna y en las discusiones entre los soldados, cuando se juzgaban hechos de guerra y alguien ponía en duda

algunos de los que narrara, decía siempre con marcado énfasis: «Yo sí que no le tengo miedo a la muerte y el *Che* es testigo», recordando el episodio de su fusilamiento.

A los dos o tres días caía preso también otro grupo cuyo fusilamiento fue para nosotros doloroso; un campesino llamado Dionisio y su cuñado Juan Lebrigio, dos de los hombres que primero ayudaron a la guerrilla. Dionisio, que había ayudado a desenmascarar al traidor Eutimio Guerra y que nos había ayudado en uno de los momentos más difíciles de la Revolución, había abusado totalmente de nuestra confianza al igual que su cuñado, se habían apropiado de todos los víveres que las organizaciones de las ciudades nos mandaban y habían establecido diversos campamentos donde se practicaba la matanza indiscriminada de las reses y, por ese camino, había descendido, incluso al asesinato.

En esta época en la Sierra, las condiciones económicas de un hombre se medían fundamentalmente por el número de mujeres que tuviera y Dionisio, siguiendo la costumbre y considerándose potentado gracias a los poderes que la Revolución le había conferido, había puesto tres casas, en cada una de las cuales tenía una mujer y un abundante abastecimiento de productos. En el juicio, frente a las indignadas acusaciones de Fidel por la traición que había cometido a la Revolución y su inmoralidad al sostener tres mujeres con el dinero del pueblo, sostenía con ingenuidad campesina que no eran tres, sino dos, porque una era propia (lo que era verdad). Junto con ellos fueron fusilados dos espías enviados por Masferrer, convictos y confesos, y un muchacho de apellido Echevarría que cumplían instrucciones especiales en el movimiento. Echevarría, miembro de una familia de combatientes del Ejército Rebelde, uno de cuyos hermanos había llegado en el Granma, formó una pequeña tropa esperando nuestra llegada y, cediendo a no se sabe qué tentaciones, empezó a practicar el asalto a mano armada en el territorio guerrillero.

El caso de Echevarría fue patético porque, reconociendo sus faltas, no quería, sin embargo, morir fusilado; clamaba porque le permitieran morir en el primer combate, juraba que buscaría la muerte en esa forma pero no quería deshonorar a su familia. Condenado a muerte por el tribunal, Echevarría, a quien denominábamos *El bizco*, escribió una larga y emocionante carta a su madre explicándole la justicia de la sanción que en él se ejecutaba y recomendándole ser fiel a la Revolución. El último de los fusilados fue un personaje pintoresco llamado *El maestro*, que fuera mi compañero en algunos momentos en que me tocó vagar enfermo y con su única compañía, por esas lomas, pero luego se había separado de la guerrilla con el pretexto de una enfermedad y se había dedicado también a una vida inmoral, culminando sus hazañas haciéndose pasar por mí, en función de médico tratando de abusar de una muchachita campesina que estaba requiriendo los servicios facultativos para algún mal que la aquejaba. Todos ellos murieron haciendo profesión de revolución salvo los dos espías de Masferrer, y aunque no fui testigo presencial de los hechos cuentan que cuando el padre Sardiñas, esta vez presente, fue a dar sus auxilios espirituales a alguno de los reos, éste contestó: «mire padre vea a ver si otro lo necesita, porque la verdad es que yo no creo mucho en eso.» Estas eran las gentes con que se hacía la Revolución. Rebeldes, al principio, contra toda injusticia, rebeldes solitarios que se iban acostumbrando a satisfacer sus propias necesidades y no concebían una lucha de características sociales; cuando la Revolución descuidaba un minuto su acción fiscalizadora incurrían en errores que los llevaban al crimen con asombrosa naturalidad. Dionisio o Juanito Lebrigio no eran peores que otros delincuentes ocasionales que fueron perdonados por la Revolución y hoy incluso están en nuestro ejército, pero el momento exigía poner mano dura y dar un castigo ejemplar para frenar todo intento de indisciplina y liquidar los elementos de anarquía que se introducían en estas zonas no sujetas a un gobierno estable. Echevarría, aún más, pudo haber sido un héroe de la Revolución, pudo haber sido un luchador distinguido como dos de sus hermanos, oficiales del Ejército Rebelde, pero le tocó la mala suerte de delinquir en esta época y debió pagar en esa forma su delito. Nosotros dudábamos si poner su nombre o no en estos recuerdos, pero fue tan digna su actitud, tan revolucionaria, estuvo tan entero frente a la muerte y fue tan claro el reconocimiento de la justicia del castigo que nosotros pensamos que su fin no fue denigrante; sirvió de ejemplo, trágico es verdad, pero valioso para que se comprendiera la necesidad de hacer de nuestra Revolución un hecho puro y no contaminarlo con los bandidajes a que nos tenían acostumbrados los hombres de Batista.

En estos juicios intervino por primera vez como abogado un hombre que venía a refugiarse a la Sierra por algunos altercados que había tenido con los dirigentes del 26 de Julio en el llano, era abogado y fue ministro de Agricultura de la Revolución hasta el minuto en que se firmó la Ley de Reforma Agraria (que la firmaron los demás, porque él no quiso comprometerse en ella): Sorí Marín.

Acabado el penoso deber de pacificar y moralizar toda la zona que debía quedar bajo la administración rebelde,

emprendimos el camino de vuelta hacia nuestra zona de El Hombrito con la columna dividida en tres pelotones. El de vanguardia estaba mandado por Camilo Cienfuegos y tenía por tenientes a Orestes, hoy comandante, que era la punta de vanguardia, a Boldo, Leyva y Noda. El pelotón siguiente estaba comandado por el capitán Raúl Castro Mercader y sus tenientes eran Alfonso Zayas, Orlando Pupo y Paco Cabrera. Nuestra comandancia estaba formada por un pequeño Estado Mayor que dirigía Ramiro Valdés y Joel Iglesias era el teniente, Joel Iglesias todavía no había cumplido dieciséis años, tenía bajo sus órdenes a hombres mayores de treinta a los cuales se dirigía respetuosamente de usted para darles órdenes, mientras éstos le contestaban tuteándolo pero obedecían disciplinadamente las órdenes de Joel. El pelotón de retaguardia estaba mandado por Ciro Redondo y tenía de tenientes a Vilo Acuña, Félix Reyes, William Rodríguez y Carlos Mas.

A fines de octubre de 1957 nos volvimos a establecer en El Hombrito para iniciar los trabajos que debían dar lugar a una zona fuertemente defendida por nuestro ejército. Habían llegado dos estudiantes de La Habana, uno de ingeniería y otro de veterinaria y con ellos empezamos a establecer los planes de una pequeña hidroeléctrica que trataríamos de construir en el río de El Hombrito y a sentar las bases del periódico mambí. Para ello había un viejo mimeógrafo traído del llano en el cual se tiraron los primeros números de *El Cubano Libre*, cuyos redactores y tipógrafos principales eran los estudiantes Geonel Rodríguez y Ricardito Medina.

Allí, amparados por la abierta generosidad de los vecinos de El Hombrito y, sobre todo, de nuestra buena amiga la «vieja» Chana, como le decíamos todos, empezamos a desarrollar nuestra vida sedentaria y construimos, por fin, el horno de pan, dentro de un bohío abandonado para que la aviación no detectara ninguna construcción nueva. Además, mandamos a preparar una inmensa bandera del 26 de Julio que tenía un lema: Feliz Año 1958, la que fue puesta en una de las lajas cimera de El Hombrito, con la intención de que fuera vista incluso por los pobladores de las Minas de Bueycito, mientras recorríamos la zona para ir sentando una autoridad real sobre ella y nos preparábamos a afrontar la ya inminente invasión de Sánchez Mosquera, fortificando las entradas de El Hombrito por las zonas de más probable acceso.

---

## El cachorro asesinado

Para las difíciles condiciones de la Sierra Maestra, era un día de gloria. Por Agua Revés, uno de los valles más empinados e intrincados en la cuenca del Turquino, seguíamos pacientemente la tropa de Sánchez Mosquera; el empecinado asesino dejaba un rastro de ranchos quemados, de tristeza hosca por toda la región pero su camino lo llevaba necesariamente a subir por uno de los dos o tres puntos de la Sierra donde debía estar Camilo. Podía ser en el firme de la Nevada o en lo que nosotros llamábamos el firme «del cojo», ahora llamado «del muerto».

Camilo había salido apresuradamente con unos doce hombres, parte de su vanguardia, y ese escaso número debía repartirse en tres lugares diferentes para detener una columna de ciento y pico de soldados. La misión mía era caer por las espaldas de Sánchez Mosquera y cercarlo. Nuestro afán fundamental era el cerco, por eso seguíamos con mucha paciencia y distancia las tribulaciones de los bohíos que ardían entre las llamas de la retaguardia enemiga; estábamos lejos, pero se oían los gritos de los guardias. No sabíamos cuántos de ellos habría en total. Nuestra columna iba caminando dificultosamente por las laderas, mientras en lo hondo del estrecho valle avanzaba el enemigo.

Todo hubiera estado perfecto si no hubiera sido por la nueva mascota: era un pequeño perrito de caza, de pocas semanas de nacido. A pesar de las reiteradas veces en que Félix lo conminó a volver a nuestro centro de operaciones -una casa donde quedaban los cocineros-, el cachorro siguió detrás de la columna. En esa zona de la Sierra Maestra, cruzar por las laderas resulta sumamente dificultoso por la falta de senderos. Pasamos una difícil «pelúa», un lugar donde los viejos árboles de la «tumba» -árboles muertos- estaban tapados por la nueva vegetación que había crecido y el paso se hacía sumamente trabajoso; saltábamos entre troncos y matorrales tratando de no perder el contacto con nuestros huéspedes. La pequeña columna marchaba con el silencio de estos casos, sin que apenas una rama rota quebrara el murmullo habitual del monte; éste se turbó de pronto por los ladridos desconsolados y nerviosos del perrito. Se había quedado atrás y ladraba desesperadamente llamando a sus amos para que lo ayudaran en el difícil trance. Alguien pasó al animalito y otra vez seguimos; pero cuando

estábamos descansando en lo hondo de un arroyo con un vigía atisbando los movimientos de la hueste enemiga, volvió el perro a lanzar sus histéricos aullidos; ya no se conformaba con llamar, tenía miedo de que lo dejaran y ladraba desesperadamente.

Recuerdo mi orden tajante: «Félix, ese perro no da un aullido más, tú te encargarás de hacerlo. Ahórcalo. No puede volver a ladrar.» Félix me miró con unos ojos que no decían nada. Entre toda la tropa extenuada, como haciendo el centro del círculo, estaban él y el perrito. Con toda lentitud sacó una soga, la ciñó al cuello del animalito y empezó a apretarlo. Los cariñosos movimientos de su cola se volvieron convulsos de pronto, para ir poco a poco extinguiéndose al compás de un quejido muy fijo que podía burlar el círculo atenazante de la garganta. No sé cuanto tiempo fue, pero a todos nos pareció muy largo el lapso pasado hasta el fin. El cachorro, tras un último movimiento nervioso, dejó de debatirse. Quedó allí, esmirriado, doblada su cabecita sobre las ramas del monte.

Seguimos la marcha sin comentar siquiera el incidente. La tropa de Sánchez Mosquera nos había tomado alguna delantera y poco después se oían unos tiros; rápidamente bajamos la ladera, buscando entre las dificultades del terreno el mejor camino para llegar a la retaguardia; sabíamos que Camilo había actuado. Nos demoró bastante llegar a la última casa antes de la subida; íbamos con muchas precauciones, imaginando a cada momento encontrar al enemigo. El tiroteo había sido nutrido pero no había durado mucho, todos estábamos en tensa expectativa. La última casa estaba abandonada también. Ni rastro de la soldadesca. Dos exploradores subieron el firme «del cojo», y al rato volvían con la noticia: «Arriba había una tumba. La abrimos y encontramos un casquito enterrado». Traían también los papeles de la víctima hallado en los bolsillos de su camisa. Había habido lucha y una muerte. El muerto era de ellos, pero no sabíamos nada más.

Volvimos desalentados, lentamente. Dos exploraciones mostraban un gran rastro de pasos, para ambos lados del firme de la Maestra, pero nada más. Se hizo lento el regreso, ya por el camino del valle.

Llegamos por la noche a una casa, también vacía; era en el caserío de Mar Verde, y allí pudimos descansar. Pronto cocinaron un puerco y algunas yucas y al rato estaba la comida. Alguien cantaba una tonada con una guitarra, pues las casas campesinas se abandonaban de pronto con todos sus enseres dentro.

No sé si sería sentimental la tonada, o si fue la noche, o el cansancio... Lo cierto es que Félix, que comía sentado en el suelo, dejó un hueso. Un perro de la casa vino mansamente y lo cogió. Félix le puso la mano en la cabeza, el perro lo miró, Félix lo miró a su vez y nos cruzamos algo así como una mirada culpable. Quedamos repentinamente en silencio. Entre nosotros hubo una conmoción imperceptible. Junto a todos, con su mirada mansa, picaresca con algo de reproche, aunque observándonos a través de otro perro, estaba el cachorro asesinado.

---

## El combate de Mar Verde

Poco antes de la madrugada, cinco o cinco y media de la mañana, me levanté después de dormir sin angustias, con el sexto sentido, desarrollado en la vida militar, embotado ese día por el cansancio y la comodidad de una cama campesina del poblado del Mar Verde. Hicimos el desayuno tranquilamente mientras se esperaban noticias de los múltiples mensajeros que habían sido enviados para hacer contacto con los grupos guerrilleros.

Apenas el sol había comenzado a aclarar, uno de los pocos campesinos que quedaban en la zona vino con una noticia extraña y alarmante. Había visto algunos soldados buscando gallinas y huevos en una casa a no más de medio kilómetro de distancia. Inmediatamente lo mandé a que inquirera todo lo posible sobre los guardias; que trabara contacto con ellos y averiguara cuál era su fuerza. El campesino no se animó a cumplir su cometido totalmente, pero trajo la noticia de que en la casa de Reyes, uno o dos kilómetros arriba, ya subiendo la Sierra de la Nevada, había un grupo grande de soldados acampados. No podía ser otro que Sánchez Mosquera.

Hubo entonces que organizar a toda carrera la forma de entablar combate para cercarlo en algún lugar propicio

y aniquilarlo luego.

Primeramente había que pensar cuál sería su actitud futura. Tenía dos caminos posibles; tomar el de la Nevada para, tras un fatigoso viaje, pasando por Santa Ana salir a California, y de allí, a las Minas de Bueycito o, lo que parecía más lógico por lo corto del viaje y por las posibilidades que para él conllevaba, que Sánchez Mosquera siguiera la ruta inversa y llegara, por el río Turquino, al pequeño pueblo que está al pie mismo del monte Turquino, Ocujal. Por las dudas, teníamos que reforzar rápidamente los dos puntos, para impedir que rompiera el cerco en ellos. Si decidía irse por la parte superior del camino de la Nevada, no había para nosotros posibilidad de presentarle fuerzas, salvo que Camilo les hubiera seguido.

Camilo había luchado con ellos el día anterior por la zona de Altos de Conrado y ahora no se sabía su paradero.

Sin embargo, fueron llegando rápidamente los mensajeros. Las fuerzas de reserva que teníamos en El Hombrito se movilizaban por la zona de la Nevada y el cementerio, para colocarse por encima de Sánchez Mosquera y cerrarle el camino. Camilo había llegado y estaba en esa zona. Se les envió orden de que no se dejaran ver ni entablaran combate hasta que no se oyeran los primeros disparos, salvo que trataran de salir por la zona por ellos defendida. Por la parte oeste se envió a las escuadras de los tenientes Noda y Vilo Acuña; al este, el capitán Raúl Castro Mercader cerraba el cerco. Mi pequeña escuadra con algunos refuerzos, era la encargada de hacer la emboscada en el caso de que, como suponíamos, trataran de bajar hacia el mar.

En las primeras horas de la mañana, ya completo el cerco, se dio la voz de alarma. Se veía la punta de la vanguardia enemiga avanzar por el camino real que, siguiendo el pequeño arroyo existente en esa zona, va a dar al río Turquino. El lugar elegido para empezar la lucha en el caso que llegaran por mi lado, estaba flanqueado por una cuchilla de potrero que permitía mantenerse ocultas en uno de sus lados a nuestras tropas, pero no actuar ni hacer observaciones sino después de iniciado el combate. Esto ocurría a un lado del camino, del otro hay un pequeño montecito, cuyo último árbol es un mango; en él estaba apostado yo, que debía disparar a quemarropa sobre los soldados y uno o dos metros más adelante estaban Joel Iglesias y otros compañeros. La posición era ideal para matar a los primeros pero no permitía seguir la lucha; pensamos que inmediatamente se retirarían las tropas enemigas para buscar mejores posiciones y nosotros a nuestra vez podríamos entonces abandonar la emboscada.

Se oyeron los pasos de los soldados casi encima nuestro; en el potrero habían visto que solamente eran tres hombres pero no nos pudieron avisar a tiempo. En esa época mi única arma era una pistola Luger y me sentía nervioso por la suerte de los dos o tres compañeros que estaban más cerca que yo del enemigo, de modo que apuré demasiado el primer disparo y erré el tiro. Inmediatamente, como sucede en estos casos, se generalizó el tiroteo y fue atacada la casa donde estaba el grueso de las fuerzas de Sánchez Mosquera. Aquí, en la emboscada, sucedió un minuto de extraño silencio; cuando fuimos a recoger los muertos, luego del primer tiroteo, en el camino real no había nadie; junto a dicho camino había una manigua y, en ella un hueco tallado en el Tibisí por donde se habían deslizado los soldados enemigos. Iniciamos inmediatamente la búsqueda para cercarlos, ya que no aparecían más soldados.

Mientras dábamos la vuelta, Joel Iglesias, seguido de Rodolfo Vázquez y de Geonel Rodríguez, se metía por el mismo camino de los soldados, siguiendo el túnel vegetal. Oía su voz intimándoles la rendición y asegurando la vida a los prisioneros. De pronto, se oyó una sucesión rápida de disparos y los compañeros me avisaron que Joel estaba gravemente herido. La suerte de Joel, dentro de todo, fue extraordinaria, tres fusiles Garands le dispararon a quemarropa: su propio fusil Garand fue atravesado por dos balas y su culata rota, otra le quemó una mano, la siguiente una mejilla, dos le perforaron el brazo, dos una pierna, y algunas otras mas le dieron rozones también. Estaba cubierto de sangre pero, sin embargo, sus heridas eran relativamente leves. Lo sacamos inmediatamente y lo enviamos en una hamaca a curarse al hospital.

Antes de ocuparnos del combate en general, debíamos seguir buscando a los tres soldados. Pronto se oyó una voz, la de Silva, que gritaba: «¡allí están!» señalando el lugar con un escopetazo de su calibre doce y al poco rato la voz de los soldados rindiéndose. Obtuvimos allí tres Garands con sus correspondientes prisioneros; uno de nuestros buenos combatientes estaba herido. Ese era el saldo, por el momento.

Enviamos a los prisioneros por el mismo camino del herido y ya podíamos ocuparnos de ir organizando el combate. Según el interrogatorio hecho a los soldados, Sánchez Mosquera tenía entre ochenta y cien hombres. No se podía saber si la cifra era cierta o no, pero esas eran las aseveraciones de los prisioneros; estaba en una

posición bien defendida y tenía ametralladoras, armas livianas y parque en cantidad.

Entendimos que lo mejor era no empeñar un combate directo, de resultados dudosos, ya que nuestras fuerzas tenían aproximadamente el mismo número de combatientes, pero con armamento inferior y Sánchez Mosquera estaba a la defensiva, bien parapetado. Decidimos acosarlo para imposibilitar sus movimientos hasta que llegara la noche, momento propicio para nuestro ataque.

A las pocas horas, sin embargo, llegó la noticia de que una tropa de refuerzo comandada por el capitán Sierra, estaba subiendo desde el mar. Organizamos inmediatamente dos patrullas que debían detenerlos: una de ellas, dirigida por William Rodríguez, debía atacarlo en la zona de Dos Brazos del Turquino. La otra, comandada por el teniente Leyva, debía esperar los refuerzos para atacarlos en momentos que coronaran la ascensión de una serranía, a sólo dos kilómetros del lugar del combate, en una posición muy favorable para nosotros, y allí aniquilarles la vanguardia. De la preparación de esta última posición me ocupé personalmente, dejando a cargo de la iniciativa de los otros compañeros la preparación de las emboscadas primeras.

Todo el frente estaba tranquilo y, sólo de cuando en cuando, disparábamos algún tiro sobre el techo de zinc de la casa donde estaban los soldados, para mantenerlos en jaque. Sin embargo, a media tarde, se oyó un prolongado tiroteo sobre la parte superior de la posición y, más tarde, me llegaba la noticia triste: Ciro Redondo, tratando de forzar las líneas enemigas, había sido muerto y se había perdido su cuerpo, no así sus armas, rescatadas por Camilo. Por nuestro lado se empezaban a escuchar también los tiros con que anunciaban los soldados enemigos su llegada. Al poco tiempo se originaba un fuerte tiroteo y nuestras defensas en la parte sur eran arrolladas por el refuerzo que le llegaba a Sánchez Mosquera.

Debimos retirarnos. Una vez más se salvaba este esbirro. Dimos las ordenes pertinentes para efectuar una retirada tranquila y lo fuimos haciendo a paso lento nosotros también, para llegar al arroyo del Guayabo y, después, al valle de El Hombrito, nuestra guarida más segura.

Al llegar allí y establecer el recuento de todas las acciones habidas, podíamos decir lo siguiente: Según las narraciones de los combatientes, había varios muertos, noticia cuya veracidad no se podía asegurar, de la parte del ejército; asimismo, lo manifestaron los defensores de la posición del extremo sur al mando del teniente Leyva. Sin embargo, se había perdido un grupo de mochilas que dejaron en custodia en la zona sur nuestros combatientes. Uno de ellos, de nombre Alberto, que había sido enviado a llevar los prisioneros hechos por la mañana, al regresar decidió quedarse a dormir en ese lugar en vez de seguir el combate y las tropas enemigas lo sorprendieron durmiendo junto con todas las mochilas y le hicieron prisionero. Después nos enteraríamos que fuera asesinado en la zona de El Hombrito.

Estaban heridos Roberto Fajardo, Joel Pardo, del día anterior en otro combate con Sánchez Mosquera, un combatiente de apellido Reyes, que luego muriera con el grado de capitán, Javier Pazos y Joel Iglesias y había muerto Ciro Redondo. La pesadumbre era grande, se aunaba el sentimiento por no haber podido aprovechar la victoria contra Sánchez Mosquera y la pérdida de nuestro gran compañero Ciro Redondo.

Envié entonces una carta a Fidel proponiendo su ascenso póstumo y poco después se le confería ese grado, lo que aparecía publicado en nuestro periódico *El Cubano Libre*.

El combate y la muerte de Ciro Redondo ocurrió el 29 de noviembre de 1957.

Poco antes de retirarnos una bala dio en el tronco de un árbol a pocos centímetros de mi cabeza y Geonel Rodríguez me increpó por no agacharme. Después razonaba este compañero, quizás con la tendencia a las especulaciones matemáticas impuestas por su carrera de ingeniero, que él tenía más chance de llegar con vida al fin de la Revolución que yo, pues nunca la arriesgaba si no era para cosas necesarias. Y era verdad, aunque Geonel Rodríguez, que en ese combate tuvo su bautismo de fuego, nunca arriesgaba la vida innecesariamente, siempre fue un combatiente ejemplar, por su valor, su decisión y su inteligencia; pero fue él el que no llegó a ver el final de la guerra revolucionaria: unos meses después caía durante la gran ofensiva del ejército contra nuestras posiciones.

Por la noche dormíamos en el Guayabo. Había que preparar todas las condiciones para que no fueran a ocurrir algunas sorpresas y no se nos fueran a meter en El Hombrito sin combatir fuertemente para lograrlo. Esa era nuestra tarea fundamental por el momento.

---

## Altos de Conrado

Los días siguientes al combate de Mar Verde fueron de febril actividad, el convencimiento de que todavía nuestras fuerzas no tenían la capacidad combativa suficiente para organizar luchas continuadas o cercos eficaces, ni para resistir ataques frontales, hacía que se extremaran las precauciones en el Valle de El Hombrito. Este valle queda a pocos kilómetros de Mar Verde y para ir a él, hay que subir por el camino real que va a Santa Ana, cruzando por el río Guayabo, pequeño arroyo serrano, de Santa Ana se llega al Valle de El Hombrito. Pero también tiene entradas posibles por el mismo río Guayabo por el sur, por la Loma de la Botella y, además, por el camino real que viene de la Mina del Frío.

Todos estos puntos había que defenderlos y establecer vigilancia constante para evitar que nos sorprendieran haciendo avanzar la tropa directamente por los montes.

La impedimenta mayor había sido trasladada a la zona de La Mesa, en la casa de Polo Torres, y los heridos también habían sido trasladados hacia este lugar, de ellos, el único que no podía caminar, en razón de sus heridas en la pierna, era Joel Iglesias.

Las tropas de Sánchez Mosquera estaban acampadas precisamente en Santa Ana, aunque había otras que se habían movido por el camino de California, cuyo paradero no se conocía.

Cuatro o cinco días después del encuentro de Mar Verde, se dio la orden de alarma de combate, avanzaban las tropas de Sánchez Mosquera por el camino más lógico, el que va directamente de Santa Ana a El Hombrito. Se avisó inmediatamente a las emboscadas y se chequearon las minas. Estas primeras minas fabricadas por nosotros tenían una rudimentaria espoleta hecha con un resorte y un clavo que, al liberarse, impulsado por el resorte golpeaba el detonante, sin embargo, no habían funcionado en la emboscada de Mar Verde, y esta vez, tampoco funcionaron.

Al poco tiempo se escuchaban los disparos del combate desde el puesto de mando y llegaba la noticia al no funcionar las minas y dada la cantidad de tropas enemigas que venían, que se habían retirado los combatientes, pero no sin hacerles varias bajas al enemigo. El primero de ellos era descrito como un sargento grande, gordo, con un revolver 45 y sus arreos, que venía encabezando la columna montado a caballo.

El teniente Enrique Noda y un combatiente llamado el Mexicano, le habían tirado con sus Garands a pocos pasos y los dos coincidían en la descripción del individuo; además, se decía que había otras bajas, pero lo cierto es que las tropas de Sánchez Mosquera habían desbaratado la defensa.

(Semanas después un campesino de apellido Brito, vino a agradecerme la generosidad nuestra, ya que fue obligado a encabezar la columna y vio cuando los muchachos le tiraron «para hacer el paripé». Ese mismo campesino me informó que no hubo bajas allí, pero sí en Altos de Conrado.)

El lugar que ocupábamos era tan difícil de defender con nuestras pocas fuerzas que no habíamos hecho propiamente atrincheramiento, salvo las defensas viejas, construidas para obstaculizar el acceso desde las Minas de Bueycito y, al avanzar por el camino real, el enemigo ponía en peligro todas nuestras emboscadas, de manera

que se dio orden de repliegue a todas ellas y fuimos retirándonos, quedando sólo algunas pocas familias que se animaban a resistir la maldad de los guardias, ya sea por su valor personal o porque tenían algún secreto contacto con ellos.

Nos retiramos lentamente por el camino que va hacia Altos de Conrado. Los Altos de Conrado no es más que un pequeño montículo que sobresale en la línea de la Maestra y en cuya parte superior vivía un campesino llamado Conrado. Este compañero era miembro del Partido Socialista Popular y desde el primer momento se había conectado con nuestras tropas, prestándonos valiosos servicios, había evacuado la familia y la casa estaba sola. El lugar era magnífico para hacer una emboscada, allí solamente se podía llegar por tres estrechos senderos que serpentean por los firmes de las lomas, muy arbolados y, por tanto, muy fáciles de defender, todo el resto está defendido por peñones abruptos y por laderas igualmente abruptas, sumamente difíciles de escalar.

En un lugar donde hay una pequeña furnia, el camino se abre. Allí preparaban las condiciones para resistir el ataque de las fuerzas de Sánchez Mosquera. Y también desde el primer día, en el fogón de la casa, colocamos dos bombas con sus mechas, la trampa era muy simple, si nos retirábamos probablemente ellos quedarían en la casa y usarían el fogón. En medio de las cenizas, cubiertas totalmente por ellas, estaban las dos bombas, calculábamos que el calor del fuego o alguna brasa que se pusiera en contacto con las mechas, las haría estallar haciendo una buena cantidad de bajas, pero, naturalmente, ese era un recurso posterior, primero habría que luchar en los Altos de Conrado.

Allí estuvimos pacientemente esperando, durante tres días, haciendo guardias constantes las 24 horas. Las noches eran muy frías y húmedas a aquellas alturas y en aquella época del año, realmente, ni teníamos la preparación necesaria ni el hábito de pasarnos toda la noche en posición de combate a la intemperie.

Habíamos hecho preparar en el mimeógrafo de nuestro periódico *El Cubano Libre*, cuyo primer número había salido en esos días, una proclama a los militares para dejarla pegada en los árboles del camino que debían seguir. El día 8 de diciembre por la mañana, oímos desde las alturas del peñón los aprontes de la tropa para subir, caracoleando por el camino, hasta la zona donde estábamos unos doscientos metros más arriba. Mandamos a colocar las proclamas, y lo hizo el compañero Luis Olazábal. Oíamos los gritos de la tropa en una discusión muy violenta en la cual se alcanzó a escuchar con toda nitidez, por mí personalmente, pues estaba atisbando desde la orilla del paredón, el grito de alguien que mandaba, al parecer un oficial y que decía: «Usted va delante por mis cojones», mientras el soldado, o quien fuera, respondía airadamente que no. La discusión cesó y la tropa se puso en movimiento.

Podíamos ver la columna en marcha, a retazos, oculta entre los árboles. Cuando llevaban algún tiempo de escalar por el camino, me llené de dudas sobre si era bueno o no prevenirlos acerca de la emboscada con las proclamas. En definitiva, mande nuevamente a Luis a que retirara los papeles, por solamente fracciones de segundos pudo hacerlo, ya que los primeros soldados venían subiendo rápidamente.

Las disposiciones del combate eran muy sencillas, suponíamos que, al llegar al claro, vendría uno solo delante a alguna distancia de sus compañeros, ese por lo menos tenía que caer. Detrás de un gran almácigo estaba Camilo esperándolo, de manera que, al cruzar por delante de él, atento a lo que pasaba, seguramente mirando al frente, le descargaría su ametralladora a menos de un metro, entonces se generalizaría el fuego de las dos alas donde estaban diversos tiradores apostados, perfectamente escondidos en el monte. El teniente Ibrahim y algún otro más, justo frente al camino, a unos diez metros de Camilo, debían cubrirlo con su fuego frontal de manera que nadie pudiera acercarse a su refugio, luego que éste matara al de la vanguardia.

Mi puesto estaba a unos veinte metros en una posición oblicua, detrás de un tronco que me protegía la mitad del cuerpo y apuntando directamente a la entrada del camino donde venían los soldados. Algunos compañeros y yo no podíamos mirar en el primer momento, pues estábamos en un lugar pelado y seríamos visibles; debíamos esperar a que Camilo abriera el fuego. Atisbando, contra la orden que yo mismo había dado, pude apreciar ese momento tenso antes del combate en que el primer soldado apareció mirando desconfiado a uno y otro lado y fue avanzando lentamente. De verdad, todo allí olía a emboscada, era un espectáculo extraño al paisaje el peladero con un pequeño manantial que corría constantemente, en medio de la exuberancia del bosque que nos rodeaba. Los árboles, algunos tumbados y otros en pie, muertos por la candela, daban una impresión tétrica. Escondí la cabeza esperando el comienzo del combate; sonó un disparo y enseguida se generalizó el fuego. Después me enteré que no había sido Camilo el que tiró; Ibrahim, nervioso por la espera, disparó antes de

tiempo y en pocos instantes se había generalizado el tiroteo, aunque, en realidad, de cada puesto de observación se podía ver muy poco. Nuestros tiros aislados con pretensiones de llevar la muerte en cada uno y los disparos de la soldadesca, dilapidados en largas ráfagas, se «juntaban, pero no se mezclaban», reconociéndose en uno y otro ruido la identidad de quien los hacía. A los pocos minutos -cinco o seis- se sintieron sobre nuestras cabezas los primeros silbidos de morteros o bazookas que disparaban los soldados, pero que pasaban de largo estallando a nuestras espaldas.

De pronto sentí la desagradable sensación, un poco como de quemadura o de la carne dormida, señal de un balazo en el pie izquierdo que no estaba protegido por el tronco. Acababa de disparar con mi fusil (lo había tomado de mirilla telescópica para ser más preciso en el tiro), simultáneamente con la herida oí el estrépito de gente que avanzaba rápidamente sobre mí, partiendo ramas, como a paso de carga. El fusil no me servía, pues acababa de disparar; la pistola, al estar tirado en el suelo se me había corrido, quedando debajo del cuerpo y no podía levantarme porque estaba directamente expuesto al fuego del enemigo. Revolviéndome como pude, con desesperada celeridad, llegué a empuñar la pistola en el mismo momento en que aparecía uno de los combatientes nuestros de nombre *Cantinflas*. Sobre la angustia pasada y el dolor de la herida, se interponía de pronto el pobre Cantinflas, diciéndome que se retiraba porque su fusil estaba encasquillado. Lo tomé violentamente de las manos mientras se agachaba a mi lado y examiné su Garand, solamente tenía el clip levemente ladeado y eso lo había trabado. Se lo arregle con un diagnóstico que cortaba como una navaja: «Usted lo que es un pendejo.» Cantinflas, Oñate de apellido, tomó el fusil y se incorporó, dejando el refugio del tronco, para vaciar su peine de Garand en demostración de valentía. Sin embargo, no pudo hacerlo completo porque una bala le penetró por el brazo izquierdo saliéndole por el omoplato, después de cubrir una curiosa trayectoria. Ya éramos dos los heridos en el mismo lugar y era difícil retirarse bajo el fuego, había que dejarse deslizar sobre los troncos de la tumba y después caminar bajo ellos, heridos como estábamos y sin saber del resto de la gente. Poco a poco lo hicimos, pero Cantinflas se fue desmayando y yo, que a pesar del dolor, podía moverme mejor, llegué hasta donde estaban los demás para pedir ayuda.

Se sabía que había algunos muertos entre los soldados, aunque no el número exacto. Después de rescatados los heridos (nosotros dos) nos fuimos alejando hasta la casa de Polo Torres, dos o tres kilómetros Maestra abajo. Después de pasado el primer momento de euforia y la emoción en el combate, el dolor cada vez era más intenso impidiéndome caminar. Al fin, a mitad de camino, monté un caballo que me llevó hasta el improvisado hospital, mientras Cantinflas era traído en nuestra camilla de campaña, una hamaca.

El tiroteo había ya cesado y nosotros supusimos que ya habían tomado los Altos de Conrado. Establecimos las postas para detenerlos en la orilla de un pequeño arroyo en un lugar bautizado por nosotros con el nombre de Pata de la Mesa, mientras organizábamos la retirada de los campesinos con sus familias y le enviaba a Fidel una larga carta explicatoria de los hechos.

Envié la columna comandada por Ramiro Valdés, a que se uniera a Fidel, pues había cierta sensación de derrota y de miedo en nuestra tropa y quería permanecer solamente con la gente indispensable para realizar una defensa ágil. Camilo quedaba al frente del pequeño grupo de defensa.

Debido a la tranquilidad aparente que había, mandamos al día siguiente al del combate a uno de nuestros mejores exploradores, Lien de apellido, a que viera qué estaba haciendo el ejército enemigo. Nos enteramos entonces de que la tropa se había retirado totalmente de la zona, el explorador llegó hasta la casa de Conrado y no había rastro de soldados, como prueba de su inspección traía una de las bombas que habían quedado ocultas en el bohío.

Al pasar revista a las armas, faltaba un fusil, el del compañero Guile Pardo, que había cambiado su arma por otra y, al retirarse, había llevado solamente la última dejando la anterior en su puesto de combate. Ese era uno de los delitos más graves que se podía cometer y la orden fue terminante: Tenía que ir con un arma corta y rescatar el fusil en manos del enemigo o traer otro. Cabizbajo, partió Guile a cumplir su misión, pero a las pocas horas volvía sonriente con su propia arma en la mano, el enigma despejado era que el ejército nunca avanzó más allá del lugar donde se atrincheró al resistir nuestro ataque, que cada uno se había retirado por su lado de modo que ningún ser viviente había llegado hasta el puesto de combate, lo único que había sufrido el fusil era un aguacero.

Este punto de avance del ejército significó en mucho tiempo su mayor penetración en la Sierra, y en esta zona

concretamente, esa fue su mayor penetración. Un reguero de casas quemadas, como siempre sucedía al paso de Sánchez Mosquera, era lo que quedaba en El Hombrito y en otras zonas. Nuestro horno de pan había sido concienzudamente destruido y entre las ruinas humeantes solamente se encontraron algunos gatos y algún puerco que escapó a la vesania del ejército invasor para caer en nuestras fauces. Uno o dos días después del combate, Machadito, hoy Ministro de Salud Pública, con una cuchilla de afeitar me operó la herida, extrayéndome una bala de carabina M-1, con lo que rápidamente inicié el proceso de curación.

Sánchez Mosquera había cargado con todo lo que podía, desde sacos de café hasta muebles que habían llevado sus soldados. Daba la impresión que no repetiría pronto una incursión por la Sierra y había que preparar las condiciones políticas de toda la zona y volver a la tarea de organizar nuestro centro fundamental industrial que ahora ya no estaría en El Hombrito, sino un punto más atrás, en la misma zona de la Mesa.

[*Verde Olivo*, 6 de octubre de 1963.]

---

## Un año de lucha armada

Al iniciarse el año 1958 cumplimos más de uno de lucha. Se impone un pequeño recuento de nuestra situación alcanzada en el plano militar, organizativo y político y de cómo fuimos avanzando.

Recordemos sucintamente, en lo militar, que nuestra tropa desembarcó el día 2 de diciembre de 1956 en la playa Las Coloradas, fue sorprendida y batida en Alegría de Pío tres días después, el 5 de diciembre, y se reagrupó a finales de ese mismo mes, para volver a iniciar las acciones en la escala pequeña que correspondía a nuestra nueva fuerza, en La Plata, pequeño cuartel situado a las orillas del río del mismo nombre en la costa sur de Oriente.

La característica fundamental de nuestra tropa, en todo el período que va desde el desembarco y la inmediata derrota de Alegría de Pío hasta el combate de Uvero, es la existencia de un solo grupo guerrillero dirigido por Fidel Castro, y la movilidad constante (fase nómada, podríamos llamarle).

Las conexiones con la ciudad se establecen lentamente en el lapso comprendido entre el 2 de diciembre y el 28 de mayo, fecha del combate del Uvero. Estas relaciones, durante el tiempo analizado, se caracterizan por la incomprensión por parte de la Dirección del Movimiento en el llano, de nuestra importancia como vanguardia de la Revolución y de la altura de Fidel como jefe de ella.

Es en este momento en que se forjan dos opiniones distintas en cuanto a la táctica a seguir, respondiendo a dos conceptos estratégicos, distintos, bautizados entonces como la Sierra y el Llano, nuestras discusiones y nuestras luchas internas fueron bastante agudas. Con todo, en esta fase la preocupación fundamental era subsistir e ir creando la base guerrillera. El campesinado ha seguido un proceso que hemos analizado en reiteradas oportunidades. En el instante siguiente al desastre de Alegría de Pío, hubo un cálido sentimiento de compañerismo y un apoyo espontáneo a nuestra tropa en derrota, después del reagrupamiento y las primeras acciones, conjuntamente con la represión del ejército, se produce el terror entre los campesinos y la frialdad ante nuestras fuerzas. El problema fundamental era que si nos veían tenían que denunciarnos, pues si el ejército llegaba a saberlo por otras vías estaban perdidos; la denuncia iba contra su propia conciencia y, además, también los ponía en peligro porque la justicia revolucionaria era expedita.

Pese a un campesinado aterrorizado, a lo más neutral, inseguro, que elegía, como método para sortear la gran disyuntiva, el abandonar la Sierra, nuestro ejército fue asentándose cada vez más, haciéndose más dueño del terreno y logrando el control absoluto de una zona de la Maestra que llegaba más allá del Pico Turquino hacia el este y hasta las inmediaciones del pico denominado Caracas en el oeste. Poco a poco, cuando los campesinos vieron lo indestructible de la guerrilla y lo largo que lucía el proceso de lucha, fueron reaccionando en la forma más lógica e incorporándose a nuestro ejército como combatientes. Desde ese momento, no solo nutrieron nuestras filas, sino que además se agruparon a nuestro lado, el ejército guerrillero se asentó fuertemente en la

tierra, dada la característica de los campesinos de tener parientes en toda la zona. Esto es lo que llamamos vestir de yarey a la guerrilla.

La columna no se nutrió solamente por el aporte de los campesinos y el de los voluntarios individuales, también de fuerzas enviadas por la Dirección Nacional y la Provincial de Oriente que tenía bastante autonomía. En el período que va desde el desembarco hasta Uvero, llega una columna compuesta por unos cincuenta hombres divididos en cinco pelotones de combatientes cada uno con un arma, aunque las había de distinto tipo y sólo 30 eran de buena calidad. Antes de la llegada de este grupo se habían realizado los combates de La Plata y de Arroyo del Infierno, habíamos sido sorprendidos en los Altos de Espinosa, perdiendo un hombre y otra vez estuvimos a punto de serlo en la región de Gaviro; había un traidor infiltrado en nuestra pequeña tropa que llevara tres veces el ejército hacia donde estábamos y que tenía la encomienda de matar a Fidel.

Con las amargas experiencias de estas sorpresas y la vida dura del monte, fuimos adquiriendo temple de veteranos. La nueva tropa recibió su bautismo de fuego en el combate de Uvero. Esta acción tiene una gran importancia porque marca el instante en que realizamos un ataque frontal contra un puesto bien defendido, a la luz del día. Además, fue uno de los sucesos más sangrientos de la guerra, habida cuenta de la duración del combate y de la cantidad de participantes en él. A raíz de este encuentro fueron desalojadas por el enemigo las zonas costeras de la Sierra Maestra.

Posteriormente a Uvero y después del reencuentro con la columna principal de una, pequeña, que había quedado a mi cargo con los heridos y se había ido nutriendo de distintos combatientes aislados, se me nombra jefe de la Segunda Columna, nominada 4, que debía operar al este del Turquino. Vale decir, la columna dirigida personalmente por Fidel operaría fundamentalmente al oeste de ese pico y la nuestra del otro lado, hasta donde pudiéramos abarcar. Había cierta independencia de mando táctico, pero estábamos dirigidos por Fidel, con el cual manteníamos correspondencia por medio de mensajeros cada semana o quince días.

Esta división coincidió con el aniversario del 26 de Julio y mientras las tropas de la columna 1, José Martí, atacaban Estrada Palma, haciendo una serie de demostraciones, nosotros marchábamos aceleradamente hacia la zona de Bueycito, poblado al que atacamos y tomamos como primera acción. Desde la fecha apuntada hasta los primeros días de enero del año 58, se produce la consolidación del territorio rebelde; el ejército, para entrar, tiene que concentrar fuerzas y avanzar en columnas fuertes; los preparativos son grandes y los resultados escasos, ya que no tienen movilidad. Varias columnas enemigas son cercadas y otras diezmadas o, al menos, detenidas. Aumenta el conocimiento de la zona y la capacidad de maniobra, iniciándose el período sedentario o de fijación perenne al terreno. En el primer ataque a Pino del Agua utilizamos métodos más sutiles, engañando totalmente al enemigo, pues ya conocíamos sus costumbres, según lo previó Fidel, días después de dejarse ver en la zona llegaría la expedición punitiva... y mi tropa los esperaba emboscada, mientras Fidel se hacía ver por otros lares.

A fines del año, las tropas enemigas se retiraban una vez más de la Sierra y quedábamos dueños del territorio existente entre el Pico Caracas y Pino del Agua, de oeste a este, el mar al sur y los pequeños poblados de las estribaciones de la Maestra, ocupados por el ejército al norte.

Nuestra zona de operaciones se ampliaría grandemente al ser atacado por segunda vez Pino del Agua, por todas nuestras fuerzas en conjunto bajo la dirección personal de Fidel y formarse dos nuevas columnas, la 6, que llevaría el nombre de Frank País, al mando de Raúl y la columna de Almeida. Ambas eran desprendimientos de la 1, comandada por Fidel, la que fue nutriente perenne de estos desgajamientos que se producían para asentar nuevas fuerzas en territorios distantes. Así se vigorizaría la tendencia iniciada con la formación de la columna 4, que se puede comparar al fenómeno de creación de nuevas columnas a partir de la colmena madre, la columna 1.

El período de consolidación de nuestro ejército, en el cual no podíamos atacar por falta de fuerzas las posiciones que el enemigo ocupaba en puntos fortificados y relativamente fáciles de defender, y éste no avanzaba sobre nosotros, se mantuvo como característica hasta el segundo combate de Pino del Agua, el 16 de febrero del año 1958.

En nuestro campo se han sufrido las muertes de los mártires del Granma, todas ellas sentidas, pero de particular significación las de Níco López y Juan Manuel Márquez. Otro combatientes que por su arrojo, y sus cualidades morales habían adquirido gran prestigio entre la tropa, han dejado su vida en este primer año, entre ellos, cabe citar a Nano y Julio Díaz, que no eran hermanos, muertos los dos en el combate de Uvero y el último veterano

del Moncada, Ciro Redondo, muerto en el combate de Mar Verde, el capitán Soto, muerto en el combate de San Lorenzo. En la lucha en las ciudades, además de un largo número de mártires, debíamos apuntar como la pérdida más grande de la Revolución hasta ese momento, la muerte de Frank País en Santiago de Cuba.

A la lista de hechos de armas en la Sierra Maestra, debía adjuntarse el trabajo desplegado por las fuerzas del Llano en las ciudades. En todas las principales poblaciones del país actuaban grupos que combatían el régimen de Batista, pero los dos polos de lucha más importantes estaban en La Habana y Santiago. En la primera, el Movimiento infructuosamente trató de desarrollar una línea armada que diera señales constantes de vida y movimiento, Santiago, por el contrario, se convertía en una trinchera de primer orden en la larga batalla contra la dictadura batistiana, está ligado geográficamente con la Sierra Maestra.

Lo que faltó en todo momento fue una conexión completa entre el Llano y la Sierra, debido a dos factores fundamentales; el aislamiento geográfico de la Sierra y las divergencias de tipo táctico y estratégico entre los dos grupos del Movimiento. Este último fenómeno provenía de concepciones sociales y políticas diferentes.

La Sierra estaba aislada por sus condiciones naturales y además por los cordones de vigilancia que en algunos momentos llegaron a hacerse extremadamente difíciles de pasar. En este breve bosquejo de la lucha del país en un año, habría que señalar también las acciones en general infructuosas y que llegaron a tristes resultados, de otros grupos de combatientes.

El 13 de marzo de 1957, el Directorio Estudiantil atacaba Palacio en un intento de ajusticiar a Batista. En esa acción cayó un selecto puñado de combatientes, encabezados por el presidente de la FEU y gran luchador, todo un símbolo de nuestra juventud, *Manzanita*, Echeverría.

Pocos meses después, en mayo, se intentaba un desembarco que probablemente haya sido entregado antes de partir de Miami, pues era financiado con los dineros del traidor Prío, y cuyo resultado fue una masacre casi completa de los participantes. Se trata de la expedición del Corinthia, dirigida por Calixto Sánchez, muerto, como casi todos sus compañeros, por Cowley, el asesino de la zona norte de Oriente que después fuera ajusticiado por miembros de nuestro Movimiento.

Se iniciaba la fijación de grupos de lucha en el Escambray, orientados algunos de ellos por el Movimiento 26 de julio y otros por el Directorio Estudiantil. Estos últimos fueron encabezados primero por un miembro del Directorio que traicionaría a esa agrupación, para después traicionar a toda la Revolución, el hoy exiliado Gutiérrez Menoyo.

Los combatientes leales al Directorio formaron una columna aparte que después dirigía el comandante Chomón y los restantes dieron origen al llamado II Frente Nacional del Escambray.

Se formaban pequeños núcleos en las sierras de Cristal y de Baracoa, a veces mitad guerrillas y mitad «come vacas», que Raúl debió depurar en su invasión con la columna 6. Otro aspecto de la lucha armada de esta época es el alzamiento de la Base Naval de Cienfuegos, el 5 de septiembre de 1957, dirigido por el teniente San Román, que fuera asesinado a raíz del fracaso del golpe. La Base Naval de Cienfuegos no estaba destinada a alzarse sola, ni fue una acción espontánea, era parte de un gran movimiento subterráneo entre las fuerzas armadas, dirigido por un grupo de militares llamados puros (los no maculados con los crímenes de la dictadura) que estaban -hoy se ve claro- penetrados por el imperialismo yanqui. Por algún oscuro motivo, el alzamiento fue pospuesto para otra fecha pero, la Base Naval de Cienfuegos, por no recibir la orden a tiempo o no poder impedirlo ya, resolvió alzarse. En el primer momento dominaron la situación pero cometieron el trágico error de no encaminarse a la Sierra del Escambray, distante sólo algunos minutos de Cienfuegos, cuando tenían dominada toda la ciudad y disponían de los medios para hacerlo con rapidez y formar un sólido frente en la montaña.

Tienen participación activa dirigentes nacionales y locales del 26 de Julio, y el pueblo participa, al menos en el entusiasmo que provoca el alzamiento y algunos toman las armas. Esto puede haber creado obligaciones morales a los jefes del mismo que les atara más aún a la ciudad conquistada, pero el desarrollo de los acontecimientos sigue una línea lógica en este tipo de golpe que la historia recoge antes y después de él. Juega aquí, evidentemente, un papel importante el poco valor dado por los militares de academia a la lucha guerrillera, la falta de fe en la guerrilla como expresión de la lucha del pueblo. Y fue así cómo los conjurados, pensando probablemente que sin el auxilio de sus compañeros de armas estaban derrotados, decidieron sostener una lucha

a muerte en los estrechos límites de una ciudad, de espaldas al mar, hasta ser prácticamente aniquilados por la superioridad del enemigo que movilizó cómodamente sus tropas convergiendo sobre Cienfuegos. El 26 de Julio, participando como asociado sin armas, no hubiera podido cambiar el panorama aunque sus dirigentes vieran claro el resultado final, cosa que tampoco ocurrió. La lección para el futuro es que el poseedor de la fuerza dicta la estrategia.

Las grandes matanzas de civiles, los fracasos repetidos y los asesinatos cometidos por la dictadura en distintos aspectos de la lucha que se han analizado indicaba que la acción guerrillera en terrenos favorables era la expresión más acabada de la técnica de la lucha popular frente a un gobierno despótico y fuerte todavía, y la menos dolorosa para los hijos del pueblo. Mientras nuestras bajas se contaban con los dedos, después del asentamiento de la guerrilla -si bien eran compañeros sobresalientes por su valor y por su decisión en el combate-, en las ciudades también morían los decididos, pero los seguía un gran número de individuos de menor significación revolucionaria y, hasta inocentes de lo imputado, debido a la gran vulnerabilidad frente a la acción represiva.

Al finalizar este primer año de lucha el panorama era de un alzamiento general en todo el territorio nacional. Se sucedían los sabotajes, que iban desde algunos técnicamente realizados y bien meditados, hasta acciones terroristas banales realizadas al calor de impulsos individuales, dejando un saldo doloroso de muertes inocentes y de sacrificios de los mejores luchadores, sin significar un verdadero provecho a la causa del pueblo.

Nuestra situación militar se consolidaba y era amplio el territorio que ocupábamos. Estábamos en una paz armada con Batista, sus capitanes no subían a la Sierra y nuestras tropas no podían bajar mucho, el cerco se estrechaba todo lo que podía el enemigo, pero nuestras tropas lo burlaban aún.

En el aspecto organizativo, nuestro Ejército Guerrillero había avanzado lo suficiente como para tener, al final del año, organizaciones elementales de acopio, algunos servicios industriales mínimos, hospitales y comunicaciones formadas.

Los problemas del guerrillero eran muy simples, para subsistir individualmente necesitaba comida en pocas cantidades, alguna ropa y algunas medicinas indispensables, para subsistir como guerrilla, es decir, como fuerza armada en lucha, armas y parque, para desarrollarse en el aspecto político, vehículos de propaganda. Para poder asegurar estas necesidades mínimas, era preciso que existiera un aparato de comunicaciones e información.

Al principio, las pequeñas fuerzas guerrilleras, una veintena de hombres, comían una magra ración de alguno de los vegetales de la Sierra, algún caldo de pollo, en los casos de banquete o algún puerco de los campesinos, pagándolo religiosamente. A medida que iban aumentando las guerrillas y los grupos de preguerrilleros que se entrenaban, eran necesarios abastecimientos más copiosos. Los campesinos de la Sierra no tienen animales vacunos, y, en general, toda su dieta ha sido de subsistencia, dependiendo del café para lograr los artículos industriales que necesiten o algunos comestibles imprescindibles como la sal, que no existe en la Sierra. Como primera medida, ordenamos siembras especiales a algunos campesinos, a los cuales asegurábamos las compras de las cosechas de frijoles, de maíz, de arroz, &c., y, al mismo tiempo, organizábamos con algunos comerciantes de los pueblos aledaños, vías de abastecimiento que permitían llevar a la Sierra la comida y algunos equipos. Se crearon arrias de mulos pertenecientes a las fuerzas guerrilleras.

En cuanto a las medicinas, se obtenían de la ciudad, pero no siempre en la cantidad y calidad requeridas, por lo tanto debíamos mantener también cierta organización para asegurarlas.

Las armas fue difícil lograrlas desde el llano, a las dificultades naturales del aislamiento geográfico, se agregaban las necesidades de las mismas fuerzas de las ciudades y su renuencia a entregarlas a las fuerzas guerrilleras, duras discusiones tuvo que mantener Fidel para que algunos equipos llegaran. El único cargamento importante que podemos apuntar en este primer año de lucha, fuera del que trajeron los propios combatientes incorporados, fue un remate de las armas utilizadas en el ataque a Palacio que fue transportado con la complicidad de un gran maderero latifundista de la zona, llamado Babún, a quien ya nos hemos referido en estas notas.

El parque escaseaba mucho, lo recibíamos contado y sin la variedad necesaria, pero para nosotros fue imposible organizar fábricas, ni siquiera recargar cartuchos en esta primera época, salvo las balas de revólver 38, que eran recargadas por el armero con un poco de pólvora, y algunos 30-06 que se usaban en los fusiles de cerrojo, ya

que en los fusiles semiautomáticos se trababan a impedían su funcionamiento correcto.

En el aspecto de la organización de la vida de los campamentos y las comunicaciones, se establecieron algunas regulaciones sanitarias y en esta época nacieron los hospitales, uno de éstos estaba instalado en la zona bajo mi mando, en un lugar de bastante difícil acceso y que ofrecía relativa seguridad a los heridos, pues era invisible desde el aire, pero el ambiente húmedo del paraje, rodeado de montes, era bastante insalubre para los heridos o enfermos que allí estaban. Este hospital fue organizado por el compañero Sergio del Valle. Los médicos Martínez Páez, Vallejo y Piti Fajardo, organizaban en la columna de Fidel hospitales similares, pero solamente adquirieron categoría superior en el segundo año de la lucha.

Las necesidades de equipo de la tropa, tales como cartucheras, cananas, mochilas, zapatos, eran cubiertas por una pequeña talabartería que habíamos desarrollado en nuestra zona (el primer gorro del ejército que salió fue llevado por mí a Fidel, orgullosamente, un tiempo después, pero me montaron una jarana terrible, porque decían que era una gorra de guaguero, palabra cuyo significado no conocía bien hasta ese momento, el único que se mostró clemente conmigo fue un concejal batistiano de Manzanillo que había ido de visita en trámites para pasarse a nuestras fuerzas y que la llevó consigo de recuerdo).

Nuestra creación industrial más importante era una pequeña herrería y armería, donde se arreglaban las armas defectuosas y, al mismo tiempo, se hacían bombas, minas de distinto tipo y el famoso M-26. Las minas se hacían al principio con hojalata y se las llenaba con el material de las bombas que frecuentemente lanzaba la aviación enemiga y no explotaban, estas minas eran muy defectuosas, tenían además un percutor de contacto, por presión sobre un fulminante, que fallaba mucho. Posteriormente un compañero tuvo la idea de usar la bomba completa para ataques mayores, quitándole el fulminante a la misma y poniendo en su lugar una escopeta con un cartucho, el gatillo de la escopeta se halaba con un cordel desde lejos y explotaba. Más adelante perfeccionamos el sistema, haciendo fundiciones especiales con metal potente y poniéndole fulminantes eléctricos, lo que dio mejores resultados. Aunque nosotros empezamos este desarrollo, el que le dio verdadero impulso fue Fidel y, posteriormente, Raúl en su nuevo centro de operaciones, creando industrias más poderosas que las que existían en este primer año de guerra.

Para la satisfacción de los fumadores de nuestra tropa, teníamos una fábrica de tabacos, que los hacía muy malos, pero sabían a gloria cuando no había otros.

La carnicería de nuestro ejército se abastecía con reses que confiscábamos a chivatos y latifundistas y el reparto era equitativo, parte para la población campesina y parte para nuestras propias fuerzas.

En cuanto a la difusión de nuestras ideas, primero creamos un pequeño periódico llamado *El Cubano Libre*, en recordación de los héroes de la manigua, del cual salieron tres o cuatro números bajo nuestra dirección para pasar luego a la de Luis Orlando Rodríguez y, posteriormente, Carlos Franqui, que le dio un nuevo impulso. Teníamos un mimeógrafo traído del llano y con el tirábamos los números.

Al finalizar este primer año de guerra y comenzar el segundo, teníamos una pequeña planta transmisora. Las primeras transmisiones formales se realizaron en los días de febrero del año 1958 y los únicos oyentes que tuvimos fueron Pelencho, un campesino cuyo bohío estaba situado en la loma de enfrente a la planta y Fidel, que estaba de visita en nuestro campamento preparando las condiciones para atacar Pino del Agua, y escuchó la transmisión de nuestro receptor. Paulatinamente fue mejorando la calidad técnica de las emisiones, pasando entonces a la columna 1, siendo una de las estaciones de más «rating» de Cuba, al finalizar la campaña en diciembre del 58.

Todos estos pequeños adelantos, incluyendo algunos equipos, como un torno de un metro de bancada y algunos dinamos que, trabajosamente, habíamos subido a la Sierra para tener luz eléctrica, se debían a nuestras propias conexiones. Frente a las dificultades, tuvimos que ir creando una red propia de comunicaciones e informaciones, en ese aspecto jugaron un papel importante Lidia Doce, en mi columna, y Clodomira en la de Fidel.

La ayuda de aquella época no era solamente de la población de los pueblos aledaños, sino incluso, la burguesía de las ciudades aportaba algunos equipos a la lucha guerrillera. Nuestras líneas de comunicaciones llegaban a los poblados de Contramaestre, Palma, Bueycito, Las Minas de Bueycito, Estrada Palma, Yara, Bayamo, Manzanillo, Guisa, y estos puntos eran utilizados como intermedio para después traerlas a lomo de mulo, por caminos escondidos de la Sierra, hasta nuestras posiciones. A veces, las tropas que se estaban entrenando y no

tenían armas todavía, bajaban con algunos de nuestros hombres armados hasta las poblaciones más cercanas, como Yao o las Minas y a tiendas bien abastecidas de la comarca, y cargábamos a hombro los abastecimientos hacia nuestros refugios. El único artículo que nunca nos faltó en la Sierra Maestra, o casi nunca, fue el café, a veces tuvimos falta hasta de sal, que es uno de los alimentos más importantes para la vida y cuyas virtudes se reconocen plenamente cuando escasea.

Cuando ya nuestra emisora se hizo al aire y se conoció sin lugar a dudas, en todo el ámbito de la república, la presencia beligerante de nuestras tropas, fueron aumentando las conexiones y haciéndose más complicadas, llegando incluso a La Habana y Camaguey, donde teníamos centros importantes de aprovisionamiento, por el oeste, y a Santiago por el este.

El servicio de información estaba desarrollado de tal manera que los campesinos de la zona inmediatamente avisaban la presencia, no sólo del ejército, sino de cualquier extraño y podíamos apresarlos fácilmente para investigar su actuación, así fueron eliminados muchos agentes del ejército y chivatos que se infiltraban en la zona para averiguar de nuestra vida y hazañas.

El servicio jurídico empezaba a estructurarse, pero todavía no había sido promulgada ninguna ley de la Sierra.

Tal era nuestra situación organizativa al comenzar el último año de la guerra.

En cuanto a la lucha política, era muy complicada y contradictoria. La dictadura de Batista se desenvolvía con la ayuda de un congreso elegido mediante fraudes de tal tipo que aseguraban una cómoda superioridad al gobierno.

Se podían expresar, cuando no había censura, algunas opiniones disidentes, pero voceros oficiosos u oficiales del régimen llamaban a la concordia nacional con sus voces potentes, transmitidas en cadena para todo el territorio nacional. Con la histérica voz de Otto Meruelo se alternaban las engoladas de los payasos Pardo Llada y Conte Agüero y, este último, en la palabra escrita, repetía los conceptos de la radio, llamando al «hermano Fidel», a la coexistencia con el régimen batistiano.

Los grupos de oposición eran muy variados y disímiles, aunque la mayoría tenía el denominador común de su disposición de tomar para sí el poder (léase fondos públicos). Esto traía como consecuencia una sórdida lucha intestina para asegurar ese triunfo. Los grupos estaban totalmente penetrados por los agentes de Batista que, en el momento oportuno, denunciaban cualquier acción de alguna envergadura. A pesar del carácter gangsteril y arribista de estas agrupaciones, también tuvieron sus mártires, algunos de reconocida valía nacional, pues el desconcierto era total en la sociedad cubana y hombres honestos y valientes sacrificaban su vida en aras de la regalada existencia de personajes como Prío Socarrás.

El Directorio tomaba el camino de la lucha insurreccional, pero se separaba de nuestro movimiento manteniendo una línea propia; el PSP se unía a nosotros en algunas acciones concretas, pero existían recelos mutuos que impedían la acción común y fundamentalmente el partido de los trabajadores no había visto con suficiente claridad el papel de la guerrilla, ni el papel personal de Fidel en nuestra lucha revolucionaria.

En una discusión fraterna le dije una frase a un dirigente del PSP que él repitiera a otros como expresión de una verdad de aquel momento: «Ustedes son capaces de crear cuadros que se dejen despedazar en la oscuridad de un calabozo, sin decir una palabra, pero no de formar cuadros que tomen por asaltos un nido de ametralladora.»

Desde mi punto de vista sectorial de la guerrilla había definido el resultado de un concepto estratégico, la decisión de luchar contra el imperialismo y los desmanes de las clases explotadoras, pero la falta de visión de la posibilidad de tomar el poder.

Después se incorporarían hombres de espíritu guerrillero, pero ya faltaba poco tiempo para el final de la lucha armada y no se sintieron apreciablemente sus efectos.

En el seno de nuestro propio movimiento se movían dos tendencias bastante acusadas, a las cuales hemos llamado ya la Sierra y el Llano. Diferencias de conceptos estratégicos nos separaban. La Sierra estaba ya segura de poder ir desarrollando la lucha guerrillera; trasladarla a otros lugares y cercar así, desde el campo, a las ciudades de la tiranía, para llegar a hacer explotar todo el aparato del régimen mediante una lucha de estrangulamiento y desgaste. El Llano planteaba una posición aparentemente más revolucionaria, como era la de la lucha armada en todas las ciudades, convergiendo en una huelga general que derribara a Batista y permitiera

la toma del poder en poco tiempo.

Esta posición era sólo aparentemente más revolucionaria, porque en aquella época todavía no se había completado el desarrollo político de los compañeros del Llano y sus conceptos de la huelga general eran demasiado estrechos. Huelga general llamada por sorpresa, clandestinamente, sin una preparación política previa y sin una acción de masas, llevaría, el año siguiente, a la derrota del 9 de abril.

Esas dos tendencias tenían representación en la Dirección Nacional del Movimiento, que fue cambiando con el curso de la lucha. En la etapa de preparación, hasta que Fidel partió para México, la Dirección Nacional estaba compuesta por el mismo Fidel, Raúl, Faustino Pérez, Pedro Miret, Níco López, Armando Hart, Pepe Suárez, Pedro Aguilera, Luis Bonito, Jesús Montané, Melba Hernández y Haydée Santamaría, si mi información no es incorrecta, ya que en esta época mi participación personal fue muy escasa y la documentación que se conserva es bastante pobre.

Posteriormente, por diversas incompatibilidades fueron separándose de la Dirección, Pepe Suárez, Pedro Aguilera y Luis Bonito y, en el transcurso de la preparación de la lucha, entraban en la Dirección Nacional, mientras nosotros estábamos en México, Mario Hidalgo, Aldo Santamaría, Carlos Franqui, Gustavo Arcos y Frank País.

De todos los compañeros que hemos nombrado, llegaban y permanecían en la Sierra, durante este primer año, Fidel y Raúl solamente. Faustino Pérez, expedicionario del Granma, se encargaba de la acción en la ciudad; Pedro Miret era apresado horas antes de salir de México y quedaba allí hasta el año siguiente, en que llegaría a Cuba con un cargamento de armas; Níco López moría en los primeros días del desembarco; Armando Hart estaba preso al finalizar el año que estamos analizando (o principios del siguiente); Jesús Montané era apresado después del desembarco del Granma, al igual que Mario Hidalgo; Melba Hernández y Haydée Santamaría permanecían en la acción de las ciudades; Aldo Santamaría y Carlos Franqui se incorporarían al año siguiente a la lucha de la Sierra, pero en 1957 no estaban allí; Gustavo Arcos permanecía en México en contactos políticos y de aprovisionamiento en aquella zona, y Frank País, encargado de la acción en la ciudad de Santiago, moría en julio de 1957.

Después, en la Sierra, se irían incorporando: Celia Sánchez, que permaneció con nosotros todo el año 58; Vilma Espín, que trabajaba en Santiago y acabó la guerra en la columna de Raúl Castro; Marcelo Fernández, coordinador del Movimiento, que reemplazó a Faustino después de la huelga del 9 de abril y solamente estuvo con nosotros algunas semanas, pues su labor era en las poblaciones; René Ramos Latour, encargado de la organización de las milicias del Llano, que subiera a la Sierra después del fracaso del 9 de abril y muriera heroicamente como comandante en las luchas del segundo año de guerra; David Salvador, encargado del movimiento obrero, al que dio el sello de su acción oportunista y divisionista y que, posteriormente, traicionaría a la Revolución, estando actualmente en la cárcel. Además, se incorporaron tiempo después algunos de los combatientes de la Sierra, como Almeida.

Como se ve, en esta etapa, los compañeros del Llano constituían la mayoría y su extracción política, que no había sido influenciada grandemente por el proceso de maduración revolucionaria, los inclinaba a cierta acción «civilista», a cierta oposición al caudillo, que se temía en Fidel, y la fracción «militarista» que representábamos las gentes de la Sierra. Ya apuntaban las divergencias, pero todavía no se habían hecho lo suficientemente fuertes como para provocar las violentas discusiones que caracterizaron el segundo año de la guerra.

Es importante señalar que, el grupo de combatientes que en la Sierra y en el Llano dieron la pelea a la dictadura, supieron mantener opiniones tácticas a veces diametralmente opuestas sin abandonar por eso el campo insurreccional, profundizando cada vez más su espíritu revolucionario, hasta el momento en que, lograda la victoria y luego de las primeras experiencias de la lucha contra el imperialismo, se conjugaran todos en una fuerte tendencia partidaria, dirigida indiscutiblemente por Fidel y se uniera luego a los grupos del Directorio y el Partido Socialista Popular, para formar nuestro PURSC. Frente a las presiones externas a nuestro movimiento y a las tendencias de dividirlo o de penetrarlo, siempre presentamos un frente común de lucha y aún los compañeros que en aquel momento vieron con menos perspectiva el cuadro de la Revolución cubana, supieron estar al acecho de los oportunistas.

Cuando Felipe Pazos, invocando el nombre del 26 de Julio, capitalizó para su persona y para intereses de las oligarquías más corrompidas de Cuba los puestos ofrecidos por el Pacto de Miami, en el cual se apuntaba como

presidente provisional, todo el Movimiento estuvo fuertemente unido en contra de esta actitud y respaldaron la carta que Fidel Castro enviara a las organizaciones de la lucha contra Batista. Reproducimos íntegramente ese documento por ser realmente histórico; tiene como fecha la de diciembre 14 de 1957 y está manuscrito por Celia Sánchez, ya que las condiciones de aquella época no permitían otro tipo de impresión.

[*Verde Olivo*, 5 de enero de 1964]

---

Cuba, diciembre 14 de 1957

**Señores dirigentes del Partido Revolucionario, Partido del Pueblo Cubano, Organización Auténtica, Federación Estudiantil Universitaria, Directorio Revolucionario y Directorio Obrero Revolucionario:**

Un deber moral, patriótico e incluso histórico, me obliga a dirigirles esta carta, motivada en hechos y circunstancias que nos han embargado profundamente estas semanas, que han sido, además las más arduas y atareadas desde nuestra llegada a Cuba. Porque fue, precisamente, el miércoles 20 de noviembre, día en que nuestras fuerzas sostuvieron tres combates en el sólo término de seis horas y que da idea de los sacrificios y esfuerzos que, sin la menor ayuda por parte de otras organizaciones, realizan aquí nuestros hombres, cuando se recibió en nuestra zona de operaciones la noticia sorpresiva y el documento que contiene las bases públicas y secretas, del Pacto de Unidad, que se dice suscrito en Miami por el Movimiento 26 de Julio y esas organizaciones a las que me dirijo. Coincidió la llegada de esos papeles -tal vez si por una ironía más del destino, cuando lo que necesitamos son armas- con la más intensa ofensiva que ha lanzado la tiranía contra nosotros. En las condiciones nuestras de lucha las comunicaciones son difíciles. A pesar de todo, ha sido preciso reunir en plena campaña a los líderes de nuestra Organización para atender este asunto, donde no sólo el prestigio sino, incluso la razón histórica del 26 de Julio se ha puesto en juego.

Para quienes están luchando contra un enemigo incomparablemente superior en número y armas y que no han tenido, durante un año entero, otro sostén que la dignidad con que se debe combatir por una causa a la que se ama con sinceridad y la convicción de que vale la pena morir por ella, en el amargo olvido de otros compatriotas que, habiendo tenido todos los medios para hacerlo, le han negado sistemáticamente, por no decir criminalmente toda ayuda; han visto tan de cerca el sacrificio diario en su forma más pura y desinteresada y han sentido tantas veces el dolor de ver caer a los mejores compañeros, cuando no se sabe cuál de los que están a nuestro lado va a caer en nuevos e inevitables holocaustos, sin ver siquiera el día del triunfo que con tanto tesón están labrando, sin otra aspiración ni consuelo que la esperanza de que sus sacrificios no serán en vano; forzoso es comprender que la noticia de un pacto, amplia e intencionalmente divulgado, que compromete la conducta futura del Movimiento, sin que se haya tenido siquiera la delicadeza, si no ya la obligación elemental, de consultar a sus dirigentes y combatientes, tiene que resultar altamente hiriente a indignante para todos nosotros.

Proceder de manera incorrecta trae siempre las peores consecuencias. Y esto es algo que debieran tener muy presente quienes se consideren aptos para empresa tan ardua como derrocar una tiranía y, lo que es más difícil aún, lograr el reordenamiento del país después de un proceso revolucionario.

El Movimiento 26 de Julio no designó ni autorizó ninguna delegación para discutir dichas negociaciones. Empero, no habría tenido inconveniente en designarla si se le consulta sobre dicha iniciativa y se habría preocupado de darles instrucciones muy concretas a sus representantes por tratarse de algo tan serio para las actividades presentes y futuras de nuestra organización.

Por el contrario, las noticias que poseíamos acerca de las relaciones con algunos de esos sectores se concretaban a un informe del señor Lester Rodríguez para el delegado de asuntos bélicos en el extranjero, con facultades limitadas a esos efectos exclusivamente y que decía lo siguiente: «Con respecto a Prío y al Directorio, te diré que sostuve una serie de entrevistas con ellos para coordinar planes de tipo militar, única y exclusivamente, hasta lograr la formación de un Gobierno Provisional, garantizado y respetado por los tres sectores. Como es lógico, mi proposición fue que se aceptara la Carta de la Sierra en la que se exponía que ese Gobierno debía formarse de acuerdo con la voluntad de las fuerzas cívicas del país. Esto trajo la primera dificultad. Cuando se produjo la conmoción de la huelga general, realizamos una reunión de urgencia. Propuse que se utilizaran todos los efectivos que se tenían de una manera inmediata y que intentáramos decidir el problema de Cuba de una vez. Prío contestó que él no tenía los suficientes efectivos como para realizar una cosa que resultara victoriosa y que

aceptar mi planteamiento era una locura.

A todo esto le contesté que cuando él considerara que lo tenía todo listo para zarpar me avisara, para entonces poder hablar de posibles pactos, pero que mientras tanto me hiciera el favor de dejarme trabajar a mí y por tanto a lo que yo represento dentro del Movimiento 26 de Julio con entera independencia. En definitiva, que no existe ningún compromiso con esos señores y creo que en el futuro tampoco es recomendable tenerlo, puesto que en el momento que más falta le hacía a Cuba negaron que poseían el material que en estos días les han ocupado y que es de una cuantía tal que mueve a indignación...»

Este informe, que habla por sí solo, confirmaba nuestra sospecha, que de afuera no podíamos esperar los rebeldes ayuda alguna.

Si las organizaciones que ustedes representan hubiesen considerado conveniente discutir bases de unidad con algunos miembros de nuestro Movimiento, dichas bases, tanto más cuanto que alteraban en lo fundamental los planteamientos suscritos por nosotros en el Manifiesto de la Sierra Maestra, no se podían dar a la publicidad, por ningún concepto, como acuerdos concluidos, sin el conocimiento y la aprobación de la Dirección Nacional del Movimiento. Obrar de otra forma es pactar para la publicidad e invocar fraudulentamente el nombre de nuestra Organización.

Se ha dado el caso insólito de que cuando la Dirección Nacional, que radica clandestinamente en un lugar de Cuba, se disponía, apenas recibidas, a rechazar las bases públicas y privadas que se proponían como fundamentos del pacto, tuvo conocimiento por hojas clandestinas y por la prensa extranjera que habían sido dadas a la publicidad como acuerdo concertado, viéndose ante un hecho consumado en la opinión nacional extranjera y en la alternativa de tener que desmentirlo con la secuela de confusión nocivo que ello implicaría o aceptarlo sin haber expuesto siquiera sus puntos de vista.

Y, como es lógico suponer, cuando las bases llegaron a nosotros, en la Sierra, el documento tenía ya muchos días de publicado.

En esta encrucijada, la Dirección Nacional, antes de proceder a desmentir públicamente dichos acuerdos, les planteó a ustedes la necesidad de que fueran desarrollados por la Junta una serie de puntos que recogían los planteamientos del Manifiesto de la Sierra Maestra mientras convocaba a una reunión en territorio rebelde en la que ha sido valorado el pensamiento de todos sus miembros y adoptado acuerdo unánime al respecto, cuyo contenido inspira este documento.

Naturalmente, que todo acuerdo de unidad tenía que ser forzosamente bien acogido por la opinión pública nacional e internacional; entre otras razones porque en el extranjero se ignora la situación real de las fuerzas políticas y revolucionarias que se oponen a Batista, y en Cuba, porque la palabra unidad cobró mucho prestigio en días que, por cierto, la correlación de fuerzas era muy distinta de lo que es hoy y en fin de cuentas porque siempre es positivo aunar todos los esfuerzos, desde los más entusiastas hasta los más tibios.

Pero lo importante para la Revolución no es la unidad en sí, sino las bases de dicha unidad, la forma en que se viabilice y las intenciones patrióticas que la animen.

Concertar dicha unidad sobre bases que no hemos discutido siquiera, suscribirlas con personas que no estaban facultadas para ello y darla a la publicidad sin otro trámite, desde una cómoda ciudad extranjera, colocando al Movimiento en la situación de afrontar la opinión engañada por un pacto fraudulento, es una zancadilla de la peor especie en que no se puede hacer caer a una organización verdaderamente revolucionaria, es un engaño al país, es un engaño al mundo.

Y eso sólo es posible por el simple hecho de que mientras los dirigentes de las demás organizaciones que suscriben ese pacto se encuentran en el extranjero haciendo una revolución imaginaria, los dirigentes del Movimiento 26 de Julio están en Cuba, haciendo una revolución real. Estas líneas, sin embargo, estarían de más; no las habría escrito por muy amargo y humillante que fuese el procedimiento mediante el cual se ha querido mancomunar el Movimiento a dicho pacto, ya que las discrepancias de forma no deben privar nunca sobre lo esencial. Lo habríamos aceptado a pesar de todo por lo que de útil tienen ciertos proyectos concebidos por la Junta, por la ayuda que se nos ofrece y que realmente necesitamos, si no estuviéramos sencillamente en desacuerdo con algunos puntos esenciales de las bases.

Por muy desesperada que fuese nuestra situación, por muchos miles de soldados que la dictadura, en el esfuerzo que realice por aniquilarnos, logre movilizar sobre nosotros, y tal vez con más ahínco por todo ello, ya que nunca humilla más una condición onerosa que cuando las circunstancias son apremiantes, jamás aceptaremos el sacrificio de ciertos principios que son cardinales a nuestro modo de concebir la Revolución cubana.

Y esos principios están contenidos en el Manifiesto de la Sierra Maestra.

Suprimir en el documento de unidad la declaración expresa de que se rechace todo tipo de intervención extranjera en los asuntos internos de Cuba es de una evidente tibieza patriótica y una cobardía que se denuncia por sí sola.

Declarar que somos contrarios a la intervención no es sólo pedir que no se haga a favor de la revolución, porque ello iría en menoscabo de nuestra soberanía e incluso en menoscabo de un principio que afecta a todos los pueblos de América; es pedir también que no se intervenga en favor de la dictadura enviándole aviones, bombas, tanques, y armas modernas con las cuales se sostiene en el poder, y que nadie como nosotros y, sobre todo, la población campesina de la Sierra ha sufrido en sus propias carnes. En fin, porque lograr que no se intervenga es ya derrocar la tiranía. ¿Es que vamos a ser tan cobardes que no vayamos a demandar siquiera la no intervención a favor de Batista? ¿O tan insinceros que la estemos solicitando bajo cuerda para que nos saquen las castañas del fuego? ¿O tan mediocres que no nos atrevamos a pronunciar una palabra a ese respecto? ¿Cómo entonces, titularnos revolucionarios y suscribir un documento de unidad con ínfulas de acontecimiento histórico? En el documento de unidad se suprime la declaración expresa de que se rechaza todo tipo de Junta Militar para gobernar provisionalmente la República.

Lo más nefasto que pudiera sobrevenir a la nación en estos instantes, por cuanto estaría acompañada de la ilusión engañosa de que el problema de Cuba se ha resuelto con la ausencia del dictador, es la sustitución de Batista por una Junta Militar. Y algunos civiles de la peor ralea, cómplices, incluso, del 10 de marzo y hoy divorciados de él, tal vez si por más tanquistas y ambiciosos todavía, están pensando en esas soluciones que sólo verían con agrado los enemigos del progreso del país.

Si la experiencia ha demostrado en América que todas las Juntas Militares derivan de nuevo hacia la autocracia; si el peor de los males que han azotado este continente es el enraizamiento de las castas militares en países con menos guerras que Suiza y más generales que Prusia; si una de las más legítimas aspiraciones de nuestro pueblo en esta hora crucial en que se salva o se hunde por muchos años su destino democrático y republicano, es guardar como el legado más precioso de sus libertadores, la tradición civilista que se inició en la misma gesta emancipadora y se rompería el día mismo que una junta de uniforme presidiera la República (lo que no intentaron jamás ni los más gloriosos generales de nuestra independencia en la guerra ni en la paz). ¿Hasta qué punto vamos a renunciar a todo, que por miedo a herir susceptibilidades, más imaginarias que reales en los militares honestos que puedan secundarnos vayamos a suprimir tan importante declaración de principios? ¿Es que no se comprende que una definición oportuna podría conjurar a tiempo el peligro de una junta militar que no serviría más que para perpetuar la guerra civil? Pues bien; no vacilamos en declarar que si una Junta Militar sustituye a Batista, el Movimiento 26 de Julio seguirá resueltamente su campaña de liberación. Preferible es luchar más hoy a caer mañana en nuevos e infranqueables abismos. Ni junta militar, ni gobierno títere juguete de militares. «Los civiles a gobernar con decencia, honradez; los soldados a sus cuarteles.» ¡Y cada cual a cumplir con su deber!

¿O es que estamos esperando por los generales del 10 de Marzo a quienes Batista gustosamente cedería el poder cuando lo considere insostenible como el modo más viable de garantizar el tránsito con el menor daño a sus intereses y los de su camarilla? ¿Hasta qué punto la imprevisión, la ausencia de elevadas proyecciones, la falta de verdaderos deseos de lucha puede cegar a los políticos cubanos?

Si no hay fe en el pueblo, si no se confía en sus grandes reservas de energías y de lucha no hay derecho a poner las manos sobre sus destinos para torcerlo y desviarlo en los instantes más heroicos y prometedores de su vida republicana. Que no se inmiscuyan los procedimientos de la mano política en el proceso revolucionario, ni sus ambiciones pueriles, ni sus afanes de encubrimiento personal, ni su reparto previo del botín, que en Cuba están cayendo los hombres por algo mejor. ¡Háganse revolucionario los políticos, si así lo desean; pero no conviertan la revolución en política bastarda, que es mucha la sangre y muy grandes los sacrificios de nuestro pueblo en esta hora para merecer tan ingrata frustración futura!

Aparte de estos dos principios fundamentales omitidos en el documento de Unidad, estamos totalmente en desacuerdo con otros aspectos del mismo.

Aún aceptando el inciso B, de la base secreta número 2, relativa a las facultades de la Junta de Liberación, que dice: «Nombrar al Presidente de la República que deberá ejercer el cargo en el Gobierno Provisional», no podemos aceptar el inciso C, de esa misma base, que incluye entre dichas facultades: «aprobar o desaprobar, en forma global, el Gabinete que nombre el Presidente de la República, así como los cambios en el mismo en casos de crisis total o parcial.»

¿Cómo se concibe que la atribución del Presidente para designar y sustituir a sus colaboradores quede sujeta a la aprobación o no de un organismo extraño a los poderes del Estado? ¿No es claro que integrada dicha Junta por representantes de partidos y sectores distintos, y por tanto de distintos intereses, la designación de los miembros del Gabinete se convertiría en un reparto de posiciones como único medio de llegar a acuerdos en cada caso? ¿Es posible la aceptación de una base que implique el establecimiento de dos ejecutivos dentro del Estado? La única garantía que todos los sectores del país deben exigir del Gobierno Provisional es el ajuste de su misión a un programa mínimo determinado e imparcialidad absoluta como poder moderador en la etapa de tránsito hacia la completa normalidad constitucional.

Pretender inmiscuirse en la designación de cada ministro lleva implícita la aspiración al control de la Administración Pública para ponerla al servicio de los intereses políticos, explicable solamente en partidos u organizaciones que por carecer de respaldo de masas solo puedan sobrevivir dentro de las cánones de la política tradicional, para que está reñida con los altos fines revolucionarios y políticos que persigue para la República el Movimiento 26 de Julio.

La sola presencia de bases secretas que no se refieran a cuestiones de organización para la lucha o planes de acción y sí a cuestiones que tanto interesan a la nación como es la estructuración del futuro gobierno y deben por tanto proclamarse públicamente, es de por sí inaceptable. Martí dijo, que en la Revolución, los métodos son secretos, pero los fines deben ser siempre públicos.

Otro punto que resulta igualmente inadmisibles para el Movimiento 26 de Julio, es la base secreta número 8, que dice textualmente: «Las fuerzas revolucionarias se incorporarán a los institutos armados regulares de la República, con sus armas.»

En primer término, ¿qué se entiende por fuerzas revolucionarias? ¿Es que puede dársele carnet de policía, marino o soldado a cuantos se presenten a última hora con un arma en la mano? ¿Es que puede dársele uniforme e investir agentes de autoridad a los que tienen hoy las armas escondidas para sacarlas a relucir el día del triunfo y se cruzan de brazos mientras un puñado de compatriotas se baten contra todas las fuerzas de la tiranía? ¿Es que vamos a darle cabida en un documento revolucionario al germen mismo del gangsterismo y la anarquía que fueron escarnio de la República en días no muy lejanos?

La experiencia en el territorio dominado por nuestras fuerzas nos ha enseñado que el mantenimiento del orden público es cuestión capital para el país. Los hechos nos han demostrado que tan pronto se suprime el orden existente, una serie de trabas se desatan y la delincuencia, si no es frenada a tiempo, germina por doquier. La aplicación oportuna de medidas severas, con pleno beneplácito público, puso fin al brote de bandolerismo. Los vecinos, acostumbrados antes a ver en el agente de autoridad un enemigo del pueblo, apañaban con sentido hospitalario al perseguido o prófugo de la justicia. Hoy, que ve en nuestros soldados los defensores de sus intereses, reina el orden más completo y sus mejores guardianes son los propios ciudadanos.

La anarquía es el peor enemigo de un proceso revolucionario. Combatirla desde ahora es una necesidad fundamental. Quien no quiera comprenderlo es porque no le preocupa el destino de la Revolución, y es lógico que no le preocupe a los que no se han sacrificado por ella.

El país debe saber que habrá justicia, pero del más estricto orden y que el crimen será castigado, venga de donde viniese.

El Movimiento 26 de Julio, reclama para sí la función de mantener el orden público y reorganizar los Institutos Armados de la República.

1° Porque es la única organización que posee milicias organizadas disciplinadamente en todo el país y un ejército en campaña con veinte victorias sobre el enemigo.

2° Porque nuestros combatientes han demostrado un espíritu de caballerosidad ausente de todo odio contra los militares, respetando invariablemente la vida de los prisioneros, curando a sus heridos en combates, no torturando jamás a un adversario ni aún sabiéndolo en posesión de informes importantes y han mantenido esta conducta de guerra con una ecuanimidad que no tiene precedentes.

3° Porque a los Institutos Armados hay que impregnarlos de ese espíritu de justicia e hidalguía que el Movimiento 26 de Julio ha sembrado en sus propios soldados.

4° Porque la serenidad con que hemos actuado en esta lucha es la mejor garantía de que los militares honorables nada tienen que temer de la Revolución, no habrán de pagar las culpas de los que con sus hechos y crímenes han cubierto de oprobio el uniforme militar. Hay todavía algunos aspectos difíciles de comprender en el documento de Unidad. ¿Cómo es posible llegarse a un acuerdo sin una estrategia definida de lucha? ¿Continúan los Auténticos pensando en el «putsch» en la Capital? ¿Continuarán acumulando armas y más armas que, tarde o temprano, caen en manos de la policía, antes de entregarlas a los que están combatiendo? ¿Han aceptado, al fin, la tesis de huelga general sostenida por el Movimiento 26 de Julio?

Ha habido además, a nuestro entender, una lamentable subestimación de la importancia que desde el punto de vista sino una guerra de columnas. Nuestras fuerzas, inferiores en número y equipo, aprovechan hasta el máximo las ventajas del terreno, la vigilancia permanente sobre el enemigo y la mayor rapidez en los movimientos. De más está decir que el factor moral cobra en esta lucha una singular importancia. Los resultados han sido asombrosos y algún día se conocerán en todos sus detalles.

La población entera está sublevada. Si hubiesen armas nuestros destacamentos no tendrían que cuidar ninguna zona. Los campesinos no permitirían pasar un solo enemigo. Las derrotas de la tiranía que se obstina en mandar numerosas fuerzas, podrían ser desastrosas. Todo cuanto les diga de cómo se ha despertado el valor de este pueblo sería poco. La dictadura toma represalias bárbaras. Los asesinatos en masa de los campesinos no tienen nada que envidiar a las matanzas que perpetraban los nazis en cualquier país de Europa. Cada derrota se la cobran a la población indefensa. Los partes del Estado Mayor anunciando bajas rebeldes son precedidos siempre de alguna masacre. Eso ha llevado al pueblo a un estado de rebeldía absoluta. Lo que ha dolido, lo que ha hecho sangrar el alma muchas veces, es pensar que nadie le ha enviado a ese pueblo un solo fusil, que mientras aquí los campesinos ven incendiadas sus casas y asesinadas sus familias, implorando fusiles desesperadamente, haya en Cuba armas escondidas que no se emplean ni para aniquilar un miserable esbirro y esperan a que la policía las recoja o la tiranía caiga o los rebeldes sean exterminados.

No puede haber sido más innoble el proceder de muchos compatriotas. Aún hoy es tiempo de rectificar y ayudar a los que luchan. Para nosotros desde el punto de vista personal, carece de importancia. Nadie se molesta en pensar que habla el interés o el orgullo.

Nuestro destino está sellado y ninguna incertidumbre nos angustia: o morimos aquí hasta el último rebelde y perecerá en las ciudades toda una generación joven, o triunfamos contra los más increíbles obstáculos. Para nosotros no hay derrota posible. El año de sacrificios y heroísmos que han resistido nuestros hombres ya no lo puede borrar nada; nuestras victorias están ahí y tampoco podrán borrarse fácilmente. Nuestros hombres, más firmes que nunca, sabrán combatir hasta la última gota de sangre.

La derrota será para los que nos han negado toda ayuda; para los que, comprometidos en su inicio con nosotros, nos dejaron solos; para los que, faltos de fe en la dignidad y el ideal gastaron su tiempo y su prestigio en tratos vergonzosos con el despotismo trujillista; para los que teniendo armas las escondieron cobardemente en la hora de lucha. Los engañados son ellos y no nosotros.

Una cosa podemos afirmar con seguridad: si hubiéramos visto a otros cubanos combatiendo por la libertad; perseguidos y a punto de ser exterminados; si los hubiéramos visto día a día sin rendirse ni cejar en el empeño, no habríamos vacilado un minuto en acudir y morir si fuera preciso junto a ellos. Porque somos cubanos y los cubanos no permanecen impasibles ni cuando se lucha por la libertad en cualquier otro país de América. ¿Que los dominicanos se reúnen en un islote para liberar su pueblo? Por cada dominicano llegan diez cubanos. ¿Que

los secuaces de Somoza invaden Costa Rica? Allá corren los cubanos a luchar. ¿Cómo ahora, que en su propia patria se está librando por la libertad la más recia batalla, hay cubanos en el exilio, expulsados de su patria por la tiranía, que le niegan su ayuda a los cubanos que combaten?

¿O es que para ayudarnos nos exigen condiciones leoninas? ¿Es que para ayudarnos tenemos que ofrecer la República convertida en Botín? ¿Es que para ayudarnos tenemos que abjurar del ideal y convertir esta guerra en un nuevo arte de matar semejantes, en un derramamiento inútil de sangre, que no prometa a la patria la recompensa que espera de tanto sacrificio?

La dirección de la lucha contra la tiranía está y seguirá estando en Cuba y en manos de los combatientes revolucionarios. Quienes quieran en el presente y en el futuro que se les considere Jefes de la Revolución deben estar en el país afrontando directamente las responsabilidades, riesgos y sacrificios que demanda el minuto cubano.

El exilio debe cooperar a esa lucha, pero resulta absurdo que se nos pretenda decir desde afuera qué pico debemos tomar, qué caña podemos quemar, qué sabotaje hemos de realizar o en qué momento, circunstancia y forma podemos desencadenar la huelga general. Ello además de absurdo, resulta ridículo. Ayúdese desde el extranjero, recogiendo dinero entre los exilados y emigrados cubanos, haciendo campaña por la causa de Cuba en la prensa y a la opinión pública; denúnciense desde allá los crímenes que aquí estamos sufriendo, pero no se pretenda dirigir desde Miami una Revolución que se está haciendo, en todas las ciudades y campos de la isla, en medio del combate, la agitación, el sabotaje, la huelga y las mil formas más de acción revolucionaria que ha precisado la estrategia de lucha del Movimiento 26 de Julio.

La Dirección Nacional está dispuesta y así lo ha precisado más de una vez, a hablar en Cuba con los dirigentes de cualquier organización opositora, para coordinar planes específicos y producir hechos concretos que se estimen útiles al derrocamiento de la tiranía.

La huelga general se llevará a cabo por la efectiva coordinación de los esfuerzos del Movimiento de Resistencia Cívica, el Frente Obrero Nacional y de cualquier sector equidistante del partidismo político y en íntimo contacto con el Movimiento 26 de Julio, por ser hasta el momento la única organización opositora que combate en todo el país.

La Sección Obrera del 26 de Julio está yendo a la organización de los comités de huelgas en cada centro de trabajo y sector de industria, con los elementos opositores de todas las militancias que en los mismos estén dispuestos al paro y ofrezcan garantías morales de que lo van a llevar a cabo. La organización de esos comités de huelga integrarán el Frente Obrero Nacional, que será la única representación del proletariado que el 26 de Julio reconocerá como legítima.

El derrocamiento del dictador lleva en sí el desplazamiento del Congreso Espurio, de la dirigencia de la CTC y de todos los alcaldes, gobernadores y demás funcionarios que, directa o indirectamente, se hayan apoyado para escalar el cargo en las supuestas elecciones del primero de noviembre de 1954 o en el golpe militar del 10 de marzo de 1952. Lleva en sí también la inmediata libertad de los presos y detenidos políticos, civiles y militares, así como el encausamiento de todos los que tengan complicidad con el crimen, la arbitrariedad y la misma tiranía.

El nuevo gobierno se regirá por la Constitución de 1940 y asegurará todos los derechos que ella reconoce y será equidistante de todo partidismo político.

El Ejecutivo asumirá las funciones legislativas que la Constitución atribuye al Congreso de la República, y tendrá por principal deber conducir al país a elecciones generales, de acuerdo con el Código Electoral del 1943 y la Constitución de 1940, y desarrollar el programa mínimo de 10 puntos expuestos en el Manifiesto de la Sierra Maestra.

Se declarará disuelto el Tribunal Supremo por haber sido impotente para resolver la situación antijurídica creada por el golpe de Estado, sin perjuicio de que, posteriormente, se designen algunos de sus actuales miembros, siempre que hayan defendido los principios constitucionales o mantenido una firme actitud frente al crimen, las arbitrariedades y el abuso de estos años de tiranía.

El Presidente de la República decidirá sobre la forma de constituir el nuevo Tribunal Supremo, y éste a su vez, procederá a reorganizar todos los tribunales y las instituciones autónomas, separando de sus funciones a todos aquellos que considere hayan tenido manifiesta complicidad con la tiranía, sin perjuicio de remitirlos a los tribunales en los casos que proceda. La designación de los nuevos funcionarios se hará de acuerdo con lo que en cada caso determine la ley.

Los partidos políticos sólo tendrán un derecho en la provisionalidad: La libertad para defender ante el pueblo su programa, para movilizar y organizar a la ciudadanía dentro del amplio marco de nuestra constitución y para concurrir a las elecciones generales que se convoquen.

En el Manifiesto de la Sierra Maestra se planteó desde entonces la necesidad de designar la persona llamada a ocupar la Presidencia de la República, exponiendo nuestro Movimiento su criterio de que la misma debía ser seleccionada por el conjunto de instituciones cívicas. Como quiera que a pesar de haber transcurrido cinco meses ese trámite no se ha cubierto todavía y es más urgente que nunca darle al país la respuesta a la pregunta de quién sucederá al dictador, y no es posible esperar un día más sin dar satisfacción a este interrogante nacional, el Movimiento 26 de Julio se la contesta y la presenta ante el pueblo, como la única fórmula posible de garantizar la legalidad y el desarrollo de las anteriores bases de unidad y del propio Gobierno Provisional. Esa figura debe ser el digno Magistrado de la Audiencia de Oriente, Dr. Manuel Urrutia Lleó. No somos nosotros, sino su propia conducta quien lo indica y esperamos que no le niegue este servicio a la República.

Las razones que lo señalan por sí solas son las siguientes:

1. Ha sido el funcionario judicial que más alto ha puesto el nombre de la Constitución, cuando declaró, en los estrados del tribunal, en la causa por los expedicionarios del Granma, que organizar una fuerza armada contra el régimen no era delito, sino perfectamente lícito de acuerdo con el espíritu y la letra de la Constitución y la Ley, gesto sin precedentes en un magistrado, en la historia de nuestras luchas por la libertad.
2. Su vida consagrada a la recta administración de justicia es garantía de que tiene la suficiente preparación y carácter para servir de equilibrio a todos los intereses legítimos en los momentos que la tiranía sea derrocada por la acción del pueblo.
3. Porque nadie como el Dr. Manuel Urrutia para ser equidistante de partidismo, ya que no pertenece a ninguna agrupación política, precisamente por su condición de funcionario judicial. Y no hay otro ciudadano de su prestigio que fuera de toda militancia se haya identificado tanto con la causa revolucionaria.

Además, por su condición de magistrado, es la fórmula que más se acerca a la constitucionalidad.

Si se rechazan nuestras condiciones, las condiciones desinteresadas de una organización a la que ninguna otra aventaja en sacrificios, a la que no se consultó siquiera para invocar su nombre en un manifiesto de unidad que no suscribió, seguiremos solos la lucha como hasta hoy, sin mas armas que las que arrebatamos al enemigo en cada combate, sin más ayuda que la del pueblo sufrido, sin más sostén que nuestros ideales.

Porque en definitiva: ha sido sólo el Movimiento 26 de Julio quien ha estado y está realizando acciones en todo el país; han sido sólo los militantes del 26 de Julio quienes trasladaron la rebeldía de las agrestes montañas de Oriente a las provincias occidentales del país; son únicamente los militantes del 26 de Julio quienes llevan a cabo el sabotaje, ajusticiamiento de esbirros, quemas de cañas y demás acciones revolucionarias; ha sido sólo el Movimiento 26 de Julio quien pudo organizar revolucionariamente a los obreros en toda la nación; es sólo también el 26 de Julio el único sector que cooperó a la organización del Movimiento de Resistencia Cívica donde hoy se aglutinan los sectores cívicos de casi todas las localidades de Cuba.

Decir todo esto habrá quien lo entienda una arrogancia, pero es que además ha sido sólo el Movimiento 26 de Julio quien ha declarado que no quiere participación en el Gobierno Provisional y que pone toda su fuerza moral y material a disposición del ciudadano idóneo para presidir la provisionalidad necesaria.

Entiéndase bien que nosotros hemos renunciado a posiciones burocráticas o a participación en el Gobierno; pero sépase de una vez por todas que la militancia del 26 de Julio no renuncia ni renunciará jamás a orientar y dirigir al pueblo desde la clandestinidad; desde la Sierra Maestra o desde las tumbas donde están mandando nuestros muertos.

Y no renunciamos porque no somos nosotros, sino toda una generación que tiene el compromiso moral con el pueblo de Cuba de resolver sustancialmente sus grandes problemas.

Y sólo sabemos vencer o morir. Que nunca será la lucha más dura que cuando éramos solamente doce hombres, cuando no teníamos un pueblo organizado y aguerrido en toda la Sierra, cuando no teníamos como hoy una organización poderosa y disciplinada en todo el país, cuando no contábamos con el formidable respaldo de masas evidenciado con la muerte de nuestro inolvidable Frank País.

Que para caer con dignidad no hace falta compañía.

Fidel Castro Ruz, Sierra Maestra, Diciembre 14 de 1957.

[*Verde Olivo*, 5 de enero de 1964.]

---

## Pino del agua II

Al iniciarse el año 1958 se había producido cierta tregua entre nuestras fuerzas y las tropas batistianas. Se sucedían, sin embargo, los partes del ejército en los cuales se hablaba un día de 8, otro de 23 bajas rebeldes; por supuesto, sin sufrir ellos ninguna; esta era precisamente la técnica que dominaba, sobre todo en la zona en que operaba mi columna, donde Sánchez Mosquera se dedicaba a imaginarias batallas contra las fuerzas rebeldes, asesinando campesinos con cuyos cadáveres nutría su hoja de servicios.

En los últimos días de enero se levantaba la censura y los periódicos, por última vez hasta que acabó la guerra, publicaban algunas noticias. El ambiente gubernamental respiraba aires de tregua. Ramírez León, legislador batistiano, hacía un viaje más o menos espontáneo acompañado de un concejal de Manzanillo, Lalo Roca y de un periodista español de *París Match*, Meneses, que hiciera una serie de entrevistas en la Sierra.

Se publicaban en Estados Unidos extensas declaraciones sobre la denuncia del Pacto de Miami, hechas por el Comité del 26 de Julio en el exilio, que tenía como presidente a Mario Llerena, y como tesorero a Raúl Chibás. (Estos comisionados encontraron tan saludable su trabajo en aquella zona del mundo que, aparentemente, la han fijado como residencia habitual en los momentos actuales y, quizás, tengan profesiones similares a las de la época de la guerra de liberación, cuando parecían personas honestas.)

Las entrevistas con Meneses, que se publicaron en la revista *Bohemia*, tuvieron su repercusión también en el mundo entero, pero internamente fue interesante la polémica sostenida entre Masferrer y Ramírez León, en esos fugaces días en que la prensa habanera publicaba algunas noticias.

La censura se había levantado en cinco de las seis provincias. Oriente seguía con las garantías constitucionales suprimidas y con censura.

A mediados de enero era presentado ante los periodistas un grupo de militantes del 26 de Julio que había sido tomado prisionero al bajar de la Sierra; Armando Hart, Javier Pazos, Luis Buch y el guía llamado Eulalio Vallejo. Tiene algún interés esta noticia, a pesar de que todos los días caían compañeros presos y muchas veces eran asesinados, porque es un índice de la polémica que ya existía más o menos abierta entre las dos partes del 26 de Julio. Frente a una carta, bastante idiota, que yo le había enviado al compañero René Ramos Latour, éste me contestó, pero además circuló una copia de mi hoja; Armando Hart me escribió una nota polémica y pensaba mandármela desde la Sierra, donde fue a ver a Fidel, pero éste razonó que esa carta provocaría una nueva contestación, la que a su vez provocaría otra, hasta que en un momento dado podía caer alguna en manos del enemigo, lo que no nos haría ningún favor. Armandito, disciplinadamente, cumplió la orden, pero olvidó la nota en uno de sus bolsillos y, cuando fuera apresado, la tenía encima.

La vida de Armando Hart y de sus compañeros estuvo pendiente de un hilo durante el curso de los días en que estuvieron presos e incomunicados. La embajada yanqui se movilizó para averiguar el origen de esta controversia. A través de toda una serie de términos que se expresaban en las argumentaciones respectivas, el enemigo intuyó algo y paró la oreja.

Independientemente del incidente anotado, Fidel consideró que era importante dar un golpe de resonancia,

aprovechando el levantamiento de la censura y nos preparábamos para ello.

El punto elegido era nuevamente Pino del Agua. Una vez lo habíamos atacado con buen éxito y desde ese momento, Pino del Agua estaba ocupado por el enemigo. Aun cuando las tropas no se movían mucho, su particular posición en la cresta de la Maestra hacía que hubiera que dar largos rodeos y que siempre fuera peligroso el tráfico cerca de la zona, de manera que la supresión de Pino del Agua como punto avanzado del ejército podría ser de mucha importancia estratégica y, dadas las condiciones de la prensa en el país, de resonancia nacional.

Desde los primeros días de febrero, empezaron los preparativos febriles y las investigaciones de la zona, en las cuales tomaron parte fundamental, por ser vecinos de allí, Roberto Ruiz y Félix Tamayo, ambos oficiales de nuestro ejército en la actualidad. Además, incrementábamos los preparativos de nuestra última arma, a la que atribuimos una importancia excepcional, el M-26, también llamado Sputnik, una pequeña bombita de hojalata que primeramente se arrojaba mediante un complicado aparato, una especie de catapulta confeccionada con las ligas de un fusil de pesca submarina. Más tarde fue perfeccionado hasta lograr impulsarlo por un disparo de fusil, con bala de salva, que hacía ir más lejos el artefacto.

Estas bombitas hacían mucho ruido, realmente asustaban, pero dado que solamente tenían una coraza de hojalata, su poder mortífero era exiguo y sólo inferían pequeñas heridas cuando explotaban cerca de algún soldado enemigo, sin contar con que era muy difícil hacer coincidir perfectamente, desde el momento en que se encendía la mecha, la trayectoria en el aire y su explosión al caer. Por efecto del impacto al ser despedida solía desprenderse la mecha y la bombita no explotaba, cayendo intacta en poder del enemigo. Cuando éste conoció su funcionamiento le perdió el miedo; en ese primer combate tuvo su efecto psicológico.

Con bastante minuciosidad se prepararon las cosas, el ataque tuvo lugar el día 16 de febrero, el parte de nuestro ejército que saliera en *El Cubano Libre* y que aquí reproducimos es una síntesis bastante exacta de lo que sucedió.

El plan estratégico era muy simple: Fidel, sabiendo que había una compañía entera en el aserrío, no tenía confianza en que nuestras tropas pudieran tomarlo; lo que se pretendía era atacarlo, liquidar sus postas, cercarlo y esperar a los refuerzos, pues ya sabíamos bien que las tropas que van en camino son mucho más hábiles que las que están acantonadas. Se establecieron las distintas emboscadas de las cuales esperábamos tener resultados grandes. En cada una pusimos el número de hombres equivalente a la probabilidad de que por allí viniera el enemigo.

El ataque fue dirigido personalmente por Fidel, cuyo Estado Mayor estaba directamente a la vista del aserrío, en una loma situada al norte y de la que se dominaba perfectamente el objetivo. En el mapa n° 2 se puede apreciar el plan de acción; Camilo debía avanzar por el camino que viene de Uvero pasando por la Bayamesa; sus tropas, que constituían el pelotón de vanguardia de la columna 4, debían tomar las postas, avanzar hasta donde lo permitiera el terreno y ahí mantenerse. La huida de los guardias era impedida por el pelotón del capitán Raúl Castro Mercader, situado a la vera del camino que conduce a Bayamo y, en el caso de que trataran de ganar el río Peladero, el capitán Guillermo García con unos 25 hombres los esperaba.

Al iniciarse el fuego entraría en función nuestro mortero, que tenía exactamente seis granadas y estaba manejado por Quiala; luego comenzaría el asedio. Había una emboscada dirigida por el teniente Vilo Acuña, en la loma de la Virgen, destinada a interceptar las tropas que vinieran de Uvero y, más alejado hacia el norte, esperando las tropas que vinieran de Yao por Vega de los Jobos, estaba Lalo Sardiñas con algunos escopeteros.

En esta emboscada se probó por primera vez un tipo especial de mina, cuyo resultado no fue nada halagüeño. El compañero Antonio Estévez (muerto más tarde durante un ataque a Bayamo), había ideado el sistema de hacer explotar una bomba de aviación íntegra, usando un escopetazo como detonador, e instalamos el artefacto previendo que el ejército avanzara por esa zona en la que teníamos tan poca fuerza. Hubo una lamentable equivocación; el compañero encargado de anunciar la llegada del enemigo, muy inexperto y muy nervioso, dio el aviso en el momento en que subía un camión civil; la mina funcionó y su conductor resultó la víctima inocente de esta nueva arma de destrucción que, después de desarrollada, sería tan eficaz.

En la madrugada del día 16, Camilo avanzó para tomar las postas, pero nuestros guías no habían previsto que los guardias se retiraban durante la noche hasta muy cerca del campamento, de manera que tardaron bastante en

empezar el ataque; creían haberse equivocado de lugar y cada paso lo iban dando con mucho cuidado, sin percatarse de cuál había sido la maniobra. Caminar los 500 metros existentes entre ambos emplazamientos le demoró a Camilo no menos de una hora, avanzando con sus 20 hombres en fila india.

Al final llegaron al caserío; los guardias habían instalado un sistema elemental de alarma consistente en unos hilos a ras del suelo que tenían amarradas unas latas, las que sonaban al pisarlas o tocar el hilo pero, al mismo tiempo, habían dejado algunos caballos pastando, de manera que cuando la vanguardia de la columna tropezara con la alarma, se confundieron con el ruido de los caballos. Así Camilo pudo llegar prácticamente hasta donde estaban los soldados.

Del otro lado, nuestra vigilia era angustiada por las horas que pasaban sin comenzar el tan esperado ataque; por fin se oyó el primer disparo que marcaba el inicio del combate, empezando nuestro bombardeo con los 6 morteros, el que muy pronto finalizaba sin pena ni gloria.

Los guardias habían visto u oído a los primeros atacantes empezar el ataque; y con la ráfaga que inició el combate hirieron al compañero Guevara, muerto después en nuestros hospitales. En pocos minutos las fuerzas de Camilo habían arrasado con la resistencia, tomando 11 armas, entre ellas dos fusiles ametralladoras y tres guardias prisioneros, además de hacer 7 u 8 muertos, pero inmediatamente se organizó la resistencia en el cuartel y fueron detenidos nuestros ataques.

En sucesión, los tenientes Noda y Capote, y el combatiente Raimundo Lien, morían en el intento de seguir avanzando, Camilo era herido en un muslo y Virelles, que era el encargado de manejar la ametralladora, tuvo que retirarse, dejándola abandonada. A pesar de su herida, Camilo volvió a tirarse para tratar de salvar el arma ya en las primeras luces de la madrugada y en medio de un fuego infernal; volvió a ser herido, con tan buena suerte que la bala le penetró en el abdomen saliendo por el costado sin interesar ningún órgano vital. Mientras salvaron a Camilo, perdiéndose la ametralladora, otro compañero de nombre Luis Macías, era herido y se arrastraba entre las matas hacia el lugar opuesto a la retirada de sus compañeros, encontrando allí la muerte. Algunos combatientes aislados, desde posiciones cercanas al cuartel, lo bombardeaban con los sputniks o M-26, sembrando la confusión entre los soldados; Guillermo García no pudo intervenir para nada en este combate, ya que nunca los guardias hicieron tentativas de salir de su refugio y, como se prevenía, inmediatamente hicieron un llamado de auxilio por radio.

Ya a media mañana la situación era de calma en toda la zona, pero desde nuestras posiciones, en el Estado Mayor, oíamos unos gritos que nos llenaban de angustia y que decían más o menos: «Ahí va la ametralladora de Camilo», mientras tiraban una ráfaga; junto con la ametralladora trípode perdida, Camilo había dejado su gorra que tenía el nombre inscrito en la parte trasera y los guardias se mofaban de nosotros en esa forma. Intuíamos que algo había pasado, pero no se pudo hacer contacto durante todo el día con las tropas instaladas al otro lado, mientras Camilo atendido por Sergio del Valle, se negaba a retirarse y quedaban allí a la expectativa.

Las predicciones de Fidel se cumplían: desde el Oro de Guisa, la compañía mandada por el capitán Sierra, enviaba su punta de vanguardia para que llegara a explorar lo que sucedía en Pino del Agua; la estaba esperando el pelotón completo de Paco Cabrera, unos 30 ó 35 hombres apostados en la forma en que se ve en el mapa 3, al lado del camino, en la loma llamada del Cable, precisamente porque hay un cable, con el cual se ayuda a subir a los vehículos la difícil altura. Estaban instaladas nuestras escuadras al mando de los tenientes Suñol, Alamo, Reyes y William Rodríguez; Paco Cabrera, estaba allí también como jefe del pelotón, pero quienes estaban encargados de detener a la punta de vanguardia eran Paz y Duque, de frente al camino. La pequeña fuerza enemiga avanzó y fue destruida totalmente; 11 muertos, 5 prisioneros heridos, que se curaron en una casa y se dejaron allí, el 2° teniente Laferté, hoy con nosotros, fue tomado prisionero; se ocuparon 12 fusiles, entre ellos dos M-1 y un fusil ametralladora, además de un Johnson.

Uno o dos soldados que pudieron huir llegaron con la noticia al Oro de Guisa. Al recibir esta nueva, la gente de Oro de Guisa debe haber pedido auxilio, pero entre Guisa y el Oro de Guisa estaba, precisamente, apostado Raúl Castro con todas sus fuerzas, pues era el punto donde presumíamos que más posibilidades ofrecía de que llegaran los guardias en auxilio de los atacados en Pino del Agua. Raúl dispuso sus fuerzas de tal manera que Félix Pena cerraría con la vanguardia el camino de los refuerzos e inmediatamente, su escuadra, con la de Ciro Frías y la que estaba directamente al mando de Raúl, atacarían al enemigo, mientras que Efigenio cerraría el cerco por la retaguardia.

Un detalle pasó inadvertido en ese momento: dos campesinos inofensivos y aturdidos, que cruzaron por todas las posiciones con sus gallos bajo el brazo, resultaron ser soldados del ejército de Oro de Guisa que habían sido mandados precisamente para explorar el camino. Pudieron observar la disposición de nuestras tropas y avisaron a sus compañeros de Guisa, por lo que Raúl se vio obligado a resistir la ofensiva que el ejército, conociendo sus posiciones, le hacía desde una altura que había tomado y tuvo que hacer una larga retirada, en el transcurso de la cual perdió un hombre, Florentino Quesada, y tuvo un herido. El camino que viene de Bayamo, pasando por el Oro de Guisa, fue la única vía por la que el ejército intentó avanzar. Si bien Raúl se vio obligado a retroceder, dada su posición inferior, las tropas enemigas avanzaron con mucha lentitud por el camino y no se presentaron en todo ese día. El mapa 4 muestra la maniobra aproximada. Ese día sufrimos el ataque constante de los B-26 del ejército que ametrallaron las lomas sin más resultado que el de incomodarnos y obligarnos a mantener ciertas precauciones. Fidel estaba eufórico por el combate y, al mismo tiempo, preocupado por la suerte de los compañeros y se arriesgó varias veces más de lo debido; eso provocó que días después un grupo de oficiales le enviáramos el documento que insertamos, pidiéndole, en nombre de la Revolución que no arriesgara su vida inútilmente. Este documento, un tanto infantil, que hiciéramos impulsados por los deseos más altruistas, creemos que no mereció ni una leída de su parte y, de más está decirlo, no le hizo el más mínimo caso.

Por la noche, insistí en que era posible un ataque del tipo del que Camilo realizara y dominar a los guardias que estaban apostados en Pino del Agua. Fidel no era partidario de la idea, pero en definitiva accedió a hacer la prueba, enviando una fuerza bajo el mando de Escalona, que constaba de los pelotones de Ignacio Pérez y Raúl Castro Mercader; los compañeros se acercaron e hicieron todo lo posible por llegar hasta el cuartel pero eran repelidos por el fuego violento de los soldados y se retiraron sin intentar nuevamente el ataque. Pedí que se me diera el mando de la fuerza, cosa que Fidel aceptó a regañadientes. Mi idea era acercarme lo más posible y, con cocteles Molotov hechos con la gasolina que había en el propio aserrío, incendiar las casas que eran todas de madera y obligarlos a rendirse o a salir a la desbandada, cazándolos, entonces, con nuestro fuego. Cuando estábamos llegando al lugar del combate, aprestándonos a tomar posiciones, recibí este pequeño manuscrito de Fidel:

\*16 de febrero de 1958. Che: Si todo depende del ataque por este lado, sin apoyo de Camilo y Guillermo, no creo que deba hacerse nada suicida porque se corre el riesgo de tener muchas bajas y no lograr el objetivo. Te recomiendo, muy seriamente, que tengas cuidado. Por orden terminante, no asumas posición de combatiente. Encárgate de dirigir bien a la gente que es lo indispensable en este momento. [F] Fidel.

Además, me decía verbalmente Almeida, portador del mensaje, que bajo mi responsabilidad podía atacar en los términos de la carta, pero que él (Fidel) no estaba de acuerdo. Pesaba sobre mí la orden terminante de no entrar en combate, la posibilidad cierta, casi segura, de la muerte de varios combatientes y la no seguridad de la toma del cuartel, sin saber la disposición de las fuerzas de Guillermo y Camilo, que estaban aisladas, y con toda la responsabilidad sobre mis hombros; fue demasiado para mí y, cabizbajo, tomé el mismo camino de mi antecesor, Escalona.

Al día siguiente por la mañana, en medio de las continuas incursiones de los aviones, se dio la orden de retirada general y, después de hacer con la mirilla telescópica algunos disparos sobre los soldados que ya empezaban a salir de sus refugios, nos fuimos retirando por el firme de la Maestra.

Como se puede apreciar en el parte oficial que en aquel momento dimos, el enemigo sufrió de 18 a 25 muertos y las armas ocupadas fueron 33 fusiles, 5 ametralladoras y parque abundante. A la lista de bajas señaladas, hay que agregar la del compañero Luis Macías, cuya suerte no se conocía en ese momento, y algunos compañeros como Luis Olazábal y Quiroga, heridos en distintas acciones del prolongado combate. En el periódico *El Mundo* del 19 de febrero aparecía la siguiente información:

«*El Mundo*, miércoles 19 de febrero de 1958. Reportan la baja de 16 insurgentes y 5 soldados. Ignoran si hirieron a Guevara. El Estado Mayor del Ejército expidió un comunicado, a las cinco de la tarde de ayer, negando que haya tenido lugar una importante batalla con los rebeldes en Pino del Agua, al sur de Bayamo. Admítase asimismo en el parte oficial que «ha ocurrido alguna que otra escaramuza entre patrullas de reconocimiento del ejército y grupos alzados», añadiendo que en el momento de emitir ese propio parte «Las bajas rebeldes ascienden a 16, teniendo el ejército como resultado de dichas escaramuzas, cinco bajas». En cuanto a que haya sido herido el conocido comunista argentino Che Guevara, añade el comunicado, hasta ahora no se ha podido confirmar. Sobre la presencia del cabecilla

insurreccional en estos encuentros, nada se ha podido confirmar y sí que permanece escondido en las intrincadas cuevas de la Sierra Maestra.»

Poco después, o quizás ya en ese momento, habían provocado la masacre del Oro de Guisa realizada por Sosa Blanco, el asesino que, en los primeros días de enero de 1959, moría ante un pelotón de fusilamiento.

Mientras la dictadura sólo podía confirmar que Fidel permanecía «escondido en las intrincadas cuevas de la Sierra Maestra» las tropas bajo su dirección personal le pedían que no arriesgara inútilmente la vida y el ejército enemigo no subía hasta nuestras bases. Tiempo más tarde, Pino del Agua era desalojado y completábamos la liberación de la zona occidental de la Maestra.

A los pocos días de este combate se produce uno de los hechos más importantes de la contienda, la columna 3, bajo el mando del comandante Almeida, parte de la región de Santiago y la columna 6, Frank País, bajo el mando del comandante Raúl Castro Ruz, cruza los llanos orientales, se interna en los Mangos de Baraguá, pasa a Pinares de Mayarí y luego forma el Segundo Frente Oriental Frank País.

[*Verde Olivo*, 19 de febrero de 1964.]

---

## Pino del Agua

Pino del Agua es un batey instalado en la cima de la Maestra a un lado del pico la Bayamesa. Estaba defendido por la compañía del capitán Guerra, muy bien atrincherada y fortificada. Es el punto más avanzado sobre la Sierra Maestra. El objetivo del ataque no era tomar el aserrío, sino establecer un cerco que obligara al ejército a mandar tropas en su ayuda. La situación de las tropas más cercanas era la siguiente: en San Pablo de Yao, la compañía de Sánchez Mosquera, a unos doce kilómetros del aserrío; en Oro, la compañía del capitán Sierra, a unos seis kilómetros; a veinticinco kilómetros está Uvero con una guarnición de la Marina; los otros lugares donde se esperaban refuerzos eran Guisa y Bayamo. Interceptando cada uno de los caminos que iban de estos puntos a Pino del Agua había fuerzas nuestras.

A las cinco y treinta de la mañana del día 16 de febrero iniciaron el ataque fuerzas de la cuarta columna, al mando del capitán Camilo Cienfuegos. El ataque fue llevado en forma tan violenta que se tomaron las postas sin ninguna dificultad ocasionando al enemigo ocho muertos, cuatro prisioneros y varios heridos. A partir de ese momento se intensifica la resistencia enemiga muriendo de nuestra parte, los tenientes Gilberto Capote y Enrique Noda y el compañero Raimundo Lien; el compañero Angel Guevara resultó tan mal herido que murió varios días después en nuestros hospitales de campaña.

El cerco continuó durante todo el día moviéndose fuerzas del Oro, en número de diecisiete hombres, para un reconocimiento en dirección de Pino del Agua. Estas fuerzas fueron sorprendidas y totalmente aniquiladas; se hicieron tres prisioneros heridos, los que fueron dejados por la imposibilidad del transporte en casas de campesinos. El jefe de la columna, segundo teniente Evelio Laferté, está prisionero. Sólo dos hombres, aparentemente heridos, pudieron escapar, el resto murió en la acción.

Las fuerzas que defendían los caminos de Yao y Uvero debieron permanecer inactivas debido a que estas tropas no se movieron de sus emplazamientos. La columna del comandante Raúl Castro Ruz debió librar combate en situación muy crítica, pues sus hombres no podían disparar sobre el enemigo, debido a que éste avanzó precedido por una muralla de mujeres y niños campesinos. En esta acción murió el compañero Florentino Quesada. Desconociéndose las bajas sufridas por el ejército.

Horas después de retirarse la columna del comandante Raúl Castro, el ejército avanzó sobre las posiciones nuestras en las que quedaba un grupo de campesinos atemorizados e indefensos que se habían refugiado en unos bohíos para escapar a la batalla. Se ordenó entonces salir a todos los refugiados ametrallándose sin compasión, y matando a trece individuos, la mayoría mujeres y niños. Los heridos hechos en esa «victoriosa» acción del ejército fueron atendidos en Bayamo, y son los citados por los primeros partes no oficiales sobre la batalla.

A pesar del día brumoso, durante todo el tiempo de combate los aviones estuvieron ametrallando las posiciones

ocupadas por nuestras fuerzas, que no sufrieron daño. A mediodía del día 17, se retiraron nuestras fuerzas de Pino del Agua, cerrándose la acción con un nuevo ataque sobre el Oro, por parte de elementos de la sexta columna. No se conocen los resultados de este encuentro por parte del enemigo, nuestras fuerzas sin novedad.

El saldo final es el siguiente: El enemigo perdió de 18 a 25 muertos, un número equivalente de heridos, cinco prisioneros: Evelio Laferté, segundo teniente; Erasmo Yera, Francisco Travieso Camacho, Ceferino Adrián Trujillo y Bernardo San Bartolomé Martínez Carral, soldados (este último herido), 33 fusiles, 5 ametralladoras y gran cantidad de parque. Nuestras tropas sufrieron las bajas nombradas, más 3 heridos, uno de ellos el capitán Camilo Cienfuegos, todos leves.

No se realizó en Pino del Agua el total del ambicioso plan concebido por el Estado Mayor de nuestro ejército, pero se obtuvo una victoria completa sobre el ejército, destruyendo aún más su ya claudicante moral de combate, y demostrando a la nación entera la fuerza creciente de la Revolución y de nuestro ejército revolucionario, que se apresta a bajar al llano a continuar su serie de victorias.

[*El Cubano Libre*, Sierra Maestra, febrero de 1958.]

---

Sierra Maestra, 19 de febrero de 1958.

**Sr. Comandante**

**Dr. Fidel Castro**

Compañero:

Debido a la urgente necesidad y presionados por las circunstancias que imperan, la oficialidad así como todo el personal responsable que milita en nuestras filas, quiere hacer llegar a usted el sentido de apreciación que tiene la tropa respecto a su concurrencia al área de combate.

Rogamos deponga esa actitud siempre asumida por usted, que inconscientemente pone en peligro el éxito bueno de nuestra lucha armada y más que nada llevar a su meta la verdadera Revolución.

Sepa usted, compañero, que esto está muy lejos de ser una movilización sectaria, que pretende demostrar fuerza de ninguna especie. Sólo nos mueve sin que falte en ningún momento el afecto y aprecio que se merece, el amor a la Patria, a nuestras causas, a nuestras ideas.

Usted sin egolatría de ninguna especie había de comprender la responsabilidad que sobre usted descansa y las ilusiones y esperanzas que sobre usted tienen cifradas las generaciones de ayer, de hoy y de mañana. Consciente de todo esto ha de aceptar este ruego de carácter imperativo, algo atrevido y exigente quizás. Pero por Cuba se hace, y por Cuba le pedimos un sacrificio más.

Sus hermanos de lucha e ideales,

Comandante / Che

Coman. Ayud. / J. Almeida

Celia Sánchez / [firma ilegible]

R. Castro R. / R. Castro Ruz

Ciro Frías / Ciro Frías C.

Dr. Mtnez. Páez / J. Martínez Páez

Dr. S. Valle / S. Valle

Dr. Machado / [firma ilegible]

Luis Crespo / Luis Crespo

Félix Pena / F. Pena

Paco Cabrera / Paco Cabrera

Guillermo García / Guillermo García

I. Pérez / Ignacio Pérez

M. Fajardo / M. Fajardo

Vitalio Acuña / Vitalio Acuña

Ramiro Valdés

Ochoa / [firma ilegible]  
E. Sardiñas / Eduardo Sardiñas  
Camilo Cienfuegos / Camilo Cienfuegos  
Raúl Castro M.  
Efigenio A. / Efigenio Ameijeira  
Luis Orl. Rodríguez  
Marín  
Universo Sánchez / [firma ilegible]  
José Quiala / J. Quiala  
Idelfredo Figueredo Río [desde aquí son firmas]  
Marcos Borrero  
Horacio Rodríguez  
Calixto García M.  
R. Jiménez Lage  
José [ilegible] Sotomayor  
Ernesto Casillas  
Fernando Virelles Iñiguez  
Abelardo Colomé Ibarra  
Humberto Rodríguez Díaz  
J. Diz  
Hermes Cardero  
Olvein Botello  
F. Villegas  
Armando Velis

---

## Interludio

En los meses de abril de 1958 y junio del mismo año se observaron dos polos de la ola insurreccional.

A partir de febrero, después del combate de Pino del Agua, ésta fue aumentando gradualmente hasta amenazar convertirse en avalancha incontenible. El pueblo se insurreccionaba contra la dictadura en todo el país y particularmente en Oriente. Luego del fracaso de la huelga general decretada por el Movimiento, la ola decreció hasta alcanzar su punto más bajo en junio, cuando las tropas de la dictadura estrechaban más y más el cerco sobre la columna 1.

En los primeros días de abril salía Camilo del abrigo de la Sierra hacia la zona del Cauto, donde recibiría su nombramiento de comandante de la columna 2, «Antonio Maceo», y realizaba una serie de hazañas impresionantes en los llanos de Oriente. Camilo fue el primer comandante del ejército que salió al llano a combatir con la moral y la eficacia del ejército de la Sierra, poniendo en duros aprietos a la dictadura hasta días después del fracaso del 9 de abril, momentos en que retornará a la Sierra Maestra.

Al amparo de la situación, en los días de auge de la ola revolucionaria, se fueron creando toda una serie de campamentos, formados por alguna gente que ansiaba luchar y por otra que pensaba solamente en conservar el uniforme limpio para poder entrar en triunfo en La Habana. Después del 9 de abril, cuando la contraofensiva de la dictadura empezó a acentuarse, estos grupos fueron desapareciendo o se incorporaron a la Sierra.

La moral cayó tanto que el ejército consideró oportuno ejercer la gracia y preparó unos volantes que distribuía desde el aire en las zonas de alzados. El volante decía así:

Compatriotas: Si con motivo de habésete complicado en complotos insurreccionales te encuentras todavía en el campo o en el monte, tienes oportunidad de rectificar y volver al seno de tu familia.

El gobierno ha ordenado ofrecer respeto para tu vida y enviarte a tu hogar si depones las armas y te acoges

a la Ley.

Preséntate al Gobernador de la Provincia, al Alcalde de tu Municipio, al congresista amigo, al Puesto Militar, Naval o Policiaco más cercano o a cualquier autoridad eclesiástica.

Si estuvieras en despoblado, trae contigo tu arma colocada sobre uno de tus hombros y con las manos en alto.

Si hicieras tu presentación en la zona urbana, deja escondido en lugar seguro tu armamento para que lo comuniqués y sea recogido inmediatamente.

Hazlo sin pérdida de tiempo, porque las operaciones para pacificación total continuarán con mayor intensidad en la zona donde te encuentras.

Después publicaban fotos de presentados, algunos reales y otros no. Lo evidente es que la ola contrarrevolucionaria aumentaba. Al final se estrellaría contra los picos de la Sierra, pero a fines de abril y principios de mayo estaba en pleno ascenso.

Nuestra misión, en la primera fase del período examinado, era mantener el frente que ocupaba la cuarta columna y que llegaba a las cercanías del poblado de Minas de Bueycito. Allí estaba Sánchez Mosquera acantonado y nuestra lucha fue de fugaces encuentros sin arriesgar por una y otra parte un combate decisivo. Nosotros, por las noches, les tirábamos nuestros M-26, pero ellos ya conocían el escaso poder mortífero de esta arma y simplemente habían puesto una gran red de alambre tejido donde las cargas de TNT estallaban en sus fundas de lata de leche condensada, produciendo solamente mucho ruido.

Nuestro campamento llegó a estar situado a unos 2 kilómetros de las Minas, en un paraje denominado La Otilia, en la casa de un latifundista de la zona. Desde allí vigilábamos los movimientos de Sánchez Mosquera y día a día se entablaban curiosas escaramuzas. Los esbirros salían por la madrugada quemando chozas de campesinos a los que despojaban de todos sus bienes y retirándose antes de que nosotros interviniéramos, en otras oportunidades atacaban algunas de nuestras fuerzas de escopeteros diseminadas por la zona, poniéndolas en fuga. Campesino sobre el que recayera la sospecha de un entendimiento con nosotros, era asesinado.

Nunca he podido averiguar por qué razón Sánchez Mosquera permitió que estuviéramos cómodamente instalados en una casa, en una zona relativamente llana y despoblada de vegetación, sin llamar a la aviación enemiga para que nos atacara. Nuestras conjeturas eran que él no tenía interés en entablar combate y que no quería hacer ver a la aviación lo cercanas que estaban las tropas, ya que tendría que explicar por qué no atacaba. No obstante, repetidas escaramuzas, como he dicho, se realizaban entre nuestras fuerzas.

Uno de esos días salí con un ayudante para ver a Fidel, situado a la sazón en el Jíbaro, la caminata era larga, toda la jornada prácticamente. Después de permanecer un día con Fidel, salimos al siguiente para volver a nuestro cuartel de La Otilia. Por alguna razón que no recuerdo, mi ayudante debió quedarse y me vi obligado a aceptar un nuevo guía. Una parte de la ruta transcurría por un camino de automóviles, después se penetraba en fincas onduladas cubiertas de pastizales. En esta última etapa, cerca ya de la casa, se presentó un raro espectáculo, a la luz de una luna llena que iluminaba claramente los contornos, en uno de esos potreros ondulados, con palmas diseminadas, apareció una hilera de mulos muertos, algunos con sus arreos puestos.

Cuando nos bajamos de los caballos a examinar el primer mulo y vimos los orificios de las balas, la cara con que me miró el guía era una imagen de película de *cowboys* y ve, por lo general, un caballo muerto por una flecha, pronuncia algo así como «los Sioux», y pone una cara especial de circunstancias, así era la del hombre y, quizás también la mía propia, pero yo no me preocupaba mucho de examinarme. Unos metros más lejos estaba el segundo, luego el tercero y el cuarto o quinto mulo muertos. Había sido un convoy de abastecimientos para nosotros capturado por una excursión de Sánchez Mosquera, creo recordar que también hubo algún civil asesinado. El guía se negó a seguirme, alegó desconocer el terreno y simplemente subió en su cabalgadura y nos separamos amigablemente.

Yo tenía una Beretta y, con ella montada, llevando el caballo de las riendas me interné en los primeros cafetales. Al llegar a una casa abandonada, un tremendo ruido me sobresaltó hasta el punto que por poco disparo, pero era sólo un puerco, asustado también por mi presencia. Lentamente y con muchas precauciones fui recorriendo los escasos centenares de metros que me separaban de nuestra posición, la que encontré totalmente abandonada. Tras mucho rebuscar, encontré un compañero que había quedado durmiendo en la casa.

Universo, que había quedado al mando de la tropa, había ordenado la evacuación de la casa previendo algún

ataque nocturno o de madrugada. Como las tropas estaban bien diseminadas defendiendo el lugar, me acosté a dormir con el único acompañante. Toda aquella escena no tiene para mí otro significado que el de la satisfacción que experimenté al haber vencido el miedo durante un trayecto que se me antojó eterno hasta llegar, por fin, solitario, al puesto de mando. Esa noche me sentí valiente.

Pero la confrontación más dura con Sánchez Mosquera se produjo en un pequeño pobladito o caserío llamado Santa Rosa. Como siempre, de madrugada avisaron que Sánchez Mosquera estaba allí y nos dirigimos rápidamente al lugar, yo estaba con algo de asma y por lo tanto iba montando en un caballo bayo con el que habíamos hecho buenas migas. La lucha se extendía en determinados parajes en forma fraccionada. Hubo que abandonar la cabalgadura. Con el grupo de hombres que estaba conmigo, tomamos posición de un pequeño cerro, distribuyéndonos en dos o tres alturas diferentes. El enemigo tiraba algunos morteros previos, sin mayor puntería. Por un instante arreció el tiroteo a mi derecha y me encaminé a visitar las posiciones, pero a medio camino también empezaron por la izquierda, mandé a mi ayudante a no sé qué lugar y quedé solo entre los dos extremos de los disparos. A mi izquierda, las fuerzas de Sánchez Mosquera, después de disparar algunos obuses de mortero, subieron la loma en medio de un griterío descomunal. Nuestra gente con poca experiencia, no atinó a disparar salvo alguno que otro tiro aislado y salió corriendo loma abajo. Solo, en un potrero pelado, vi cómo aparecían varios cascos de soldados. Un esbirro echó a correr ladera abajo en persecución de nuestros combatientes que se internaban en los cafetales, le disparé con la Beretta sin darle e, inmediatamente, varios fusiles me localizaron, tirándome. Empecé una zigzagueante carrera llevando sobre los hombros mil balas que portaba en una tremenda cartuchera de cuero, y saludado por los gritos de desprecio de algunos soldados enemigos. Al llegar cerca del refugio de los árboles mi pistola se cayó. Mi único gesto altivo de esa mañana triste fue frenar, volver sobre mis pasos, recoger la pistola y salir corriendo, saludado, esta vez, por la pequeña polvareda que levantaban como puntillas a mi alrededor las balas de los fusiles. Cuando me consideré a salvo, sin saber de mis compañeros ni del resultado de la ofensiva, quedé descansando, parapetado en una gran piedra, en medio del monte. El asma, piadosamente, me había dejado correr unos cuantos metros, pero se vengaba de mí y el corazón saltaba dentro del pecho. Sentí la ruptura de ramas por gente que se acercaba, ya no era posible seguir huyendo (que realmente era lo que tenía ganas de hacer), esta vez era otro compañero nuestro, extraviado recluta recién incorporado a la tropa. Su frase de consuelo fue más o menos: «no se preocupe, comandante, yo muero con usted.» Yo no tenía ganas de morir y sí tentaciones de recordarle algo de su madre, me parece que no lo hice. Ese día me sentí cobarde.

A la noche hacíamos el recuento de todos los hechos, un magnífico compañero, Mariño de apellido, había sido muerto en una de las escaramuzas, lo demás era bien pobre en cuanto a resultado para ellos. El cadáver de un campesino con un balazo en la boca, asesinado quien sabe por qué, era lo que había quedado en las posiciones del ejército, abandonado por éste. Allí, con una pequeña cámara de cajón, sacó la fotografía del campesino asesinado el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti, que por primera vez nos visitara en la Sierra y con el cual sostendríamos luego una profunda y duradera amistad.

Después de estos combates nos retiramos de La Otilia un poco hacia atrás, pero ya me reemplazaba como comandante en la columna 4, Ramiro Valdés, ascendido en esos días. Salí de la zona, acompañado de un pequeño grupo de combatientes, a hacerme cargo de la Escuela de Reclutas, en la cual debían entrenarse los hombres que tendrían que hacer la travesía desde Oriente a Las Villas. Además, había que prepararse para lo que ya era inminente: la ofensiva del ejército. Todos los días siguientes, finales de abril y primeros de mayo, fueron dedicados a la preparación de los puntos defensivos y a tratar de llevar hacia las lomas la mayor cantidad posible de alimentos y medicamentos para poder soportar lo que ya se veía venir, una ofensiva en gran escala.

Como tarea paralela, estábamos tratando de lograr un impuesto a los azucareros y ganaderos. En esos días subió Remigio Fernández, latifundista ganadero que ofreció el oro y el moro, pero se olvidó las promesas al llegar al llano.

Tampoco los azucareros dieron nada. Pero después, cuando nuestra fuerza era sólida, nos tomamos la revancha, aunque pasáramos esos días de ofensiva sin elementos indispensables para nuestra defensa.

Poco tiempo después Camilo era llamado para cubrir mejor nuestro pequeño territorio, que encerraba incalculables riquezas: una emisora, hospitales, depósitos de municiones y, además, un aeropuerto situado entre las lomas de La Plata, donde podía aterrizar una avioneta ligera.

Fidel mantuvo el principio de que no importaban los soldados enemigos, sino la cantidad de gente que nosotros necesitáramos para hacer invulnerable una posición y que a eso debíamos atenernos. Esa fue nuestra táctica y por ello todas nuestras fuerzas se fueron juntando alrededor de la comandancia para ofrecer un frente compacto. No había mucho más de 200 fusiles útiles cuando el 25 de mayo empezara la esperada ofensiva en medio de un mitin que Fidel estaba dando a unos campesinos, discutiendo las condiciones en que podría realizarse la cosecha del café, ya que el ejército no permitía el ascenso de jornaleros para la zafra de ese producto.

Le había dado cita a unos trescientos cincuenta campesinos muy interesados en resolver sus problemas de cosecha. Fidel había propuesto crear un dinero de la Sierra para pagar a los trabajadores, traer el yarey y los sacos para los envases, crear cooperativas de trabajo y consumo, y una comisión de fiscalización. Además, se ofrecía el concurso del Ejército Guerrillero para la cosecha. Todo fue aprobado, pero, cuando iba a cerrar el acto el propio Fidel comenzó el ametrallamiento, el ejército enemigo había chocado con los hombres del capitán Angel Verdecia y su aviación castigaba los contornos.

[*Verde Olivo*, 23 de agosto de 1964.]

---

## Una reunión decisiva

Durante todo el día 3 de mayo de 1958, se realizó en la Sierra Maestra, en Los Altos de Mompié, una reunión casi desconocida hasta ahora, pero que tuvo importancia extraordinaria en la conducción de la estrategia revolucionaria. Desde las primeras horas del día, hasta las 2 de la mañana, se estuvieron analizando las consecuencias del fracaso del «9 de Abril» y el porqué de esa derrota y tomando las medidas necesarias para la reorganización del Movimiento y la superación de las debilidades consecuentes a la victoria de la dictadura.

Aunque yo no pertenecía a la Dirección Nacional, fui invitado a participar en ella a instancias de los compañeros Faustino Pérez y René Ramos Latour (Daniel) a quienes había hecho fuertes críticas anteriormente. Estábamos presentes, además de los nombrados, Fidel, Vilma Espín (Débora en la clandestinidad), Níco Torres, Luis Busch, Celia Sánchez, Marcelo Fernández (Zoilo en aquella época), Haydée Santamaría, David Salvador y a mediodía se nos unió Enso Infante (Bruno).

La reunión fue tensa, dado que había que juzgar la actuación de los compañeros del Llano, que hasta ese momento, en la práctica, había conducido los asuntos del 26 de Julio. En esa reunión se tomaron decisiones en las que primó la autoridad moral de Fidel, su indiscutible prestigio y el convencimiento de la mayoría de los revolucionarios allí presentes de los errores de apreciación cometidos. La Dirección del Llano había despreciado la fuerza del enemigo y aumentado subjetivamente las propias, esto sin contar los métodos usados para desencadenarla. Pero lo más importante, es que se analizaban y juzgaban dos concepciones que estuvieron en pugna durante toda la etapa anterior de conducción de la guerra. La concepción guerrillera saldría de allí triunfante, consolidado el prestigio y la autoridad de Fidel y nombrado Comandante en Jefe de todas las fuerzas incluidas las de la milicia -que hasta esos momentos estaban supeditadas a la Dirección del Llano- y Secretario General del Movimiento.

Hubo muchas discusiones enconadas al analizar la participación de cada quien en los hechos analizados, pero la más violenta quizás, fue la sostenida con los representantes obreros que se oponían a toda participación del Partido Socialista Popular en la organización de la lucha. El análisis de la huelga demostraba que sus preparativos y su desencadenamiento estaban saturados de subjetivismo y de concepciones puchistas, el formidable aparato que parecía tener el 26 de Julio en sus manos, en forma de organización obrera celular, se había desbaratado en el momento de la acción. La política aventurera de los dirigentes obreros había fracasado contra una realidad inexorable. Pero no eran los únicos responsables de la derrota, nosotros opinábamos que las culpas máximas caían sobre el delegado obrero David Salvador, el responsable de La Habana, Faustino Pérez y el jefe de las milicias del Llano, René Ramos Latour.

El primero, por sostener y llevar a cabo su concepción de una huelga sectaria que obligara a los demás

movimientos revolucionarios a seguir a la zaga del nuestro. A Faustino, por la falta de perspectiva que tuvo al creer en la posibilidad de la toma de la capital por sus milicias, sin aquilatar las fuerzas de la reacción en su bastión principal. A Daniel, se le impugnaba la misma falta de visión pero referida a las milicias del Llano que fueron organizadas como tropas paralelas a las nuestras, sin entrenamiento ni moral del combate y sin pasar por el riguroso proceso de selección de la guerra.

La división entre la Sierra y el Llano era real. Había ciertas bases objetivas para ello, dadas por el mayor grado de madurez alcanzado en la lucha guerrillera por los representantes de la Sierra y el menor de los combatientes del Llano, pero también había un elemento de extraordinaria importancia, algo que pudiéramos llamarle la deformación profesional. Los compañeros del Llano tenían que trabajar en su ambiente y, poco a poco, se iban acostumbrando a ver los métodos de trabajo necesarios para esas condiciones, como ideales y los únicos posibles para el Movimiento y, además -humanamente lógico- a considerar el Llano con mayor importancia relativa que la Sierra.

Después de los fracasos frente a las fuerzas de la dictadura, surgía ya una sola capacidad dirigente, la de la Sierra, y, concretamente, un dirigente único, un Comandante en Jefe, Fidel Castro. Al fin de una exhaustiva y muchas veces violenta discusión, se resolvió separar de sus cargos a Faustino Pérez, que sería reemplazado por Ochoa, y a David Salvador, que sería reemplazado por Níco Torres. Con este último cambio no se hacía ningún adelanto sustantivo en cuanto a concepción de la lucha, ya que frente al planteamiento de la unidad de todas las fuerzas obreras para preparar la próxima huelga general revolucionaria, que debía estar ordenada desde la Sierra, Níco manifestaba su disposición a trabajar disciplinadamente con los «stalinistas» pero que eso no conduciría a nada. Se refería en esos términos a los compañeros del Partido Socialista Popular.

El tercer cambio, el de Daniel, no producía sustituto ya que pasaba a ser Fidel directamente Comandante en Jefe de las milicias del Llano. Además, se tomó la determinación de enviar a Haydée Santamaría como agente especial del Movimiento a Miami, haciéndose cargo de las finanzas en el exilio. En la parte política, la Dirección Nacional pasaba a la Sierra Maestra, donde Fidel ocuparía el cargo de Secretario General y se constituía un secretariado de cinco miembros donde había uno de finanzas, de asuntos políticos y de asuntos obreros. No recuerdo ahora quiénes fueron los compañeros designados para estos puestos, pero todo lo referente a envíos de armas o a la decisión sobre las armas, y las relaciones exteriores, correría de allí en adelante por cuenta del Secretario General. Los tres compañeros separados debían ir a la Sierra donde ocuparían un cargo de delegado obrero David Salvador y serían comandantes Faustino y Daniel. Este último fue puesto al mando de una columna que tuvo activa participación en la lucha de la última ofensiva del ejército que estaba al desencadenarse, muriendo al frente de las tropas mientras atacaba a una de las columnas en retirada. Su carrera revolucionaria le valió un puesto en la lista selecta de nuestros mártires.

Faustino solicitó y obtuvo autorización para volver a La Habana y arreglar toda una serie de asuntos del Movimiento, entregar la jefatura y reintegrarse luego a la lucha en la Sierra, así lo hizo, y en la columna 1, José Martí, comandada por Fidel Castro, acabó la guerra. Aunque la historia debe consignar los sucesos tal como ocurrieron, debe aclararse el alto concepto que siempre nos mereció quien en un momento dado fuera nuestro adversario dentro del Movimiento. Faustino siempre fue considerado un compañero honesto a carta cabal y arriesgado hasta el extremo. De su arrojo tengo pruebas presenciales, cuando quemó un avión que nos había traído armas desde Miami, descubierto por la aviación enemiga y dañado. Bajo la metralla, Faustino realizó la operación necesaria para evitar que cayera en manos del ejército, dándole candela mediante la gasolina que se vertía por las perforaciones de los impactos. De su calidad revolucionaria da cuenta toda su trayectoria.

En aquella reunión se tomaron también acuerdos de menor importancia y se aclararon toda una serie de aspectos oscuros de nuestras relaciones recíprocas. Se escuchó un informe de Marcelo Fernández en relación a la organización del Movimiento en el Llano y se le encargó otro, para los núcleos del Movimiento, detallando los resultados y acuerdos de la reunión de la Dirección Nacional. También se escuchó un informe sobre organización de la resistencia cívica, su constitución, forma de trabajo, componentes, ampliación y fortalecimiento de las mismas. El compañero Busch informó sobre el comité del exilio, la posición débil de Mario Llerena y sus incompatibilidades con Urrutia. Se decidió ratificar a Urrutia como candidato de nuestro Movimiento y pasarle una pensión, que hasta ese momento recibía Llerena, único cuadro profesional que mantenía el Movimiento en el exilio. Además, se decidió que si Llerena continuaba con sus interferencias debía cesar en el cargo de presidente del comité del exilio. En el exterior había muchos problemas, en Nueva York, por ejemplo, los grupos de Barrón, Pérez Vidal y Pablo Díaz trabajaban separados entre sí y, a veces, tenían

choques o interferencias. Se resolvió que Fidel enviara una carta a los emigrados y exilados reconociendo como único organismo oficial al comité del exilio del Movimiento 26 de Julio, se analizaron todas las posibilidades que brindaba el gobierno de Venezuela, presidido Wolfgang Larrazábal en aquel momento, que había prometido apoyar al Movimiento y que de hecho lo hizo. La única queja que pudiéramos tener con Larrazábal, estriba en que nos envió, junto con un avión de armas, al «benemérito» Manuel Urrutia Lleó pero, en realidad, nosotros mismos habíamos hecho tan deplorable elección.

Se tomaron otros acuerdos en la reunión, además de Haydée Santamaría, que debía ir a Miami, Luis Busch debía trasladarse a Caracas con instrucciones precisas acerca de Urrutia. A Carlos Franqui se le ordenaba llegar a la Sierra para hacerse cargo de la Dirección de Radio Rebelde. Los contactos se harían por radio a través de Venezuela mediante unas claves confeccionadas por Luis Busch que funcionaron hasta el final de la guerra.

Como puede apreciarse de los acuerdos emanados de esta reunión, ella tuvo una importancia capital, por fin quedaban dilucidados varios problemas concretos del Movimiento. En primer lugar, la guerra sería conducida militar y políticamente por Fidel en su doble cargo de Comandante en Jefe de todas las fuerzas y Secretario General de la Organización. Se seguiría la línea de la Sierra, de la lucha armada directa, extendiéndola hacia otras regiones y dominando el país por esa vía y se acababa con algunas ilusiones ingenuas de pretendidas huelgas generales revolucionarias cuando la situación no había madurado lo suficiente para que se produjera una explosión de ese tipo y sin que el trabajo previo tuviera características de una preparación conveniente para un hecho de tal magnitud. Además la Dirección radicaba en la Sierra, con lo que objetivamente se eliminaban algunos problemas prácticos de decisión que impedían que Fidel ejerciera realmente la autoridad que se había ganado. De hecho no hacía nada más que marcar una realidad, el predominio político de la gente de la Sierra, consecuencia de su justa posición y de su correcta interpretación de los hechos. Se corroboró la justeza de nuestras dudas cuando pensábamos en la posibilidad del fracaso de las fuerzas del Movimiento en el intento de la huelga general revolucionaria, si ésta se llevaba en la forma en que se había esbozado en una reunión anterior al 9 de abril.

Quedaban todavía por realizar algunas tareas muy importantes: ante todo, resistir la ofensiva que se avecinaba, ya que las fuerzas del ejército se iban colocando en anillo alrededor del bastión principal de la revolución que era la comandancia de la columna 1, dirigida por Fidel, después la invasión de los llanos, la toma de las provincias centrales y, por último, la destrucción de todo el aparato político-militar del régimen. Nos llevaría siete meses consumarlas totalmente.

En esos días lo más apremiante era fortalecer el frente de la Sierra y asegurar un pequeño bastión que pudiera seguir hablando a Cuba y sembrando la semilla revolucionaria en nuestro pueblo. También teníamos comunicaciones con el exterior que era importante mantener. Pocos días antes había sido testigo de una conversación por radio entre Fidel y Justo Carrillo que representaba al grupo de Montecristi, o sea, aspirantes a gorilas, donde militaban representantes del imperialismo como el mismo Carrillo y Barquín. Justo ofrecía el oro y el moro, pero pedía que Fidel hiciera una declaración apoyando a los militares «puros». Este le contestó que no era imposible esto, pero que sería difícil para nuestro Movimiento entender un llamamiento de este tipo cuando nuestro pueblo caía víctima de los soldados y que era difícil precisar entre los buenos y los malos cuando todos estaban reunidos en montón, en resumen, que no se hizo. También se habló con Llerena, me parece recordar, y con Urrutia, para hacer un llamado a la Unidad y no dejar romper el endeble agrupamiento de personalidades dispares que, desde Caracas, estaban tratando de capitalizar el movimiento armado en su propio provecho pero representaban nuestras aspiraciones de reconocimiento externo y por lo tanto debíamos cuidar.

Inmediatamente después de la reunión, sus participantes se disgregaron y a mí me tocó inspeccionar toda una serie de zonas, tratando de crear líneas defensivas con nuestras pequeñas huestes para ir resistiendo el empuje del ejército, hasta empezar la resistencia realmente fuerte en las zonas más montañosas, desde la Sierra de Caracas, donde estarían los grupos pequeños y mal armados de Crescencio Pérez, hasta la zona de La Botella o La Mesa, donde estaban distribuidas las fuerzas de Ramiro Valdés.

Este pequeño territorio debería defenderse con no mucho más de doscientos fusiles útiles, cuando pocos días después comenzara la ofensiva de «cerco y aniquilamiento» del ejército de Batista.

[*Verde Olivo*, 22 de noviembre de 1964.]

## La ofensiva final. La batalla de Santa Clara

El 9 de abril fue un sonado fracaso que en ningún momento puso en peligro la estabilidad del régimen. No tan sólo eso: después de esta fecha trágica, el gobierno pudo sacar tropas e ir poniéndolas gradualmente en Oriente y llevando a la Sierra Maestra la destrucción. Nuestra defensa tuvo que hacerse cada vez más dentro de la Sierra Maestra, y el gobierno seguía aumentando el número de regimientos que colocaba frente a posiciones nuestras, hasta llegar al número de diez mil hombres, con los que inicio la ofensiva el 25 de mayo, en el pueblo de Las Mercedes, que era nuestra posición avanzada.

Allí se demostró la poca efectividad combatiente del ejército batistiano y también nuestra escasez de recursos; 200 fusiles hábiles, para luchar contra 10.000 armas de todo tipo; era una enorme desventaja. Nuestros muchachos se batieron valientemente durante dos días, en una proporción de 1 contra 10 o 15; luchando, además, contra morteros, tanques y aviación, hasta que el pequeño grupo debió abandonar el poblado. Era comandado por el capitán Angel Verdecia, que un mes más tarde moriría valerosamente en combate.

Ya por esa época, Fidel Castro había recibido una carta del traidor Eulogio Cantillo, quien, fiel a su actitud politiquera de saltimbanqui, como jefe de operaciones del enemigo, le escribía al jefe rebelde diciéndole que la ofensiva se realizaría de todas maneras, pero que cuidara «El Hombre» (Fidel) para esperar el resultado final. La ofensiva, efectivamente, siguió su curso y en los dos meses y medio de duro batallar, el enemigo perdió más de mil hombres entre muertos, heridos, prisioneros y desertores. Dejó en nuestras manos seiscientas armas, entre las que contaban un tanque, doce morteros, doce ametralladoras de trípode, veintitantos fusiles ametralladoras y un sinnúmero de armas automáticas; además, enorme cantidad de parque y equipo de toda clase, y cuatrocientos cincuenta prisioneros, que fueron entregados a la Cruz Roja al finalizar la campaña.

El ejército batistiano salió con su espina dorsal rota, de esta postrera ofensiva sobre la Sierra Maestra, pero aún no estaba vencido. La lucha debía continuar. Se estableció entonces la estrategia final, atacando por tres puntos: Santiago de Cuba, sometido a un cerco elástico; Las Villas, a donde debía marchar yo; y Pinar del Río, en el otro extremo de la Isla, a donde debía marchar Camilo Cienfuegos, ahora comandante de la columna 2, llamada Antonio Maceo, para recordar la histórica invasión del gran caudillo del 95, que cruzara en épicas jornadas todo el territorio de Cuba, hasta culminar en Mantua. Camilo Cienfuegos no pudo cumplir la segunda parte de su programa, pues los imperativos de la guerra le obligaron a permanecer en Las Villas.

Liquidados los regimientos que asaltaron la Sierra Maestra; vuelto el frente a su nivel natural y aumentadas nuestras tropas en efectivo y en moral, se decidió iniciar la marcha sobre Las Villas, provincia céntrica. En la orden militar dictada se me indicaba como principal labor estratégica, la de cortar sistemáticamente las comunicaciones entre ambos extremos de la Isla; se me ordenaba, además, establecer relaciones con todos los grupos políticos que hubiera en los macizos montañosos de esa región, y amplias facultades para gobernar militarmente la zona a mi cargo. Con esas instrucciones y pensando llegar en cuatro días, íbamos a iniciar la marcha, en camiones, el 30 de agosto de 1958, cuando un accidente fortuito interrumpió nuestros planes: esa noche llegaba una camioneta portando uniformes y la gasolina necesaria para los vehículos que ya estaban preparados cuando también llego por vía aérea un cargamento de armas a un aeropuerto cercano al camino. El avión fue localizado en el momento de aterrizar, a pesar de ser de noche, y el aeropuerto fue sistemáticamente bombardeado desde las veinte hasta las cinco de la mañana, hora en que quemamos el avión para evitar que cayera en poder del enemigo o siguiera el bombardeo diurno, con peores resultados. Las tropas enemigas avanzaron sobre el aeropuerto; interceptaron la camioneta con la gasolina, dejándonos a pie. Así fue como iniciamos la marcha el 31 de agosto, sin camiones ni caballos, esperando encontrarlos luego de cruzar la carretera de Manzanillo a Bayamo. Efectivamente, cruzándola encontramos los camiones, pero también -el día primero de septiembre- un feroz ciclón que inutilizó todas las vías de comunicación, salvo la carretera central, única pavimentada en esta región de Cuba, obligándonos a desechar el transporte en vehículos. Había que utilizar, desde ese momento, el caballo, o ir a pie. Andábamos cargados con bastante parque, una bazooka con cuarenta proyectiles y todo lo necesario para una larga jornada y el establecimiento rápido de un campamento.

Se fueron sucediendo días que ya se tornaban difíciles a pesar de estar en el territorio amigo de Oriente:

cruzando ríos desbordados, canales y arroyuelos convertidos en ríos, luchando fatigosamente para impedir que se nos mojara el parque, las armas, los obuses; buscando caballos y dejando los caballos cansados detrás; huyendo a las zonas pobladas a medida que nos alejábamos de la provincia oriental.

Caminábamos por difíciles terrenos anegados, sufriendo el ataque de plagas de mosquitos que hacían insoportables las horas de descanso; comiendo poco y mal, bebiendo agua de ríos pantanosos o simplemente de pantanos. Nuestras jornadas empezaron a dilatarse y a hacerse verdaderamente horribles. Ya a la semana de haber salido del campamento, cruzando el río Jobabo, que limita las provincias de Camagüey y Oriente, las fuerzas estaban bastante debilitadas. Este río, como todos los anteriores y como los que pasaríamos después, estaba crecido. También se hacía sentir la falta de calzado en nuestra tropa, muchos de cuyos hombres iban descalzos y a pie por los fangales del sur de Camagüey.

La noche del 9 de septiembre, entrando en el lugar conocido por La Federal, nuestra vanguardia cayó en una emboscada enemiga, muriendo dos valiosos compañeros; pero el resultado más lamentable fue el ser localizados por las fuerzas enemigas, que de allí en adelante no nos dieron tregua. Tras un corto combate se redujo a la pequeña guarnición que allí había, llevándonos cuatro prisioneros. Ahora debíamos marchar con mucho cuidado, debido a que la aviación conocía nuestra ruta aproximada. Así llegamos, uno o dos días después, a un lugar conocido por Laguna Grande, junto a la fuerza de Camilo, mucho mejor montada que la nuestra. Esta zona es digna de recuerdo por la cantidad extraordinaria de mosquitos que había, imposibilitándonos en absoluto descansar sin mosquitero, y no todos lo teníamos.

Son días de fatigantes marchas por extensiones desoladas, en las que sólo hay agua y fango, tenemos hambre, tenemos sed y apenas si se puede avanzar porque las piernas pesan como plomo y las armas pesan descomunalmente. Seguimos avanzando con mejores caballos que Camilo nos deja al tomar camiones, pero tenemos que abandonarlos en las inmediaciones del central Macareño. Los prácticos que debían enviarnos no llegaron y nos lanzamos sin más, a la aventura. Nuestra vanguardia choca con una posta enemiga en el lugar llamado Cuatro Compañeros, y empieza la agotadora batalla. Era al amanecer, y logramos reunir, con mucho trabajo, una gran parte de la tropa, en el mayor cayo de monte que había en la zona, pero el ejército avanzaba por los lados y tuvimos que pelear duramente para hacer factible el paso de algunos rezagados nuestros por una línea férrea, rumbo al monte. La aviación nos localizó entonces, iniciando un bombardeo los B-26, los C-47, los grandes C-3 de observación y las avionetas, sobre un área no mayor de doscientos metros de flanco. Después de todo, nos retiramos dejando un muerto por una bomba y llevando varios heridos, entre ellos al capitán Silva, que hizo todo el resto de la invasión con un hombro fracturado.

El panorama, al día siguiente, era menos desolador, pues aparecieron varios de los rezagados y logramos reunir a toda la tropa, menos 10 hombres que seguirían a incorporarse con la columna de Camilo y con éste llegarían hasta el frente norte de la provincia de Las Villas, en Yaguajay.

Nunca nos faltó, a pesar de las dificultades, el aliento campesino. Siempre encontrábamos alguno que nos sirviera de guía, de práctico, o que nos diera el alimento imprescindible para seguir. No era, naturalmente, el apoyo unánime de todo el pueblo que teníamos en Oriente; pero, siempre hubo quien nos ayudara. En oportunidades se nos delató, apenas cruzábamos una finca, pero eso no se debía a una acción directa del campesinado contra nosotros, sino a que las condiciones de vida de esta gente las convierte en esclavos del dueño de la finca y, temerosos de perder su sustento diario, comunicaban al amo nuestro paso por esa región y éste se encargaba de avisarle graciosamente a las autoridades militares.

Una tarde escuchábamos por nuestra radio de campaña un parte dado por el general Francisco Tabernilla Dolz, por esa época, con toda su prepotencia de matón, anunciando la destrucción de las hordas dirigidas por Che Guevara y dando una serie de datos de muertos, de heridos, de nombres de todas clases, que eran el producto del botín recogido en nuestras mochilas al sostener ese encuentro desastroso con el enemigo unos días antes, todo eso mezclado con datos falsos de la cosecha del Estado Mayor del ejército. La noticia de nuestra falsa muerte provocó en la tropa una reacción de alegría; sin embargo, el pesimismo iba ganándola poco a poco; el hambre y la sed, el cansancio, y la sensación de impotencia frente a las fuerzas enemigas que cada vez nos cercaban más y, sobre todo, la terrible enfermedad de los pies conocida por los campesinos con el nombre de mazamorra -que convertía en un martirio intolerable cada paso dado por nuestros soldados-, habían hecho de éste un ejército de sombras. Era difícil adelantar; muy difícil. Día a día empeoraban las condiciones físicas de nuestra tropa y las comidas, un día sí, otro no, otro tal vez, en nada contribuían a mejorar ese nivel de miseria, que estábamos

soportando. Pasamos los días más duros cercados en las inmediaciones del central Baraguá, en pantanos pestilentes, sin una gota de agua potable, atacados continuamente por la aviación, sin un solo caballo que pudiera llevar por ciénagas inhóspitas a los más débiles, con los zapatos totalmente destrozados por el agua fangosa de mar, con plantas que lastimaban los pies descalzos, nuestra situación era realmente desastrosa al salir trabajosamente del cerco de Baraguá y llegar a la famosa trocha de Júcaro a Morón, lugar de evocación histórica por haber sido escenario de cruentas luchas entre patriotas y españoles en la guerra de independencia. No teníamos tiempo de recuperarnos ni siquiera un poco cuando un nuevo aguacero, inclemencias del clima, además de los ataques del enemigo o las noticias de su presencia, volvían a imponernos la marcha. La tropa estaba cada vez más cansada y descorazonada. Sin embargo, cuando la situación era más tensa, cuando ya solamente al imperio del insulto, de ruegos, de exabruptos de todo tipo, podía hacer caminar a la gente exhausta, una sola visión en lontananza animó sus rostros e infundió nuevo espíritu a la guerrilla. Esa visión fue una mancha azul hacia el Occidente, la mancha azul del macizo montañoso de Las Villas, visto por vez primera por nuestros hombres.

Desde ese momento las mismas privaciones, o parecidas, fueron encontradas mucho más clementes, y todo se antojaba más fácil. Eludimos el último cerco, cruzando a nado el río Júcaro, que divide las provincias de Camagüey y Las Villas, y ya pareció que algo nuevo nos alumbraba.

Dos días después estábamos en el corazón de la cordillera Trinidad-Sancti Spiritus, a salvo, listos para iniciar la otra etapa de la guerra. El descanso fue de otros dos días, porque inmediatamente debimos proseguir nuestro camino y ponernos en disposición de impedir las elecciones que iban a efectuarse el 3 de noviembre. Habíamos llegado a la región de montañas de Las Villas el 16 de octubre. El tiempo era corto y la tarea enorme. Camilo cumplía su parte en el norte, sembrando el temor entre los hombres de la dictadura.

Nuestra tarea, al llegar por primera vez a la Sierra del Escambray, estaba precisamente definida: había que hostilizar al aparato militar de la dictadura, sobre todo en cuanto a sus comunicaciones. Y como objetivo inmediato, impedir la realización de las elecciones. Pero el trabajo se dificultaba por el escaso tiempo restante y por las desuniones entre los factores revolucionarios, que se habían traducido en reyertas intestinas que muy caro costaron, inclusive en vidas humanas.

Debíamos atacar a las poblaciones vecinas, para impedir la realización de los comicios, y se establecieron los planes para hacerlo simultáneamente en las ciudades de Cabaiguán, Fomento y Sancti Spiritus, en los ricos llanos del centro de la isla, mientras se sometía el pequeño cuartel de Güinia de Miranda -en las montañas- y, posteriormente, se atacaba el de Banao, con escasos resultados. Los días anteriores al 3 de noviembre, fecha de las elecciones, fueron de extraordinaria actividad: nuestras columnas se movilizaron en todas direcciones, impidiendo casi totalmente la afluencia a las urnas de los votantes de esas zonas. Las tropas de Camilo Cie soldados de Batista hasta el tráfico de mercancía, quedaron detenidos.

En Oriente, prácticamente no hubo votación; en Camagüey, el porcentaje fue un poquito más elevado, y en la zona occidental, a pesar de todo, se notaba un retraimiento popular evidente. Este retraimiento se logró en Las Villas en forma espontánea, ya que no hubo tiempo de organizar sincronizadamente la resistencia pasiva de las masas y la actividad de las guerrillas.

Se sucedían en Oriente sucesivas batallas en los frentes primeros y segundo, aunque también en el tercero -con la columna Antonio Guiterras-, que presionaba insistente sobre Santiago de Cuba, la capital provincial. Salvo las cabeceras de los municipios, nada conservaba el gobierno en Oriente.

Muy grave se estaba haciendo, además, la situación en Las Villas, por la acentuación de los ataques a las vías de comunicación. Al llegar, cambiamos en total el sistema de lucha en las ciudades, puesto que a toda marcha trasladamos los mejores milicianos de las ciudades al campo de entrenamiento, para recibir instrucción de sabotaje que resultó efectivo en las áreas suburbanas.

Durante los meses de noviembre y diciembre de 1958 fuimos cerrando gradualmente las carreteras. El capitán Silva bloqueó totalmente la carretera de Trinidad a Sancti Spiritus y la carretera central de la Isla fue seriamente dañada cuando se interrumpió el puente sobre el río Tuinicú, sin llegarse a derrumbar; el ferrocarril central fue cortado en varios puntos, agregando que el circuito sur estaba interrumpido por el segundo frente y el circuito norte cerrado por las tropas de Camilo Cienfuegos, por lo que la Isla quedó dividida en dos partes. La zona más

convulsión, Oriente, solamente recibía ayuda del gobierno por aire y mar, en una forma cada vez más precaria. Los síntomas de descomposición del enemigo aumentaban.

Hubo que hacer en el Escambray una intensísima labor en favor de la unidad revolucionaria, ya que existía un grupo dirigido por el comandante Gutiérrez Menoyo (Segundo Frente Nacional del Escambray), otro del directorio Revolucionario (capitaneado por los comandantes Faure Chomón y Rolando Cubela), otro pequeño de la Organización Auténtica (OA), otro del Partido Socialista Popular (comandado por Torres), y nosotros; es decir, cinco organizaciones diferentes actuando con mandos también diferentes y en una misma provincia. Tras laboriosas conversaciones que hube de tener con sus respectivos jefes, se llegó a una serie de acuerdos entre las partes y se pudo ir a la integración de un frente aproximadamente común.

A partir del 16 de diciembre las roturas sistemáticas de los puentes y todo tipo de comunicación habían colocado a la dictadura en situación difícil para defender sus puestos avanzados y aun los mismos de la carretera central. En la madrugada de ese día fue roto el puente sobre el río Falcón, en la carretera central, y prácticamente interrumpidas las comunicaciones entre La Habana y las ciudades al este de Santa Clara, capital de Las Villas, así como una serie de poblados -el más meridional, Fomento- eran sitiados y atacados por nuestras fuerzas. El jefe de la plaza se defendió más o menos eficazmente durante algunos días, pero a pesar del castigo de la aviación a nuestro Ejército Rebelde, las desmoralizadas tropas de la dictadura no avanzaban por tierra en apoyo de sus compañeros. Comprobando la inutilidad de toda resistencia, se rindieron, y más de cien fusiles fueron incorporados a las fuerzas de la libertad.

Sin darle tregua al enemigo, decidimos paralizar de inmediato la carretera central, y el día 21 de diciembre se atacó simultáneamente a Cabaiguán y Guayos, sobre la misma. En pocas horas se rendía este último poblado y dos días después, Cabaiguán con sus noventa soldados. (La rendición de los cuarteles se pactaba sobre la base política de dejar en libertad a la guarnición, condicionado a que saliera del territorio libre. De esa manera se daba la oportunidad de entregar las armas y salvarse.) En Cabaiguán se demostró de nuevo la ineficacia de la dictadura que en ningún momento reforzó con infantería a los sitiados.

Camilo Cienfuegos atacaba en la zona norte de Las Villas a una serie de poblados, a los que iba reduciendo, a la vez que establecía el cerco a Yaguajay, último reducto donde quedaban tropas de la tiranía, al mando de un capitán de ascendencia china, que resistió once días, impidiendo la movilización de las tropas revolucionarias de la región, mientras las nuestras seguían ya por la carretera central avanzando hacia Santa Clara, la capital.

Caído Cabaiguán, nos dedicamos a atacar a Placetas, rendido en un solo día de lucha, en colaboración activa con la gente del Directorio Revolucionario. Después de tomar Placetas, liberamos en rápida sucesión a Remedios y a Caibarién, en la costa norte, y puerto importante el segundo. El panorama se iba ensombreciendo para la dictadura, porque a las continuas victorias obtenidas en Oriente, el Segundo Frente del Escambray derrotaba pequeñas guarniciones y Camilo Cienfuegos controlaba el norte.

Al retirarse el enemigo de Camajuaní sin ofrecer resistencia, quedamos listos para el asalto definitivo a la capital de la provincia de Las Villas. (Santa Clara es el eje del llano central de la isla, con 150.000 habitantes, centro ferroviario y de todas las comunicaciones del país.) Está rodeada por pequeños cerros pelados, los que estaban tomados previamente por las tropas de la dictadura.

En el momento del ataque, nuestras fuerzas habían aumentado considerablemente su fusilería, en la toma de distintos puntos y en algunas armas pesadas que carecían de municiones. Teníamos una bazooka sin proyectiles y debíamos luchar contra una decena de tanques, pero también sabíamos que, para hacerlo con efectividad, necesitábamos llegar a los barrios poblados de la ciudad, donde el tanque disminuye en mucho su eficacia.

Mientras las tropas del Directorio Revolucionario se encargaban de tomar el cuartel número 31 de la Guardia Rural, nosotros nos dedicábamos a sitiar casi todos los puestos fuertes de Santa Clara; aunque, fundamentalmente, establecíamos nuestra lucha contra los defensores del tren blindado situado a la entrada del camino de Camajuaní, posiciones defendidas con tenacidad por el ejército, con un equipo excelente para nuestras posibilidades.

El 29 de diciembre iniciamos la lucha. La Universidad había servido, en un primer momento, de base de operaciones. Después establecimos comandancia más cerca del centro de la ciudad. Nuestros hombres se batían contra tropas apoyadas por unidades blindadas y las ponían en fuga, pero muchos de ellos pagaron con la vida

su arrojo y los muertos y heridos empezaron a llenar los improvisados cementerios y hospitales.

Recuerdo un episodio que era demostrativo del espíritu de nuestra fuerza en esos días finales. Yo había amonestado a un soldado, por estar durmiendo en pleno combate y me contestó que lo habían desarmado por habersele escapado un tiro. Le respondí con mi sequedad habitual: «Gánate otro fusil yendo desarmado a la primera línea... si eres capaz de hacerlo.» En Santa Clara, alentando a los heridos en el Hospital de Sangre, un moribundo me tocó la mano y dijo: «¿Recuerda, comandante? Me mandó a buscar el arma en Remedios... y me la gané aquí.» Era el combatiente del tiro escapado, quien minutos después moría, y me lució contento de haber demostrado su valor. Así es nuestro Ejército Rebelde.

Las lomas del Cápiro seguían firmes y allí estuvimos luchando durante todo el día 30, tomando gradualmente al mismo tiempo distintos puntos de la ciudad. Ya en ese momento se habían cortado las comunicaciones entre el centro de Santa Clara y el tren blindado. Sus ocupantes, viéndose rodeados en las lomas del Cápiro trataron de fugarse por la vía férrea y con todo su magnífico cargamento cayeron en el ramal destruido previamente por nosotros, descarrilándose la locomotora y algunos vagones. Se estableció entonces una lucha muy interesante en donde los hombres eran sacados con cócteles Molotov del tren blindado, magníficamente protegidos aunque dispuestos sólo a luchar a distancia, desde cómodas posiciones y contra un enemigo prácticamente inerme, al estilo de los colonizadores con los indios del Oeste norteamericano. Acosados por hombres que, desde puntos cercanos y vagones inmediatos lanzaban botellas de gasolina encendida, el tren se convertía -gracias a las chapas del blindaje- en un verdadero horno para los soldados. En pocas horas se rendía la dotación completa, con sus 22 vagones, sus cañones antiaéreos, sus ametralladoras del mismo tipo, sus fabulosas cantidades de municiones (fabulosas para lo exiguo de nuestras dotaciones, claro está).

Se había logrado tomar la central eléctrica y toda la parte noroeste de la ciudad, dando al aire el anuncio de que Santa Clara estaba casi en poder de la Revolución. En aquel anuncio que di como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Las Villas, recuerdo que tenía el dolor de comunicar al pueblo de Cuba la muerte del capitán Roberto Rodríguez *El Vaquerito*, pequeño de estatura y de edad, jefe del «Pelotón Suicida», quien jugó con la muerte una y mil veces en lucha por la libertad. El «Pelotón Suicida» era un ejemplo de moral revolucionaria, y a ese solamente iban voluntarios escogidos. Sin embargo, cada vez que un hombre moría -y eso ocurría en cada combate- al hacerse la designación del nuevo aspirante, los desechados realizaban escenas de dolor que llegaban hasta el llanto. Era curioso ver a los curtidos y nobles guerreros, mostrando su juventud en el despecho de unas lágrimas, por no tener el honor de estar en el primer lugar de combate y de muerte.

Después caía la estación de Policía, entregando los tanques que la defendían y, en rápida sucesión se rendían al comandante Cubela el cuartel numero 31, a nuestras fuerzas, la cárcel, la audiencia, el palacio del Gobierno Provincial, el Gran Hotel, donde los francotiradores se mantuvieron disparando desde el décimo piso casi hasta el final de la lucha.

En ese momento sólo quedaba por rendirse el cuartel Leoncio Vidal, la mayor fortaleza del centro de la Isla. Pero ya el día primero de enero de 1959 había síntomas de debilidad creciente entre las fuerzas defensoras. En la mañana de ese día mandamos a los capitanes Nuñez Jiménez y Rodríguez de la Vega a pactar la rendición del cuartel. Las noticias eran contradictorias: Batista había huido ese día, desmoronándose la Jefatura de las Fuerzas Armadas. Nuestros dos delegados establecían contacto por radio con Cantillo, haciéndole conocer la oferta de rendición, pero éste estimaba que no era posible aceptarla porque constituía un ultimátum y que él había ocupado la Jefatura del Ejército siguiendo instrucciones precisas del líder Fidel Castro. Hicimos inmediato contacto con Fidel, anunciándole las nuevas, pero dándole la opinión nuestra sobre la actitud traidora de Cantillo, opinión que coincidía absolutamente con la suya. (Cantillo permitió en esos momentos decisivos que se fugaran todos los grandes responsables del gobierno de Batista, y su actitud era más triste si se considera que fue un oficial que hizo contacto con nosotros y en quien confiamos como un militar con pundonor.)

Los resultados siguientes son por todos conocidos: la negativa de Castro a reconocerle; su orden de marchar sobre la ciudad de La Habana; la posesión por el coronel Barquín de la Jefatura del Ejército, luego de salir de la prisión de Isla de Pinos; la toma de la Ciudad Militar de Columbia por Camilo Cienfuegos y de la Fortaleza de la Cabaña por nuestra columna 8, y la instauración final, en cortos días, de Fidel Castro como Primer Ministro del Gobierno Provisional. Todo esto pertenece a la historia política actual del país.

Ahora estamos colocados en una posición en la que somos mucho más de simples factores de una nación;

constituimos en este momento la esperanza de la América irredenta. Todos los ojos -los de los grandes opresores y los de los esperanzados- están fijos en nosotros. De nuestra actitud futura que presentemos, de nuestra capacidad para resolver los múltiples problemas, depende en gran medida el desarrollo de los movimientos populares en América, y cada paso que damos está vigilado por los ojos omnipresentes del gran acreedor y por los ojos optimistas de nuestros hermanos de América.

Con los pies firmemente asentados en la tierra, empezamos a trabajar y a producir nuestras primeras obras revolucionarias, enfrentándonos con las primeras dificultades. Pero ¿cuál es el problema fundamental de Cuba, sino el mismo de toda América, el mismo incluso del enorme Brasil, con sus millones de kilómetros cuadrados, con su país de maravilla que es todo un Continente? La monoproducción. En Cuba somos esclavos de la caña de azúcar, cordón umbilical que nos ata al gran mercado norteamericano. Tenemos que diversificar nuestra producción agrícola, estimular la industria y garantizar que nuestros productos agrícolas y mineros y -en un futuro inmediato- nuestra producción industrial, vaya a los mercados que nos convengan por intermedio de nuestra propia línea de transporte.

La primera gran batalla del gobierno se dará con la Reforma Agraria, que será audaz, integral, pero flexible: destruirá el latifundio en Cuba, aunque no los medios de producción cubanos. Será una batalla que absorba en buena parte la fuerza del pueblo y del gobierno durante los años venideros. La tierra se dará al campesino gratuitamente. Y se pagará a quien demuestre haberla poseído honradamente, con bonos de rescate a largo plazo; pero también se dará ayuda técnica al campesino, se garantizarán los mercados para los productos del suelo y se canalizará la producción con un amplio sentido nacional de aprovechamiento en conjunción con la gran batalla de la Reforma Agraria, que permita a las incipientes industrias cubanas, en breve tiempo, competir con las monstruosas de los países en donde el capitalismo ha alcanzado su más alto grado de desarrollo. Simultáneamente con la creación del nuevo mercado interno que logrará la Reforma Agraria, y la distribución de productos nuevos que satisfagan a un mercado naciente, surgirá la necesidad de exportar algunos productos y hará falta el instrumento adecuado para llevarlos a uno y a otro punto del mundo. Dicho instrumento será una flota mercante, que la Ley de Fomento Marítimo ya aprobada, prevé. Con esas armas elementales, los cubanos iniciaremos la lucha por la liberación total del territorio. Todos sabemos que no será fácil, pero todos estamos conscientes de la enorme responsabilidad histórica del Movimiento 26 de Julio, de la Revolución cubana, de la Nación en general, para constituir un ejemplo para todos los pueblos de América, a los que no debemos defraudar.

Pueden tener seguridad nuestros amigos del Continente insumiso que, si es necesario, lucharemos hasta la última consecuencia económica de nuestros actos y si se lleva más lejos aún la pelea, lucharemos hasta la última gota de nuestra sangre rebelde, para hacer de esta tierra una república soberana, con los verdaderos atributos de una nación feliz, democrática y fraternal de sus hermanos de América.

[Fragmento final de «Una revolución que comienza», publicado en *O Cruzeiro*, 16 de junio, 1º y 16 de julio de 1959.]

---

## **A Fidel Castro (sobre la invasión)**

Fidel te escribo desde pleno llano, sin aviones, con relativamente pocos mosquitos y sin comer por la libre sólo debido al rápido tren de marcha que llevo. Te haré un corto relato: salimos por la noche del 31 con 4 caballos, pues era imposible salir en camiones debido a que a Magadan le cogieron toda la gasolina y se temía una emboscada en Jibacoa. Pasamos sin novedad por ese punto, que estaba abandonado por los guardias, pero no pudimos seguir más de un par de leguas, durmiendo en un cayito de monte de aquel lado de la carretera. Recomiendo establecer un pelotón permanente en Jibacoa que permitiría el abastecimiento desde esta zona, hasta ahora bastante controlada. El primero de septiembre pasamos la carretera y tomamos tres carros que se descomponían con una frecuencia aterradora, llegando hasta una estancia llamada Cayo Redondo, donde pasamos el día con el huracán acercándose. Los guardias llegaron cerca, en número de 40, pero se retiraron sin combatir. Seguimos con los camiones, ayudados por 4 tractores, pero fue imposible y debimos renunciar a ellos para el día siguiente, 2 de septiembre, día en que seguimos a pie con unos cuantos caballos llegando a las orillas del Cauto, que no se pudo pasar por la noche debido a una extraordinaria crecida. Pasamos de día empleando 8 horas en hacerlo y esta noche salimos de casa del Coronel para seguir la ruta estudiada. Estamos sin caballos pero podemos conseguir más en el camino y pienso llegar con todo el mundo montado a la zona de operaciones asignada. No se puede hacer cálculos exactos sobre el tiempo que tardaré debido a múltiples inconvenientes que van surgiendo por los caminos endemoniados. Trataré de seguir informándote en el camino para ir creándote correos eficientes y dándote informes de la gente que hay. De esta zona recomiendo solamente a dos hasta ahora: Pepín Magadan, que tiene sus defectos pero es de una efectividad asombrosa, al que se puede encargar de conseguir mercancías y dinero, y Concepción Rivero, que es un hombre serio, por lo que se ve.

Por ahora nada más, un gran abrazo al lejano mundo que apenas se dibuja en el horizonte, desde aquí.

Septiembre 8/58, 1:50 am

Después de agotadoras jornadas nocturnas, te escribo al fin desde Camagüey y sin perspectivas inmediatas de acelerar la marcha que lleva un promedio de 3-4 leguas diarias, con la tropa montada a medias y sin monturas. Camilo está en las intermediaciones y lo esperaba aquí, en la arrocera Bartles, pero no llegó. El Llano es formidable; no hay tantos mosquitos, no se ha visto ni un casquito y los aviones parecen inofensivas palomas; Radio Rebelde es escuchada con muchas dificultades a través de Venezuela.

Todo indica que los guardias no quieren guerra y nosotros tampoco; te confieso que le tengo miedo a una retirada con 150 inexpertos reclutas en estas zonas desconocidas, pero una guerrilla armada de 30 hombres puede hacer maravillas en la zona y revolucionarla. Yo de paso dejé las bases de un sindicato arrocero en Leonero y hablé del impuesto pero se me tiraron al suelo. No es que haya claudicado frente a la patronal pero me parece que la cuota es excesiva, les dije que eso se podría conversar y lo dejé para el próximo que caiga. Un tipo con conciencia social puede hacer maravillas en esta zona y hay bastante monte para esconderse. De mis planes futuros no te puedo decir nada, en cuanto a camino se refiere, porque yo mismo no lo sé; depende más bien de circunstancias especiales y aleatorias, como ahora que estamos esperando unos camiones para ver si nos libramos de los caballos, perfectos para los tiempos anaviónicos de Maceo, pero muy visibles desde el aire. Si no fuera por la caballería podríamos caminar de día tranquilamente. El fango y el agua están por la libre y los

fidelazos que he tenido que tirar para llegar con los obuses en buen estado son de película; hemos tenido que atravesar varios arroyos a nado con un trabajo bárbaro, pero la tropa se porta bien aunque ya la escuadra de castigo está funcionando a todo tren y promete ser la más nutrida de la columna. El próximo informe irá por vías mecanizadas, si es posible de la ciudad de Camagüey. Nada más que la reiteración del fraterno abrazo a los de la «Sierra», que ya no se ve.

Septiembre 13/58, 9:50 pm

Después de algunas accidentadas jornadas te escribo todavía en pleno Camagüey, a punto hoy de cruzar la parte más peligrosa o una de las dos más peligrosas del recorrido. Camilo ya cruzó anteanoche con bastantes dificultades técnicas pero sin problemas militares. Desde el último informe que te rendí pasaron algunas cosas desagradables pues, debido al fallo de los prácticos caímos en una emboscada en la finca de Remigio Fernández, en la Federal, muriendo Marcos Borrero, el que fuera capitán; redujimos a los guardias que eran ocho, haciéndoles tres muertos y cuatro prisioneros que conservamos con nosotros hasta encontrar la oportunidad de soltarlos; uno escapó y dio el pitazo. Llegaron unos 60 guardias y, por consejo de Camilo que estaba cerca, nos retiramos sin combatir casi, pero perdimos otro hombre, Dalcio Gutiérrez, de la Sierra. Herman fue herido en una pierna, levemente, y Enriquito Acevedo de cierta gravedad en ambos brazos. Se distinguieron el mismo Acevedo, el capitán Angel Frías y el teniente Roberto Rodríguez *Vaquerito*. Posteriormente, trataron nuevamente de avanzar y sorprendimos un camión pero con sólo cuatro hombres nuestros en la emboscada, haciéndole dos bajas por lo menos. Nos retiramos a la Federal y rápidamente nos fuimos, sacando a Enrique para su curación, al día siguiente ametrallaron los B-26. Camilo pudo seguir más aprisa y nosotros estamos esperando el resultado de unos camiones que mandé coger.

Por aquí están pasando cosas muy raras que indican la conveniencia inmediata de que venga un jefe de experiencia y «bicho» a estos contornos. No debe de ninguna manera tener más de 30 hombres armados, pero puede coleccionar aquí lo que le parezca en todos sentidos. Conviene trabajar la zona de las Naboas donde hay muy buen clima debido a los despojos del central Francisco. Hay monte firme hasta Santa Cruz, desde Santa Beatriz, bueno para ese número de hombres. Deben atender lo que hace la dirección en Camagüey pues están haciendo promesas de incorporación a todo el mundo y nos vemos asaltados por cuadrillas de desarmados pidiendo ingreso. Averigüé el asunto del loco y efectivamente el hombre tenía una psicosis de guerra terrible.

Hay muchos problemas más que quisiera plantearte, pero el tiempo no me alcanza, pues debo salir ya. Dicen que hay mucho guardia en el camino pero cuando este informe llegue sabrás por otros rumbos.

Marcha sobre Las Villas

Día 13 de septiembre. La noche de este día te envié el último informe anunciando los peligros a que estábamos expuestos. Los contactos con el Movimiento 26 de Julio habían asegurado la llegada de los prácticos, cosa que no sucedió. Viendo esta situación, resolví de todas maneras seguir con un práctico improvisado. El resultado final fue que nos metió al amanecer en una posta de Cuatro Compañeros. Las precauciones aconsejables no se habían podido tomar íntegramente y, aunque no tuvimos bajas, se creó un estado de confusión. Desconociendo totalmente la zona ordenamos marchar hacia un monte que se veía en la media luz del alba, pero para llegar a él había que cruzar una línea sobre la cual los guardias avanzaron en dos direcciones diferentes. Hubo que entablar combate para permitir el paso de los compañeros más retrasados. Allí fue herido el capitán Silva, quien ha continuado con estoicismo ejemplar al frente de sus hombres a pesar de haber sufrido la fractura de la región articular del hombro derecho. Tuvimos que seguir combatiendo sobre la línea férrea en una extensión de no más de 200 metros, conteniendo el avance del enemigo, pues nos faltaban hombres. Esa situación duró dos horas y media, hasta que a las 9 y 30 de la mañana di orden de retirada, habiendo perdido al compañero Juan, al que una bomba de 100 libras le destruyó la pierna derecha; tuvimos otros heridos pero a resultas del bombardeo y ametrallamiento efectuado por dos B-26, dos C-47 y dos avionetas a ras del monte y durante 45 minutos.

En días subsiguientes fue haciéndose la reagrupación de la gente, constatando por último que diez hombres dispersados estaban en la columna de Camilo y solamente desaparecido uno apodado *Morenito* cuyo nombre y apellido incluiré al final. Sin permitirnos un solo día de descanso fuimos pasando sucesivamente por Remedios, una arrocera, Cadenas, algunos cayos de menor importancia, Laguna de Guano. Todo esto sin práctico, recogiendo a veces algún campesino y funcionando a brújula otras. La conciencia social del campesinado camagüeyano en las zonas ganaderas es mínima y debimos arrostrar las consecuencias de numerosos chivatazos.

20 de septiembre. Escuchamos este día por el radio informe de Tabernilla sobre la columna destrozada del Che Guevara. Sucedió que en una de las mochilas encontraron la libreta donde estaba apuntado el nombre, la dirección, las armas, balas y pertrechos de toda la columna, miembro por miembro. Además, un miembro de esta columna, que es miembro también del PSP, dejó su mochila con documentos de esa organización. Cruzamos en días sucesivos el río de San Pedro, y el Durán o Altamira, llegando hasta un lugar denominado El Chicharrón. Allí desertó un individuo incorporado en Camagüey y poco después en el cruce de una línea peligrosa se perdió José Pérez, incorporado a la columna antes de marchar de Oriente, el que sospecho desertó con su fusil.

Cruzamos un terraplén de cierto peligro y nos internamos en la zona arrocerá donde están las grandes fincas de los hermanos Aguilera. No teníamos prácticos e íbamos tras las huellas esporádicas del compañero Camilo. Desde el día 20 caminamos casi ininterrumpidamente entre cenagales. Hubimos de abandonar los pocos caballos que llevábamos más de una vez; la mazamorra empezó a hacer estragos entre la tropa.

29 de septiembre. Habíamos dejado atrás la última arrocerá Aguilera y entrado en terrenos del central Baraguá, cuando nos encontramos con que el ejército tenía bloqueada totalmente la línea que había que cruzar. Nos descubrieron en la marcha y de la retaguardia se repelió a los guardias con un par de tiros. Pensando que los tiros provenían de los guardias emboscados en la línea, siguiendo su inveterada costumbre, ordené esperar la noche, pensando que podríamos pasar. Cuando me enteré de la escaramuza, es decir, que el enemigo tenía pleno conocimiento de nuestra posición, ya era tarde para intentar el paso, pues era una noche oscura y lluviosa y no teníamos reconocimiento alguno de la posición enemiga, muy reforzada. Hubo que retroceder a brújula, permaneciendo en la zona cenagosa y de monte ralo para despistar a los aviones que, efectivamente, volcaron su ataque sobre un monte frondoso a cierta distancia de nuestra posición. Los exploradores encabezados por el teniente Acevedo descubrieron un paso en la extremidad de la línea enemiga, pues descuidaron una laguna por la que creyeron imposible el tránsito. Por esa laguna cenagosa, tratando de amortiguar en lo posible el ruido de 140 hombres chapaleando fango caminamos cerca de 2 kilómetros hasta cruzar la línea a cerca de 100 metros de la última posta de la que escuchábamos su conversación. El chapaleo, imposible de evitar totalmente, y la luna clara me hacen pensar con visos de certeza que el enemigo se dio cuenta de nuestra presencia, pero el bajo nivel combativo que en todo momento han demostrado los soldados de la dictadura los hicieron sordos a todo rumor sospechoso.

Caminamos toda la noche entre cenagales de agua marina, y parte del día siguiente. Una cuarta parte de la tropa estaba sin zapatos o con ellos en malas condiciones.

3 de octubre. En un cayo cercano al central Baraguá, fue capturado el carnicero de ese central a cuya familia se le notificó que no le pasaría nada, pero que debía permanecer con nosotros como práctico, un par de días. Parece que la mujer quería cambiar de marido y mandó un chivatazo, flor de resultas del cual tuvimos la visita de los B-26 con su cargamento acostumbrado; no hubo novedad, pero debimos caminar toda la noche en una laguna llena de unas matas con hojas filosas que lastimaron los pies de algunos descalzos. La moral de la tropa iba sufriendo los impactos del hambre y la mazamorra. No podíamos descansar nunca pues los guardias seguían tras nuestro rastro con la ayuda principalísima de los aviones. En cada campesino veíamos el presunto chivato, en una situación psíquica similar a los primeros tiempos de la Sierra Maestra. No pudimos establecer contacto con la organización del 26 de Julio, pues un par de supuestos miembros se negaron a la hora en que pedí ayuda, y sólo la recibí, monetaria, nylons, algunos zapatos, medicinas, comida y guías, de parte de los miembros del PSP, que me dijeron haber solicitado ayuda de los organismos del Movimiento, recibiendo la contestación siguiente que debe tomarse con beneficio de inventario, pues no me consta: «Si el Che, manda un papel escrito, nosotros le ayudamos; si no, que se joda el Che.»

7 de octubre. Hacemos contacto con tres prácticos del Escambray, que traen un rosario de quejas por la actuación de Gutiérrez Menoyo, informándome que Bordón había sido tomado preso y había existido una situación que llegó a estar cerca de una batalla campal entre los grupos. Me pareció que había muchos trapos sucios que sacar al sol en toda esta cuestión y mandé a uno de ellos ordenándole a Bordón que avanzara a mi encuentro. Este día, para tratar de limpiar la escoria de la columna, ordené el licenciamiento de todo el que lo solicitara; siete aprovecharon la oportunidad y doy sus nombres para la historia negativa de esta revolución: Víctor Sarduy, Juan Noguera, Ernesto Magaña, Rigoberto Solís, Oscar Macías, Teodoro Reyes y Rigoberto Alarcón. Un día antes se había extraviado y sospecho que desertó Pardillo, del pelotón de Joel.

A partir de este momento la aviación siguió matemáticamente nuestros pasos, bombardeando el monte que habíamos dejado el día anterior, mientras salían a cortarnos el paso por el río Jatibonico. En uno de esos bombardeos estalló en el aire un Jet de retropropulsión cuya noticia habrás oído por el radio. El día 10 de octubre nos alcanzó la aviación ametrallando el monte en que estábamos. Fueron las avionetas y no hubo víctimas. La vanguardia tomó al día siguiente un batey que comunicaba con una arrocería próxima y nos enteramos que el ejército conocía nuestra situación por las conversaciones telefónicas que interceptamos. «Las ratas» estaban perfectamente localizadas (aunque, previendo esto, hicimos abandono del monte y nos encerramos en una casa rodeada de potreros donde permanecimos todo el día sin movernos). Según los informes recogidos de las conversaciones del ejército, éstos no nos creían capaces de caminar las dos leguas que nos separaban del Jatibonico. Por supuesto, las hicimos esa noche, cruzamos el río a nado, aunque mojando casi todo el armamento e hicimos una legua más hasta llegar al refugio seguro de un monte. El paso del Jatibonico fue como el símbolo de un pasaje de las tinieblas a la luz. Ramiro dice que fue como un conmutador eléctrico que encendiera la luz y es una imagen exacta. Pero desde el día anterior azulaban las sierras a lo lejos y hasta el más remiso lomerío sentía unas ansias terribles de llegar.

Caminamos luego una jornada agotadora entre fangales, cruzamos arrocerías y cañaverales, cruzamos el río Zaza, que debe ser uno de los más anchos de Cuba, cruzamos el último cordón de guardias en la carretera de Trinidad a Sancti Spiritus, el día 15 por la noche, y comenzó nuestra fatigosa tarea política.

He oído el desastre de Vega, evidentemente, es producto de la impericia, a Ramiro no le hubiera pasado eso; pero déjenos un tiempo y demostraremos que su presencia aquí es positiva para la Revolución.

Sierra del Escambray, octubre 23 de 1958

[en Carlos Franqui, *Libro de los doce*, México 1966.]

---

## Un pecado de la revolución

Las revoluciones, transformaciones sociales radicales y aceleradas, hechas de las circunstancias; no siempre, o casi nunca, o quizás nunca, maduras y previstas científicamente en sus detalles; hechas de las pasiones, de la improvisación de hombres en su lucha por las reivindicaciones sociales, no son nunca perfectas. La nuestra tampoco lo fue. Cometió errores y algunos de esos errores se pagan caros. Hoy se nos muestra la evidencia de otro, que no ha tenido repercusión, pero que demuestra cómo es muy cierto el lenguaje popular cuando expresa una vez que «la cabra tira al monte» y otra, que «Dios los hace y ellos se juntan».

Cuando las tropas de la invasión, doloridas, con los pies llagados, ensangrentados y ulcerados por las afecciones provocadas por los hongos, manteniendo indemne solamente la fe, después de cuarenta y cinco días de camino llegaron a las estribaciones del Escambray, fueron alcanzadas por una carta insólita. Era firmada por el comandante Carrera y en ella se prevenía a la columna del Ejército Revolucionario por mi comandada, que no podía subir al Escambray sin aclarar bien a qué iba y que, antes de subir, debía detenerme para explicárselo. ¡Detenernos en las zonas de llanos, en las condiciones en que íbamos, y amenazados de cerco todos los días, del cual podíamos escapar sólo por nuestra rapidez de movimiento! Esa fue la esencia de una larga e insolente carta. Seguimos adelante, extrañados, lastimados porque no esperábamos eso de quienes se decían nuestros compañeros de lucha, pero decididos a solucionar cualquier problema cumpliendo las órdenes expresas del Comandante en Jefe Fidel Castro ordenando claramente trabajar para lograr la unidad de todos los combatientes. Llegamos al Escambray y acampamos cerca del pico denominado Del Obispo, que se ve de la ciudad de Sancti Spiritus y tiene una cruz en su cima. Allí pudimos establecer nuestro primer campamento e inmediatamente indagamos por una casa donde debía esperarnos uno de los artículos más preciados del guerrillero: los zapatos. No había zapatos; se los habían llevado las fuerzas del Segundo Frente del Escambray, a pesar de que habían sido logrados por la organización del 26 de Julio. Todo amenazaba tormenta; sin embargo, logramos mantenernos serenos, conversar con algún capitán, del que luego nos enteramos que había asesinado cuatro combatientes del pueblo que quisieron ir a ocupar su lugar en las filas revolucionarias del 26 de Julio

abandonando el Segundo Frente, y tuvimos una entrevista, inamistosa pero no borrascosa, con el comandante Carrera. Este había ingerido ya la mitad de una botella de licor, que era también aproximadamente la mitad de su cuota diaria. Personalmente no fue tan grosero y agresivo como en su misiva de días anteriores, pero se adivinaba un enemigo.

Después conocimos al comandante Peña, famoso en la región por sus correrías detrás de las vacas de los campesinos, que nos prohibió enfáticamente atacar Güinía de Miranda porque el pueblo pertenecía a su zona; al argumentarle que la zona era de todos, que había que luchar y que nosotros teníamos más y mejores armas y más experiencia, nos dijo simplemente que nuestra bazooka era balanceada por 200 escopetas y que 200 escopetas hacían el mismo agujero que una bazooka. Terminante. Güinía de Miranda estaba destinada a ser tomada por el Segundo Frente y no podíamos atacar. Naturalmente que no hicimos caso; pero sabíamos que estábamos frente a peligrosos «aliados».

Tras de muchas depredaciones, muy largas de contar, donde nuestra paciencia fue puesta a prueba infinitas veces y donde aguantamos más de lo debido, según la justa crítica del compañero Fidel, se llegó a un «statu quo» donde se nos permitía hacer la Reforma Agraria en toda la zona perteneciente al Segundo Frente siempre y cuando se les permitiera a ellos cobrar tributos. ¡Cobrar tributos, la palabra de orden!

La historia es larga. Nosotros ocupamos en una lucha sangrienta y continua las principales ciudades del país y contamos con buenos aliados en el Directorio Revolucionario, cuyos hombres, en menor número y también de menor experiencia, hicieron todo lo posible por coadyuvar a nuestro éxito común. El primero de enero el mando revolucionario exigía que todas las tropas combatientes se pusieran bajo mis órdenes en Santa Clara. El Segundo Frente Nacional del Escambray, por boca de su jefe Gutiérrez Menoyo, inmediatamente se ponía a mis órdenes. No había problema alguno. Dimos entonces la instrucción de que nos esperaran porque teníamos que arreglar los asuntos civiles de la primera gran ciudad conquistada.

En aquellos días era difícil controlar las cosas y cuando caímos en cuenta el Segundo Frente, detrás de Camilo Cienfuegos, había entrado «heroicamente» en La Habana. Pensamos que podía ser alguna maniobra para tratar de hacerse fuertes, de tomar algo, de impulsar alguna cosa. Ya lo conocíamos, pero cada día los conocimos más. Ellos tomaron efectivamente las posiciones estratégicas más importantes, para su mentalidad... A los pocos días llegaba la primera cuenta del Hotel Capri, firmaba Fleitas; \$15.000 en comida y bebida para un reducido número de aprovechados.

Cuando llegó la hora de los grados, casi un centenar de capitanes y un buen número de comandantes aspiraban a las canonjías estatales, además de un gran y «selecto» núcleo de hombres presentados por los inseparables Menoyo y Fleitas, que aspiraban a toda una serie de cargos en el aparato estatal. No eran cargos extremadamente remunerados; todos tenían una característica: eran los puestos donde se robaba en la administración prerrevolucionaria. Los inspectores de Hacienda, los recaudadores de impuestos, todos los lugares donde el dinero caminaba y pasaba por sus ávidos dedos, eran el fruto de sus aspiraciones. Esa era una parte del Ejército Rebelde con la que debíamos convivir.

Desde los primeros días se plantearon divergencias serias que culminaran a veces en cambios de palabras violentos; pero siempre nuestra aparente cordura revolucionaria primaba y cedíamos en bien de la unidad. Manteníamos el principio. No permitíamos robar ni dábamos puestos claves a quienes sabíamos aspirantes a traidores; pero no los eliminábamos, contemporizábamos, todo en beneficio de una unidad que no estaba totalmente comprendida. Ese fue un *pecado de la Revolución*.

El mismo pecado que hizo pagarle succulentos sueldos a los Barquín, a los Felipe Pazos, a las Teté Casuso y a tantos y tantos botelleros internos y externos que la Revolución mantenía eludiendo el conflicto, tratando de comprar su silencio con un tácito entendimiento entre un sueldo que era ya una botella y un gobierno que ellos esperaban el momento para traicionar. Pero el enemigo tiene más dinero y más medios de sobornar a la gente. Al fin y al cabo, ¿qué podíamos ofrecer a un Fleitas o a un Menoyo sino un puesto de trabajo y de sacrificio?

Ellos, que vivieron del cuento de una lucha que no hicieron, embaucando a la gente, buscando puestos, tratando siempre de acercarse a los lugares donde el dinero estaba a flor de tierra, «empujando» en todos los gabinetes ministeriales, despreciados por todos los revolucionarios puros, pero admitidos, aunque a regañadientes, eran un insulto a nuestra conciencia de revolucionarios. Constantemente con su presencia nos mostraban nuestro pec

hecho, frente al débil de espíritu, al cobarde, al ladrón, al «comevacas».

Nuestra conciencia se ha limpiado porque se han ido todos juntos, los que Dios hizo, en unos barquitos, hacia Miami. Muchas gracias, «comevacas» del Segundo Frente. Muchas gracias por aliviarnos de la presencia execrable de los comandantes de dedo, de los capitanes de mentirijilla, de los héroes que desconocen el rigor de las campañas, pero no el abrigo fácil de las casas campesinas. Muchas gracias por darnos esta lección, por demostrarnos que no se puede comprar conciencias con la dádiva revolucionaria, que es exigua y exigente para con todos, por demostrarnos que tenemos que ser inflexibles frente al error, la debilidad, el dolor, la mala fe de cualquiera y levantarnos y denunciar y castigar en cualquier lugar en que asome algún vicio que vaya contra los altos postulados de la Revolución.

Que el ejemplo del Segundo Frente, que el ejemplo de nuestro querido y buen amigo, el ex ladrón Prío, nos llame a la realidad. Que no nos cueste llamarle ladrón al ladrón, porque nosotros mismos, en honor a lo que bautizamos cómodamente como «táctica revolucionaria» le llamamos «ex Presidente» al ladrón, en tiempos en que el «ex Presidente» no nos llamaba como ahora, «comunistas despreciables», sino salvadores de Cuba.

El ladrón es ladrón y se morirá ladrón. Por lo menos, el ladrón de altura; no el que en algunos países, desesperado, tiene que quitar una migaja para dar de comer a sus hijos. éste, el que roba para lograr mujeres y drogas o licores, para lograr la satisfacción de los bajos instintos que lo animan, será ladrón toda su vida.

Allí están juntos los que golpean nuestra conciencia, los Felipe Pazos, que venden su honestidad como una alta moneda para ponerla al frente de las «serias» instituciones; los Rufo López o Justo Carrillos, que dan su saltico para acomodarse a la situación y buscar un peldaño más; los Miró Cardona, optimistas eternos; los ladrones irremediables, complicados en asesinatos del pueblo, los «comevacas» cuyas «hazañas» se produjeron entre la masa campesina que asesinaron en la zona del Escambray, sembrando un terror más grande que el de los propios guardias. Ellos son nuestra conciencia. Ellos nos dicen nuestro pecado, un pecado de la Revolución, el que no debe repetirse, el de la enseñanza que debemos aprender.

La conducta revolucionaria es espejo de la fe revolucionaria y cuando alguien que se dice revolucionario no se conduce como tal, no puede ser más que un desfachatado. Estréchense en los mismos brazos, Venturas y Tony Varona que tanto pelean entre sí, Príos y Batistas, Gutiérrez Menoyo y Sánchez Mosqueras; asesinos que mataban para satisfacer algún deseo inmediato, en nombre de su codicia y asesinos que mataban para saciar una codicia, en nombre de la libertad; ladrones y vendedores de honradez, oportunistas de toda laya, candidatos a la presidencia... bonito conjunto.

¡Cuánto nos han enseñado! Muchas gracias.

[*Verde Olivo*, 12 de febrero de 1961.]

---

## Lidia y Clodomira

Conocí a Lidia, apenas a unos seis meses de iniciada la gesta revolucionaria. Estaba recién estrenado como comandante de la Cuarta Columna y bajábamos, en una incursión relámpago, a buscar víveres al pueblecito de San Pablo de Yao, cerca de Bayamo, en las estribaciones de la Sierra Maestra. Una de las primeras casas de la población pertenecía a una familia de panaderos. Lidia, mujer de unos cuarenta y cinco años, era uno de los dueños de la panadería. Desde el primer momento, ella, cuyo único hijo había pertenecido a nuestra columna, se unió entusiastamente y con una devoción ejemplar a los trabajos de la Revolución.

Cuando evoco su nombre, hay algo más que una apreciación cariñosa hacia la revolucionaria sin tacha, pues tenía ella una devoción particular por mi persona que la conducía a trabajar preferentemente a mis órdenes, cualquiera que fuera el frente de operaciones al cual yo fuera asignado. Incontables son los hechos en que Lidia intervino en calidad de mensajera especial, mía o del Movimiento. Llevó a Santiago de Cuba y a La Habana los más comprometedores papeles, todas las comunicaciones de nuestra columna, los números del periódico *El*

*Cubano Libre*; traía también el papel, traía medicinas, traía, en fin, lo que fuera necesario, y todas las veces que fuera necesario.

Su audacia sin límites hacía que los mensajeros varones eludieran su compañía. Recuerdo siempre las apreciaciones, entre administrativas y ofuscadas, de uno de ellos que me decía: «Esa mujer tiene más... que Maceo, pero nos va a hundir a todos; las cosas que hace son de loco, este momento no es de juego.» Lidia, sin embargo, seguía cruzando una y otra vez las líneas enemigas.

Me trasladaron a la zona de la Mina del Frío, en las Vegas de Jibacoa, y allí fue ella dejando el campamento auxiliar del cual había sido jefa, durante un tiempo, y a los hombres a los que mandó gallardamente y, hasta un poco, tiránicamente, provocando cierto resquemor entre los cubanos no acostumbrados a estar bajo el mando de una mujer. Ese puesto era el más avanzado de la Revolución, situado en un lugar denominado la Cueva, entre Yao y Bayamo. Hube de quitarle el mando porque era una posición demasiado peligrosa y, después de localizada, eran muchas las veces que los muchachos tenían que salir a punta de bala de ese lugar. Traté de quitarla definitivamente de allí pero sólo lo conseguí cuando me siguió al nuevo frente de combate.

Entre las anécdotas demostrativas del carácter de Lidia recuerdo ahora el día en que murió un gran combatiente imberbe de apellido Geilín, de Cárdenas. Este muchacho integraba nuestra avanzada en el campamento cuando Lidia estaba allí. Al ella ir hacia el mismo, retornando de una misión, vio a los guardias que avanzaban sigilosamente sobre el puesto, respondiendo sin duda a algún «chivatazo». La reacción de Lidia fue inmediata; sacó su pequeño revólver 32 para dar la alarma con un par de tiros al aire; manos amigas se lo impidieron a tiempo, pues les hubiera costado la vida a todos; sin embargo, los soldados avanzaron y sorprendieron la posta del campamento. Guillermo Geilín se defendió bravamente hasta que, herido dos veces, sabiendo lo que le pasaría después si caía vivo en manos de los esbirros, se suicidó. Los soldados llegaron, quemaron lo que había quemable y se fueron. Al día siguiente encontré a Lidia. Su gesto indicaba la más grande desesperación por la muerte del pequeño combatiente y también la indignación contra la persona que le había impedido dar la alarma. A mí me mataban, decía, pero se hubiera salvado el muchacho; yo, ya soy vieja, él no tenía 20 años. Ese era el tema central de sus conversaciones. A veces parecía que había un poco de alarde en su continuo desprecio verbal por la muerte, sin embargo, todos los trabajos encomendados eran cumplidos a perfección.

Ella conocía como me gustaban los cachorros y siempre estuvo prometiéndome traer uno de La Habana sin poder cumplir su promesa. En los días de la gran ofensiva del ejército, llevó Lidia, a cabalidad, su misión. Entró y salió de la Sierra, trajo y llevó documentos importantísimos, estableciendo nuestras conexiones con el mundo exterior. La acompañaba otra combatiente de su estirpe, de quien no recuerdo más que el nombre, como casi todo el Ejército Rebelde que la conoce y la venera: Clodomira. Lidia y Clodomira ya se habían hecho inseparables compañeras de peligro, iban y venían juntas de un lado a otro.

Había ordenado a Lidia que, apenas llegada a Las Villas, después de la invasión, se pusiera en contacto conmigo, pues debía ser el principal medio de comunicación con La Habana y con la Comandancia General de la Sierra Maestra. Llegué, y a poco encontramos su carta en la cual me anunciaba que me tenía un cachorro listo para regalármelo y que me lo traería en el próximo viaje. Ese fue el viaje que Lidia y Clodomira nunca realizaron. A poco me enteré que la debilidad de un hombre, cien veces inferior como hombre, como combatiente, como revolucionario o como persona, había permitido la localización de un grupo entre los que estaban Lidia y Clodomira. Nuestros compañeros se defendieron hasta la muerte; Lidia estaba herida cuando la llevaron. Sus cuerpos han desaparecido; están durmiendo su último sueño, Lidia y Clodomira, sin duda juntas como juntas lucharon en los últimos días de la gran batalla por la libertad.

Tal vez algún día se encuentren sus restos en algún albañal o en algún campo solitario de este enorme cementerio que fue la isla entera. Sin embargo, dentro del Ejército Rebelde, entre los que pelearon y se sacrificaron en aquellos días angustiosos, vivirá eternamente la memoria de las mujeres que hacían posible con su riesgo cotidiano las comunicaciones por toda la isla, y, entre todas ellas, para nosotros, para los que estuvimos en el Frente número 1 y, personalmente, para mí, Lidia ocupa un lugar de preferencia. Por eso hoy vengo a dejar en homenaje estas palabras de recuerdo, como una modesta flor, ante la tumba multitudinaria que abrió sus miles de bocas en nuestra isla otrora alegre.

[Publicado con el título «Lidia» en *Humanismo*, 53-54, enero-abril de 1959.]

# El Patojo

Hace algunos días, al referirse a los acontecimientos de Guatemala, el cable traía la noticia de la muerte de algunos patriotas y, entre ellos, la de Julio Roberto Cáceres Valle.

En este afanoso oficio de revolucionario, en medio de luchas de clases que convulsionan el Continente entero, la muerte es un accidente frecuente. Pero la muerte de un amigo, compañero de horas difíciles y de sueños de horas mejores, es siempre dolorosa para quien recibe la noticia y Julio Roberto fue un gran amigo. Era de muy pequeña estatura, de físico más bien endeble; por eso le llamábamos *El Patojo*, modismo guatemalteco que significa pequeño, niño.

El Patojo, en México había visto nacer el proyecto de la Revolución, se había ofrecido como voluntario, además; pero Fidel no quiso traer más extranjeros a esta empresa de liberación nacional en la cual me tocó el honor de participar.

A los pocos días de triunfar la Revolución, vendió sus pocas cosas y con una maleta se presentó ante mí, trabajó en varios lugares de la administración pública y llegó a ser el primer jefe de personal del Departamento de Industrialización del INRA, pero nunca estaba contento con su trabajo. El Patojo buscaba algo distinto, buscaba la liberación de su país; como en todos nosotros, una profunda transformación se había producido en él, el muchacho azorado que abandonaba Guatemala sin explicarse bien la derrota, hasta el revolucionario consciente que era ahora.

La primera vez que nos vimos fue en el tren, huyendo de Guatemala, un par de meses después de la caída de Arbenz; íbamos hasta Tapachula de donde deberíamos llegar a México. El Patojo era varios años menor que yo, pero en seguida entablamos una amistad que fue duradera. Hicimos juntos el viaje desde Chiapas hasta la ciudad de México, juntos afrontamos el mismo problema; los dos sin dinero, derrotados, teniendo que ganarnos la vida en un medio indiferente cuando no hostil.

El Patojo no tenía ningún dinero y yo algunos pesos; compré una máquina fotográfica y, juntos nos dedicamos a la tarea clandestina de sacar fotos en los parques, en sociedad con un mexicano que tenía un pequeño laboratorio donde revelábamos. Conocimos toda la ciudad de México, caminándola de una punta a la otra para entregar las malas fotos que sacábamos, luchamos con toda clase de clientes para convencerlos de que realmente el niño fotografiado lucía muy lindo y que valía la pena pagar un peso mexicano por esa maravilla. Con este oficio comimos varios meses, poco a poco nos fuimos abriendo paso y las contingencias de la vida revolucionaria nos separaron. Ya he dicho que Fidel no quiso traerlo, no por ninguna cualidad negativa suya sino por no hacer de nuestro Ejército un mosaico de nacionalidades.

El Patojo siguió su vida trabajando en el periodismo, estudiando física en la Universidad de México, dejando de estudiar, retomando la carrera, sin avanzar mucho nunca, ganándose el pan en varios lugares y con oficios distintos, sin pedir nada. De aquel muchacho sensible y concentrado, todavía hoy no puedo saber si fue inmensamente tímido o demasiado orgulloso para reconocer algunas debilidades y sus problemas más íntimos, para acercarse al amigo a solicitar la ayuda requerida. El Patojo era un espíritu introvertido, de una gran inteligencia, dueño de una cultura amplia y en constante desarrollo, de una profunda sensibilidad que estaba puesta, en los últimos tiempos, al servicio de su pueblo.

Hombre de partido ya, pertenecía al PGT, se había disciplinado en el trabajo y estaba madurando como un gran cuadro revolucionario. De su susceptibilidad, de las manifestaciones de orgullo de antaño, poco quedaba. La revolución limpia a los hombres, los mejora como el agricultor experimentado corrige los defectos de la planta e intensifica las buenas cualidades.

Después de llegar a Cuba vivimos casi siempre en la misma casa, como correspondía a una vieja amistad. Pero la antigua confianza mutua no podía mantenerse en esta nueva vida y solamente sospeché lo que El Patojo quería cuando a veces lo veía estudiando con ahínco alguna lengua indígena de su patria. Un día me dijo que se iba, que había llegado la hora y que debía cumplir con su deber.

El Patojo no tenía instrucción militar, simplemente sentía que su deber lo llamaba e iba a tratar de luchar en su tierra con las armas en la mano para repetir en alguna forma nuestra lucha guerrillera. Tuvimos una de las pocas conversaciones largas de esta época cubana; me limité a recomendarle encarecidamente tres puntos: Movilidad constante, desconfianza constante, vigilancia constante. Movilidad, es decir, no estar nunca en el mismo lugar, no pasar dos noches en el mismo sitio, no dejar de caminar de un lugar para otro. Desconfianza, desconfiar al principio hasta de la propia sombra, de los campesinos amigos, de los informantes, de los guías, de los contactos; desconfiar de todo, hasta tener una zona liberada. Vigilancia; postas constantes, exploraciones constantes, establecimiento del campamento en lugar seguro y, por sobre todas estas cosas, nunca dormir bajo techo, nunca dormir en una casa donde se pueda ser cercado. Era lo más sintético de nuestra experiencia guerrillera, lo único, junto con un apretón de manos, que podía dar al amigo. ¿Aconsejarle que no lo hiciera?, ¿con qué derecho, si nosotros habíamos intentado algo cuando se creía que no se podía, y ahora, él sabía que era posible?

Se fue El Patojo y, al tiempo, llegó la noticia de su muerte. Como siempre, al principio había esperanzas de que dieran un nombre cambiado, de que hubiera alguna equivocación, pero ya, desgraciadamente, está reconocido el cadáver por su propia madre; no hay dudas de que murió. Y no él solo, sino un grupo de compañeros con él, tan valiosos, tan sacrificados, tan inteligentes quizás, pero no conocidos personalmente por nosotros.

Queda una vez más el sabor amargo del fracaso, la pregunta nunca contestada: ¿por qué no hacer caso de las experiencias ajenas?, ¿por qué no se atendieron más las indicaciones tan simples que se daban? La averiguación insistente y curiosa de cómo se producía el hecho, de cómo había muerto El Patojo. Todavía no se sabe muy bien lo ocurrido, pero se puede decir que la zona fue mal escogida, que no tenían preparación física los combatientes, que no se tuvo la suficiente desconfianza, que no se tuvo, por supuesto, la suficiente vigilancia. El ejército represivo los sorprendió, mató unos cuantos, los dispersó, los volvió a perseguir y, prácticamente, los aniquiló; algunos tomándolos prisioneros, otros, como El Patojo, muertos en el combate. Después de perdida la unidad de la guerrilla el resto probablemente haya sido la caza del hombre, como lo fue para nosotros en un momento posterior a Alegría de Pío.

Nueva sangre joven ha fertilizado los campos de América para hacer posible la libertad. Se ha perdido una nueva batalla; debemos hacer un tiempo para llorar a los compañeros caídos mientras se afilan los machetes y, sobre la experiencia valiosa y desgraciada de los muertos queridos, hacernos la firme resolución de no repetir errores, de vengar la muerte de cada uno con muchas batallas victoriosas y de alcanzar la liberación definitiva.

Cuando El Patojo se fue no me dijo que dejara nada atrás ni recomendó a nadie, ni tenía casi ropa ni enseres personales en que preocuparse; sin embargo, los viejos amigos comunes de México me trajeron algunos versos que él había escrito y dejado allí en una libreta de notas. Son los últimos versos de un revolucionario pero, además, un canto de amor a la Revolución, a la Patria y a una mujer. A esa mujer que El Patojo conoció y quiso aquí en Cuba, vale la recomendación final de sus versos como un imperativo:

Toma, es sólo un corazón  
tenlo en tu mano  
y cuando llegue el día,br Abre tu mano para que el Sol lo caliente...

El corazón de El Patojo ha quedado entre nosotros y espera que la mano amada y la mano amiga de todo un pueblo lo caliente bajo el sol del nuevo día que alumbrará sin duda para Guatemala y para toda América. Hoy, en el Ministerio de Industrias donde dejó muchos amigos, en homenaje a su recuerdo hay una pequeña Escuela de Estadística llamada «Julio Roberto Cáceres Valle». Después, cuando la libertad llegue a Guatemala, allá deberá ir su nombre querido a una escuela, una fábrica, un hospital, a cualquier lugar donde se luche y se trabaje en la construcción de la nueva sociedad.

Comandante:

Tomamos cumplida venganza de la pérdida del Hombrito, matando en el Alto de Conrado por lo menos tres guardias. La victoria no fue gratis, pues no pudimos tomar ningún arma y se perdió un fusil.

Alejandro Oñate fue herido en un hombro y a mí me dieron una bala de M-1 en la garganta del pie, que quedó allí y me impide totalmente caminar por ahora. Ramiro se hizo cargo de la columna y va con la mayor parte de la gente hacia el lugar que te indicará el portador. Conviene un rápido auxilio en 30.06 y 45 automática. Yo me quedo en seguridad con una emboscada preparada. Siento mucho haber desoído tus consejos, pero la moral de la gente estaba bastante caída como resultado del ajeteo infructuoso a que fue sometida y consideré necesaria mi presencia en primera línea de fuego. Con todo, me cuidé bastante y la herida fue casual.

El sube que le hemos dado ha sido notable, puede calcularse en doce bajas definitivas entre muertos y prisioneros, sin contar los heridos. El resultado ha sido pobre en cuanto a adquisición de armamentos.

La situación está calma y no hay noticias de otras tropas en los alrededores, salvo una pequeña guarnición en Mar Verde, cuyo ataque no me atrevo a ordenar por la escasez de parque. Te adjunto las proclamas producto del «genio» de Capote, cuya distribución he ordenado en grande dentro de nuestras posibilidades.

Se despide fraternalmente,

Che

Sierra Maestra, diciembre 9 de 1957.

---

**Fidel:**

Recibí la carta a Prío y ya la están imprimiendo. De su contenido, me parece que es un documento de la categoría por lo menos, del de Montecristi y con toda seguridad será un prototipo histórico. Hoy quizás provoque algunas retracciones sobre todo en algunas altas esferas industriales, pero ya lo decía Lenin, la política de principios es la mejor política. El resultado final será magnífico.

Es fantástico que ya podamos ir a Manzanillo. Yo de hecho tengo una columnita al mando de Israel operando allí donde me dijiste. No tengo noticias directas pero las que me llegan de trasmano indican que tomó [...] con siete soldados y los soltó luego. Según algunos, tiene ya ochenta hombres. Pienso hacerlo capitán, ponerle un maestro para que aprenda a leer y bajarlo a algún lugar. Sobre la tropa mía ya te habrá hablado Ramiro. Camilo está hecho un león en todo y es mi confianza actual. Para acabar, quiero repetirte la felicitación por el documento. Te dije que siempre tendrás el mérito de haber demostrado la posibilidad de lucha armada apoyada por el pueblo, en América. Ahora vas por el camino más grande de ser uno de los dos o tres de América que llegarán al poder por una lucha armada multitudinaria.

Te saluda,

Che

S[ierra] M[ae]stra, enero 6, 58 / 8:45

---

● *Cartas*

## A Camilo

Abril 2 / 9:55 [1958]

Camilo:

No vayas a gastar las balas en combates sin importancia. Aquí la cosa estuvo buena, pues Vilo y la gente se fajaron como 5 horas. No pasó nada, fuera de las cosas que quemaron; quizás le hiciéramos un muerto.

Organiza toda la gente y averigua cuántas caballerías y cuántas cabezas de ganado tiene la Candelaria; trata de

mandarme a Vitorino para que converse conmigo. Manténme informado de todo. Comunícate con [...].

Al Chivo le das las instrucciones para que opere por la zona Bayamo-Veguitas. (Por ese lado y no por otro.) Y le dices que la gente la mandaré en cuanto llegue.

Che

Te mando unas cartas. Al Chivo que el paquete es de él.

---

Abril 3 / 7 pm [1958]

**Camilo:**

Te mando unas 800 balas. Con Mendoza irán más. Te las mando de refuerzo pues llegó un camión cargado de armas (avión no camión). Vino una gran cantidad de balas, pero no me mandaron muchas a mí. El avión fue incendiado para evitar su identificación pues no pudo despegar. Llegaron 50 y proyectiles de mortero.

Mándame decir todo lo que hagas y qué resultó de tu entrevista con Hernán, además, cómo va la cosa por allí, pues desde aquí no se puede saber nada. Recuerda lo fundamental que es impedir el tránsito por la carretera central.

Che

---

Abril 5 de 1958

**Camilo:**

Es muy importante que me mandes noticias de todo lo que sepas y hayas hecho, no sólo desde el punto de vista militar sino también co[n] respecto a la paralización del transporte y la huelga general, pues estoy sin noticias de ninguna clase.

Te mando a Mendoza y los escopeteros de Oscar. Te dije también que me consiguieras a Victorino Pérez, que formó su guerrilla por ahí para hablar con él. Infórmame de la actitud de Hernán y de la cooperación que se puedan prestar mutuamente.

Suerte. No vayas a darle la mala a Cristino con su M-1. Ya solucioné el asunto de Mendoza y lo puedes dejar allí. Van 800 balas más. Si crees que pueda servir en el Dorado, devuélvele el Garand a Alcibiades que yo se lo di.

Che

---

Pobre diablo:

Recibí tus noticias cuando me disponía a salir a tu región a meter en un zapato al [...]. Tengo autorización del gigante para ello. No vayas a Camagüey todavía. Te diré que pensaba proponerle, si fracasaba la huelga, organizar una columna invasora de 20 hombres y dejarte varado en la zona, pero como te anticipaste por escrito, le propondré que sean 2 columnistas con sus correspondientes comandantes. Por la zona puedes hacer lo que te venga en gana, pero no te arriesgues mucho para ver el final de la fiesta que me parece está próxima.

Además te mando este pequeño recuerdo de una noche en la Otilia.

He aprendido en libros viejos  
donde tratan del destino  
que no se llega muy lejos  
si yo voy detrás, cretino.

M.I.O.

te alcanzo pronto, prepara tabacos, besitos a todos,

Che  
Abril 12 / 1:05

---

**Camilo:**

Estoy en casa de tu tocayo Camilo López, cerca de allí, y salgo esta tarde para la arrocera. Esta ya debe estar tomada a estas horas porque pensaba tirarme el lance de coger camiones allí, aunque ahora me dicen que no hay jeeps, ni nada en la arrocera y hay 400 guardias en Jobabo. Probablemente bolas; pero hay que coordinar acciones. Mándame decir tu rumbo o ten prevenida a la gente para no fajarnos en caso de topar como dicen que haremos.

Che,  
Septiembre 7-58 2:45

A las 4 sale el primero para la arrocera.

---

Octubre 19 / 58

**Camilo:**

De la nota anterior sólo hay que cambiar las acciones sobre Morón que parece estar muy lejos para nuestras posibilidades.

Te adjunto la nota de Fidel, que leí, y 2.000 té, café 1.000. No me adhiero al saludo porque me toca mi poquito.

Haz lo que puedas hasta que converse con esta gente y te mande una impresión general de la situación y quédate.

Nuevo abrazo,  
Che.

Adicional

Hasta que establezca un mando único que decidirá en la zona ve formando una comisión encargada del aprovisionamiento y distribución equitativa de las vituallas.

Manda de una vez la cámara,  
Abrazos,  
Ramiro.  
Che.

---

● *Cartas*

**Al comandante Faure Chomón**

Octubre 25 / 58 - 7:20 pm

Faure (o cualquier responsable):

Estoy esperando noticias. Espero que no les haya pasado nada con el bombardeo de hoy. Aquí vinieron diciendo

que Juanito estaba rodeado; digan si es posible eso y si necesitan ayuda. Necesitaría información de la situación en el punto que nos interesa y en caso que Uds. no puedan hacer el trabajo, vean si me pueden facilitar un par de prácticos.

Saludos,

Che

---

Sierra del Escambray, 7 de Noviembre de 1958

**Sr. Secretario General del Directorio Revolucionario**

Compañero Faure Chomón,

Estimado Compañero:

Me dirijo a Ud. con el objeto de informarle de los últimos acontecimientos ocurridos en el seno de esta Sierra Escambray.

Las dificultades surgidas entre nosotros y la organización denominada Segundo Frente del Escambray fueron haciendo crisis luego del llamamiento de nuestro Jefe máximo Dr. Fidel Castro hasta culminar en una franca agresión cometida contra uno de mis capitanes situado en la zona de San Blas. Esa delicada situación hace imposible el llegar a un acuerdo con la citada organización.

En nuestra pasada entrevista no pude hacer ofrecimientos concretos debido a la negativa franca por parte de Uds. a conversar siquiera con miembros del Segundo Frente, lo que estaba en contradicción con las instrucciones unionistas que traía de la Sierra Maestra. Considero que en el momento actual el Movimiento 26 de Julio tampoco puede hablar en plano fraterno con esa institución lo que abre la vía para que efectuemos nosotros conversaciones concretas sobre todos los puntos de intereses de nuestras respectivas organizaciones.

En conversaciones oficiales sostenidas con miembros del Partido Socialista Popular éstos se han mostrado en una postura francamente unionista y puesto a disposición de esa unidad su organización en el llano y sus guerrillas del frente de Yaguajay.

Puedo ir a conferenciar donde a Ud. le parezca más conveniente pero, si por motivos de acciones militares, no se puede hacer contacto directo conmigo, está autorizado para efectuar esta conferencia el comandante Ramiro Valdés, segundo Jefe Militar de esta zona por el Movimiento 26 de Julio.

Aprovecho la oportunidad para informarle que el compañero Pompilio Viciado ha reiterado su disposición de someterse a juicio antes de abandonar nuestras filas, razón por la cual quedara detenido en este campamento hasta el total esclarecimiento de los hechos, agradeciéndoles toda declaración que pudieran hacer testigos presenciales o conocedores ocasionales del hecho y la comparecencia de todos ellos al juicio que se celebrará cuando se hayan reunido los dispersos elementos de prueba.

Reciba el saludo revolucionario,

Che

Comandante en Jefe de la región de Las Villas por el Movimiento 26 de Julio

---

**Faure:**

Fuimos cercando el pueblo durante la noche. Ahora tenemos dominada una posición en la que se rindieron 9 guardias. Hay dos posiciones más que están cercadas y el cuartel también. El camino de Nazareno esta bien custodiado. Si Uds. los detienen en Báez se tendrán que rendir.

Te saluda

## A Enrique Oltuski

Santa Lucía, noviembre 3 de 1958

Estimado Sierra:

Acabo de recibir tu carta con profunda sorpresa, pues me doy cuenta que no es lo mismo lo que se discute aquí y aquí se aprueba, y el tamiz del Llano. Me pones en la postdata que Diego está de acuerdo contigo y aquí estaba de acuerdo conmigo. Sería que Diego no tiene palabra, o simplemente, no tiene opinión sobre problemas fundamentales de la Revolución.

Dices que ni el mismo Fidel hizo eso cuando no tenía qué comer. Es verdad; pero cuando no tenía qué comer, tampoco tenía fuerzas para hacer un acto de esa naturaleza. Cuando pedimos ayuda a las clases que podrían sufrir en sus intereses por el asalto, nos respondieron con evasivas para, finalmente, traicionarnos; como ocurrió con los arroceros en la reciente ofensiva.

Según quien me trae la carta, las direcciones de los pueblos amenazan con renunciar. Estoy de acuerdo con que lo hagan. Más aún, lo exijo ahora, pues no se puede permitir un boicot deliberado a una medida tan beneficiosa para los intereses de la Revolución como es esa.

Me veo en la triste necesidad de recordarte que he sido nombrado comandante en jefe, precisamente para dar una unidad de mando al Movimiento y hacer las cosas mejor. Por los timoratos, no se pudo realizar el ataque a Fomento, como lo habíamos planeado. A la hora de los tiros, había un número ridículo de cócteles; no había un miliciano para realizar las tareas a ellos encomendadas y salieron con que no era la hora indicada. Renuncie o no renuncie, yo barraré, con la autoridad de que estoy investido, con toda la gente floja de los pueblos aledaños a la Sierra. No pensé que vendría a ser boicoteado por mis propios compañeros. Ahora me doy cuenta que el viejo antagonismo que creíamos superado, resurge con la palabra «llano» y los jefes divorciados de la masa del pueblo, opinan sobre las reacciones de éste. Te podría preguntar: ¿por qué ningún guajiro ha encontrado mal nuestra tesis de

masa combatiente esté de acuerdo con el asalto a los bancos cuando ninguno tiene un centavo en ellos. ¿No te pusiste nunca a pensar en las raíces económicas de ese respeto a la más arbitraria de las instituciones financieras? Los que hacen su dinero prestando el dinero ajeno y especulando con él, no tienen derecho a consideraciones especiales. La suma miserable que ofrecen es lo que ganan en un día de explotación, mientras este sufrido pueblo se desangra en la Sierra y el Llano, y sufre diariamente la traición de sus falsos conductores.

Me adviertes con la responsabilidad total de la destrucción de la organización. Acepto esa responsabilidad revolucionariamente y estoy dispuesto a rendir cuentas de mi conducta ante cualquier tribunal revolucionario, en el momento que lo disponga la Dirección Nacional del Movimiento. Daré cuenta del último centavo que se confiera a los combatientes de la Sierra, o que éstos logran por cualquier medio. Pero pediré cuenta de cada uno de los 50.000 pesos que anuncias pues te comunico que por resolución de Fidel, en carta que te mostraré cuando subas, la tesorería del Frente del Escambray, debe estar aquí.

Me pides un recibo con mi firma, cosa que no acostumbramos a hacer entre compañeros. Soy absolutamente responsable de mis actos y mi palabra vale más que todas las firmas del mundo. Si exijo firmas a alguien, es porque no estoy convencido de su honestidad. No se me hubiera ocurrido pedírtela a ti sobre nada, aunque le exigiría cien a Gutiérrez Menoyo.

Acabo con un saludo revolucionario y te espero junto con Diego,

